

# BATTLETECH

# MANADA DE LOBOS

The cover art depicts a dramatic battle scene in a desert canyon. A large, yellow and white BattleMech is shown in mid-air, firing a purple energy beam from its right arm towards another BattleMech in the foreground. The foreground BattleMech is also yellow and white, positioned on a rocky ledge. The background features rugged, reddish-brown rock formations under a blue sky with some clouds. The overall tone is action-packed and futuristic.

ROBERT N. CHARRETTE

Lectulandia

Las Guerras de Sucesión, la Guerra Civil de Marik, la Guerra de 3039, la Invasión de los clanes. Los Dragones de Wolf salieron victoriosos de todos estos conflictos. Durante cincuenta años, los cinco regimientos mercenarios de los Dragones de Wolf han estado integrados por los MechWarriors más duros de la Esfera Interior. Fuera cual fuese su misión, los Dragones de Jaime Wolf siempre alcanzaban la victoria.

**Lectulandia**

Robert N. Charrette

# **Manada de lobos**

**BattleTech**

ePUB r1.0

epublector 20.12.13

# BATTLETECH



Título original: *Wolf Pack*  
Robert N. Charrette, 1992  
Traducción: Jaime de Marcos Andreu, 2001

Editor digital: epublector  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la pandilla del martes por la noche en Eagle & Empire.  
Realmente daba mucho miedo.

PARTE I

3053 LA MEZCLA

Me llamo Brian Cameron. Soy un MechWarrior de los Dragones de Wolf.

Me gustaría decir que sólo soy un simple soldado, pero mis amigos dicen que mi decisión de contar esta historia me convierte en algo más. Tal vez tengan razón. O tal vez no. Sólo sé que tengo la necesidad de dejar constancia de ciertos acontecimientos, rememorar los sucesos que afectaron mi vida y la de todos los que llevan el uniforme de los Dragones de Wolf. Hago esto con la esperanza de que las futuras generaciones aprendan de los errores y de la experiencia de las generaciones pasadas.

No intento ser omnisciente sino hacer honor a la verdad. Para aquellos acontecimientos que no pude ver y aquellas palabras que no pude oír, confío en la integridad de mis testigos y en mi propia intuición. He intentado ser fiel al corazón y la mente del narrador, al menos tan fiel como pueda serlo cualquier persona ajena a la realidad de otra. He hablado con todas aquellas personas —bueno, todas excepto una— cuyos puntos de vista me permiten contar esta historia. Me han explicado su versión de los hechos y han contestado a mis preguntas sobre sus sentimientos y motivaciones. Confío en que me hayan contado la verdad, al menos lo que ellos entienden como verdad. ¿Quién, además del Creador, puede saber la verdad suprema?

Como decía, me llamo Brian Cameron. Durante los primeros diecisiete años de mi vida, Brian era mi único nombre. Por supuesto, tenía la denominación de la unidad, pero ésta no era más que una designación práctica, no un nombre real. De todos modos, no divagaré explicando las anécdotas de mi juventud, ya que con ello sólo retrasaría la explicación de mi historia. Los Dragones creemos que la indecisión significa la muerte en el campo de batalla y, a falta del incentivo que supone la contienda entre la vida y la muerte, ya me he demorado bastante.

Pido disculpas.

Hacia finales de febrero del año 3053, sólo diez de nosotros seguíamos todavía en nuestro *sibko*. Los demás habían sido destinados a otros emplazamientos al no superar alguna de las pruebas. El nerviosismo se hizo patente en el Área de Entrenamiento Tetsuhara, donde nos habíamos congregado para saber los resultados



de nuestra última prueba. El ambiente ya habría sido lo bastante tenso si nos hubiésemos limitado a esperar la decisión de los destinos finales como MechWarriors, pero el hecho de que también esperásemos los resultados de los Juicios de Nombre de Honor lo hizo insoportable.

Yo sabía que había superado la última prueba, pero estaba convencido de que mi puntuación era demasiado baja para clasificarme. Estaba seguro de que conseguiría un puesto en una de las unidades de primera línea, porque pensaba que tenía suficiente capacidad para ello. Sin embargo, estaba nervioso. Como mis *sibs*, acababa de realizar los Juicios de Nombre de Honor. Todos formábamos parte del linaje de Cameron y esto nos hacía lo bastante honorables como para ser elegidos. Aunque éramos los más jóvenes de nuestro grupo de edad, algunos confiábamos en que los ajustes compensatorios nos permitirían tener alguna oportunidad. No creía que mi actuación en las pruebas hubiese sido excepcional.

Por este motivo, me quedé atónito cuando aparecieron los resultados en la pantalla situada en la parte superior, detrás de la plataforma donde nuestros oficiales de entrenamiento estaban sentados en solemne formación.

Mi nombre y nomenclatura encabezaban la lista. Había hecho lo que ningún otro en mi *sibko*, ningún otro en mi segmento de edad, había conseguido hacer. Había sido el mejor en las pruebas y había ganado el privilegio de llevar el Nombre de Honor Cameron para mi generación. Los destinos de la unidad todavía tardarían unos minutos en aparecer, pero no me importaba lo más mínimo. Jamás me había sentido tan feliz.

Algunos de los compañeros de mi segmento de edad se me acercaron mientras yo seguía contemplando la pantalla. En sus ojos pude ver la decepción por sus propios resultados. Jovell, un aspirante mayor que yo que había superado mi puntuación en todas las categorías del campo de batalla, se tragó el orgullo y fue el primero en dar la felicitación de rigor al nuevo guerrero con Nombre de Honor. No pude reprimir una sonrisa de placer al devolverle el saludo. Por su reacción pude comprobar que lo había ofendido, pero yo seguía inmerso en ese mundo de felicidad y alivio que giraba a mi alrededor. Ni siquiera me detuve un momento a pensar en sus verdaderos sentimientos cuando dio media vuelta y se abrió paso entre la multitud. Había muchos otros que querían felicitar al nuevo Cameron.

Muchos de ellos se mostraron sumamente complacidos al felicitarme. Todos nos habíamos enfrentado a las mismas pruebas y no suponía una deshonra no ser el primero si uno se había esforzado al máximo. Todos formábamos parte de los Dragones, y el éxito de un Dragón era también un éxito para los demás. Pero a pesar de lo reconfortante que era recibir las felicitaciones de otros compañeros de mi grupo de edad, me sentía abrumado por la eufórica reacción de mis *sibs*. Todos deseaban conseguir el nombre de Cameron, pero era imposible advertir en ellos el menor atisbo

de decepción. Sonreían y reían al darme palmadas en la espalda, llamándome por mi nombre completo: *Brian Cameron*. Un *sib* había conseguido el nombre y todos compartíamos aquel honor. Era un momento mágico y el orgullo se había apoderado de mí. Pero en cierto modo también me sentía avergonzado. Dudaba si yo podría haber mostrado tanta alegría si en mi lugar hubiesen sido Carson, James o Lidia los vencedores.

La multitud que me felicitaba se dispersó dejando paso a un hombre negro y alto que se dirigía hacia mí. Era el coronel Jason Carmody en persona. Las múltiples condecoraciones de su uniforme, junto con el pelo canoso y la cara arrugada, le otorgaban un aspecto de guerrero triunfador, con capacidad suficiente como para haber sobrevivido tantos años. Carmody pertenecía al viejo cuadro, uno de los primeros confederados del propio Jaime Wolf. Había combatido desde antes de que mis *sibs* y yo hubiésemos nacido. En una ocasión, Carmody estuvo al mando de todas las fuerzas aeroespaciales de los Dragones. Se retiró después de sufrir una lesión en un ataque a Capella y luego volvieron a llamarlo para ser comandante en jefe de nuestro planeta natal de Outreach tras la muerte del coronel Ellman. El puesto de Carmody lo convirtió en comandante en jefe de la Guardia Nacional e incluso lo puso a cargo del programa de entrenamiento de los Dragones. Fue en este último puesto cuando descubrimos su mano de hierro.

El coronel Carmody siempre había sido una figura severa y distante, una fuente de autoridad y disciplina, poco dada a los elogios. Ahora había dejado su lugar en la plataforma y se encontraba frente a mí. Me quedé petrificado mientras sus ojos me escrutaban de arriba abajo antes de empezar a hablar.

—Te felicito, Brian Cameron. Has conseguido el Nombre de Honor. Espero que honres tu nombre en el futuro.

Su forma de dar la felicitación de rigor resultaba real, a diferencia de las palabras de Jovell. Mi comandante en jefe era el que hablaba; su voz emanaba autoridad. No pude más que susurrar:

—*Seyla*.

Sus facciones se relajaron.

—Te pareces tanto a él que es casi como ver un fantasma.

Yo sabía que me parecía al fundador de mi Linaje, pero hasta cierto punto todos mis *sibs* nos parecíamos. Nunca había pensado que mi parecido fuese tan sorprendente. Era consciente de que la edad y los recuerdos podían nublar la visión, de modo que me limité a sonreír e incliné la cabeza para aceptar la observación del coronel. Cuando volví a levantar la cabeza, me di cuenta de que la impresión de tener a Carmody ante mis propios ojos me había impedido ver a los otros dos oficiales de los Dragones que lo acompañaban. Podría decir que estaba muy emocionado, pero eso no era una excusa. Debería haber advertido su presencia enseguida ya que

conocía a ambos de vista, aunque nunca había hablado con ellos. Eran los Cameron.

La guerrera de más edad era Alicia Cameron. Aunque no había sido la primera en conseguir el nombre consagrado por nuestro fundador William Cameron —Malcolm, que había muerto en Luthien, se había hecho con ese honor—, era la mayor de la línea tras haber obtenido el nombre en un combate de reemplazo después de la muerte de Malcolm. El más joven, el capitán Harry Cameron, pertenecía a la segunda generación Cameron. Conservaba el nombre desde el primer combate de su segmento de edad, tras haber derrotado al propio hijo de William Cameron. Aunque hacía más tiempo que llevaba el nombre, dejó hablar primero a Alicia.

—Te felicito, Brian Cameron. Mi hermano Malcolm y yo te damos la bienvenida a la familia.

Tuve que humedecerme los labios para poder contestar:

—Es un honor.

Alicia sonrió, pero su sonrisa no era cordial como las de mis *sibs*.

—Has demostrado tu capacidad para conseguir el honor. Todavía no lo has obtenido.

Harry soltó una risita tras su comentario y dijo:

—Te felicito, Brian Cameron. Te doy la bienvenida a la familia.

El temor de que volvieran a herir mi recién estrenado orgullo hizo que probara con otra respuesta más segura.

—Gracias —dije.

Volvió a soltar una risita. Algo había cambiado en su actitud, aunque no sabía descifrarlo. Tendría que aprender; ahora eran mi familia. Tuve la sospecha de que se mostrarían reservados conmigo durante algún tiempo ya que, aunque sabían mis resultados, no me conocían. Sentí que no estaba preparado para que me pusieran a prueba.

Él coronel Carmody rompió aquel incómodo silencio al pedirme mi códex. Arranqué las etiquetas que tenía alrededor del cuello y se las pasé. Este las insertó en el lector que llevaba en el cinturón y tecleó una serie de instrucciones. Asintió mientras leía la pantalla.

—Muy bien, MechWarrior Brian Cameron —cerró el lector y me devolvió el códex—. Un Dragón debe estar siempre preparado para entrar en acción. Lleva tu equipo a la plataforma veintidós a las 1730.

Estaba atónito. Los MechWarriors nuevos obtienen una licencia, normalmente en Outreach. ¿Acaso ganar el Nombre de Honor merecía unas vacaciones fuera del planeta?

—¿Por qué, señor? Yo...

—Tienes órdenes, MechWarrior. Debes presentarte al coronel Wolf, que está a bordo de la *Chieftain*. Has sido asignado a su equipo como ayudante.

Debí balbucear otra pregunta, pero la verdad es que no me acuerdo. Lo que sí sé es que el coronel Carmody dijo algo más, pero tampoco recuerdo sus palabras. Creo que intentó alentarme. Mis recuerdos de las siguientes horas también son confusos, un remolino de felicitaciones y celebraciones. Carson y Lydia se aseguraron de que estaba en la plataforma veintidós a las 1720.

Cuando se fueron, levanté la vista hacia la gigantesca Nave de Descenso *Chieftain*. Su enorme forma ovoide reflejaba buena parte de las estrellas que brillaban en la oscura y fría noche de invierno en Outreach. Todavía recuerdo aquella sensación de sobrecogimiento. Y todavía siento el terror que la teñía. Sin embargo, no era la Nave de Descenso de clase Overlord la que provocaba aquellas emociones, sino lo que me esperaba dentro.

Tenía que estar al servicio de Jaime Wolf, el legendario comandante en jefe de los Dragones de Wolf. Era conocido en toda la Esfera Interior como el mejor, un MechWarrior experto y también un estratega que durante años había desconcertado a sus enemigos a la vez que ayudado a sus amigos. Nos había conducido a través del fuego para luego volvernos a sacar en más de una ocasión, consiguiendo no sólo que los Dragones sobrevivieran sino que estuvieran preparados para la lucha. Nos había convertido en los primeros mercenarios de la Esfera Interior. Los *sibs* lo llamábamos «el Lobo<sup>[1]</sup>» porque para nosotros era el arquetipo de gobernante implacable de un equipo; padre, guardián y líder al mismo tiempo.

Si desempeñaba correctamente mi trabajo, se darían cuenta. Inmediatamente. E incluso más inmediatamente si fallaba. Me vinieron recuerdos del fundador William. Estaría orgulloso, mientras yo no lo estropease. Si fallaba a los ojos de Wolf, no habría honor para mí. Deshonraría el nombre, y la familia pediría mi reemplazo. Perdería el derecho a llevar el Nombre de Honor Cameron. ¿Dónde iría entonces? Ninguno de los Dragones querría incorporar a un desgraciado sin nombre.

Ser un guerrero es conocer el miedo y, conociéndolo, seguir adelante. Aunque no tenía muchas ganas de encontrarme con el miedo y reírme en su cara, me eché el equipo al hombro y subí la rampa con decisión.

## 2

Según cuentan, hace algún tiempo la Esfera Interior consideraba a los Dragones de Wolf simples mercenarios. Los esferoides sabían que los Dragones tenían más fuentes de provisiones y material que la mayoría de los mercenarios, pero un gran número de expertos atribuía la prodigalidad de los Dragones al control de un depósito de armas secreto que conservaban desde la caída de la Liga Estelar, hacía dos siglos y medio. Muchas compañías de mercenarios habían encontrado ese tesoro y la mayoría consideraba que los Dragones habían gozado de una gran suerte y escondían un tesoro mayor. Por supuesto, ahora todo el mundo sabe de la inexistencia de tal depósito.

Los Dragones nunca habían sido simples mercenarios. Cuando entraron en los anales de la historia de la Esfera Interior, hace casi cinco décadas, se encontraban en una misión de reconocimiento y evaluación de sus señores de los lejanos Clanes. Seguramente, sus compañeros de clan habrían considerado que el antiguo equipo de los Dragones era de segunda categoría, reliquias inferiores que sólo servían para guerreros medianamente aceptables, aquellos con un legado genético que no era lo bastante puro o era demasiado caótico para sus compañeros de la casta dirigente. Sin embargo, para los militares de la Esfera Interior, las provisiones y el equipo de los Dragones eran perlas de un tesoro técnico cuya perfección no se había visto desde la época dorada de la Liga Estelar.

Jaime Wolf y su hermano de clan Joshua eran los líderes de esa misión, a los que se había prometido legitimidad como recompensa por su éxito. Su función era descubrir las especialidades y debilidades de cada una de las Grandes Casas de la Esfera Interior, jurando servirles, una a una, como el regimiento mercenario de los Dragones de Wolf. Las Grandes Casas, o los Estados Sucesores, como se habían dado a conocer tras la caída de la Liga Estelar, eran los poderosos imperios estelares que gobernaban el espacio ocupado por los humanos.

Al principio, los Dragones alcanzaron el éxito como guerreros en los combates de la Esfera Interior y como espías de los Clanes de los que provenían. En algún momento, sin embargo, las lealtades y los sentimientos empezaron a cambiar. Los

archivos de los Dragones no eran muy explícitos al respecto, pero yo creo que el cambio era consecuencia directa de la muerte de Joshua Wolf a manos de una facción rival de la Casa de Marik, formada por dirigentes de la Liga de Mundos Libres. A partir de entonces, Jaime Wolf se convirtió en el único líder de los Dragones, en oposición a la estructura doble que los Dragones habían heredado del clan de los Lobos. Aunque todavía escondían sus orígenes, los Dragones seguían operando en la Esfera Interior y gozaban de la temible reputación de ser los mejores y más honorables guerreros desde la época de la Liga Estelar.

Esa reputación sufrió un duro golpe cuando el propio Jaime Wolf reveló que, originariamente, los Dragones eran espías del clan de los Lobos y, por extensión, de todos los Clanes, que en aquel momento estaban invadiendo la Esfera Interior. El nombre de los Dragones se convirtió en un insulto en boca de aquella gente desesperada y asustada. ¿Quién podía culparlos? Jaime Wolf reconoció haber sido miembro del clan de los Lobos, el mismo clan que había superado a sus compañeros, engullendo los mundos de la Esfera Interior como el espantoso lobo Fenris de la mitología nórdica. Como las hordas de los Clanes avanzaban implacables hacia la Tierra, ni siquiera las declaraciones de amistad con los Dragones llevadas a cabo por los líderes de la Esfera Interior lograron suavizar la hostilidad entre la gente.

No fue hasta el asedio de Luthien, la capital del Condominio Draconis, que los Dragones volvieron a ganarse una reputación favorable entre la opinión esferoide. Hanse Da vion, señor de la Casa de Davion y dirigente *de facto* de la todavía incipiente Mancomunidad Federada —una fusión política, basada en un matrimonio, entre su propia Federación de Soles y la Mancomunidad Lirana—, ordenó a los Dragones y a otros mercenarios que ayudasen al Condominio asediado. Esta decisión sorprendió a mucha gente, especialmente a los que creían que siglos de odio mutuo impedirían la cooperación entre la Mancomunidad Federada y el Condominio Draconis, incluso ante una amenaza general de tal envergadura como la invasión del Clan. Después de que los Dragones desempeñaran un papel clave controlando la entrada de los Clanes en Luthien, la mayoría de los esferoides empezó a creer que realmente habíamos olvidado nuestro pasado y habíamos unido nuestro destino al de la Esfera Interior. Una vez más, los Dragones y Jaime Wolf se habían convertido en héroes.

En el pasado, Jaime Wolf jugaba con aquellos que no lo conocían. Cuando la cara de Wolf no era muy conocida, se llevaba a un visitante ante la presencia de varios coroneles de los Dragones. Jaime Wolf se colocaba entre ellos sin hacer indicación alguna ni presentarse hasta que el visitante reaccionaba. Se dice que la gente normalmente confundía al líder de los Dragones con alguno de los otros coroneles. Una muestra, a mi parecer, de la inferioridad del esferoide medio. Pero las caras de los héroes galácticos llegan a hacerse famosas y son recordadas por todas las

personas agradecidas, de modo que el juego de Wolf se abandonó.

Iba pensando en aquella prueba mientras entraba en la Nave de Descenso de Wolf. Sabía que yo no lo habría confundido como muchos otros; al fin y al cabo, soy un Dragón. Estamos entrenados para ver más allá de la superficie y sentir la fuerza de una persona. No tendría ninguna necesidad de reconocer los rasgos cincelados, ese pelo y esa barba gris como el hierro. No necesitaría conocer ni su baja estatura ni su delgada constitución. Un verdadero guerrero no confundiría a Jaime Wolf ni tardaría en detectar su fuerza interior, ni siquiera si su apariencia no era familiar.

Pero hacía tiempo que se habían acabado los días de juegos. Los Dragones habían luchado con firmeza, lanzando campañas, la menor de las cuales no había sido el asedio de Luthien. Aunque los señores dirigentes de las Grandes Casas mostrasen su convicción de que todos formábamos parte de la Esfera Interior, nosotros sabíamos el lugar que ocupábamos. Habíamos dado la espalda a las tradiciones deformadas de los Clanes, pero todavía no nos habíamos adaptado a las costumbres de la Esfera Interior. Éramos los únicos de nuestra especie, estábamos solos en un mar de estrellas. Sólo el planeta Outreach era nuestro, y lo mantendríamos en nuestro poder a toda costa. Los *sibkos* como el mío éramos la prueba de nuestra determinación. Como decimos en las ceremonias, los Dragones permanecerán hasta que *todos* caigamos.

El guardia que me recibió al final de la rampa comprobó mis órdenes antes de llamar a una enseña de la tripulación de la nave. Esta me condujo a través de un laberinto de pasillos hacia una pequeña cabina, donde dejé mi equipo. Allí había tres literas; los novatos no tenían derecho a un camarote privado. Tras meternos en uno de los ascensores de la tripulación llegamos a la plataforma principal. En medio de los engranajes de transporte se encontraba la dotación de BattleMechs de la nave, cuyas gigantescas formas proyectaban sombras fantásticas. Las luces de los techs que trabajaban para reponer y reparar las enormes máquinas de batalla parpadeaban entre las sombras.

Pensaba que me conducirían a una de las plataformas superiores, la guarida del Lobo. Entre los *sibkos* se hablaba de las divisiones exteriores de la *Chieftain* como un lugar donde coexistían instrumentos de diversos placeres decadentes y la más avanzada tecnología de combate y mando. Mi decepción al no poder confirmar tales leyendas fue ahogada por una ráfaga de emoción. No tardaría en estar cara a cara con el propio Lobo.

Reunidos alrededor de una mesa en el centro de un espacio abierto, los oficiales de los Dragones se apiñaban sobre una tabla de instrucciones tácticas. Sobre la luz reflejada del holotank, el tono pálido de sus carnes les daba un aspecto sobrecogedor parecido a los fantasmas. Jaime Wolf estaba sentado en un extremo de la mesa, escuchando a los jefes militares que discutían sobre algún problema.

La enseña me dio un golpe con el codo y de repente me di cuenta de que me

mostraba el paquete que contenía mis órdenes. Lo agarré y ella se fue sin mediar palabra. Sin querer demorarme más, me acerqué a la mesa y entregué el paquete al Lobo.

Levantó la vista hacia mí al tiempo que recogía el paquete y lo dejaba sobre la mesa sin prestarle la menor atención. Su cara resultaba familiar, pero eso no disminuía su aspecto aterrador. Ese era el hombre que había mantenido a los Dragones juntos gracias al trabajo de casi cincuenta años. Su sentido estratégico y su genialidad táctica eran legendarios. ¿Quién podía estar en su presencia y no sentir pavor?

—Bienvenido a bordo, Brian —dijo Jaime Wolf. Sus ojos grises eran penetrantes, claros y profundos como el hielo glacial. Imaginé que podía atravesar mi alma con la mirada y leerla con la facilidad con que se lee una pantalla de datos. Sin atreverme a hablar, por miedo a quedar en ridículo si tartamudeaba, me limité a asentir y estreché la mano que me tendía. Al hacerlo, algo se movió en lo más profundo de aquellos ojos grises, y la expresión de Wolf cambió ligeramente durante un instante. ¿Decepción? ¿Ya había fallado?

—Tendrás que conocer a todo el mundo si perteneces a mi equipo.

Me presentó a los otros oficiales. Todos ellos eran héroes, veteranos que llevaban al menos veinte años con los Dragones. En aquel momento apenas me fijé en ellos. Pero para poder explicar la historia, hay que saber quién se encontraba allí.

El coronel Neil Parella era el único comandante en jefe de combate allí presente. Mi primera impresión de él vino coloreada por una forma de moverse, hablar y vestir algo dejada, pero había oído que la vida en el campo de batalla era en cierto modo más relajada que en los cuadros de entrenamiento. ¿Quién era yo para criticar? Los galones de batalla y las insignias de unidades derrotadas por su regimiento que decoraban su chaqueta de combate contaban la historia de un guerrero triunfador. Había oído rumores de que había tenido un problema con la bebida cuando era un oficial principiante, una mancha que habría sido imperdonable en un oficial veterano. Pero era obvio que ya lo había superado. Después de todo, era comandante en jefe del regimiento Gamma.

El coronel Stanford Blake, un hombre elegante y de mediana edad, se encontraba en un extremo de la llamada Red de los Lobos, el servicio de inteligencia de los Dragones. Había servido en la Lanza de Mando de Wolf como oficial de inteligencia hasta que fue ascendido a su puesto actual. De todos ellos, Blake era el único que parecía alegrarse de verme.

El mayor de los cuatro que se encontraban junto al Lobo era el teniente coronel Patrick Chan. Por los archivos, sabía que había conseguido más condecoraciones que Parella, pero Chan no las llevaba en el uniforme. Como Blake, vestía un traje sencillo y liso en el que sólo destacaban la insignia de su rango y un ribete en el hombro con



la cabeza de lobo que identificaba a los Dragones. Ya no se encontraba en activo al mando de las operaciones, sino que servía como subcomandante del coronel Carmody y como jefe del Mando de Operaciones de BattleMechs.

Es común entre los Dragones llevar insignias de antiguas afiliaciones, pero me sorprendió ver una insignia de soldado de infantería en el uniforme del mayor Hanson Brubaker. Era aún más bajo que el Lobo, un hombre delgado y huraño, de esos que uno no puede imaginarse dando órdenes. Entonces me fijé en la insignia del Grupo de Reconocimiento Especial y lo entendí. En su puesto actual, Brubaker se había especializado en operaciones de reconocimiento de otro tipo. Era jefe del Mando de Contratos, la división de los Dragones de Wolf que se encargaba de las negociaciones, el reclutamiento y las relaciones públicas.

Una vez acabadas las presentaciones, los oficiales reanudaron la conversación. No hablaban de una operación táctica, como yo había pensado, sino que parecían tratar los detalles de un contrato. Nunca me había interesado mucho por los asuntos burocráticos, un defecto extendido entre los MechWarriors. Era la primera vez que me reprochaba aquella falta. El coronel Blake debió de darse cuenta de mi confusión. Se inclinó hacia adelante y sonrió. *Un poco indulgente pero cordial*, pensé.

—El batallón de Kantov del regimiento Gamma ha comparecido ante la Revista de Mercenarios y la Comisión de Vínculos por violación de contrato.

—No es verdad —objetó Parella mostrando un cierto resentimiento.

—La Casa Marik no alega lo mismo —siguió diciendo Blake—. Tienen pruebas de bastante peso. Es probable que el juicio de la comisión favorezca a la Casa Marik.

—¡No puede ser! Son Dragones —dije de repente, llamando así la atención de los otros oficiales.

—Puede ser y es, mequetrefe —repuso Chan con severidad—. Los matones de Kantov son culpables, hasta un acólito de ComStar ciego se daría cuenta. Ahora ya no estás en un *sibko*, chico. Verás muchas cosas que no pueden ser, pero son. Siempre he dicho que el útero de metal congela las neuronas. Los mequetrefes como tú sois todos iguales. Bueno, recuerdo...

—Déjalo, Pat. —La voz de Blake contenía un tono de cansancio, como si las quejas de Chan fueran ya algo rutinario—. El chico es nuestro. No ha recibido la *ed-com* de los Clanes.

Chan sacudió la cabeza.

—El mundo real es la única educación real.

—Dale un respiro al chico, Pat. Tú también fuiste joven una vez —dijo Blake, con una afable sonrisa—. Aprenderá.

—Pues será mejor que aprenda rápido.

Intenté que mi voz sonara firme.

—Lo haré.

Chan se limitó a observarme con cara inexpresiva. Hacía algún tiempo que sus tropas le habían dado el nombre de Roca Vieja. Me preguntaba si era la edad lo que había hecho sus facciones tan marcadas y desagradables o si siempre había tenido unos rasgos tan austeros.

Brubaker me dio un golpecito en el hombro, lo que alteró mi rígida postura.

—No dejes que los comentarios de esa cabra vieja te afecten, Cameron. Él mismo es un buen ejemplo de la *ed-com*. Un buen ejemplo de su fracaso, ¿*quiaf*?

Lo sorprendente fue que Chan hizo caso omiso del comentario de Brubaker y se giró hacia el coronel Wolf.

—Sigo opinando que comparecer en el juicio perjudicará las relaciones públicas. Dejemos que Kantov se pudra solo. No necesitamos involucrar a Jaime en esto.

Brubaker dio un resoplido.

—Di lo que quieras. Tú no has tratado con el público desde que te pusieron al mando de las operaciones de 'Mechs. Yo dejo que tú soluciones esos problemas, ¿por qué no dejas para mí los problemas de relaciones públicas? Es de vital importancia que Jaime se presente ante la comisión. Como líder de los Dragones ha sido llamado para comparecer ante la comisión por una violación de contrato y, si no se presenta, dará crédito a todos los rumores que dicen que los Dragones apoyamos a la nueva comisión por propia conveniencia. Nuestros detractores tendrán motivos para culpar a los Dragones de respaldar la creación de la comisión para protegerse a sí mismos o a nuestros comandantes.

Chan movió la mano con resignación.

—Ya he oído tus argumentos.

—Pero es obvio que no los has escuchado.

—Ya basta, caballeros. Los Dragones tienen suficientes enemigos; no necesitamos pelearnos entre nosotros —intervino Wolf; hizo callar a sus subordinados del mismo modo que un trueno anula el estruendo de la lluvia en una tormenta—. Me gustaría obtener propuestas concretas sobre cómo solucionar el problema de Marik. Si no tienen nada interesante que añadir, pueden retirarse.

No hubo más intervenciones. La discusión sobre los problemas inherentes a la revisión de la comisión se sucedieron como estaba establecido. Pero a medida que los oía hablar me invadía la angustia. Había soñado con seguir los pasos del fundador William y servir al Lobo personalmente. Ahora parecía que mi primer servicio llegaría mientras él y los Dragones afrontaban un juicio.

### 3

Los restos de los BattleMechs derruidos se desparramaban por todas partes como cadáveres gigantes. Huesos de aleación de titanio cubiertos de espuma brillaban en la oscuridad dejando entrever las hendiduras de las corazas, mientras las trizas de seudomúsculo de miómero reflejaban su débil tonalidad grisácea como filamentos de carne en descomposición. Trozos de metal descubierto coloreaban las superficies de los 'Mechs con filones de óxido que simulaban sangre reseca. Un pájaro con forma de cuervo sobrevoló la matanza dibujando círculos en el cielo.

Desde su posición en el vientre de un *Thunderbolt* destruido, Elson Gatonova observó el visitante aéreo y sonrió. Podría haberlo derribado con sólo disparar su láser, pero no tenía motivos para hacerlo. Los sensores de la nave no podrían detectarlo entre los restos de los despedazados 'Mechs, y disparar hacia la nave de observación sólo delataría su posición.

Los 'Mechs en ruinas habían pertenecido a un equipo de ataque de la Casa Liao que había arremetido contra Outreach en una especie de ataque de venganza mientras los regimientos de combate de los Dragones de Wolf habían salido a defender Luthien durante el asedio de los Clanes. Los capelenses debieron de pensar que sería fácil acabar con los veteranos y los niños que los Dragones habían dejado atrás, pero se demostró que estaban totalmente equivocados. Las victoriosas fuerzas de defensa despojaron a los 'Mechs atacantes de Liao de todo equipo útil y dejaron los restos oxidándose en el campo. Si el campo de batalla hubiese estado en un lugar más accesible, les habría servido de aviso. Pero aquello era «el otro lado de la montaña», un lugar donde sólo podían adentrarse los Dragones y la gente con privilegios especiales.

Elson tenía que reconocer que los Dragones no se habían dejado capturar por las tendencias derrochadoras de la Esfera Interior. Aunque destruidos, aquellos BattleMechs seguían haciendo su servicio. A veces se realizaban allí ejercicios de entrenamiento con los 'Mechs destrozados y rearmados para ser utilizados como fortines. Elson era consciente de ello, así que había rastreado la zona en busca de

sistemas armamentísticos activos, sin conseguir nada. Aquellas máquinas no eran más que restos insignificantes. Pero a pesar de ser restos, eran un refugio excelente, y el refugio era la vida de un soldado de infantería, aunque aquel soldado llevase una armadura de combate de Elemental.

Un traje de combate de Elemental podía parecer un 'Mech a ojos de un civil, pero sólo en el caso de que el civil no tuviera nada con que compararlo. El traje tenía una forma abultada y humanoide que la lanzadera trasera de misiles hacía parecer todavía más voluminosa. Las sencillas toberas de lanzamiento que sobresalían de la parte superior del engranaje del casco encorvaban la armadura a la altura de los hombros. El brazo izquierdo, que no mantenía la proporción humana, acababa en una poderosa garra de tres dedos, mientras que la mano derecha, cuando no se incorporaba a un conjunto de armas determinadas para una misión, tenía un guante reforzado más adaptable a los humanos. Aunque aparentemente se parecían a un BattleMech, los trajes blindados de tres metros apenas llegaban a la altura de la rodilla del 'Mech más pequeño. Los trajes de Elemental llevaban una única recarga para sus lanzaderas de misiles de corto alcance y, una vez que se disparaban los MCA, disponían de un armamento limitado. Aunque proveían a un soldado de la mejor protección y de una capacidad de movimiento impensable en un vehículo o en un 'Mech, un traje de batalla no era suficiente para vencer en un combate cuerpo a cuerpo ni siquiera contra el más ligero de los 'Mechs. En tales casos, los Elementales no arremetían cuerpo a cuerpo contra los 'Mechs.

Cuando estuvo seguro de que la nave de observación se encontraba fuera de alcance, Elson abandonó su refugio y reunió a su Punto. Los otros cuatro soldados del Punto designaban la unidad con el nombre de «brigada», ya que estaba compuesta de esferoides y jóvenes Dragones. Su arcaica nomenclatura era una desventaja sin importancia.

—¿Cree que nos han visto? —preguntó Jelson. Era el segundo del Punto, una posición que había conseguido por ser el único contendiente.

Ellos lo sabrían.

—*Neg* —se limitó a decir Elson.

—Todavía creo que deberíamos estar esperándolos en el paso con el resto de la sección —intervino Kíllie. Tenía una forma muy típica de los esferoides, aunque su estructura era la de una Elemental pequeña. A pesar de que apenas se quejaba al entrar en acción, siempre lo ponía todo en duda y se excedía expresando unas opiniones mal informadas.

—Pero es allí donde nos esperarán —dijo Vorner, un joven y locuaz Dragón.

—¿Y qué? —preguntó Killie riendo. La risa resonó a través del comunicador del traje—. Es el mejor terreno defensivo de la zona. No hay ninguna línea clara de visión más allá de cincuenta metros. Un perfecto terreno para los sapos.

¡Sapos! Si Elson no hubiese llevado el traje, habría escupido. Un piloto de 'Mech esferoide se había referido a las tropas de infantería como «sapos» la primera vez que las había visto avanzar hacia él por la llanura. Los miembros de los Clanes habían estado preparando una rápida maniobra de cierre sirviéndose de sus equipos de salto, la única arma de la que disponían. Aquellos Elementales se habían cambiado los trajes con gracia y precisión, y aquel piloto librenacido no pudo pensar más que en los saltos de los sapos. El apelativo se había hecho popular entre los esferoides, incluso entre su propia infantería blindada. Los memos de la unidad abandonada utilizaban el nombre para referirse a ellos mismos. No tenían orgullo.

De repente, su rabia le pareció infundada. Ahora estaba entre los Dragones de Wolf. ¿Qué más podía pedir?

La presencia de la nave de observación significaba que el enemigo llegaría pronto, demasiado pronto para que el Punto de Elson tuviese tiempo de hacer especulaciones inútiles y preguntas fútiles a sus mandos. Cortó la discusión y dispersó el Punto entre los escombros, seleccionando sus posiciones para conseguir la máxima protección de lo que él consideraba la ruta enemiga más probable. Volvió al *Thunderbolt* y subió al torso. Examinó el horizonte y vislumbró un resplandor de luz. Subió el circuito de aumento a potencia diez. En efecto, se trataba de una pequeña nube de polvo. Había puesto a trabajar el Punto justo a tiempo. El enemigo se acercaba.

Pulsó un sensor de enlace óptico sobre el casco del *Thunderbolt* y descendió hasta perderse de vista, consiguiendo que gran parte del 'Mech le sirviese de protección contra los escáneres de los BattleMechs que estaban a punto de llegar, como había hecho desde la nave de observación. Se mantuvo al acecho a través del enlace óptico.

El enemigo estaba formado por una sola lanza de 'Mechs ligeros. El más pesado era un modelo que había visto por primera vez hacía poco, un 'Mech humanoide con una silueta casi canina de su cabeza. Elson no tardó en recordar la designación... *Wolfhound*. Los otros eran modelos clásicos de la Liga Estelar: dos *Locusts* con piernas de zanco y un *Wasp*, un 'Mech más humanoide. Avanzaron en formación de diamante con el *Wolfhound* al frente y un *Locust* a cada lado. Por la posición del *Wolfhound* en la formación y su masa significativamente superior, Elson supuso que aquella debía de ser la máquina del jefe de lanza.

Los 'Mechs redujeron la marcha al acercarse al antiguo campo de batalla, examinando los peligros que ofrecía el terreno resquebrajado. Eso era prudencia. Un paso en falso entre los sospechosos escombros podía hacer que la máquina se desequilibrase y tal vez sobrecargara los giróscopos. Un piloto en tales apuros tendría que esforzarse al máximo para impedir que la potente máquina de batalla se estrellase contra el suelo. Eran pocas las ocasiones en que una caída así destrozaba un 'Mech, pero sí podía herir gravemente al piloto, aunque la herida afectase sólo su orgullo.

Elson esperó con la paciencia de un leonaraña newtoniano. Uno a uno, los BatdeMechs llegaron al antiguo campo de batalla. Se movían lentamente, con prudencia. Pero su única preocupación era el terreno, un error que pagarían caro. Elson dejó que alcanzasen lo que él consideraba el centro del campo de 'Mechs antes de salir al exterior.

Pintó el *Wasp* final con su láser, marcando el objetivo principal del Punto. Apuntando con los misiles de corto alcance de la mochila del traje, dio la orden de abrir fuego.

Los cohetes resonaron desde su lanzadera, sacudiéndolo durante los microsegundos que tardó el propulsor de los motores en lanzarlos desde allí. Mientras sentía el calor que envolvía su casco y los misiles se dirigían hacia el objetivo, se complacía en ver varios rastros de humo idénticos emergiendo de otros cuatro lugares casi simultáneamente. Todo su Punto había dado en el blanco.

Las explosiones siguieron a los destellos, y el humo envolvió al *Wasp*, pero antes de ser engullido por una nube cada vez más grande, Elson vio que uno de sus disparos impactaba en la cabeza. Aunque sabía que el disparo no penetraría, disfrutó pensando que el piloto del 'Mech estaría herido. Pero no había tiempo para regocijos. Tenía que irse antes de que los compañeros del *Wasp* reaccionasen.

Se concentró en llegar a la segunda posición sano y salvo. Al tener que buscar refugio entre los BattleMechs despedazados, no pudo ver a los otros miembros de su Punto. Pero el hecho de que los 'Mechs enemigos no contraatacasen lo alivió. El Punto debía de haber pillado a los pilotos de los 'Mechs por sorpresa.

Se arriesgó a echar un vistazo desde su refugio. Su posición sólo le permitía ver a uno de los demás Elementales: Killie. Ahora le hacía señas levantando y bajando la mano cuatro veces para indicar que todos los miembros del Punto estaban en sus posiciones.

Examinó los 'Mechs. El *Wasp* había caído. Era una buena señal. Muy buena. De hecho, era mejor de lo que esperaba. Significaba que su Punto disponía de otra oportunidad. Los demás 'Mechs se habían detenido. No cabía duda de que se habían demorado examinando los escáneres y que estaban aprovechando para averiguar quién había eliminado a uno de los suyos. Elson sonrió despiadadamente. No tardarían en darse cuenta.

El *Wolfhound* permaneció estacionado. Parecía que estaba al acecho mientras los otros dos *Locusts* se lanzaban a la búsqueda. Esquivaron los 'Mechs destruidos, como si temiesen que uno de ellos se levantase y acabase con ellos como un difunto vuelto de ultratumba.

En esas circunstancias, la prudencia era la solución más inteligente, aunque el jefe de lanza no era tan inteligente como él creía. Elson estaba preparado para la reacción del piloto. Al tiempo que recordaba las posiciones asignadas a los miembros del

Punto, hizo un cálculo rápido de la distancia que los separaba de ellos. Grabó sus nuevas órdenes, comprimiéndolas para la retransmisión antes de gritar a su Punto. Tenía que actuar con rapidez si quería evitar que los pilotos de los Mechs localizaran su posición.

—A todas las unidades, vector en *Wolfhound*. Tres minutos para posición de fuego. Atención al brazo derecho. Nueva orden en dos si no se cumple.

Esperó diez segundos antes de retirarse.

Tiempo: un minuto, doce segundos.

Se agachó y se mantuvo a la espera detrás del brazo desmembrado de un BattleMech. Por la izquierda le llegaba el chisporroteo del láser incorporado de un 'Mech. No hubo más explosiones ni fuego: el guerrero debía de estar asustado, disparando a las sombras. No habían abierto fuego a su paso, de lo que deducía que no lo habían descubierto mientras caminaba entre los escombros. El *Wolfhound* seguía inmóvil, observando a sus compañeros de lanza.

Tiempo: dos minutos.

La frecuencia del Punto permanecía en silencio. Y el *Wolfhound* todavía no se movía. Las cosas iban mejor de lo que esperaba.

Tiempo: tres minutos.

Elson salió de su refugio tras activar sus propulsores de salto con fuerza suficiente para deshacerse de los restos. Lanzando su última salva de MCA mientras aterrizaba, volvió a buscar refugio. El resto del Punto también estaba atacando, refugiándose, disparando, retrocediendo. Esta andanada era más débil que la anterior.

Finalmente, el *Wolfhound* reaccionó. Giró sobre la pierna izquierda mientras levantaba la derecha y daba sacudidas hacia adelante disparando su brazo láser. Los misiles de los Elementales impactaron en el brazo, el hombro y el torso del 'Mech en una estruendosa cacofonía. El *Wolfhound* movió el brazo derecho, y el hocico del láser Setanta se abrió como unas feroces fauces y emitió un rayo de energía que envolvió la armadura de combate de Vorner cuando éste se apresuraba a buscar un refugio más seguro. En ese momento se oyó a ambos lados el impacto en el suelo de dos de los láseres incorporados al torso del Mech. El piloto del 'Mech había disparado todas sus armas. Obviamente pretendía eliminar al Elemental que había localizado. Para su desgracia, aquel disparo no fue mejor que los otros.

Elson disparó su láser, una insignificancia en comparación con los gigavatios de energía que el pesado láser Setanta podía lanzar. Pero él era mejor tirador que el piloto del 'Mech. El rayo incidió directamente en el hombro que ya había sido alcanzado por tres de los MCA. Lanzó dos rayos más, uno en el pecho y otro que le dio también en el hombro.

El *Wolfhound* emitió un silbido agudo. Su láser cayó al suelo mientras las bobinas de energía se fundían. El daño que había causado el ataque de los Elementales había

inutilizado el armamento principal del 'Mech.

Elson sonrió.

—Retirada —ordenó a su Punto. Habían cumplido su trabajo. Ahora sólo tenían que agazaparse y sobrevivir.

Elson sintió una alegría despiadada al darse cuenta de la precisión con la que había adivinado la reacción de los pilotos de los 'Mechs durante el ataque. A pesar de saber que ese Punto particular de Elementales había gastado todos sus misiles, los pilotos no podían averiguar si había más Puntos escondidos entre los restos. Aunque quisiesen luchar, los pilotos de los 'Mechs seguían teniendo una misión, que era no destrozarse la infantería atacante.

La fuerza de la lanza había disminuido casi hasta la mitad y era obvio que su jefe no quería perder más. El *Wolfhound* se retiró, aumentando la velocidad a medida que atravesaba el campo sin prestar la menor atención. Los dos *Locusts* lo siguieron. La velocidad les permitiría alejarse de los Elementales. Los 'Mechs desaparecieron en la distancia sin desviarse de su ruta.

Elson pensó que una retirada rápida era la mejor decisión que el jefe de la lanza había tomado en todo el combate.

Mientras los 'Mechs llegaban al pie de las colinas, se preguntó si tendrían más suerte contra el resto de la Estrella de Harold.

Elson se encaramó a lo alto del *Crusader* medio enterrado tras el que había buscado refugio. Se sentó en el torso con las piernas suspendidas en la cavidad vacía que en otro tiempo había alojado una lanzadera de misiles. La lucha se había acabado. Por ahora.

A veinte metros de él, Vorner aliviaba su frustración arremetiendo contra los restos de un 'Mech hecho trizas. Levantó la tapa, se deshizo de su armadura de combate y no tardó en descargar su furia contra el traje. Las patadas no tenían ningún efecto en la armadura de Elemental.

Elson soltó una carcajada. La prueba se había acabado, especialmente para Vorner. Había perdido, técnicamente muerto por el láser del *Wolfhound*. La infantería no disponía de segundas oportunidades como los pilotos de los 'Mechs. Más le habría valido a Vorner que el láser del 'Mech hubiese disparado a la máxima potencia.

En la lejanía, Elson pudo ver el *Wasp* incorporándose después de que los controladores hubiesen abierto el bloqueo electrónico de los mandos. Sin duda, el piloto del 'Mech estaba más disgustado que Vorner. Se suponía que los 'Mechs no podían perder contra los Elementales.

El crujido de la grava indicó a Elson que alguien se acercaba por detrás. No se molestó en dar media vuelta.

—Un Elemental por un Mech. Una buena ganga, ¿*quiaf*? Buen trabajo, candidato Elson.



Al reconocer la voz, Elson movió las piernas a un lado del 'Mech y saltó al suelo hasta encararse con el coronel Griffith Nikkitch. Elson permaneció atento. Había que mostrar respeto al rango, aun cuando el coronel perdía puntos por no utilizar el apellido de Elson.

Nikkitch era un hombre de infantería mediocre y de mediana edad, sin que ninguna de estas dos características supusiese una desgracia. Tenía varias placas de honor y todavía se mantenía erguido. Aunque era de mayor estatura que el resto de la gente, no tenía sangre de Elemental. Incluso cuando no llevaba su armadura de combate, Elson le sacaba una cabeza a cualquier oficial que se le pusiera delante. Esperó a que el oficial se le acercase para comprobar la placa facial del traje y dijo con cierta frialdad:

—Misión cumplida, coronel.

Nikkitch no pareció sorprenderse por los modales de Elson, aunque éste había rayado en la irreverencia. También hablaba mucho en su favor el hecho de que no hubiese prestado la menor atención a la desgarrada armadura de combate de Elson.

—Me imagino que te estarás preguntando por qué se valora al comandante de las operaciones de infantería por su controlador.

—Eso no es asunto mío, coronel.

Nikkitch frunció el entrecejo.

—Debería serlo. ¿Por qué has dividido el Punto de la Estrella?

—El capitán cadete Harold se había equivocado al examinar el campo de batalla, señor.

—Sincero —Nikkitch dio media vuelta e interrogó a los restantes miembros del Punto a medida que éstos iban llegando. Volvió a girarse hacia Elson—. ¿Y viste algo que te había pasado inadvertido?

—Yo ya llevaba armadura de combate cuando él aprendía a hablar en el *sibko*, señor.

—La sabiduría de los Clanes dice que la nueva generación es superior a la anterior.

Nikkitch asintió y se mordió los labios.

—Y Harold no debió escucharte. Seguro que dijo que ya había trabajado en este campo y que conocía las mejores zonas para la emboscada.

Aquella exhaustiva descripción hizo que Elson dudase si el coronel había presenciado la sesión de estrategia de la Estrella.

—Yo había examinado los mapas del campo antes del ejercicio, señor.

—Lo sé —dijo Nikkitch, mostrando así el interés que había prestado a la planificación de la Estrella—. ¿Qué intentas demostrar, Elson?

—Que soy un guerrero, coronel.

—Eres un sirviente.

Elson inclinó la cabeza. Desde fuera del traje no se notaría la tensión que sentía pese a su esfuerzo por contener la ira. Se recordó a sí mismo que su estado de siervo era sólo temporal. Cuando creyó que se había calmado lo suficiente como para poder hablar con tranquilidad, dijo:

—Como usted diga.

—He visto tu códex, Elson. No eres un biennacido. ¿Por qué estás tan alterado? Habla sinceramente.

—Puede que sea un librenacido, pero mi sangre es sangre de guerrero. Conseguí el rango en el clan de los Gatos Nova. Demostré que era un guerrero.

—De modo que te molesta tener que hacerlo otra vez, ¿*quiaf*?

—*Af*, pero soy un sirviente de los Dragones de Wolf y tomo parte en combates. Cumpliré con mi deber.

—Entonces no habrá nada que te impida volver a ser un guerrero.

—Tengo que ser fiel a mi herencia.

Nikkish dio un resoplido y, con un gesto, se dirigió al resto del Punto.

—Bueno, será mejor que confiéis en que el resto de la Estrella siga adelante sin vosotros. Lo que más cuenta son las aptitudes de toda la unidad. Es posible que las aptitudes de vuestro Punto sean altas, pero no servirá de nada si el resto de la Estrella lo estropea todo o pierde por no tener suficiente fuerza. La infantería tiene que trabajar en equipo.

Elson no prestó atención a la reprimenda. Había tomado la decisión correcta.

—Todas las divisiones tienen que trabajar en equipo, señor. Y todas las divisiones tienen que servirse de su fuerza, aplicándola lo mejor posible.

—Cierto —Nikkitch se giró lentamente para observarlo—. Tu códex da fe de que eres muy hábil en estrategia. Supongo que quieres ser oficial.

—Serviré según me permitan mis posibilidades, señor.

—Ya veremos.

Aquello puso fin a la inesperada revista.

Faltaba casi una semana para que se anunciaran las aptitudes. Elson había alcanzado un nivel bastante alto para llegar al rango de guerrero y, para su sorpresa, Harold también. En cuanto Elson hubo dispersado a su Punto, Harold había vuelto a sopesar el consejo de Elson y había hecho lo mismo con su unidad, extendiendo el guantelete por el que tenían que pasar los BattleMechs. El resultado había sido la eliminación efectiva de la lanza por acumulación de daños tras el hostigamiento de los Elementales.

Elson fue citado ante el coronel Nikkitch.

—Harold ha reconocido que fue tu estrategia la que dio la victoria a la unidad. ¿Te sorprende?

Sí que le sorprendía, pero Elson se negó a admitirlo.

—Harold es honrado cuando no ve ninguna ventaja en actuar de otro modo.

Nikkitch sacudió la cabeza, algo confundido.

—¿Eres siempre tan sincero?

—Le pido perdón, coronel.

—Olvídalo.

El coronel indicó a Elson que se sentara. Al ver que la silla que había frente a la mesa era lo bastante grande y robusta, se sentó. El coronel se detuvo por un instante, sin duda para analizar el estado mental de Elson, antes de continuar.

—Estoy muy impresionado con tu actuación, Elson. Fue mucho mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta la intervención de los Gatos Nova en Luthien.

Elson se tranquilizó un poco. Era obvio que el coronel pretendía llegar a algún punto. ¿Por qué no podía hacerlo sin recurrir a los insultos?

—Elson, los Dragones están creando su propia fuerza de Elementales. Sabes muy bien que nos faltan jefes experimentados que sepan cómo dirigir tal fuerza. Necesitamos expertos. Tú has progresado con mayor rapidez que ninguno de los demás sirvientes que capturamos en Luthien y has demostrado ser un experto. —El coronel se detuvo, obviamente a la espera de una reacción. Elson mantuvo la misma cara inexpresiva que había mostrado durante los insultos. La cara de Nikkitch enrojeció de cólera durante unos instantes—. ¿Estarías dispuesto a trabajar conmigo organizando las unidades de los Elementales Dragones?

—¿Significa eso que no estaré al mando?

—¿Temes no volver a ver un combate? —inquirió Nikkitch sonriendo maliciosamente.

Elson le dio la respuesta clave:

—En el combate hay honor.

—Los comandantes de los Dragones no tienen la reputación de sentarse en el campo mientras los demás luchan.

—¿Entonces estaré al mando?

—Sí, y en más ocasiones si así lo quieres. Tienes potencial, Elson.

—Entonces acepto. Trato hecho y bien hecho. —Se irguió y le ofreció la mano.

Nikkitch rió al estrechársela.

—Trato hecho y bien hecho. La ceremonia oficial se celebrará a final de mes, pero deja que sea el primero en darte la bienvenida a nuestras filas, Elson Wolfson.

Elson le soltó la mano. ¡*Wolfson!*

—¿Y ahora qué? —preguntó Nikkitch.

—Conseguí el nombre Gatónova cuando fui destinado a los rangos del clan de los guerreros Gatos Nova. Aunque haya sido aceptado en sus filas, no renunciaré a ese honor.

Nikkitch lanzó un suspiro.

—Esperaba que intentases adaptarte. Ese nombre no te dará muy buena reputación entre los veteranos.

Elson contestó con una mirada contenciosa. Lo que los «veteranos», los Dragones originarios, pensasen de su nombre le traía sin cuidado. Insistieron en la contienda del clan de los Lobos con los Gatos Nova, pero fue un derroche de energía. ¿Qué era lo que realmente les importaba? Todos ellos eran librenacidos que habían demostrado su opinión a los biennacidos. ¿No habían dado la espalda a la herencia de los Clanes? ¿No habían traicionado el sueño de Nicholas Kerensky?

Había que dejar que el nombre de Elson les recordase lo que habían rechazado. Poco importaba que él mismo fuese un librenacido. Había conseguido su honor, su nombre de guerrero. Aquél había sido el primer paso para demostrar la validez de sus genes. Había demostrado a esos Dragones que merecía un nombre de guerrero. Ahora les dejaría claro que merecía más.



El tribunal designado para la Revista de Mercenarios y la Comisión de Vínculos desfiló hacia el interior de la sala. Los tres primeros miembros tenían un aspecto severo, casi sombrío. El cuarto y último en entrar, el coronel Wayne Waco, se mostraba petulante, como si se alegrase por algo que sólo él sabía. Sí, aquél era Wayne Waco, el mismo cuyos Guardianes de Waco pedían una contienda de sangre con los Dragones. Su presencia en el tribunal era inevitable. Según la nueva normativa de la comisión, un tribunal de investigación debía contar siempre con un jefe mercenario entre sus miembros, y el coronel Waco había salido en la rotación. Los Dragones ya se habían servido de su veto para destituir al representante del Condominio Draconis. A pesar de la presencia de los Dragones en el asedio de Luthien, el coronel Jaime Wolf seguía afirmando que los Dragones estaban en lucha con la Casa Kurita, los dirigentes del Condominio. A diferencia de los Guardianes, los Dragones nacidos en los Clanes entendían las contiendas de sangre real con tanta precisión como los neosamurais de la Casa Kurita. Un kuritano en el tribunal habría sido más perjudicial que el desagradable veterano líder de los Guardianes.

Pese a la presencia de Waco, parecía que el tribunal sería indulgente con los Dragones. Ambos representantes de las Grandes Casas pertenecían a facciones que deseaban el bien para los Dragones. El barón Humfrey Donahugue de la Casa Davion había sido uno de los negociadores del contrato que había llevado a los Dragones del Condominio a la Federación de Soles en 3028, a principios de la Cuarta Guerra de Sucesión. Era tan amigo de los Dragones como podía serlo uno de sus clientes. El otro representante de una Casa era el *Freiherr* Rolf Bjarnesson de la República Libre de Rasalhague (RLR). Con Rasalhague prácticamente bajo el dominio de los Clanes, el gobierno de la RLR buscaba ayuda y simpatizantes en cualquier lugar donde todavía estuvieran dispuestos a escucharlos.

El tribunal estaba presidido por la consabida oficial de ComStar, una tal Merideth Ambridge. No sabía cuál era su título oficial. Un año antes se la habría llamado adepta, pero ComStar había experimentado algunos cambios. La mayoría de sus

actuales miembros eran un poco susceptibles en cuanto al uso de los títulos místicos en los que tanto habían insistido en el pasado. Fuera cual fuere su título, Ambridge parecía objetiva y de actitud abierta durante las vistas. Ordenó que se abriese la sesión con un golpecito en la libreta táctil que tenía junto a ella, provocando un ruido similar al de un gong que repicase para acallar los cuchicheos.

—Solicito que el representante de los Dragones de Wolf se presente ante el tribunal —dijo.

El coronel Jaime Wolf se levantó de su asiento. Si se sentía intimidado por la augusta asamblea y su aire solemne, no lo demostró. Caminó con elegancia hacia el espacio abierto que lo separaba de la mesa y enseguida mostró una gran atención. La edad no había perturbado su porte militar. De hecho, mientras examinaba al tribunal con la mirada, parecía que fuesen ellos los enjuiciados. Incluso la representante de ComStar se sobresaltó al topar con la mirada de Wolf.

—Coronel Wolf —dijo vacilante—, no esperábamos verlo aquí. Esta demanda sólo atañe a un batallón del regimiento Gamma.

—Si atañe a un solo batallón Dragón, señoría, me atañe también a mí.

—Fia dicho lo mismo durante años —comentó Waco con desdén.

El Lobo hizo caso omiso de sus palabras. También lo había hecho así durante años.

Ambridge carraspeó y habló con voz entrecortada y nerviosa:

—Entonces tenemos que suponer que acepta el juicio de esta comisión. El comandante de registro de la unidad firmó el documento que acataba la recomendación del tribunal. Al presentarse ante este tribunal, asume personalmente esta obligación.

—Correcto.

—Si está dispuesto a asumir la responsabilidad, esto afectará a toda su división de asesinos.

Waco parecía un gato salvaje a punto de atacar. Si hubiese tenido cola, no habría dejado de moverla.

—Coronel Waco, no está usted en el uso de la palabra —intervino el barón Donahugue. El viejo y gordo diplomático parecía indignado—. El juicio afecta sólo a la unidad citada y a su jefe inmediato.

El *Freiherr* Bjarnesson y Waco se pusieron a hablar al unísono, de modo que Ambridge tuvo que volver a golpear su libreta táctil. El gong ahogó sus palabras.

—Pese a la declaración del estimado coronel Waco —dijo la oficial cuando se restableció el silencio—, éste no tiene toda la razón. Coronel Wolf, ¿entiende usted que las sanciones recomendadas van dirigidas a la unidad involucrada y a su jefe? De modo que al ocupar el lugar del comandante Kantov, usted se responsabilizará de las obligaciones punitivas que afecten a la totalidad de los Dragones.

—Estoy de acuerdo.

—No tiene por qué hacer esto, coronel —dijo—. El comandante Kantov era el que se encontraba al mando. Él es el oficial en jefe de registro, según la demanda.

A mi lado, Kantov se revolvió en su asiento. Podía oler la pestilencia del sudor que le provocaban los nervios. En el centro y ante la presencia de todos, el Lobo no cedía.

—Él es un Dragón y, por lo tanto, está bajo mis órdenes —fue su respuesta.

Ambridge parecía sentirse incómoda. No hacía falta tener genes de científico para imaginar que el veredicto perjudicaría a los Dragones. Hasta Kantov lo sabía.

—Muy bien —convino Ambridge.

—Un momento, señoría —dijo pausadamente el barón Donahugue. Ambridge giró la cabeza y lo observó extrañada—. Me gustaría hacer una pregunta al coronel Wolf, dejando al lado el registro, por supuesto. —Ambridge asintió con la cabeza y el coronel se giró hacia el Lobo—. Coronel, aplaudo su lealtad a las tropas, pero tal vez quiera reconsiderarlo.

—Eso no es una pregunta —reaccionó Waco—. No intente convencerlo de que abandone.

El barón cambió de posición, dejando claro que no tenía nada que ver con Waco.

—Me disculpo ante la comisión. El estimado coronel tiene razón; no he formulado ninguna pregunta. Lo diré de otro modo. Coronel Wolf, ¿no dejará que el comandante Kantov se responsabilice de sus actos y reciba su veredicto?

A mi lado, Kantov empezó a inquietarse.

—La unidad defendía el nombre y los colores de los Dragones —contestó Jaime Wolf.

El barón no comprendía muy bien por qué el Lobo hacía aquello, pero su expresión de desengaño mostraba que entendía la respuesta de Wolf como una negativa. No me sorprendió la confusión del barón. Él era un político, no un guerrero. Los políticos no entienden de asumir responsabilidades.

Ambridge esperó hasta que el barón asintiera antes de volver a golpear su libreta táctil.

—Esta comisión declara a la unidad mercenaria conocida como el batallón de Kantov del regimiento Gamma de los Dragones de Wolf culpable de incumplimiento de contrato. También se alegan cargos adicionales de insubordinación, uso inadecuado de las instalaciones públicas, robo y cobardía en presencia misma del enemigo. En este sentido, la empresa, la duquesa Kaila Zamboulos y la Casa de Marik han tenido que actuar en el marco de las expectativas y prácticas de rigor.

»Al empezar el juicio, ambas partes acordaron someterse al veredicto de la comisión. La comisión ha decretado una indemnización razonable. El registro hará constar que el coronel Jaime Wolf ha comparecido como comandante en jefe de la

unidad mercenaria inculpada. ¿Se compromete todavía a someterse al veredicto, coronel Wolf?

—En nombre de los Dragones, me comprometo a aceptarlo.

Kantov lanzó un profundo suspiro. Parecía relajado, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. La mayor parte del jurado se dio cuenta de su reacción. El coronel Waco era el único que no parecía indignado. Ambridge se esforzó en disimular su malestar antes de reanudar la sentencia.

—Los que se han congregado hoy aquí serán los primeros en oír la decisión de la comisión, pero no serán los últimos. ComStar difundirá el veredicto y lo anunciará en todas las estaciones de la bienaventurada orden. Que la luz de la verdad ilumine nuestras vidas. —Se detuvo para recuperar el aliento—. Esta es la decisión unánime de la comisión: la obligación de pago quedará a cargo de ComStar por solicitud de la duquesa Zamboulos y deberá ser cumplida en su totalidad por los Dragones. Todos los bienes y posesiones puestos a su servicio deben ser devueltos a los agentes autorizados de la duquesa o del gobierno de la Liga de Mundos Libres. Además, deberá pagarse al denunciante la indemnización adicional de cien millones de billetes C. Estos fondos se reunirán a partir de una reducción del diez por ciento en materia de ingresos mercenarios de la unidad en cuestión, los cuales, por el compromiso de responsabilidad del coronel Wolf, deberán ser sustraídos en su totalidad a los Dragones de Wolf.

»El oficial responsable de la unidad será sometido a una prohibición de contrato durante un año. En caso de participar activamente en un contrato como comandante de batalla o en un cargo público, la prohibición pasará a ser permanente y el inculpado será declarado criminal de guerra según lo establecido en las convenciones de Ares, con el derecho del denunciante de interponer una acción judicial civil o criminal.

»Si la unidad y los oficiales en cuestión se niegan a acatar el veredicto, la comisión recomienda que los signatarios de la Revista de Mercenarios y la Comisión de Vínculos sometan a los mercenarios a prohibición. Estas estrictas recomendaciones responden a la gravedad de la situación. Coronel Wolf, ¿acepta usted el veredicto de esta comisión?

—Señoría, las acciones de cualquier mercenario afectan a la reputación de todos los mercenarios. Aunque los Dragones de Wolf han tenido siempre una reputación de honradez y un servicio impecable con sus clientes, nuestra actuación en el último contrato ha sido pésima. En el futuro, los Dragones enmendarán su forma de negociar. Lo ocurrido con el batallón de Kantov ya es cosa del pasado y nada puede cambiarlo. La comisión ha llevado a cabo una investigación exhaustiva e imparcial sobre el asunto y ha dictaminado un veredicto justo. No puedo hacer más que aceptar este juicio.



Su voz sonaba firme y pausada, pero me pareció detectar un tono indicador de que el tema no quedaba zanjado.

—Gracias, coronel Wolf —dijo Ambridge—. Se cierra la sesión.

Los miembros de la comisión salieron desfilando de la sala por la misma puerta por la que habían entrado. Mientras el grupo de Marik se dirigía hacia la salida principal, el presidente del consejo se acercó a Jaime Wolf.

—No era nuestra intención involucrarlo personalmente, coronel Wolf. Espero que no guarde rencor a la Liga de Mundos Libres ni a la noble Casa de Marik por esto. Sólo queríamos que se hiciera justicia.

—Han obtenido justicia, presidente. Y obtendrán más —respondió el Lobo con su acostumbrada calma.

El presidente se irguió.

—¿Es eso una amenaza, coronel Wolf?

—Una promesa.

El presidente debió de pensar que las palabras de Wolf iban dirigidas a él y a su estado, pero yo sabía hacia dónde miraba. Tenía la mirada clavada en Kantov. Jaime Wolf hizo caso omiso de la discreta retirada del presidente. Cuando todos los Dragones hubieron abandonado la sala, el Lobo hizo una seña a Kantov para que se acercara.

—Kantov, usted es de la Esfera Interior, pero ha estado con los Dragones lo suficiente para entender algunas de nuestras costumbres menos conocidas por el público.

—Por supuesto, coronel. Y créame, se lo agradezco. Esos mariquitas de Marik se han metido en el bolsillo a los repipis de los diplomáticos. Habría sido distinto si ese Waco no hubiese escupido veneno en sus oídos. Le agradezco mucho que haya comparecido en nuestro nombre.

El Lobo detuvo el torrencial de palabras:

—¿Ha oído hablar del Juicio de Agravio?

—¿De qué? —Kantov palideció bajo su tez morena y su oscura barba. Volví a sentir su sudor—. No estará usted hablando de...

El Lobo sonrió con severidad.

—Como desafiado, puede escoger entre una lucha aumentada o no. Con su diferencia de edad y tamaño, la tradición de los Dragones me permitirá proclamarlo ganador si rechaza el aumento. Pero le aseguro que si escoge el combate aumentado, yo no pediré BattleMechs de equivalente tonelaje. Puede usar su *Awesome*.

El *Awesome* de Kantov era una máquina de asalto. Debía de pesar veinte toneladas más que el pesado *Archer* de Wolf. Veinte toneladas que darían ventaja a Kantov.

—Cuando haya tomado una decisión, informe al teniente Cameron. Él le hará

saber el campo de batalla que he escogido. Hasta entonces, manténgase alejado de mi vista.

—Espere, coronel —intervino el coronel Parella, jefe de Gamma. Parecía molesto—. ¿No está llevando las cosas demasiado lejos?

El Lobo se giró y lo miró fijamente. No me habría gustado ser el objeto de esa mirada.

—Ni siquiera usted tiene el puesto asegurado, coronel. Si hubiese hecho su trabajo, no habría habido problemas.

—Usted nos dio licencia para dirigir nuestros regimientos como creyéramos conveniente.

—Yo también cometo errores —dijo Jaime Wolf con frialdad.

—Bueno, pues creo que ahora está cometiendo uno.

—¿Eso cree, coronel Parella? —el Lobo vaciló durante unos instantes—. Puede que tenga razón.

Jaime Wolf giró sobre sus talones y se dirigió a la salida. Fui tras él.

—Coronel Wolf —mi voz sonó entrecortada y frágil. Estaba confuso, pero esperaba que pensase que quería hablar en privado—, no entiendo por qué primero se responsabiliza del castigo de Kantov y luego lo desafía. Si...

—Tienes que ver las cosas desde un punto de vista más amplio. Tengo otras preocupaciones aparte de los problemas de un regimiento. Aunque quisiera, no podría solucionar los problemas de Gamma, ni siquiera expulsando a todos sus miembros a la vez.

—¿Y qué me dice del Juicio? Kantov es mucho más joven que usted y el *Awesome* supera con creces a su *Archer*.

El Lobo soltó una carcajada.

—No te preocupes, Brian. No habrá combate.

—¿Quiere decir que estaba actuando?

Me sentí más confuso que nunca. Si lo que pretendía con el desafío era mostrar a la gente que desaprobaba a Kantov, o al menos sus acciones, aquella actuación estaba fuera de lugar. Los únicos que habían presenciado la escena eran los Dragones.

Jaime Wolf sacudió la cabeza.

—El desafío era totalmente cierto. Cuando he dicho que no habrá combate, me refería a que Kantov no estará aquí cuando llegue el momento del Juicio.

Dejé de caminar, perplejo. No era posible. ¿Acaso el Lobo dispondría de algún agente para eliminar a Kantov? Cuando se dio cuenta de que no lo seguía, se detuvo y se giró hacia mí.

—No me malinterpretes —dijo el coronel Wolf adivinando la dirección de mis pensamientos—. Kantov es un cobarde. Huirá para no luchar.

Me alivió pensar que mis sospechas de que el Lobo no respondía a la idea que me

había forjado de él eran meras imaginaciones. Recordé los principios que exponía en sus libros de estrategia y táctica, especialmente los que enseñaban que era necesario conocer bien al enemigo. El Lobo era un maestro en el arte de conocer a los enemigos, un impecable juez de los hombres. Si creía que Kantov escaparía era porque realmente escaparía. Una vez restablecida mi fe en el honor de Wolf, reanudamos la marcha.

El Lobo me guardaba otra sorpresa:

—En cuanto el coronel Blake acabe de revisar el informe de la comisión, facilítale la lista de despidos junto con sus recomendaciones de reemplazos para completar las vacantes de Gamma.

—¿Despidos? ¿Reemplazos?

—Los matones del batallón de Kantov han desaprovechado su oportunidad. Los que no intervinieron en las acciones del batallón las aprobaron. Las trampas se acabaron con ellos. Si los Dragones no somos capaces de ir más allá de la deshonra de una empresa, entonces no somos más que una pandilla de piratas, y yo no permito bandidos en mi equipo. Los Dragones son mejores que eso. Tenemos que ser mejores.

Me asombró el fervor de su voz.

—Lo dice como si quisiera demostrar algo, coronel.

—Siempre hay algo que demostrar.

Salimos del salón para afrontar la multitud de periodistas.

## §

El Lobo estaba en lo cierto; no hubo Juicio de Agravio. Kantov desapareció de su cuartel y, una semana después, las fuentes del coronel Blake le informaron de que había escapado en una Nave de Salto en dirección a la Confederación de Capela. Kantov había encontrado un nuevo emplazamiento entre los Guardianes de Olson, un regimiento mercenario al que no importaba demasiado la presencia de un antiguo Dragón, aunque fuese uno caído en desgracia. Por lo que oí en el salón público, Kantov podía subir la moral de los Guardianes. Algunos de sus simpatizantes también abandonaron Outreach. La mayoría se dirigió al espacio capelense con Kantov, pero algunos se unieron a la primera unidad que quiso acogerlos. En dos semanas, ninguna de las personas que aparecía en mi lista de despidos se encontraba ya en Outreach.

Estaba contento, no sólo porque aquello reducía el número de despidos en mis archivos, sino también porque los Dragones se habían desecho de ellos. Sin embargo, todavía teníamos que solucionar la cuestión del legado de Kantov.

Al principio, el Lobo se tomó bien su exilio del combate. Se sumergió en el trabajo que decía que era necesario hacer. La sentencia de la comisión no le impidió intervenir en las operaciones de negocios de los Dragones. Cuando no se ocupaba de ellas, revisaba las instalaciones de entrenamiento, regulaba las estrategias de clase y seguía el progreso de casi todos los que eran instruidos en Outreach, desde los esferoides eventuales hasta los *sibkos* de entrenamiento. También pasaba buena parte del tiempo con los científicos y los profesores.

Yo me dedicaba casi por completo a las solicitudes y las propuestas. Aunque intentaba convencerme de que todo aquello tenía su importancia, debo confesar que prestaba más atención a los comunicados de Blackwell. Yo era un Mech Warrior joven, y la Blackwell Corporation era ahora nuestra principal suministradora de armamento. Después de todo, las nuevas tecnologías son mucho más interesantes que las transferencias de personal, las evaluaciones de grados y las solicitudes de piezas de recambio. No entendía muchas de las especificaciones técnicas para las nuevas fábricas, pero valoraba los avances de algunas de las modernas máquinas que saldrían

de esas fábricas. Ya que no podía luchar, al menos podía estar a la última en tecnología.

El Lobo tampoco trabajaba, aunque los Dragones sí. Tenían que hacerlo. La pena de la comisión implicaba tener que negociar muchos más contratos para mantener el flujo de ingresos que Jaime Wolf exigía. Este pasaba mucho tiempo entre las paredes revestidas de mármol de la Sala de Contratos. Yo entendía la atención que prestaba a la organización de los contratos de los Dragones. Tener unidades de combate esparcidas por toda la Esfera Interior hacía que la coordinación fuera vital. Lo que no entendía era por qué dedicaba tantas horas al control incondicional de los mercenarios no afiliados que llegaban a Outreach.

La motivación de éstos era más obvia. Querían el sello de aprobación de los Dragones para sus unidades. A pesar del veredicto de la comisión, éste no había conseguido disminuir la reputación de los Dragones entre los soldados asalariados de la Esfera Interior. Lo cierto es que nuestra reputación mejoraba. Quizás así nos veían más humanos. Seguro que se daban cuenta de que estábamos dispuestos a reconocer y enmendar nuestros errores. Fueran cuales fueren sus motivos, los mercenarios iban llegando y Jaime Wolf les pasaba revista.

Los que aceptaba eran incorporados temporalmente a las filas recomendadas de los Dragones como subcontratistas de la Brigada Negra y los Caballeros de Carter. A veces tenía la sensación de que el Lobo no era tan exigente en cuanto al honor de esos mercenarios como debería haber sido. Intenté ser comprensivo; después de todo, no eran Dragones. Pero mi preocupación por aquellas unidades no era nada comparada con la repugnancia que sentía por algunas colecciones de reliquias de MechWarriors que guarnecían la tienda a la salida del salón. Se trataba de gente como Kantov, que se servía del atractivo de la contratación organizada para ofrecer gangas a futuros clientes. No entendía por qué el Lobo permitía aquello en el planeta. Sólo conseguía que tanto los clientes como aquellos patrocinados por los Dragones se desentendiesen de nuestra operación.

—Inevitable —contestó el Lobo cuando se lo pregunté—. Necesitamos una ciudad abierta al libre comercio. Dejarlos fuera sería discriminatorio y haría que perdiésemos nuestra reputación de justicia. Mientras paguen el alquiler se pueden quedar. Pero nunca verán el otro lado de la montaña.

«El otro lado de la montaña» era donde los Dragones entrenaban, el mayor continente de Outreach donde en una ocasión la vieja Liga Estelar había celebrado las Olimpiadas Marciales. También se conocía como el «Interior», en contraposición al «Mundo», el continente más pequeño del planeta en el que se llevaban a cabo las gestiones públicas. El Interior tenía otras finalidades que no detallaré ahora. Los extranjeros sólo podían acceder con escoltas, y hasta los vuelos orbitales tenían prohibida la entrada por miedo a un ataque. Si Outreach era nuestra casa, el otro lado

de la montaña era nuestro emplazamiento privado.

Los miembros de la Lanza de Mando de Jaime Wolf teníamos acceso al otro lado de la montaña, aunque no el suficiente. La Lanza de Mando de Wolf era una lanza reforzada de seis BattleMechs que estaba preparada tanto para combate como para las funciones de escolta. Pero los escasos permisos de Wolf nos mantenían a todos al margen, a pesar de que de vez en cuando todos los miembros de los Dragones teníamos la oportunidad de perfeccionar nuestras técnicas de combate. Cada cierto tiempo cambiábamos la rutina del deber civil por los ejercicios de entrenamiento.

Estos ejercicios me permitieron acostumbrarme a mi nuevo *Loki*. Con sus sesenta y cinco toneladas, era el 'Mech más grande que jamás había pilotado. De haber tenido una estructura de combate normal, probablemente me habría adaptado enseguida. Era el equipo destinado a mis funciones de oficial general lo que complicaba la situación. Mi *Loki* contaba con una extensa red de comunicaciones y un equipo electrónico que lo hacía más funcional para el mando del regimiento en una batalla móvil que muchos centros de mando esferoide. Seguramente un oficial de comunicaciones esferoide se moriría de envidia si pudiese ver su fuerza y concisión.

A veces me preguntaba cómo habría pilotado la máquina el fundador William. Como uno de los Dragones originarios, debía entender más sobre OmniMechs que ninguno de los de mi generación o de los contratados. Los OmniMechs eran tecnología de los Clanes y, por lo tanto, eran nuevos para nosotros. Pero los Dragones tenían unos cuantos. Pilotar una de esas naves era un privilegio y un honor. Yo intentaba estar a la altura.

Puedo decir, sinpreciarme por ello, que mis habilidades con el 'Mech mejoraban en cada sesión. Me habría gustado mostrar la misma seguridad fuera de la máquina. Como oficial de comunicaciones tenía que conocer gran cantidad de señales. Tardé semanas en distinguir los signos de llamada y las unidades a las que pertenecían. El hecho de que los Dragones cambiasen la composición y la organización estructural de las unidades casi a diario daba lugar a confusiones. Algunas de las reestructuraciones eran inevitables, pero había disposiciones que eran claramente experimentales. A veces tenía la sospecha de que el Lobo realizaba los cambios sólo para distraerse. O tal vez le divertía verme cometer errores.

Al menos conmigo tenía paciencia. Nunca me hacía trabajar horas extras más de dos veces al mes. Sin embargo, no todos los miembros del equipo tenían la misma suerte. A algunos los presionaba cada vez más y siempre encontraba fallos en lo que hacían. Quizá sus frustraciones se debían tanto a su inactividad como a cualquiera de los fallos por parte de sus subordinados. Siendo objetivo, a menudo pensaba que los empleados no merecían todas las reprimendas que recibían.

Dicen que un buen oficial de comunicaciones es invisible, un filtro transparente para su jefe. Tal vez. Sé que a veces me sentía como una máquina más en el centro de

mando. A medida que pasaban los meses, tenía la sensación de que para él no era más que una extensión de los enlaces de comunicación por radio, láser, fibra óptica e hiperondas que cubrían la distancia entre él y sus tropas. Con la intención de convertirme en un buen oficial de comunicaciones, me repetía que no debía preocuparme, que me tomara ese tipo de trato como un cumplido. Me repetía que no me importaba y, de hecho, lo creí hasta la primera vez que me llamó William.

Me quedé petrificado. ¿Acaso el Lobo no podía soportar tanta tensión? Había oído que a veces la gente mayor vivía en el pasado, veía lo que lo rodeaba como si estuviera en otro tiempo y en otro lugar y hablaba con aquellos que habían muerto hacía tiempo. ¿Acaso el Lobo era tan mayor como para caer presa de tal debilidad de la carne? Se había vuelto irascible, otro rasgo común a los veteranos. No sabía qué pensar. Los guerreros no suelen tener una esperanza de vida muy larga y yo tenía poca experiencia con gente mayor.

Busqué a Stanford Blake, con el que me había mantenido en contacto durante nuestro servicio a Jaime Wolf. El veterano oficial de inteligencia me había ayudado en tantas ocasiones que ya había perdido la cuenta. Acudía a él cada vez que estaba confuso. Aunque era mucho mayor que yo, me parecía un buen compañero. Era de trato afable y me hacía llamarlo Stan siempre que no hubiera clientes delante.

Aquel día lo encontré estudiando los informes del despliegue del regimiento Alfa en su asalto a Brighton, en la Comunidad de Saint Ivés. Los capelenses habían ofrecido una prima de contrato, por la que se comprometían a pagar los servicios del regimiento entero cuando en realidad la misión no requería más que un batallón reforzado. Stan me había dicho que sospechaba que los capelenses habían falseado la situación. El regimiento Epsilon actuaba de guarnición en Relevow, un sistema que se encontraba a sólo un salto de distancia. Los capelenses eran famosos por su picardía, y yo sospechaba, por los comunicados que me habían ordenado hacer llegar a su consola, que Stan intentaba encontrar algún indicio de que los capelenses estaban preparando un golpe descabellado.

—¿Has encontrado alguna pista? —pregunté mientras golpeaba el separador que había entre su despacho y la planta principal de operaciones. A pesar de mi estado de agitación, debía mostrarme respetuoso con las preocupaciones de mi superior.

—Todavía no —murmuró despreocupadamente. Me indicó que entrase sin desviar la vista de la pantalla de datos. Esperé, reticente a interrumpir sus pensamientos. Después de escanear unos cuantos documentos, detuvo la pantalla, se echó hacia atrás y me sonrió—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tú has estado con el Lobo desde el principio, ¿no?

—Sí. —Stan me observó pensativo—. ¿Qué pasa ahora?

La facilidad con la que advirtió mi estado de agitación me molestaba, aunque tal vez no tuviera motivos para estarlo. Noté el tono defensivo de mi voz al hablar.

—¿Quién ha dicho que pase algo?

—Tú —repuso Stan con demasiada ligereza—. Siempre que pasa algo que no entiendes, empiezas con alguna frase del tipo «desde el principio». ¿Por qué no te sientas y me cuentas lo ocurrido?

Me senté.

—¿Se trata de Jaime? —preguntó.

—No exactamente. El Lobo...

—Deja de llamarlo el «Lobo».

Me eché hacia atrás, sorprendido.

—Así es como lo llaman en todos los *sibkos*.

—Bueno, ellos tampoco deberían hacerlo. Pero no podemos dictar una orden para que no lo hagan. Por aquí, donde él pueda oírte, llámalo coronel Wolf o sólo coronel. William solía llamarlo así.

—¡Pero yo no soy William!

Mi repentina vehemencia lo sorprendió.

—Así que se trata de eso.

—¿Qué?

—Esperaba que esto ocurriera. —Stan sacudió lentamente la cabeza, con una triste sonrisa en la cara—. De algún modo, me sorprende que no haya ocurrido antes.

Por lo que pude deducir, él también estaba preocupado por el Lobo. Mis temores eran justificados. El Lobo era viejo, mayor de setenta años, tal vez se acercara a los ochenta. Era más viejo que cualquier otro comandante en jefe de los Dragones y ahora parecía que finalmente sucumbía a los irrefrenables efectos de la edad. No sabía lo que aquello presagiaba. Si el Lobo decaía, ¿qué ocurriría con los Dragones? La mayoría de la gente parecía tener claro que su hijo de sangre MacKenzie se haría cargo de los Dragones. Pero MacKenzie Wolf no era su padre. Le faltaba... algo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté con un hilo de voz.

Stan se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Estaba perplejo. La despreocupada actitud de Stan era tan molesta o más que la decadencia de Wolf.

—¿Cómo es posible?

—Pasará. Tú estás haciendo el trabajo de William casi mejor de lo que él lo hizo jamás. Con eso bastaría. Pero tu parecido con él hace que sea casi inevitable confundirte. Me sorprende que yo mismo no lo haya hecho. No te preocupes, pronto dejarás tu propia huella.

—¿Mi qué?

Enrojecí. No había entendido la explicación de Stan. Mientras yo me preocupaba por la senilidad del hombre que todavía estaba al mando de los Dragones,



moldeándolos como un ceramista trabaja el barro, Stan había visto la realidad. Había sido *demasiado* bueno siguiendo los pasos del fundador. Mi único fallo había sido interpretar una confusión de la lengua como una manifestación de una mente confundida.

Como los mayores solían recordarme, todavía era joven.

—Lo superarás, Brian. Todos crecemos teniendo que luchar contra el pasado de otra gente; tenemos que ser nosotros mismos en lugar de una imagen de perfección impuesta o, incluso, la imagen de nuestros padres de sangre. ¿No sabías a lo que te exponías cuando participaste en la competición de Nombre de Honor?

—Supongo que no.

—Pero lo estás aprendiendo ahora, ¿no? —dijo Stan. Asentí con la cabeza—. No tengas miedo de crecer. Es el único camino para llegar a ser tú mismo en lugar de la idea que alguien tiene sobre quién deberías ser. —Su seria expresión se mezcló con una sonrisa. Se echó a reír y agregó—: Dejémonos ahora de filosofías si no queremos que nos expulsen de los guerreros. No estoy preparado para ello. ¿Has recibido ya alguna señal del mando de Beta?

La repentina pregunta de Stan me recordó que yo también era un guerrero. Aparté a un lado mis sentimientos y mis preocupaciones y me incorporé en la silla.

—Se dirige hacia tu plataforma de comunicaciones a las 1130. La coronel Fancher informa de que no ha habido cambios en el planeta desde la escaramuza inicial con la milicia planetaria. Espera que se complete la defensa de la cabeza de puente hacia el amanecer local. Será entonces cuando aumente la patrulla.

—¿Hay noticias de la actividad kuritana en el continente?

—*Neg.*

—Cuesta creer que las Serpientes no se hayan lanzado todavía sobre Beta —repuso Stan, ceñudo.

—Las señales interceptadas del Condominio indican actividad aeroespacial detrás de la luna más cercana. He adjuntado el informe de inteligencia al informe de la coronel Fancher.

Dejó de fruncir el entrecejo para esbozar una sonrisa.

—Se supone que soy yo el que me encargo de la interpretación.

—No se trata de una interpretación, Stan. Sólo he informado de las señales y los códigos de procedencia.

—Si vuelven a formar en la luna, es posible que estén planeando un contraataque. Alerta a Fancher.

—¿Además de la retransmisión de la interceptación?

—No, no creo que haga falta. Alicia llegará a la misma conclusión que yo. —Stan soltó una carcajada—. William habría enviado primero la retransmisión.

Aunque lo hacía desenfadadamente, seguía comparándome con el fundador. Opté

por la formalidad.

—Soy yo el que me encargo de facilitar el trabajo de mando, señor.

Volvió a reír.

—Y lo haces bien. Gracias, Brian.

Su buen humor era contagioso. De repente, mis sentimientos por recibir el nombre del fundador William me parecieron infantiles. Estaba haciendo mi trabajo. *Mi* trabajo. Y lo hacía bien. Aunque el elogio no procediera de Wolf, sino de Stan, me sentía mejor.

## 6

Para Dechan Frase, los jardines eran lo más maravilloso por su composición ingeniosamente salvaje. Cada arbusto se escogía, plantaba y podaba para conseguir algún efecto. Aquí se veía un enredo de matas y flores silvestres que en cualquier otro planeta podría haber sido una selva si no se advertían las solitarias floraciones de azucenas de fuego kiambenses; allí se veía un trozo de Alshain en el que una aglutinación de fina roca recordaba los chapiteles y minaretes de la capital de aquel planeta. Durante sus años en el Condominio Draconis, Dechan había aprendido a apreciar la tradición artística en la que un lugar o, mejor dicho, el ambiente de un lugar se adivinaba por una forma, una silueta o una sombra. Incluso había empezado a entender cómo era posible que algunos de los mejores arquitectos de esos oasis fueran guerreros.

El Condominio estaba dominado por la Casa Kurita, y los kuritanos mantenían la tradición guerrera al estilo de los antiguos samurais. Como aquellos antiguos samurais, lo mejor y más destacable del Condominio eran tanto los temibles guerreros como los sutiles artistas. Aquel jardín, diseñado por Takashi Kurita, era parte de la tradición. Takashi era el Coordinador del Condominio, su absoluto gobernador y la reencarnación del mítico Dragón. Aunque había dejado a su hijo Theodore, el *Gunji-no-Kanrei*, a cargo de los aspectos militares de su gobierno, Takashi había sido un formidable MechWarrior en su juventud. De hecho, todavía era un MechWarrior, ya que hacía poco que había dirigido a sus guardias de élite en la crucial batalla contra los invasores de los Clanes en el asedio a Luthien. Pero Takashi también era un artista. El jardín era una sutil expresión del control impuesto por la humanidad sobre el caos de la naturaleza, además de una insistente pero también sutil afirmación del dominio del Coordinador sobre los numerosos planetas del Condominio.

El camino que seguía Dechan descendía hasta una hondonada y cruzaba un puente de madera con arcadas. El murmullo de la corriente le pareció un sonido tranquilo y reconfortante mientras subía la rampa y rodeaba un montículo cubierto de

musgo y rocas de cuarzo rosado. El camino continuaba alrededor del saliente. Dechan caminaba lentamente, reacio a abandonar la calma del pequeño valle. Al girar la esquina, vislumbró algo que lo hizo parar en seco.

A pesar de lo asombrosa que era, la inmensidad del BattleMech al principio no parecía estar fuera de lugar. Su descomunal estructura casi humanoide estaba rodeada por un arco de ramas. La sombra de sus hojas salpicaba la brillante superficie azul de la máquina. Un ribete de oro destacaba algunos segmentos de la armadura del 'Mech y perfilaba los componentes seleccionados. La pesada cobertura de la lanzadera estaba envuelta en una lista dorada, que otorgaba a la máquina su característico perfil encorvado de hombros hasta la inclinación de la parte frontal del torso central. Era un *Archer*, un BattleMech de setenta toneladas diseñado principalmente para servir de apoyo en el ataque, aunque también era un formidable luchador en otros sentidos.

Dechan no necesitaba ver el disco rojo con la cabeza negra del lobo en el muslo izquierdo para reconocer el 'Mech. A pesar de que algunos detalles no se correspondían con sus recuerdos, las diferencias no eran muy relevantes. No le cabía la menor duda de quién era el propietario del *Archer*. Jaime Wolf.

Pensó que tal vez eran ciertos los rumores de que Takashi se estaba volviendo a obsesionar con los Dragones.

El mensajero de Takashi le había dicho a Dechan que siguiera ese camino, lo que significaba que el Coordinador quería que viera el *Archer*. Si Takashi había citado a Dechan por su antigua relación con los Dragones, ¿por qué no había invitado también a Jenette? Dechan suponía que las Fuerzas Internas de Seguridad (FIS) del Condominio estaban contentas de que él y Jenette hubiesen roto todo vínculo con los Dragones hacía tiempo. Pero si Takashi volvía a perseguir a los Dragones, tal vez ni siquiera la seguridad de las FIS fuera suficiente protección.

¿Los ayudaría Theodore? Se suponía que Dechan y Jenette formaban parte de su *shitenno*, el círculo interno de consejeros. Pero ¿podría Theodore protegerlos de su padre si el Coordinador decidía que eran espías de los Dragones e insistía en matarlos?

La amenaza resultaba irónica.

Años atrás —más de los que Dechan podía recordar— él y Jenette habían ido con Michi Noketsuna en busca del caudillo kuritano Grieg Samsonov. Este había sido un ingeniero importante de los acontecimientos que condujeron al borde de la aniquilación a los Dragones de Wolf en 3028. Michi, en un intento de vengar la muerte de su mentor, Minobu Tetsuhara, había puesto a Dechan y Jenette en contra del señor de la guerra y los había conducido por el camino que los llevaría finalmente a Takashi Kurita. Jaime Wolf lo había aprobado y había apartado a los dos MechWarriors de sus funciones habituales. El camino, largo y retorcido, había desembocado en una repentina frustración tras un encuentro casual con Theodore

Kurita. El por aquel entonces joven Kanrei había convencido a Michi de que su honor de samurai requería que cumpliera su venganza y trabajara junto a Theodore para salvar el Condominio de la inminente amenaza de invasión por parte de sus vecinos. Dechan y Jenette no escondieron la ruptura con su pasado y se convirtieron en consejeros del ejército que Theodore acababa de reorganizar. Stanford Blake, por su parte, lo había denominado un golpe maestro para los Dragones, una oportunidad de oro para espiar a su viejo enemigo, Takashi Kurita. Dechan y Jenette habían trabajado duro para presentar los informes secretos sobre las nuevas posibilidades militares del Condominio, arriesgando constantemente sus vidas en nombre de los Dragones de Wolf. Habían sido buenos espías, siempre al acecho de cualquier movimiento que Jaime Wolf pudiera hacer para poner fin a su enemistad con Takashi. De este modo, pudieron finalmente volver a su casa. Pero no volvieron a llamarlos.

Luego habían aparecido los Clanes.

Posiblemente olvidados, Dechan y Jenette no recibieron noticias a través de la Red de los Lobos en más de cuatro años. Y cuando el Lobo se había encontrado en la necesidad de contactar con Theodore, había enviado a otros hombres, contrario al concepto que tenía Dechan del lugar que él y Jenette ocupaban en las relaciones entre Dragones y kuritanos. A pesar de sus declaraciones alegando que Dechan y Jenette eran fieles consejeros, Theodore no los había llevado a la reunión de Outreach, a la que Jaime Wolf había convocado al Kanrei y a los demás líderes de la Esfera Interior por la amenaza de los Clanes. Dechan ni siquiera se enteró de la reunión hasta una semana después de la partida de Theodore. Jenette llegó a la conclusión de que era pura política, una parte del juego. Él le contestó que su fe en los Dragones era demasiado ciega, que Jaime Wolf seguramente había pedido a Theodore que no los dejaran participar. Estuvieron una semana sin dormir juntos.

Pero, después de casi un año de seguir sin noticias de los Dragones, hasta la fe de hierro de Jenette empezó a decaer.

Siguiendo el camino, Dechan pasó entre los pies separados del *Archer*, con la mirada fija en unas pequeñas placas que se amontonaban a ambos lados del camino de piedra. Las placas contenían una escritura. Al agacharse a leer, vio que cada placa tenía un nombre. No reconoció la mayoría de los nombres, pero sí algunos de ellos. Todos eran guerreros kuritanos que habían luchado contra los Dragones. En concreto le sorprendió la presencia de un nombre, más por el lugar destacado que ocupaba que por estar ahí.

Minobu Tetsuhara.

Tetsuhara había sido el oficial kuritano de enlace con los Dragones durante su contrato con el Condominio Draconis. Admiraba a los Dragones y había aprendido mucho de ellos, tanto que cuando recibió órdenes de acabar con los mercenarios y regimientos en los que él se había basado, Tetsuhara se quedó a un paso del éxito. A

pesar de verse atrapado en un conflicto de *giri*, su función en el Condominio, y *ninjo*, sus sentimientos humanos por sus amigos Dragones, había cumplido las órdenes como buen samurai. Y, como buen samurai, había hecho *seppuku* en desagravio de su fracaso. Tetsuhara y Jaime Wolf se habían hecho amigos íntimos. Aquella amistad se debía tanto a la contienda entre Dragones y kuritanos como a la traición del señor de la guerra Samsonov, que había sido el superior de Tetsuhara. La persecución de Samsonov había unido a Dechan y Michi Noketsuna, el protegido de Tetsuhara, y esa amistad lo había puesto al servicio de la Casa Kurita.

¿Cuánto sabía Takashi?

Sería irónico que ahora los acusasen a él y a Jenette de espionaje. ¿Creería Takashi que la muerte de dos Dragones olvidados afectaría a Jaime Wolf? ¿Pensaba que podría utilizarlos como títeres en el proceso de su contienda? ¡Vaya ironía! Los Dragones no necesitaban a Dechan y a Jenette. Ellos habían olvidado su enemistad, habían empezado a tratarla con el mismo desprecio que mostraban los Guardianes de Waco. La enemistad desaparece cuando sólo una de las dos partes la toma en serio. Dechan y Jenette habían sido abandonados, descartados por su poca relevancia en los planes de Jaime Wolf, del mismo modo que su enemistad de sangre con la Casa Kurita.

Ahora Dechan asistía a una reunión privada con el Coordinador del Condominio Draconis, señor de la Casa Kurita, y le habían recordado a propósito la supuesta enemistad de sangre.

¿También el código kuritano pedía *seppuku* por los espías olvidados e insignificantes?

Dechan se irguió y se recompuso el uniforme, aquel uniforme kuritano que llevaba desde hacía más tiempo que el atuendo de Dragón. Así pues ¿cuáles eran ahora sus lealtades? Miró al final del camino y vio una parte del Palacio de la Unidad, el palacio imperial, entre los árboles. Allí era donde se decidiría su futuro. No se podía echar atrás.

Dechan se acercó al palacio.

Los guardias apoyados en la baranda llevaban su armadura ceremonial, con los fusiles de boca ancha colgando del brazo. Mirando fijamente al frente, no se inmutaron ante su llegada. Podrían haber sido estatuas, excepto por que respiraban. Al llegar a las barras de la baranda, un panel *shoji* se abrió tras los guardias. Una preciosa mujer maquillada y vestida con el tradicional kimono se inclinó ante él. Tras devolverle la reverencia, lo condujo al vestíbulo.

La puerta que atravesaron se abrió dando paso a una estancia impregnada de olor a jazmín. Al otro lado de la estancia había un hombre sentado en una silla baja que vestía un kimono con el dibujo de un dragón. Inclinó la cabeza de pelo cano por encima de una lámina de papel de arroz. Igual que los guardias de la entrada, no se

movió al ver llegar a Dechan.

A dos metros de distancia, Dechan se detuvo, vacilante. Había oído rumores de que en más de una ocasión Takashi había ordenado la muerte de alguien que no había seguido el protocolo apropiado. ¿Cuál era el protocolo apropiado? Mantenerse a la espera solía ser lo menos arriesgado.

Esperó.

De repente, el hombre se movió e introdujo su pincel en una bandeja de tinta laqueada y esparció tinta con golpes fuertes sobre la lámina. Sacudió la cabeza de un modo seco y afirmativo y farfulló para sí. Dejó el pincel y se giró hacia Dechan.

La cara de Takashi Kurita le resultaba tan familiar como cualquier ciudadano del Condominio. Conocía las cicatrices, la línea firme de la mandíbula y la mirada penetrante de los helados ojos azules. No le eran tan familiares las arrugas de la edad, pero Dechan podía sentir el vigor del espíritu de Takashi. Aquel hombre todavía era peligroso. El Coordinador inclinó la cabeza ante el visitante y Dechan le devolvió una gran reverencia y se arrodilló.

—Ah, *tai-sa* Fraser —el Coordinador sonreía levemente con una mitad de la cara, como si el otro lado se negase a cooperar—. Honras a un veterano con tu visita.

Dechan tragó saliva, nervioso por la modesta introducción de Takashi.

—El Dragón es más fuerte que nunca —respondió.

Takashi soltó una risita.

—No hay necesidad de ser formal, Fraser-san. Sólo somos dos viejos guerreros. Podemos hablar como dos amigos de toda la vida.

Dechan se puso inmediatamente en guardia. Aunque era uno de los *shitenno* de Theodore, las relaciones con el Kanrei habían sido siempre de carácter oficial. Durante todos aquellos años en el Condominio, nunca había hablado cordialmente con ningún miembro del clan Kurita, y menos aún con el Coordinador. Pero habría sido un insulto contradecir a Takashi.

—Me honra vuestra benevolencia, Takashi-sama.

El Coordinador mantuvo la sonrisa. Dechan había hecho una buena elección. Hablaron del tiempo y Dechan alabó el jardín, una pequeña charla tradicional kuritana. Dechan estaba casi relajado cuando Takashi preguntó en voz baja:

—¿Cómo está tu viejo amigo Michi Noketsuna?

Dechan se puso tenso. Sabía que el Coordinador notaría su reacción, pero no podía controlarla. Michi había jurado matar a Takashi por haber forzado a Tetsuhara a hacer *seppuku*.

—Hace muchos años que no hablo con él, Coordinador-sama.

¿Creería Dechan que el Coordinador no sabía nada del juramento de Michi? Las siguientes palabras de Takashi disiparon tal esperanza.

—Si no te hubieses comprometido a ayudarlo en su venganza, no habrías tomado

aquella decisión.

Dechan analizó la expresión inescrutable del Coordinador. ¿Era aquello un intento de incriminarlo? ¿Debía mentir? Descartó la idea. Si el Coordinador sabía su historia, descubriría la mentira.

—Eso es cierto.

—¿Y todavía lo ayudas en su venganza?

—Yo sirvo al Dragón.

Takashi entornó los ojos. Su voz se volvió severa al decir:

—Tú sirves a mi hijo.

—Vuestro hijo os sirve a vos y al Condominio, Coordinador-*sama*.

—Lo que no te implica a ti —repuso Takashi rápidamente. Luego continuó con voz más pausada—. Has aprendido bastante bien nuestra indirección, Fraser-*san*. Ni se te ocurra engañarme. ¿Sigues con Noketsuna?

—Ha renunciado a mi amistad.

—¿Has renunciado tú a la suya?

Takashi se inclinó hacia adelante como si estuviese ansioso por saber la respuesta de Dechan.

Dechan sintió que una gota de sudor le descendía lentamente por la sien. En aquel momento la franqueza era la elección más segura. ¿Pero cómo podía contestar sinceramente al Coordinador cuando no estaba seguro de tener *alguna* respuesta?

—Si os referís a si lo ayudaría a mataros, creo que no.

—¿No estás seguro? ¿Dónde está tu lealtad, Fraser-*san*? ¿Dónde está tu honor si no cumples tu promesa de ayudarlo?

—Era joven cuando juré ayudar a Michi a conseguir su objetivo. Ahora soy mayor. Los tiempos han cambiado, las necesidades no son las mismas. Un buen samurai sabe cuándo debe subordinar su honor a uno mayor, y la amenaza de los Clanes supera las necesidades de cualquier persona. El propio Michi estaba dispuesto a olvidar su venganza, en los años treinta, cuando vuestro hijo Theodore lo convenció de que el Condominio necesitaba el servicio de todos sus samurais. Entonces la única amenaza era la Mancomunidad Federada, una mera inconveniencia comparada con el peligro que suponen los Clanes. ¿Cómo podría pensar en desbaratar ahora el Condominio?

Takashi se echó hacia atrás en la silla.

—¿Entonces ha renunciado a su venganza?

—Eso creo. Hace casi dos años que no se lo ve por el Condominio. Pero, como he dicho, yo no he estado en contacto con él desde hace mucho más.

—¿En contacto? Eso es distinto —gruñó Takashi—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Sólo nos hemos visto una vez desde el final de la guerra con Davion. Yo sabía



que no quería seguir siendo señor de la guerra y le pedí que se uniera a la Ryuken. Dijo que no era merecedor de ello, que había fracasado como samurai y se retiraría del mundo. —Dechan se detuvo al recordar el sufrimiento de aquella reunión—. También me dijo que me alejara de su vida.

—Aun así, persistes en vuestra amistad. Eso demuestra lealtad, y la lealtad equivocada es peligrosa. ¿Dónde está él ahora?

Deseando tener otra respuesta, Dechan contestó:

—No lo sé.

—¿Qué harías si te dijera dónde encontrarlo?

—Eso tampoco lo sé.

—Eres honrado. Aunque no lo bastante sutil para ser un kuritano, Fraser-san. —Takashi hizo un gesto hacia el escritorio—. Por tus años de servicio a los Dragones, te concedo la recompensa de la vida.

Dechan miró hacia el escritorio, preguntándose qué habría escrito en el pergamino. No se movió para recogerlo. Fuera cual fuere la prueba, Dechan la había superado. Pero con las siguientes palabras de Takashi, Dechan se dio cuenta de que había empezado una nueva prueba.

—Antes de que entraras al servicio de los Dragones, pertenecías a los Dragones de Wolf.

La honradez lo había salvado antes.

—Nunca he escondido ese hecho.

—Un guerrero no debe esconder sus afiliaciones. En toda la Esfera Interior no hay quien pueda negar que los Dragones son temibles guerreros y, como tales, dignos de respeto. Luchaste en su bando en el pasado, pero no luchabas con ellos cuando los Clanes llegaron a Luthien. ¿Por qué?

Dechan se había planteado cuál sería la respuesta a esa pregunta.

—Luchaba con la Ryuken.

—Me has demostrado ser un hombre que valora la lealtad. Tu ingreso en la Ryuken muestra que eres un guerrero de mérito considerable. La Ryuken era sólo un asalto; la verdadera batalla fue en Luthien.

Dechan estaba enfadado. La insistencia de Takashi le recordó ese lejano sentimiento. Los Dragones habían vuelto al Condominio, pero no le habían dicho nada. Si lo hubieran llamado, él habría dejado la Ryuken, donde no hacía especial falta. Pero una vez más los Dragones no dijeron nada. Él sabía que Takashi percibiría la irritación que escondían sus palabras al decir:

—No me llamaron.

—*So ka.*

Takashi parecía satisfecho. Dechan lo maldijo por encontrar satisfacción en la vergüenza de otro hombre.

—Sin embargo, todavía guardas lealtad a los Dragones.

La declaración de Takashi era una verdad que Dechan se negaba a admitir, el reactor que fustigaba su dolor. Reconocer cualquier lealtad a los Dragones en presencia del Coordinador podría ser letal.

—No he hecho nada para minar la fuerza de los Dragones —dijo, escondiendo la mentira entre la verdad.

—Esa no es la cuestión —replicó Takashi, haciendo caso omiso del comentario.

El Coordinador se quedó en silencio mientras Dechan se preguntaba cuál era la cuestión. Takashi sentado y Dechan arrodillado. La habitación permaneció en silencio durante largo tiempo. Finalmente Takashi habló distraído.

—¿Cómo definirías a Jaime Wolf, *tai-sa* Fraser?

—Es un buen jefe.

—¿Bueno? ¿Es eso todo lo que puedes decir sobre un hombre que inspira una lealtad tan obvia en ti que lo odias por ello?

—Yo no lo odio.

—¿No? Os abandonó a ti y a tu mujer. Fuiste su agente durante años. Por él nos observasteis a mí y a los míos. Sí, lo sé. Las FIS son diligentes y ni la mitad de tontas de lo que algunos creen. ¿Cuántas veces te has preguntado por qué el Lobo no te utilizó para transmitir su subversiva invitación a mi hijo? ¿Cuántas veces has pensado en la mancha que su deslealtad ha dejado en tu honor?

Asombrado por la revelación de conocimientos del Coordinador, Dechan balbuceó:

—Yo no...

—Tus peleas con tu mujer no indican lo mismo —dijo Takashi con brusquedad—. ¡No me llames mentiroso!

—*Gomen kudasai*, Coordinador-*sarna*. *Shitsurei shimasu*.

—Te disculpas como un kuritano, pero no eres un kuritano. Se te perdona sólo porque eres un bárbaro y es de esperar que hables como un bárbaro. Sin embargo, también eres un guerrero, y un guerrero nunca miente.

Takashi se giró, meditabundo. Desde lejos era evidente la tensión en sus hombros.

—El honor de un guerrero es su vida. Si no tiene honor, no tiene necesidad de vida. ¿Qué lugar ocupas en la contienda entre los Dragones de Wolf y mi Casa?

—No ocupo ningún lugar. Pensaba que la contienda había acabado cuando los Dragones colaboraron en la defensa de Luthien.

—Una respuesta segura, pero no menos falsa —Takashi rió con aspereza—. Si ordenase a las unidades de la Ryuken a las que tanto has entrenado que atacasen Outreach, ¿te pondrías al mando?

Dechan tragó saliva para deshacerse del nudo de miedo en su estómago. La posibilidad de que la resucitada Ryuken fuese utilizada contra los Dragones había

sido siempre su peor pesadilla.

—Os pediría que lo reconsideraseis.

—¿Y si no lo hiciera? —preguntó Takashi mirando fijamente a los ojos de Dechan.

Dechan estaba demasiado aturdido para advertir que los años habían socavado su temor al día en que le ordenasen dirigir una acción militar contra los Dragones. De repente, no sabía en qué creer.

—No lo sé.

—Es obvio que te enfrentas a un conflicto. En una ocasión un hombre valiente que estaba a mi servicio se encontró en un conflicto similar. Los Dragones también estaban involucrados en ello. Aquel honorable hombre siguió sus órdenes y luego hizo *seppuku*. ¿Eres tan honorable como él, Dechan Fraser?

¿Se refería Takashi a Minobu Tetsuhara?

—No soy un samurai.

—Yo podría convertirte en un samurai.

—Soy... era un Dragón. Tenemos nuestro propio código de honor.

—¿Tu honor vale por tu vida?

—Yo... a veces.

Takashi esbozó su media sonrisa.

—¿También cree eso Jaime Wolf?

Dechan estaba confuso.

—No lo sé.

Takashi se levantó y respiró profundamente.

—El Lobo es el líder de sus Dragones, seguro en su lugar como cualquier *daimyo* gobernando a sus samurais. El entiende las exigencias a las que debe responder todo señor. Es cierto, ¿*neh*?

—Eso creo.

Takashi asintió bruscamente.

—Eso creo yo también. Puede que tú no entiendas los problemas de un gobernador, pero el Lobo sí. Los Dragones son su feudo, y él es su gobernador. No lo envidio.

»Una vez fui el gobernador indiscutible del Condominio Draconis. Yo estaba al frente del estado y del ejército. Ahora mi hijo me ha quitado algo de ese poder. No sólo dirige el ejército, sino también una parte considerable del estado. Él está en la flor de la vida, mientras yo me hundo en la vejez. Cada año son más los contemporáneos que atraviesan el umbral del drama de la Esfera Interior. Hasta Hanse Davion se ha ido. Con el Zorro muerto, ¿qué otro señor de la Esfera Interior es un oponente equiparable? Se me acaba el tiempo.

Takashi pareció envejecer de repente, lo que perturbó a Dechan de algún modo.

—Todavía sois el Coordinador —dijo.

El fuego iluminó los ojos de Takashi.

—¡No me tengas lástima! No soy un viejo tembloroso al que haya que consentir. Mi espíritu no es tan débil como para tenderme en el suelo y morir. ¡Soy un samurai!

Dechan creyó aconsejable no decir nada. Hizo una gran reverencia, intentando no ser tan tonto como para apartar la mirada del Coordinador.

—Un samurai no puede morir si su honor está manchado —afirmó Takashi con una especie de fervor religioso.

—El honor del Coordinador está limpio. Sois el héroe de Luthien. La carga de vuestros guerreros Izanagi puso fin al ataque de los Clanes.

—¿Sí? —Takashi dio un resoplido—. ¿Qué papel desempeñaron entonces los Dragones de Wolf y los Demonios de Kell?

—Sólo desempeñaban el papel de las fuerzas que luchaban para salvar Luthien.

—Son mercenarios. ¡Escoria mercenaria! Por su participación en la defensa de la capital del Condominio Draconis disminuyó el honor de la Casa Kurita. —Takashi caminó hacia el otro lado de la estancia y abrió la pantalla, mirando hacia fuera—. Sólo hay una cosa que pueda limpiar tal mancha. ¿Sabes qué es?

—La sangre.

Era la respuesta a todo.

—Tus deducciones te ennoblecen. Me alegra ver que los Dragones tienen algo de honor.

Dechan empezó a sentirse molesto, otro signo de que su lealtad a los Dragones todavía arrastraba una carga emotiva. Con tono desafiante, añadió:

—Ya habéis tenido bastante.

El Coordinador sonrió.

—Así lo esperaba.

Por primera vez, Dechan miró hacia fuera. Vio lo que Takashi observaba embelesado: el azul y dorado *Archer*. Dechan no entendía qué veía el Coordinador al contemplar el 'Mech, pero ahora sabía que los rumores de la obsesión de Takashi eran algo más que simples rumores. Inseguro sobre cuál de sus lealtades lo asaltaba, Dechan sintió la necesidad de saber qué pensaba el Coordinador.

—Perdonad mi impertinencia, Coordinador-*sama*, pero ¿puedo haceros una pregunta? —Un leve gesto con la mano fue todo lo que obtuvo por respuesta—. ¿Qué hace ese BattleMech en vuestro jardín?

El Coordinador permaneció en silencio durante tanto tiempo que Dechan pensó que no había entendido la señal de la mano, que no le había dado permiso para hablar. Dechan se levantó, suponiendo que aquello era un despido. Justo cuando estaba a punto de atravesar el umbral de la puerta, oyó la voz de Takashi en un tono tan débil que Dechan se preguntó si sus palabras iban dirigidas a él.

—Ahora que se ha ido el Zorro —dijo el Coordinador—, el Lobo es todo lo que me queda.



Mientras Subhash Indrahara escuchaba la conversación entre el Coordinador y el espía de los Dragones, fruncía el entrecejo con preocupación. En una ocasión, Takashi había estado a punto de destrozar el Condominio con su obsesión de destrozar a los Dragones. Ahora que los invasores de los Clanes estaban al acecho, el Condominio no podía seguir apoyando el honor samurai de Takashi. En otro tiempo su viejo amigo lo habría visto tan claro como Subhash, pero con el paso de los años Takashi parecía debilitarse mentalmente tanto como Subhash físicamente.

Manipulando los mandos del brazo de su poderosa unidad de apoyo, empujó la silla, que salió rodando por la estancia. La puerta se abrió justo a tiempo para que la silla siguiera su curso sin detenerse. A su entrada en el centro de mando, los agentes de las Fuerzas Internas de Seguridad se congregaron alrededor de la estancia. Por el contrario, los técnicos y los agentes especiales apenas apartaron la vista de sus consolas; tenían trabajo que hacer. Todo iba como debía ir.

A pesar de su preocupación, Subhash se mostraba casi sonriente. El engranaje de la enorme máquina del Condominio Draconis se había puesto en marcha. Nada podía interferir en el funcionamiento de esa gran máquina de estado. Si alguien, incluso el Coordinador, se convertía en arena para los motores, se tenía que eliminar la arena y volver a engrasar los motores.

Subhash dobló una esquina con elegancia y descendió hasta detenerse junto al puesto ocupado por un hombre pelirrojo que llevaba el uniforme negro de un agente de operaciones. El uniforme del hombre estaba limpio, pero tan arrugado que parecía recién llegado de una acción. El agente apartó la vista de su consola cuando la silla de mandos se detuvo con un leve silbido de los frenos y una ráfaga de goma volatilizada. Se puso en pie, adoptando la posición más formal que pudo.

—*Ohayo*, Subhash-sama —dijo Ninyu Kerai-Indrahara.

—Ayúdame —dijo Subhash, haciendo rodar la silla.

Entraron en una sala de conferencias de paredes transpex. Mientras Subhash se dirigía hacia la consola central en su silla, Ninyu activaba el mecanismo antiauditivo.

Una vez hecho esto, Subhash empezó a hablar:

—¿Qué estabais haciendo?

—La última serie de despidos de Dieron. Gregor informa de que todo está saliendo como esperabas.

Habría sido más acertado decir «como temías». Por la antigua rivalidad entre la Casa Kurita y la Casa Davion, la Casa Steiner y su Mancomunidad Lirana habían sido las más perjudiciales para la última generación del Condominio. Los éxitos de la Mancomunidad, incluso antes de unirse a la Federación de Soles, habían creado una nueva generación de odios. Esas animadversiones se reflejaban ahora en la frontera entre Dieron y Skye.

El nombramiento del nuevo señor de la guerra de Dieron era uno de los singulares fracasos de Subhash. Takashi, conocedor de las maquinaciones de su hijo Theodore en el distrito militar de Dieron, había insistido en escoger personalmente al nuevo caudillo. La elección de Isoroku fue lo más lamentable. El joven idiota tenía sangre kuritana, es cierto, pero también para lo malo. Veía la gloria militar como el camino hacia el liderazgo del Condominio y soñaba con ser el sucesor de Takashi y Theodore.

Aun así, la situación se podría haber falseado si la Mancomunidad Federada no hubiese nombrado a Richard Steiner comandante en jefe del Teatro Ryde. Richard era el hijo de Nondi Steiner, uno de los mayores héroes militares de la última generación de la Mancomunidad. Steiner no había mantenido muy en secreto su deseo de vengar la Casa Kurita, sin duda con la seguridad de que eso le daría popularidad entre las masas. De hecho, iba a necesitar una gran dosis de popularidad si alguna vez intentaba conseguir su objetivo más secreto de arrebatarse el liderazgo de la Mancomunidad Federada al linaje de Davion e incorporarlo a su propia Casa.

Debido a la intensidad de las rivalidades de la Esfera Interior, últimamente no eran ellos la mayor amenaza para el Condominio Draconis. A pesar del Tratado ComStar de Tukkayid, que prohibía a los Clanes avanzar hacia la Tierra, éstos todavía amenazaban a los sistemas del Condominio adelantando y retrocediendo posiciones. Hasta el estudio más superficial de ese tratado revelaba que los términos empleados no impedían a los invasores ampliar su territorio dentro de la Esfera Interior siempre y cuando no llegasen más allá de la Tierra. Tal solución podía parecer satisfactoria a ComStar, pero ponía en peligro gran parte del Condominio, incluyendo la capital.

Pero el Condominio no era el único estado en peligro. Casi toda la antigua Mancomunidad Lirana se extendía más allá de los límites del tratado y, por lo tanto, estaba abierta a la depredación de los Clanes. La Mancomunidad Federada no podía pasar por alto tal amenaza a lo que era ahora su centro económico. Cualquier dirigente perspicaz podía ver que no era el momento para el aventurismo militar.

Subhash esperaba que Víctor Davion se diese cuenta del error de continuar persiguiendo la rivalidad entre la Casa Davion y Kurita ahora que ambas se enfrentaban a un enemigo común mayor. De hecho, el director deseaba con todas sus fuerzas que Davion siguiese la reciente política de desmilitarización de su padre en la frontera entre el Condominio y la Mancomunidad Federada. Pero el príncipe era joven e inexperto al frente de su estado. Ya se habían producido algunos incidentes.

—La combinación del agresivo Isoroku Kurita y su equiparable beligerante Richard Steiner es volátil —concluyó Ninyu.

—Correcto. De todos modos, puede que nos encontremos ante una situación de mayor peligro.

—¿Una nueva situación?

—No —Subhash golpeó el brazo de su silla con los dedos—, por desgracia es vieja.

—Takashi.

Subhash se alegraba de tener un protegido tan astuto. Si sólo el hijo de sus entrañas fuera tan competente...

—¿Tus motivos?

—Ha convocado a los antiguos Dragones.

—La reunión ya debe de haber acabado —repuso Ninyu comprobando la hora—. O casi. Ahora que hablo contigo te noto agitado.

Subhash sonrió. Sí, era mucho mejor que su torpe hijo.

—El Coordinador vive anclado en el pasado.

—Pensaba que habías dicho que construyendo aquel *Archer* se arreglaría todo —dijo Ninyu ceñudo.

Subhash lanzó un suspiro.

—Los únicos que creen en la infalibilidad del director de las FIS son aquellos que no viven en la realidad. Los que nos implicamos en el gran juego sabemos que la infalibilidad no existe, sino sólo la habilidad y la suerte.

—Y a veces la primera lleva a la segunda —Ninyu acabó la frase por él. Sacudió la cabeza y miró extrañado—. Si el Coordinador vuelve a centrar su atención en esos malditos mercenarios, podemos tener problemas. Su obsesión casi nos costó el Condominio durante la Cuarta Guerra de Sucesión. De no haber sido por las brillantes estrategias de Theodore en el frente lirano y la limitada presencia de Davion en el frente de la Federación de Soles, nos habrían machacado. Pero el Coordinador tenía sus prioridades. Tal como estaban las cosas, perdimos demasiados sistemas estelares. Deberíamos haber detenido a los liranos y haber arrebatado sistemas a Davion.

—El pasado sólo vive en la mente.

—Y en el corazón, padre adoptivo. A veces creo que te olvidas de los



sentimientos.

—Nunca los olvido, hijo adoptivo —Subhash soltó una risita—. Son pocas las veces que los controlo y los pongo en práctica. Una habilidad que debes adquirir si quieres sucederme como director.

—Lo haré —dijo Ninyu al tiempo que ponía la mano en el respaldo de la silla de mandos—. Tengo la fuerza.

Subhash frunció el entrecejo.

—El director actúa guiado por la inteligencia, no por sus brazos o sus piernas.

—Lo siento, padre adoptivo. No me refería a...

—Olvídalo —lo interrumpió Subhash, asombrado por el sincero bochorno de su protegido—. No te sientas culpable por la debilidad de mi cuerpo. —Movi6 la silla para que Ninyu retirara su mano de ella—. Todavía soy director. Nadie impedirá que lo sea.

—No mientras yo viva, padre adoptivo.

—¿Tu compromiso con el Condominio es igual de fuerte, hijo adoptivo?

—Es más fuerte.

Subhash notó la sinceridad de su heredero y se sintió complacido. El Condominio quedaría en manos firmes cuando él se hubiese ido. Takashi ya casi había dado su aprobación a los documentos de nombramiento. Era sólo cuestión de tiempo antes de que Theodore hiciera lo mismo. ¿Cómo iba a negarse a aceptar a su viejo camarada de combate, uno de sus *shitenno*?

Pero la dirección de las FIS no significaba nada si no había un Condominio al que guiar y perfeccionar. Y si el Condominio caía, la mayor fuerza del orden en todo el universo desaparecería, un resultado que él consideraba funesto. De modo que Subhash continuaría haciendo lo que tenía que hacer como si tuviera toda la vida por delante. Mientras siguiese respirando, lucharía para ver el Condominio prevalecer contra todos sus enemigos, internos y externos.

—Es obvio que estás preocupado por Takashi —dijo Ninyu—. ¿Sigues aumentando la inestabilidad del Coordinador?

—Todavía no está claro. Sus *lapsus* cada vez son más difíciles de disimular.

—Haremos lo que sea necesario.

—Sí, el Condominio debe mantenerse fuerte y unido en este momento de incertidumbre.

Subhash percibió la determinación de Ninyu. Era una buena señal. Una resolución fuerte e implacable sería imperativa. Pero una empresa tal sólo podía hacerse paso a paso.

—¿Cómo le va al nuevo compañero de *kendo* del Coordinador?

Ninyu vaciló al responder, renuente tras la última referencia al cuerpo discapacitado de Subhash. Subhash también había sido el compañero de *kendo* de

Takashi. Sus sesiones habían dado al director muchas oportunidades de influir en el Coordinador, pero ahora Subhash tenía que buscar el modo de conseguir oportunidades como aquéllas, reduciendo su influencia de antaño en Takashi. Sin embargo, el *kendo* era bueno para Takashi, y Subhash se había encargado siempre de escoger a los mejores. Antes de ser Coordinador y director, habían sido amigos. Todavía eran amigos, cuando las funciones de Coordinador y director no se solapaban.

—El Coordinador dice que se lo pasa bien discutiendo con Homitsu-*san* —dijo Ninyu—. También dice que cree que Homitsu se contiene, pero confía en que éste lo desafiará en cuanto entienda que el Coordinador no quiere que lo compadezcan.

—Muy bien. —Subhash sonrió. Esperaba que fuese cierto que Takashi disfrutaba con esas disputas ya que no había mucho disfrute cuando se era líder—. Es de lo más satisfactorio.

Cada torre de la Sala de Contratos tenía veinte pisos y un área central abovedada de diez. Su arquitectura era llamativa y abierta, ideal para presentar Outreach como un planeta donde cualquiera podía contratar mercenarios. La Sala de Contratos era adrede el edificio más destacado de Harlech, capital y ciudad principal de Outreach. Fue una decisión de relaciones públicas hacer que descollase sobre el Salón del Lobo, el kilométrico complejo que servía de sede de mando a los Dragones. Puede que fuéramos los mejores, pero el programa de Jaime Wolf requería demostrar nuestra superioridad con respecto a los demás comerciantes más que alardear de ella. Y la prueba se reservaba para la hora de la verdad, el campo de batalla.

Yo pasaba mucho tiempo en la Sala.

A medida que pasaban los meses, me acostumbré a mi puesto junto al Lobo. El también debió acostumbrarse más a mí, ya que me llamaba William con menor frecuencia. Me complacía sentir que me estaba forjando mi propio lugar. Pero sabía que todavía tenía que superar la prueba de fuego. El combate sólo es la parte más fugaz de la vida de un soldado, pero donde demostraría realmente mi valor.

Aunque no estábamos en acción, la Lanza de Mando tenía mucho trabajo, lo que supongo que desembocó en la suspensión de combate para el Lobo un mes antes de lo acordado. Era más duro para Hans Vordel y su Lanza de Guardaespaldas. Hans había sido el guardaespaldas de Wolf, un miembro de la Lanza de Mando. A pesar de ser un guerrero excelente, no era muy hábil en las cuestiones que trascendían los combates de BattleMechs.

Cuando los Dragones llegaron a Outreach en el 3030, todavía estábamos resentidos por la Cuarta Guerra de Sucesión. Muchos temían que Takashi Kurita se aprovechara de nuestra situación de debilidad para organizar un ataque que acabaría por completo con los Dragones. Los coroneles de los Dragones se reunieron en consejo y exigieron que Jaime Wolf formase una Lanza de Guardaespaldas. El Lobo había insistido en que tal movilización era innecesaria, pero los coroneles lo habían invalidado en la votación. Hans había recibido órdenes de seleccionar a los mejores guerreros entre varios grupos de edad, bajo el consejo de Stanford Blake. Supongo

que la idea era crear una continuidad de experiencia, equilibrando los rápidos reflejos de las generaciones más jóvenes con la experiencia en combate de los mayores. Fueran cuales fueren los motivos, el equipo cada vez obtenía más victorias en las pruebas. Hans trabajaba duro para mantener la ventaja de su lanza.

Yo creía que la combinación de diferentes grupos de edad tenía una ventaja más, pero me temo que era una cuestión más personal que profesional, ya que el miembro más reciente era de mi grupo de edad y, como yo, producto de un *sibko*.

Se llamaba Maeve.

Si os hablo de su seductora belleza, su pelo negro como la noche, su porte, su gracia felina, pensaréis que estaba perdidamente enamorado, subyugado a las hormonas de un hombre joven. Diréis que nadie puede ser tan objetivo. Tal vez no creeréis nada de lo que os cuente. Así pues, no hablaré más que de su destreza como MechWarrior. Ésta puede verificarse en el registro, aunque ser seleccionada para la Lanza de Guardaespaldas ya debería bastar para demostrar su habilidad. También hay documentos que prueban sus posteriores logros como comandante. Además, puedo dar fe de su lengua mordaz y su rápido ingenio sin miedo a equivocarme. Los registros lo confirman. Ella destacaría en cualquiera de estas cualidades, así que hay que admitir que era excepcional.

Fue mi primer amor.

Para ella, sin embargo, era simplemente el oficial de comunicaciones, un elemento más de su vida militar, que sólo cobraba importancia cuando había que enviar o recibir mensajes. Mi lengua traicionaba todos mis esfuerzos en las conversaciones cotidianas, así que nos limitábamos a cuestiones de negocios. En alguna ocasión fui capaz de hablar con ella cuando no era más que una Dragón, pero todo había quedado ahí. Nunca me había sentido tan intimidado entre mis *sibs*. Así fue como supe que estaba enamorado.

Recuerdo claramente su primer día de trabajo. Le habían asignado el turno de noche junto con el sargento Antón Benjamín, de modo que se había unido a la Lanza de Mando casi al final de nuestras rondas de funciones habituales. El Lobo estaba cerrando algún tipo de negocio en la Sala de Contratos, un subcontrato para la Brigada Negra. Cuando hubo acabado, conocimos a nuestra nueva compañera de lanza fuera de la sala de conferencias, donde Maeve y Antón esperaban para relevar a Hans y Shelly Gordon. Sé que oí el nombre de Maeve, pero después de eso no puedo recordar nada más de la presentación.

Estaba demasiado ocupado intentando pensar en la manera de hablar con ella en cuanto acabase mis funciones, pero mi mente no me ayudaba. Todos salimos a la vez del edificio, y Stan se colocó entre ella y yo. Pensé en lo cerca que estaba el salón de mandos de la oficina de Wolf. A menudo los guardaespaldas iban allí a relajarse cuando Jaime Wolf se quedaba trabajando en casa. El plan que empecé a urdir en mi

mente desapareció por completo cuando alguien gritó:

—¡Coronel Wolf!

Para mi disgusto, el Lobo se detuvo y se giró al oír su nombre.

El hombre que venía hacia nosotros era de baja estatura, pero no tan bajo como el Lobo, ni siquiera como Maeve. A pesar del frío que hacía, no llevaba más que un chaleco refrigerante y pantalones cortos de MechWarrior. Tal vez quería lucir su musculosa constitución. Me preguntaba qué pensaría Maeve de él. No eran pocas las ocasiones en que las esferoides se sentían atraídas por un porte tan masculino, pero esperaba que las expectativas de una Dragón fueran más allá. El MechWarrior se acercó y estrechó la mano a Jaime Wolf.

—Coronel, quería darle las gracias. Acabo de saber que fue usted el que pactó con el contratista de Saint Ivés.

—El capitán Miller, ¿no? —dijo el Lobo al estrecharle la mano.

—Eso es. Llámeme Jason.

—Me alegra haber sido de ayuda. Siempre es bueno ver que se contratan unidades responsables. El exceso de fallos da mala fama a los mercenarios.

—No sólo a ellos —sonrió Miller—. Tenemos que mantenernos todos unidos o las Casas se nos comerán vivos.

El Lobo le devolvió la sonrisa y dijo:

—Contaré con usted la próxima vez que Takashi venga por mí.

Miller pareció asustarse por un instante. Sin tomar en serio las palabras de Wolf, rió y dijo:

—¡Eso es! El Equipo Doce y los Dragones contra las Serpientes. ¡Trato hecho! —Hubo un momento de tensión en el que todos nos miramos—. Bueno, solamente quería darle las gracias.

Volvieron a darse la mano y seguimos andando, dejando a Miller en la escalera de la Sala. La jovial expresión de Wolf desapareció en cuanto Miller se dio la vuelta. Yo observaba la desaprobación en la cara de Maeve. Cuando estaba lo bastante lejos para ser oída, dijo:

—No entiendo por qué lo hace, coronel Wolf. Me refiero a facilitar la contratación de otros mercenarios. Esos tipos se entrometen en nuestros negocios. —Inclinó la cabeza hacia atrás, borrando la expresión errante de sus ojos—. Nunca serán Dragones.

—Puede que algunos sí —Jaime Wolf sonrió con indulgencia—. Algunos lo han conseguido. Hubo una época en que necesitábamos guerreros y los incorporábamos a los mercenarios de la Esfera Interior. No había otra manera más rápida de conseguir soldados.

—Pero escogíamos a los mejores —se defendió ella—. O al menos lo intentábamos. —Era obvio que todavía no estaba satisfecha—. Se trata de ese asunto

de la Sala de Contratos y esos otros mercenarios. Los Dragones se encuentran en plena fuerza operativa. —El Lobo frunció el entrecejo levemente tras el comentario y me di cuenta de que no estaba de acuerdo—. No debemos permitir que nadie se aproveche de nuestra capacidad.

—No sólo se contratan Dragones.

—De acuerdo —admitió ella—. Pero hoy he revisado la plantilla. Había al menos tres equipos y no pujábamos por ninguno.

El Lobo la miró pensativo por un momento, antes de decir:

—Había otros equipos que necesitaban más el trabajo.

—¿Somos una organización de beneficencia?

Stan contestó por el Lobo.

—No olvides que obtenemos una reducción por cada contrato que hacemos en la Sala.

—¡No somos mercaderes! —gritó Maeve con voz apasionada. Debía provenir de uno de los *sibkos* más protegidos.

Gritar a Stan era tan malo como gritar al Lobo. No era cuestión de revisar sus funciones. No quería verla transferida justo cuando acababa de conocerla, así que me alivió comprobar que el Lobo se mostraba indulgente.

—¿Ah, no? —preguntó—. Vendemos nuestros servicios, y luchar no es lo único que hacemos. Obtendremos dinero donde podamos encontrarlo.

Maeve adoptó una extraña expresión y desvió la mirada.

—Escucha, Maeve. Eres demasiado joven para estar ahí y los profesores no siempre enseñan a los *sibkos* la cruda realidad. Así que escucha: no quiero que se repita una actuación similar delante de los clientes.

—Entiendo, coronel —dijo Maeve en voz baja.

—No, no lo entiendes. Pero quiero que lo intentes. —Esperó hasta que ella volvió a mirarlo—. Los Dragones empezaron a ayudar a que otros mercenarios fuesen contratados justo después de la Cuarta Guerra de Sucesión, cuando estábamos en muy baja forma para aceptar contratos propios. Además, los Dragones siempre han hecho subcontratos, contratando otros mercenarios cuando no había fuerzas disponibles. No creo que hubiera nadie en la Esfera Interior que no supiese que la lucha nos había destrozado. No teníamos recursos militares para garantizar nada. Lo único que nos quedaba era la responsabilidad de saber quién valía. Los Dragones debían reorganizarse y la reorganización cuesta dinero. Davion había prometido ayudarnos a recuperar nuestras pérdidas si nos dejábamos contratar, pero aquello no nos habría dado una fuerza total, ni aunque hubiésemos obtenido todo el dinero que prometió.

—El documento dice que perdimos un cincuenta por ciento de efectividad en Misery.

El Lobo asintió con una expresión sombría.

—Una evaluación fría pero cierta. El dinero podía sustituir a las máquinas, pero los guerreros habían desaparecido para siempre.

—Obtuvimos refuerzos —añadió Stan—. Jugamos con la responsabilidad que teníamos. Al hacer corretaje de buenos contratos, hicimos también muchos amigos entre los mercenarios de la Esfera Interior.

—¿Por qué no nos limitamos a incorporar a los mejores mercenarios y formar un regimiento provisional para luego contratarlo a otros? —preguntó Maeve.

—Un regimiento provisional no habría sido capaz de mantener la responsabilidad —dijo el Lobo al tiempo que sacudía la cabeza—. Y no teníamos suficiente fuerza para formar un verdadero regimiento de Dragones. Estábamos demasiado cansados. Aunque nos hubiésemos dedicado a vender nuestros servicios, ¿quién habría protegido a Outreach y a las familias?

—Pero contábamos con Davion para proteger Outreach —protestó Maeve.

—La situación política todavía era inestable. No podíamos confiar en Davion, sólo en nosotros. En cuanto las cosas se calmaron un poco y pudimos recuperar el aliento, metafóricamente hablando, Natasha Kerensky apareció en el campo con su Batallón de Viudas Negras.

Benjamín escupió.

—¡Maldita desgraciada!

—No tolero esa forma de hablar, señor —dijo el Lobo bruscamente. Benjamín susurró una disculpa, a la que el Lobo no prestó mucha atención—. Natasha se guió por su instinto cuando nos dejó para volver al clan de los Lobos. Nosotros también habíamos escogido nuestro camino hacía tiempo. Estábamos solos.

—¿Es verdad que juzgaron a Natasha y declararon a los Dragones inocentes de traición a los Clanes? —preguntó Maeve—. De ser así, podríamos volver atrás.

Stan dio un resoplido.

—Hay algo más en la vida de los Clanes que los veredictos legales. Hicimos nuestra elección cuando pasamos por alto las últimas llamadas de ilKhan.

—Ahora tenemos otras costumbres aparte de las de los Clanes —intervino el Lobo—. No podemos retroceder. No funcionaría. En el mejor de los casos, los juicios acabarían con nosotros o seríamos declarados bandidos. Valemos más que eso.

Maeve no se daría por vencida.

—¿Qué impedirá que acabemos convirtiéndonos en perritos falderos como la Caballería?

—Sólo nosotros. Mientras yo tome parte en ello, los Dragones nunca serán perritos falderos de nadie —repuso el Lobo con firme convicción—. Labraremos nuestro *propio* camino en la Esfera Interior. Aunque eso suponga someternos al interrogatorio de los oficiales principiantes.

Maeve tuvo el buen detalle —y el buen sentido— de cerrar la boca después de

aquello. Nos dirigimos al Salón del Lobo y, por desgracia, el Lobo me dio trabajo para toda la noche. Hans y Shelly volvieron a sus puestos cuando salí a trompicones y con cara de sueño de la oficina de Jaime Wolf. Me metí en la cama y soñé con Maeve.



Cerca del horizonte vislumbramos los BattleMechs del batallón Telaraña en dirección a los caballones. MacKenzie Wolf, el hijo de sangre de Jaime Wolf, dirigía su unidad contra el flanco de la posición de los Halcones de Jade. Desde su situación avizora por encima de las pendientes de la montaña Ziggilies, oímos vagas explosiones y vimos los destellos distantes de los relámpagos artificiales.

Aquél era el primer día de Jaime Wolf después de un año de suspensión. La Lanza de Mando había aterrizado en Morges, en la frontera de la zona de ocupación del clan de los Halcones de Jade. Habían aparecido de la cima de la montaña Ziggilies al amanecer. El regimiento Beta y el batallón Telaraña ya estaban en el planeta, contratados por la Mancomunidad Federada para un contraataque contra la fuerza ocupante de los Halcones de Jade. Estos intentaban expandir su territorio ocupado, y los Dragones ayudarían a detenerlos. Las unidades ManFed estaban atacando en solitario a los Halcones, pero los Dragones les proporcionarían refuerzos para asegurarse de que éstos volvían a casa, y que volvían acribillados. Era el contrato más importante que los Dragones tenían entre manos. Por supuesto, el Lobo quería participar en la matanza.

No me cabía duda de que Jaime Wolf se alegraba de estar allí.

—Aquello les llamó la atención —dijo. El reconocimiento había revelado que los Halcones estaban arremetiendo contra la Telaraña con un número significativo de fuerzas. El comandante en jefe de los Halcones de Jade no tardaría en darse cuenta de que el frente había sido reforzado—. Brian, libera el espacio aéreo. Los Halcones lanzarán refuerzos pronto. Démosles una cálida bienvenida.

—Aerospacio en camino —respondí al recibir la orden de la nave de mando en órbita—. El comandante Baracini les promete un movido asalto de descenso.

—Y mantendrá la promesa.

—Brian —intervino Maeve—, díles que dejen pasar algunos. No queremos que esos aeropilotos acaparen toda la diversión.

Soltó una leve carcajada de ansiedad por el inminente combate. Aunque yo también me sentía impaciente, tengo que reconocer que estaba atemorizado. Si los

refuerzos de los Halcones de Jade llegaban en masa, la lucha sería mortal, y los Dragones no abandonarían fácilmente.

El Lobo nos ordenó que abandonásemos nuestras posiciones. Las lanzas de BattleMechs de Mando y de Guardaespaldas descendieron en dirección al llano esquivando las traicioneras pendientes. El vector que seguíamos nos conduciría a una nueva posición a unos cuatro kilómetros detrás de las líneas, desde donde podríamos ver la evolución del combate. Sólo habíamos cubierto la mitad de la distancia cuando Alicia Fancher, la comandante en jefe de Beta, envió una llamada de prioridad.

—Llamada Delta, coronel —retransmití—. Beta informa de una incursión de los Halcones de Jade a veinte kilómetros al norte de Josselles.

—Soporte visual —ordenó.

—En proceso.

Comprobé la pantalla de mi monitor intentando adivinar la respuesta de Wolf. El ataque Halcón había alcanzado las defensas del flanco derecho de Beta y amenazaba con abrir una brecha entre los Dragones y las fuerzas ManFed. Peor aún, el centro de mando que coordinaba la operación estaba en Josselles. Si los Halcones conseguían llegar allí, detendrían nuestro ataque. Si desmantelaban nuestra coordinación, podrían arremeter contra las tropas de la ManFed y acabar con ellas mientras nos mantenían a nosotros al margen. El mapa mostraba claramente que las fuerzas de 'Mechs de Beta no podrían interceptar a los Halcones a tiempo para impedirles llegar al centro de mando. Nadie había imaginado que la fuerza del clan desviase el rumbo de la contraofensiva con tanta rapidez.

—Vector sobre mí —el Lobo condujo su *Archer* en dirección a Josselles—. Brian, anuncia Código Blanco.

Había otras órdenes, pero en aquel momento estaba tan ocupado que olvidé su importancia. Manipular el volumen del tráfico de comunicaciones inherente a una batalla de multirregimiento era una tarea a tiempo completo. Intenta añadir a esto la dificultad de pilotar un BattleMech que viaja a cincuenta kilómetros por hora sobre un terreno agreste y comprobar el tiempo del que *tú* dispones para decidir sobre sutilezas tácticas. Volví de repente a la realidad cuando el *Víctor* de Vordel lanzó la primera ráfaga de disparos.

El *Víctor* se balanceaba bajo el impacto de una descarga de misiles de largo alcance, pero seguía moviéndose, meciéndose de un lado a otro hasta conseguir apartarse del blanco enemigo. Al tiempo que levantaba el brazo derecho, disparó su rifle Gauss con un silbido que cruzó el viento. Rápidamente el resto de la Lanza de Guardaespaldas se unió al combate. Los misiles explotaban en el campo, mientras las nubes de humo procedentes de los tubos de escape se iluminaban con los brillantes destellos azules de los rayos proyectores de partículas.

En aquel momento vi que el *Thunderbolt* de Maeve lanzaba un par de pesados

disparos de láser. Los misiles explotaban a su alrededor levantando una cortina de polvo que me impedía verlos. Mi corazón se detuvo cuando unos pedazos de armadura fundida surgieron de la oscura nube en una lluvia de metralla. El pulso del brazo incorporado Blackwell de veinte láseres de su 'Mech me indicó que había sobrevivido al ataque incluso antes de que su *T-bolt* se liberase de la nube de vapor y humo. El blindaje del brazo derecho del 'Mech estaba destrozado y pude ver el brillo de su estructura interna. Los cráteres provocados por los disparos de láser se extendían por el torso inclinado, pero el *T-bolt* se movía sin reducir la velocidad. Volví a respirar.

Una Estrella de cinco BattleMechs enemigos, tres *Thors* y dos *Mad Cats* surgieron de la arboleda buscando refugio en dirección a la ciudad arrasada. No era Josselles. Todavía nos quedaban varios kilómetros hacia el norte. Los 'Mechs de los Halcones disparaban a medida que avanzaban, sin duda esperando que redujésemos la marcha, para conseguir protección entre los escombros de los edificios quemados e impedir a la vez nuestro acceso. En cuanto alcanzasen los edificios, podrían dispararnos a nuestro paso por los campos abiertos y forzar la retirada. Y tendríamos que retirarnos, ya que normalmente sus armas estaban fuera del alcance de las nuestras. Si intentábamos un duelo de largo alcance, yo sabía que los otros 'Mechs de su destacamento habrían iniciado su avanzada entre los árboles, dejando Josselles atrás.

Los Halcones debían de estar confiados. ¿Y quién podía culparlos por ello? Inteligencia había informado de que la mayoría de los BattleMechs de los Halcones de Jade del planeta eran modelos de segunda línea, 'Mechs similares a los diseños de la Esfera Interior pero equipados con armas, motores y sistemas electrónicos de los Clanes. Esas máquinas ya eran lo bastante peligrosas, pero esta Estrella estaba formada por OmniMechs, máquinas de combate tan superiores a los modelos de segunda línea de los Clanes como aquellos modelos lo eran para los 'Mechs de la Esfera Interior.

Los Omnis eran una de las grandes ventajas de los Clanes, y los Halcones sabían cómo usarlos. En nuestras dos lanzas contábamos sólo con tres Omnis.

A través de las ondas de radio se oían los desafíos de los guerreros del clan. Pedían combate singular, 'Mech contra 'Mech. El honor de los Clanes y el suicidio de la Esfera Interior.

—No hagáis caso a los desafíos —ordenó el Lobo—. Que la Lanza de Guardaespaldas se concentre en el 'Mech que hay al frente. Que la Lanza de Mando arremeta contra el remolque.

Maeve protestó pidiendo el duelo contra su oponente. Aunque odiaba tener que hacerlo, tuve que cerrar su circuito. El Lobo había dado órdenes y ella se encontraba fuera de la línea. Si concentrábamos nuestros disparos podríamos derribar uno o dos

de los OmniMechs e igualar las posibilidades.

A pesar de su protesta, acató las órdenes de Wolf. El láser del *T-bolt* lanzó irisadas gotas de energía contra la pierna del 'Mech que iba al frente de los Halcones, un *Thor*. Los disparos de sus compañeros de lanza dieron justo en el blanco haciendo un agujero en él. El *Thor* se tambaleó para luego incorporarse, pero sólo por unos instantes. Las setenta toneladas de peso doblaron la pierna herida y empezaron a verse los huesos de titanio espumoso. El *Thor* perdió el equilibrio. Un segundo *Thor* saltó junto a él mientras caía, siguiendo la trayectoria de los Halcones hacia la ciudad en ruinas.

La Lanza de Mando hirió su objetivo, un *Mad Cat*, pero el Omni siguió moviéndose. Nuestro ataque no había reducido la velocidad de la Estrella y no teníamos tiempo para una segunda ronda antes de que los Halcones en cabeza se pusiesen a cubierto. Parecía obvio que tendríamos que ir tras ellos y que esto nos perjudicaría, incluso hasta el punto de perder algunos de nuestros 'Mechs. Esperaba que el de Maeve no fuera uno de ellos.

La situación empeoró repentinamente cuando Hans anunció:

—Estrella a las cuatro en punto.

Una nueva Estrella emergió del bosque, descargando contra nuestro flanco. Los Halcones nos habían tendido una trampa, congregándonos para atacarnos desde ambos lados. Los primeros Omnis de la Estrella llegaron a la ciudad y pude oír cómo nos abucheaban por la frecuencia abierta.

El tono de sus gritos cambió cuando los pilotos de los Omnis toparon con *nuestra* trampa.

El *Thor* Halcón de Jade que iba a la cabeza rodeó la ciudad sin problemas. Su piloto tomó posición en un extremo de la ciudad y abrió fuego contra Antón Benjamín. El enorme cañón automático del Omni rugió con un chasquido entrecortado, mostrando las habilidades de un modelo ultra capaz de descargar dos veces más que cualquier arma de su clase. Por desgracia, el *Thor* acertó en el *Black Hawk* de Benjamín, abriendo un boquete en la armadura y destruyendo el seudomúsculo de miómero y los miembros estructurales de titanio casi con la misma facilidad. El *Black Hawk* retrocedió y dejó de moverse mientras empezaba a salir humo del torso despedazado.

Fue entonces cuando activamos la trampa.

Los Elementales Dragones salieron de su escondite, lanzando mortales MCA a quemarropa. Al ser pillados por sorpresa, los Halcones fueron gravemente heridos. Uno de ellos, un *Thor*, expelió una columna de aire sobrecalentado en un intento de deshacerse del Punto de Elementales que se le venía encima. Los Elementales saltaron, sirviéndose de sus equipos de salto para aterrizar sanos y salvos. Mientras corrían en busca de refugio, dispararon a los Omnis que quedaban en la ciudad.

La huida del *Thor* por el aire fue como una señal para el resto de la estrella enemiga. Los Omnis supervivientes se retiraron de los edificios infestados de Elementales. El *Mad Cat* que había sido el objetivo de la Lanza de Guardaespaldas no lo consiguió. Los otros tres 'Mechs enemigos se alejaron, intentando esquivar nuestra descarga. Seguimos disparando hasta alcanzar al segundo *Mad Cat*. Los *Thors* restantes escaparon con grandes daños.

Cuando nos empezaron a llegar los primeros disparos de la segunda estrella, el Lobo dio la orden de entrar en la ciudad. Quería servirse de los edificios para ganarle terreno a la nueva estrella. Y así lo hicimos. Recibimos más disparos antes de llegar a cubierto. El *Ostsol* de Shelly tenía un brazo destrozado como consecuencia de la hendidura en el torso. Shelly surgió de la inservible máquina, así que nos quedamos con seis efectivos, todos ellos dañados.

Los Halcones tomaron precauciones. Tal vez pensaban que en la ciudad teníamos más naves de las que había en realidad o simplemente se trataba del habitual desagrado de los Clanes por la lucha cuerpo a cuerpo. Debían de tener muy claro lo que los Elementales podían hacer en un cuerpo a cuerpo.

Con el fin de reducir nuestros efectivos, iniciaron un bombardeo de largo alcance. Respondimos lo mejor que pudimos. El propio Lobo lanzó un disparo tras otro desde las lanzaderas de misiles de su *Archer*.

Cuando empezamos a quedarnos sin munición y se redujo nuestro cargamento de largo alcance, los Halcones reaccionaron como si hubieran sabido que casi no teníamos reservas. Iniciaron una avanzada, rodeándonos como si los lobos fueran ellos. Continuaron con una mortífera descarga manteniéndose fuera del alcance de los Elementales. El menos dañado de nuestros Omnis, el *Loki* de Kara, se encontró en medio de un ruinoso edificio al moverse para detener un ataque contra nuestro flanco. Aquella especie de fortín le impedía maniobrar. Los Halcones se alejaron dejándola fuera de combate. El *Rifleman* de Franchette fue disparado y empezó a mecerse en su peligrosa posición. El *T-bolt* de Maeve sufrió una sobrecarga de calor y se desactivó. Haciendo caso omiso de las órdenes de Wolf, permaneció en el interior intentando volver a poner el motor en marcha.

Los Halcones detuvieron el ataque, dándome así un respiro para organizar los canales de comunicaciones y observar alrededor intentando encontrar una respuesta. Las ondas de radio colapsadas y el humo que salía del bosque en dirección este hablaban por sí solos. Las reservas de Beta habían llegado. Nuestra interceptación de la punta de lanza de los Halcones de Jade los había retrasado lo suficiente para que las fuerzas convencionales de la ManFed bloqueasen el paso y detuviesen a los Halcones, momento que las reservas de Beta aprovecharon para interponerse. El contraataque estaba en marcha; ni siquiera los Omnis eran invencibles.

Los Halcones se retiraron.

Nosotros sobrevivimos.

Mientras transportábamos a nuestros pilotos batidos en los asientos de salto de los 'Mechs operativos, las lanzas llegaron a Josselles. El Lobo descargó en el remolque de mando de los Dragones, dejando allí su 'Mech para que la unidad tech móvil lo recargase y reparase. Ayudé a Shelly a salir de mi *Loki* y me aseguré de que recibía atención médica antes de seguir al Lobo. Quería ver cómo estaba Maeve, pero tenía otras obligaciones. La batalla todavía no había acabado.

El remolque no disponía de las instalaciones de la *Chieftain*, la Nave de Descenso de mando de Wolf, pero estaba bien equipado y se adaptaba a sus funciones. La coronel Fancher se encontraba en una posición más avanzada, pero Martin Reed, su oficial ejecutivo, ya había llegado y hablaba con el Lobo. Me dirigí a la plataforma de comunicaciones y transferí la comunicación de mi *Loki* al centro. Empezaron a llegar informes. La batalla se estaba poniendo a nuestro favor, aunque se mantuvo inestable durante horas, como si fuera un fuego latente.

No sé qué hora era cuando Maeve apareció y me trajo algunas raciones. Comí en mi consola mientras ella me frotaba los hombros. Esta demostración de afecto me aseguró que se alegraba de que hubiésemos sobrevivido. En aquel momento, ya era suficiente.

Supongo que el regreso de MacKenzie Wolf y los comandantes de su compañía marcaron el final de la batalla. La Telaraña había asegurado sus objetivos y volvía para la revisión. Los Halcones abandonaron todas sus posiciones en el frente. Fancher pudo abandonar a Beta y adoptar la posición de reserva como refuerzo para los ManFeds y el Cuarto de Guardianes de Skye. Todavía habría lucha, pero la campaña ya se había decidido. La gloria, lo que había de ella, de expulsar de Morges a los Halcones de Jade sería para las tropas ManFed. Los Dragones del remolque estaban exhaustos, pero todavía había trabajo que hacer. Llegó el turno de mañana sin que los techs y oficiales que habían estado fuera de servicio hubiesen podido recuperar la energía para volver a sus puestos. Cansados y medio dormidos, se arrellanaban por los rincones, donde sorbían café e ingerían barras de raciones con un ojo puesto en las pantallas del depósito holográfico.

La luz del crepúsculo se infiltró en el remolque y apareció un hombre. Era obvio que pertenecía a la línea de sangre de los Elementales, ya que apenas cabía por la puerta. También parecía que le faltaban horas de sueño. Supuse que era Elson, el jefe de la Estrella de infantería que había participado en la trampa, ya que no recordaba haberle enviado la orden de acudir a informar al remolque.

Elson se movía entre las apretadas hileras de consolas con una agilidad que encontré sorprendente. ¿Cómo era posible que tal masa de músculos se moviese con tanta seguridad y delicadeza? Incluso cuando uno de los de comtechs bloqueó repentinamente el camino del Elemental con su silla, el enorme hombre la esquivó y

pasó por el estrecho pasillo sin llegar a tocar la silla ni reducir el paso. Se detuvo junto al círculo de miembros de la Lanza de Mando, adoptando una postura relajada pero dispuesta que me dio la impresión de que podría mantener durante horas.

No tuvo que esperar mucho. Jaime Wolf congeló la pantalla holográfica y se giró. Sonriente, extendió la mano al soldado de infantería, que ahora lo empujaba.

—Ha hecho un buen trabajo, capitán Elson.

El Elemental pareció no inmutarse tras el halago de Wolf, sino que le estrechó la mano y contestó educadamente.

—Gracias, coronel.

—Parece hacer honor a lo que Grif Nikkitch me ha dicho de usted. Es un hombre difícil de complacer.

—Para ser un soldado de infantería —añadió MacKenzie Wolf.

Muchos de los MechWarriors que se encontraban alrededor del depósito holográfico rieron la gracia de Mac. No era una risa aduladora. Todos nosotros éramos MechWarriors. No entendíamos muy bien cómo alguien podía estar dispuesto a tomar parte en una batalla sin disponer de un 'Mech. Como pilotos de 'Mechs, no creíamos que hacer broma a costa de un soldado de infantería indicara menosprecio. Era bien sabido que ellos también hacían comentarios despectivos sobre nosotros. Elson seguía sin inmutarse.

—El coronel deseaba verme —dijo en un tono neutro.

—Así es, teniente —Jaime Wolf se cruzó de brazos—. Tengo entendido que sus ambiciones van más allá de estar al mando de una Estrella.

—Serviré como pueda, coronel.

—Bueno, le daré una oportunidad. ¿Cree que podrá superar las pruebas para el mando de una Trinaría? ¿Está preparado para dirigir tres Estrellas?

—Soy un guerrero. Lo haré lo mejor que pueda.

—¿Y eso será lo bastante bueno?

—Yo soy lo bastante bueno —Elson hizo una pausa. Me dio la impresión de que iba a añadir algo más al simple «señor» que pronunció a continuación.

—Muy bien, entonces —el Lobo asintió—. Pero hoy no estamos en Outreach y yo necesito un jefe de Trinaría ahora mismo, capitán Brevet Elson. Quédese por aquí. No tardaremos en recibir instrucciones.

—A sus órdenes, coronel —dijo Elson.

Se llevó la mano a la frente y, bajando el brazo a la altura de la cintura, se inclinó hacia adelante. Era una consabida aprobación formal que quedaba fuera de lugar en la relajada atmósfera del centro de mando del campo.

Jaime Wolf volvió a centrar su atención en el depósito holográfico. Iba por la tercera revisión de la acción del día cuando Stanford Blake decidió que había llegado el momento de ocuparse de otros asuntos.

—Coronel, la Sala ha enviado una señal.

—Pensaban, y *yo* les di la razón, que tal vez quisieses considerar esta oferta.

Stan introdujo un disco de datos en la consola del depósito. Una ventana con las especificaciones de contrato cubrió la diminuta visión del campo de batalla. Desde mi posición, no podía leer las palabras, pero sabía lo que decía. Había visto la señal. Stan esperó hasta que el Lobo levantó la vista.

—Como puedes ver, la Casa Kurita ofrece la contratación de dos regimientos para luchar contra los Gatos Nova en Meinacos. El informe no incluye su oferta de compensación. Supongo que poner precio a una operación militar es una especie de violación de su honor samurai, pero la Sala dispone de todos los detalles. Ofrecen casi el doble de nuestras tarifas habituales y pleno derecho de salvamento.

El Lobo se mantuvo en silencio. MacKenzie habló por él.

—Diles que rechazamos.

Stan se golpeó el muslo con el puño.

—¿No crees que ya ha durado bastante? Yo también estaba allí, pero estoy dispuesto a aceptar.

—No aceptaremos —repuso Mac con firmeza.

—Pensaba que dirigiríamos esta operación según criterios económicos —dijo Stan enfadado—. Kurita ofrece el doble de nuestras tarifas normales. ¿Cómo podemos permitirnos pasar por alto esta oferta?

Mac se disponía a responder cuando el Lobo levantó una mano. El hijo cedió la palabra al padre.

—Aunque no fuera Kurita, ese contrato no auguraría nada bueno. Meinacos está cerca de la capital del distrito en Pesht. Será un duro combate.

—Los Dragones nunca han evitado un duro combate —intervino la capitana Winnie Harding. Era una adoptada, una esferoide cuya buena reputación le había permitido unirse a los Dragones después de Luthien. Tras ser jefe de batallón de los Guardianes de Skye de la Casa Steiner, había renunciado a su puesto para servir como comandante de compañía del batallón Telaraña de MacKenzie Wolf. Todavía estaba en proceso de aprendizaje con los Dragones—. Es porque se trata de las Serpientes, ¿no?

Nadie vio la necesidad de responderle.

Stan lanzó un suspiro.

—Jaime, no podemos continuar con esto. Para ser alguien que ha dado la espalda a su herencia, tienes un extraño apego al pasado.

—Es una decisión práctica.

—¡Práctica! ¡Yo te diré lo que es práctico! Práctico es vivir con la realidad de que tenemos que apoyar más acciones militares que si fuéramos *cinco* planetas con los recursos de *uno*. Necesitamos contratos bien pagados. Has pasado un año fuera de



combate para salvar la preciosa reputación de los Dragones y proteger la reputación de imparcialidad de la Revista de Mercenarios. Has hecho muchos discursos sobre imparcialidad y justicia. Dijiste que no había favoritos. Los Dragones están para ser contratados, para apostar por el mejor contrato. ¿Qué ha pasado con los servicios equitativos e imparciales a todas las Casas y todas las unidades políticas?

El Lobo le lanzó una mirada feroz. Era una muestra de emoción que no se habría permitido en presencia de desconocidos. Era la misma licencia que le permitía a Stan gritar a su superior. Aunque estábamos entre Dragones, Jaime Wolf no dijo nada.

Stan se giró hacia mí y me preguntó con un hilo de voz:

—Brian, ¿quién aparece en el contrato como patrocinador?

—Theodore Kurita.

Stan volvió a dirigirse al Lobo.

—¿Ves, Jaime? No es Takashi, sino Theodore, el Kanrei que invitaste a Outreach.

Elson dio un paso hacia atrás, tapando uno de los paneles iluminados. Su sombra cubrió el depósito holográfico, interponiéndose entre Stan y el Lobo.

—Deje en paz al Lobo, coronel Blake. Esto es un asunto personal.

—¡Al infierno con los asuntos personales! —Stan se giró hacia el Elemental—. Esto es un negocio. No podemos proclamar nuestra imparcialidad si rechazamos un contrato de una de las Casas. No podemos permitirnos dejar pasar contratos lucrativos sólo porque alguien relacionado con el cliente tiene un asunto pendiente con nosotros. ¡Por la Unidad! Si siempre actuásemos así, nadie nos daría trabajo.

Sin inmutarse por el fervor de Stan, Elson sacudió la cabeza lentamente.

—Esta es una cuestión de honor.

—Mire, Elson...

—Déjalo, Stan.

—Jaime... —Stan balbuceó al ver la inquebrantable resolución que mostraban los ojos de Wolf. Se detuvo un momento, se concentró y se dispuso a enfocar su discurso de otra manera.

—He dicho que lo dejes —dijo el Lobo en voz baja.

El oficial de inteligencia respiró profundamente y lanzó un lento suspiro. Se encogió de hombros y cruzó el remolque hasta llegar a su consola. Jaime Wolf volvió al estudio de los informes de tácticas locales. Miré a Maeve para ver qué impresión le había causado el enfrentamiento, pero la enorme masa de Elson me impidió ver cómo se alejaba. Elson se quedó de pie, con una expresión pensativa. Puede que se tratase de los negocios de siempre.

Pero todavía se respiraba tensión en el ambiente.

La mayoría de la gente cree que un guerrero de constitución débil no sirve de mucho en una pelea, donde la habilidad para imponer y recibir un castigo suele ser primordial. La baja estatura y la falta de masa de todo guerrero pequeño son claras desventajas en la lucha. Si quiere sobrevivir, un guerrero de tales características debe ser rápido y hábil. Maeve lo era, especialmente hábil.

Habíamos vuelto a Outreach y fue al girar una esquina de la calle Herrera de Harlech cuando vi a Maeve enfrentándose a alguien, supuestamente el agresor, que ahora estaba en el suelo. Debía de haberlo tumbado, pero iba acompañado por cuatro amigos. La carcajada de borracho que había oído al acercarme fue disminuyendo hasta convertirse en un silencio incómodo.

—Maldita mequetrefe —gruñó uno de ellos.

—Lo estaba pidiendo —oía que ella decía—. ¿Por qué no os lo lleváis a casa y dejáis que duerma la mona?

—Los librenacidos ya no recibimos órdenes de gente como tú —hablaba arrastrando las palabras, pero se movía con bastante rapidez.

Maeve esquivó el puñetazo, pero su contragolpe no tuvo ningún efecto. O el hombre estaba demasiado borracho para sentir el dolor o su enorme constitución absorbía toda la energía que ella pudiera generar con su desacertado puntapié. El hombre se giró hacia ella y ésta tuvo que apresurarse para no recibir el impacto. Uno de los compañeros del matón hizo un corte a Maeve en la oreja cuando ésta intentaba apartarse. Vi que le salía sangre.

Corrí hacia ellos.

Los cuatro rodeaban a Maeve, pero estaban demasiado borrachos o demasiado absortos para oírme llegar. Maeve, sin embargo, sí me oyó. Entendió mi estrategia y se aprovechó de ella. En cuanto me acerqué, ésta arremetió contra el más grande abalanzándose sobre él. Ajeno a mi presencia, el hombre intentó forcejear con ella.

Ataqué al contrincante agarrándolo por la parte de atrás de las rodillas. Imaginé la sorpresa de su cara al ser golpeado, y deseé ver su expresión cuando chocamos. Caímos dando una voltereta, pero tuve tiempo suficiente para esquivar casi por

completo el peso que se me venía encima. Intentando detenerlo, le doblé la rodilla con fuerza mientras me liberaba de la presión de sus piernas. Cuando me volví a incorporar, vi que no importaba, ya que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para levantarse. No tendríamos que preocuparnos por él durante un rato.

Maeve había tirado al suelo a su contrincante, pero no se había librado de él. Por desgracia, éste también había conseguido hacerla caer. Sus atacantes la rodearon mientras intentaba ponerse en pie con las manos y las rodillas. Los matones me daban la espalda. Problema suyo. Fui hacia a ellos y di una patada a la mujer, que cayó al suelo quejándose, al tiempo que se unía al hombre corpulento para decorar la acera.

—Nos quedan dos —dije, convirtiéndome así en el nuevo objetivo de los librenacidos—. Dos contra dos. ¿Todavía queréis jugar?

Uno de ellos miró por encima del hombro, tal vez para ver si venían más conmigo, o tal vez para observar a sus compañeros. El ruido que hacían debió indicarle su estado. El otro seguía con la mirada fija en nosotros. La expresión de su cara ensangrentada era una muestra de que Maeve le había enseñado a tener cuidado con ella. Yo podría haber dejado ciego a su compañero curioso, pero les di la oportunidad de responder a mi pregunta.

El curioso tragó saliva y sacudió la cabeza. Ambos librenacidos salieron corriendo. Los dos que todavía se mantenían en pie ayudaron a levantar a los decoradores del suelo y entre todos consiguieron despertar a su líder y sujetarlo para que pudiera caminar. Desaparecieron en la oscuridad.

—Muy oportuno, amigo —dijo Maeve. Se apartó el cabello de los ojos y se fijó por primera vez en mí—. ¡Brian!

Me alegró ver que su expresión de alivio se transformaba en una de gozo.

—Parecía que necesitabas ayuda.

—Perdieron la primera oferta y subieron las apuestas. —Se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor—. Estaban demasiado bebidos. No suponían una gran amenaza.

—El centro médico está al cabo de la calle. Yo iba hacia allí de todos modos.

—No necesito un médico —dijo mientras se frotaba la sien. Se sorprendió al ver sangre en sus dedos—. Habría podido con ellos.

—Claro, claro. —Le alcancé el botiquín de mi cinturón.

Sonrió con timidez al tiempo que lo recogía.

—Pensaba que esta noche trabajabas.

—No había mucho movimiento —decidí mirar a otra parte mientras se curaba los cortes y los rasguños—. Te has defendido bien.

—Buenos reflejos —repuso encogiéndose de hombros. Al sonreír, el centelleo de sus ojos reflejó recuerdos de otros tiempos. Deseé haber formado parte de aquellos tiempos que parecía recordar con tanto placer. Luego desaparecieron los recuerdos y

volvió al presente.

—Debería habérselo dicho, pero todo el mundo se cree mejor que los que lo intentaron antes.

Aquello no sonaba bien.

—¿Te han atacado antes? El Lobo debería saberlo.

Sacudió la cabeza.

—No es asunto suyo. Ese no es mi estilo. —Su risa no pudo esconder la preocupación de sus ojos—. Vamos, Brian. Tú no eres un esferoide. Tú creciste en los Dragones, como yo. ¿Has ido alguna vez corriendo a tus padres de *sibko* cuando otro *sibko* te atacaba por sorpresa detrás del cuartel?

—Por supuesto que no. No sería honroso.

—Ni inteligente. —Su expresión buscaba mi conformidad, así que asentí—. Eso es lo que ha ocurrido aquí. Unos cuantos librenacidos pensaron que eran mejores que yo sólo porque tienen padres de sangre. Sólo les estaba dando una lección.

—Pues no parecían entender la lección muy bien.

—Supongo que eran demasiados alumnos para un solo profesor. Me alegro de que pasases por aquí.

Me contagió su sonrisa.

—Yo también.

—¿Has dicho que ibas hacia el centro médico? ¿El Lobo ha pedido una nueva cosecha?

—No. No era eso. Era... Era que...

Me di cuenta de que quería explicarle la verdadera razón por la que iba al centro médico, pero su repentino comentario había rozado la verdad y sentí recelo. Quería decírselo, compartirlo con ella, pero tenía miedo. Intentaba convencerme de que su aroma en mi nariz y su proximidad eran los que me hacían estar tan inseguro de mí mismo. Quería creer que lo entendería, pero no podía saberlo con certeza. No conocía a nadie que lo entendiera, pero la verdad es que nadie que no fuera de mi *sibko* sabía lo que hacía, ni siquiera mis compañeros. James se habría burlado de mí. Podía ser que Maeve me desdeñase del mismo modo.

—¿Qué era?

Sus ojos fríos como el acero al arremeter contra aquellos que la atacaban se habían convertido en nubes de un gris pálido. Me hicieron creer que le importaba. Con el temor de haber interpretado mal su mirada, reuní todo mi coraje.

—Iba a ver los úteros.

Frunció el entrecejo por un instante, atónita. Yo me estremecí.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Es donde voy cuando tengo que pensar.

Ya estaba. Lo había dicho. Ahora podía burlarse. Habría sido mejor decírselo a

James; al menos a él podría haberle pegado. Mientras esperaba su burla, advertí que había cerrado los ojos por miedo a sus crueles palabras. ¿Acaso un MechWarrior no reaccionaría con crueldad hacia alguien que seguía volviendo a su lugar de nacimiento cada vez que algo le preocupaba?

—Yo también.

La miré. Tenía la cara inexpresiva, relajada. Las pupilas de sus ojos daban una sensación de fría profundidad. Podría haberme ahogado en ellos. El calor de mi bochorno se fue apagando. Estaba demasiado contento para asentir cuando me preguntó si podía acompañarme. No estaba seguro de querer ir solo, y menos aún de dejar escapar la oportunidad de pasar mi tiempo libre en su compañía.

La mayor parte de las salas de úteros estaban a oscuras, todos los científicos se habrían retirado tras la jornada de trabajo. Había muy poco personal trabajando, y todos estaban frente a sus monitores, levantándose sólo para tomarse un descanso en el salón. Caminamos por los pasillos despreocupadamente. Sabía que nuestra cercanía al Lobo era suficiente autorización para estar allí, pero si alguien nos descubría, informaría de ello. Yo no quería eso y no necesitaba preguntar a Maeve si estaba de acuerdo con aquella incursión clandestina. Su sigiloso andar al acercarnos al edificio me había dado a entender que sabía el riesgo que corríamos con las visitas nocturnas a los úteros.

Caminamos hasta la galería de los invitados fuera de la cámara 17. Al otro lado del transpex había nacido yo. O eso había decidido. Nunca nos decían cuál de las cámaras de úteros había sido la nuestra. Si aquella galería significaba algo para Maeve, no me lo dijo.

A través del transpex pudimos ver los úteros de hierro en el interior de la cámara. Era el ciclo nocturno, pero no encendimos las luces. No lo necesitábamos, puesto que la cámara tenía luz suficiente para lo que queríamos hacer. La mayor parte de la tenue iluminación provenía de las líneas del suelo que separaban los pasillos con puntos de color ámbar. Los propios úteros eran estructuras de luciérnagas de monitores y luces de estado. No había luces rojas. Todo estaba en calma, tranquilo.

Permanecimos sentados durante un rato sin decir nada, contentos de absorber la paz del lugar. De repente, empezamos a hablar. Al principio hablamos sobre pequeños detalles relacionados con el trabajo, como volver a casa después de un contrato o los problemas para explicar a un tech por qué *crees* que tu 'Mech no va bien. Cuestiones sin importancia. Me explicó una divertida historia sobre cómo su compañero de *sibko* se había buscado un año más de trabajo extra, y eso nos llevó a hablar de cómo les iba a nuestros respectivos compañeros de *sibko*. Supongo que era casi inevitable, dado el lugar donde nos encontrábamos.

Era una delicia y yo esperaba no aburrirla. Estaba tomando conciencia de lo juntos que estábamos en aquel banco cuando me sorprendió con un cambio de tema

repentino.

—Has dicho que vienes aquí cuando necesitas pensar. No creo que quisieras volver a vivir tu niñez. Es mejor cuando estás en otra parte o con tus compañeros de *sibko*. ¿Para qué venías aquí? —Se apresuró a hablar antes de que yo pudiera responder—. Puedes decirme que me calle. Si es algo de negocios y no puedes hablar de ello, lo entenderé.

—No, no importa. No es nada de negocios. O al menos no exactamente —era consciente de estar esbozando una sonrisa torcida, pero esperaba que inspirase seguridad—. Hoy he visto un viejo comunicado. Sobre la reserva genética.

—¿Tú conoces a tus padres?

Estaba entusiasmada, emocionada por la posibilidad de que fuera así. Era obvio que, tras nuestra charla, en su mente rondaba esa posibilidad. Ella me había contado que el suyo era un *sibko* anónimo, y parecía como si ahora hubiese transferido a mi situación las esperanzas de conocer sus orígenes. Vi en sus ojos una alegría genuina por lo que ella creía que iba a decirle. Tuve que decepcionarla.

—No, no es eso.

—¿No quieres saberlo? —insistió. Su voz hizo evidente su propio deseo.

Me sentí avergonzado.

—Yo siempre lo he sabido. Era del *sibko* de William Cameron.

—Es verdad, lo había olvidado. Tú no eres un anónimo como yo.

Su voz contenía un atisbo de dolor. Estiré los brazos para abrazarla, darle ese calor humano que ayuda a borrar la soledad. No se movió hasta que la toqué. Entonces reaccionó. Me tiré hacia atrás y giró el hombro hacia mí.

—Ganarás un Nombre de Honor —dije sin mucha convicción.

—Yo quiero el mío.

Era comprensible. En comparación con ella, tenía suerte. Yo conocía a mis padres, sabía que era la simiente de la línea de sangre de un Nombre de Honor. Aunque no hubiese conseguido el nombre, tenía la certeza de saber cuál era mi herencia. Pero había ganado un nombre. ¡Por la Unidad! Debí parecerle despectivo.

Bajé los brazos y miré hacia la ventana. Más allá del transpex, las filas de úteros de hierro se adentraban en la oscuridad en hileras inmóviles, con el calor interno escondido en el frío metal. En el corazón de esos úteros que parecían tan duros y carentes de vida se estaba generando vida nueva. Los niños que nacieran de ellos afrontarían vidas llenas de conflictos. Algunos conocerían a sus padres genéticos, como yo. Otros no tendrían ni idea de quién había donado el espermatozoides y el óvulo del que provenían. Todos crecerían soñando con ganar un nombre. Algunos, muy pocos, lo conseguirían. Muchos otros morirían.

¿Y por qué?

Para llenar las filas de los Dragones de Wolf.

¿Y por qué?

Para estar preparados para el siguiente asalto de los Clanes.

Jaime Wolf había decidido que los Dragones estarían allí para oponerse al regreso de los Clanes en su trayectoria hacia la Tierra. Sus razones oficiales estaban registradas en los anales privados de los Dragones. Por los *sibkos* corrían rumores que remitían a razones secretas. Había oído conjeturas aún más fuertes cuando dejé el *sibko* para reunirme con los esferoides. Ciertas o no, las conjeturas no alteraban la verdad.

Los Dragones eran renegados de los Clanes, los que habían creado los úteros de hierro. La mayoría de los veteranos, Dragones que habían estado entre los Clanes, eran librenacidos. Provenían de padres humanos, y algunos incluso habían crecido en familias de verdad. Ese origen, despectivamente conocido como librenacido, los había convertido en ciudadanos de segunda clase, vigilados por los llamados biennacidos, que habían sido gestados en los úteros de hierro y habían crecido en *sibkos*. La ironía me revolvía las tripas. En Outreach, los Dragones habían adoptado los úteros de hierro para salvarse como grupo, como habían hecho los seguidores de Nicholas Kerensky, fundador de los Clanes. Los llamados renegados seguían el camino de aquellos a los que se habían enfrentado. Los *sibkos* servían para completar las filas y convertir a los Dragones en guerreros de elite de la Esfera Interior. Como los guerreros de los Clanes, los niños del *sibko* llegarían a ser soldados de Wolf. Serían educados y entrenados desde su nacimiento para ser los mejores. Soldados sin padres, la élite de los Dragones de Wolf.

Como yo. Como Maeve.

Los niños nacidos de los úteros eran nuestros hermanos y hermanas, incluso aquellos con los que no compartíamos ninguna herencia genética. Todos éramos una familia. Si el plan de Wolf funcionaba, estaríamos más unidos, seríamos mejor entrenados y tendríamos más cohesión que cuando los Dragones llegaron a la Esfera Interior, después de haber recibido el entrenamiento de los Clanes.

—¿Brian?

Gruñí algo. Muy elocuente.

—Lo siento —dijo.

—No tienes por qué disculparte.

—Sé que intentabas ayudarme.

—Yo...

—¿Podemos olvidar el tema?

—Claro —dije. ¿Qué más podía decir?

—Estabas contándome por qué venías aquí esta noche.

—En el *sibko* nos decían que los Dragones tienen que cuidar de sí mismos.

—Unidad de mente, unidad de propósito —citó.

—El comunicado que he visto iba dirigido a los científicos. Era como una adición a los bancos de genes.

—¿Una nueva línea de Nombre de Honor?

—No. Nuevos genes.

Los ojos de Maeve se agrandaron.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando los líderes de toda la Esfera Interior llegaron a Outreach? Se supone que el Lobo les advirtió de la amenaza de los Clanes. Les habló de nuestro origen en los Clanes y nuestro repudio a aquella lealtad. Les ofreció entrenamiento e inteligencia en contra de los Clanes. Incluso dejó que trajesen a sus herederos para que la nueva generación estuviese preparada para combatir a los Clanes. Los líderes de las Casas obtuvieron entrenamiento e información, pero pagaron por ello de un modo que nunca sabrán.

—Has hablado de nuevos genes.

—Exacto. El Lobo ordenó recoger muestras genéticas de todos los herederos mientras realizaban evaluaciones médicas completas. Esas revisiones se llevaban a cabo mientras los niños de los Señores de las Casas dormían. Espero que tuvieran plácidos sueños, porque mientras dormían dejaban algo de ellos mismos tras de sí. Está todo en los bancos de genes.

—¿El Lobo añadió genes esferoides a la reserva?

No sabía si estaba perpleja o simplemente asombrada. Asentí.

—¿Y genes de Kurita?

—Af.

Permaneció en silencio.

—Pero lo mantuvo en secreto.

—Af. Un comandante debe guardar ciertos secretos. No es sólo una parte de la mística, sino también una herramienta necesaria para mantener la impredecibilidad. El secreto es tan importante en la guerra como los cañones de proyección de partículas y la sangre. Mucho de lo que el Lobo hace es secreto. Tiene una cara en público y otra en el centro de mando.

—Como cualquier buen oficial.

Esperaba que todo se quedase ahí.

—Es más que eso. Ojalá lo supiera.

—Tal vez tenga miedo de que los adoptados no aprueben su decisión —dijo pensativa—. A ellos no les gustan los *sibkos*. Creo que piensan que no somos bastante humanos.

—Puede que tengan razón.

—Tú lo sabrás mejor —dijo, acariciándose la cara.

Su forma de hablar me recordó a Lydia. Mi hermana de *sibko* siempre tenía una



palabra reconfortante cuando no me había ido bien una prueba, con la diferencia de que Lydia apenas ofrecía consuelo físico. Noté el calor de la palma de Maeve en mi mejilla. Intenté no hacer caso del contacto, pero aquella sensación me llegaba hasta el cerebro.

—¿En serio? —susurré.

Giró mi cara hacia la suya y me miró fijamente a los ojos. Colocó la otra mano entre mis piernas.

—Tú eres lo bastante humano para mí —dijo.

Y ella también era humana.



Si no hubiese estado pensando en la noche anterior, es posible que hubiera reaccionado antes. Maeve también debía de estar un poco aturdida después de ir a dormir tan tarde, ya que se mostraba igual de lenta que yo. Aun así, puede que no fuera culpa nuestra, aunque todavía no lo creo. Deberíamos haber sido más observadores. Yo debería haber sido más observador.

Mientras los Dragones equipaban las tropas de infantería con armaduras de combate de Elementales, en las calles de Outreach se veía cada vez más gente vestida con uniformes. El equipo de guerra no está fuera de lugar en un campamento de guerreros, y Harlech, como capital de Outreach, realmente lo era. En aquel preciso día, aquel preciso uniforme llevaba las insignias de Outreach, como debía ser; la policía de los Dragones prohibía las que no fueran nuestras sobre la superficie planetaria. Los uniformes no eran todavía muy habituales en el resto de la Esfera Interior, así que no había ningún motivo para sospechar que aquél no fuese uno de los nuestros.

Me sorprendió ver a ese soldado de infantería con la armadura de combate apoyado contra la pared de la barrera de hormigón que proyectaba la entrada lateral del Salón del Lobo. Mi desasosiego desapareció al pensar que aquél podía ser el mayor de los matones al que Maeve y yo nos habíamos enfrentado la noche anterior, ya que era lo bastante corpulento para ser un Elemental. Sí recuerdo haberme fijado en que las insignias de su uniforme fuesen insignias y marcas tácticas de los Dragones, pero no el hecho de que estuviesen caducadas.

El Salón del Lobo era el centro de mando de todas las operaciones de los Dragones, y albergaba oficinas de negocios para todos los oficiales veteranos. Ese día el Lobo tenía que ocuparse de la burocracia, lo que suponía horas de trabajo en la oficina. Ya estaría allí y nosotros llegaríamos tarde, y a Jaime Wolf no le gustaba que el personal llegase tarde.

Sentimos el cálido sol al dejar el frío de la estación de metro y dirigirnos hacia la pequeña puerta del lado este del edificio. La puerta estaba insertada en la pared, la

única sombra a la vista en aquella soleada mañana. Maeve estaba pasando por los escáneres delante de mí cuando oí el frenazo de un coche terrestre. Miré por encima del hombro y vi que el coche se había detenido cerca de la escalera de caracol que acabábamos de dejar atrás. Las banderas del guardabarros del coche indicaban que era el vehículo de Wolf. Me sentí aliviado; habíamos llegado antes que él. Luego me detuve a pensar. La experiencia me había enseñado que el Lobo tenía un mal día si no llegaba una hora antes, y un mal día para el Lobo era un día peor para el personal.

No tenía ni idea de lo malo que iba a ser aquel día.

Cuando empezaron a abrirse las puertas del coche terrestre, el Elemental se apartó de la barrera de hormigón. Salió del arbusto de creogano que había al otro lado de la valla empuñando un arma. Las bocas de la máquina multicañón antipersonal que se apoyaba en el brazo derecho del traje eran oscuras, promesas auguradoras de destrucción.

Era demasiado tarde para advertirle. El Lobo había salido del coche y justo en aquel momento se giraba para ver el peligro. Empuñé mi pistola, un gesto inútil puesto que el arma no penetraría en la armadura de combate. Pero tenía que hacer algo.

El Elemental abrió fuego.

Su primer disparo dio delante del coche terrestre de Wolf, desgarrando el hormigón a medida que impactaban las pesadas balas. Al siguiente disparo, el Elemental corrigió su objetivo y el fuego fue a parar al guardabarros frontal del coche. El conductor del coche, que había ido rodeando el vehículo, quedó partido por la mitad. De un modo grotesco, sus piernas dieron dos pasos más antes de que el torso cayera definitivamente al suelo. A continuación, el Elemental abrió fuego contra el coche, haciendo que el metal chirriase al desprenderse.

El Lobo se arrastró por la calzada, sirviéndose del coche como barrera entre él y el Elemental. Supuse que se dirigiría hacia las escaleras que bajaban a la estación de metro. El hormigón le proporcionaría mayor protección que el coche terrestre. Me horrorizó ver que dejaba tras de sí un rastro de sangre. Lo habían herido, no sabía si con el arma de fuego o con la metralla que se había desprendido del coche. Necesitaba ayuda.

Si corría en su auxilio, me mataría.

Al tiempo que apuntaba al Elemental con mi pistola, apreté el gatillo. Las balas no hicieron más que rebotar contra la protuberante superficie del torso. No suponían amenaza alguna, pero distrajeron su atención. Me refugié en el edificio cuando empezó a disparar hacia la entrada. Las paredes eran lo bastante gruesas para protegerme.

Había dado algo de tiempo al Lobo.

Maeve se reunió conmigo antes de que cerrase la puerta.

—¿Qué demonios ocurre?

—Un Elemental está disparando al Lobo.

La empujé por si el Elemental desviaba la dirección de su objetivo. No se me ocurría nada mejor que hacer, así que opté por cambiar el cargador de mi pistola.

El guardia de la puerta pasó junto a nosotros. A pesar de su seguridad en la armadura y las armas, el Elemental lo derribó en cuanto lo vio aparecer.

El tiroteo cesó.

Las tropas no tardarían en llegar, ¿pero serían lo bastante rápidas para salvar al Lobo? ¿Era ya demasiado tarde? Me arriesgué a mirar. No se veía al Lobo por ninguna parte, pero el rastro de su sangre llegaba hasta la escalera de caracol. Lo había conseguido.

El Elemental traidor iba de un lado a otro, como si intentase ver a través del coche terrestre en llamas. Supuse que quería comprobar su trabajo. Pensé en volver a llamar la atención del deshonesto para dar al Lobo más tiempo para escapar pero, antes de que pudiera moverme, Jaime Wolf apareció. El Elemental disparó al verlo. El Lobo se agachó lo bastante rápido para que las balas chocasen contra los trozos de hormigón que cubrían la acera sin llegar a darle.

El traidor echó a correr hacia la escalera de caracol dando grandes zancadas. A cuatro metros de la conflagración que lo separaba de su contrincante, activó los retropropulsores y dibujó un arco en el aire.

Aquello era lo que el Lobo estaba esperando.

Una fuerte corriente de agua a presión salió despedida de la escalera de caracol y dio justo en la lanzadera de la mochila lateral del Elemental, quien, al ser propulsado hacia atrás, perdió totalmente el control. Los propulsores lo hicieron caer al suelo. El Elemental impactó con la espalda y empezó a moverse espasmódicamente, como aturdido.

Jaime Wolf apareció en lo alto de la escalera de caracol sosteniendo una manguera de fuego. Contuvo la corriente y la dirigió al Elemental, haciendo que éste diese vueltas sobre su espalda como un niño jugando con una tortuga. El traidor sacudió los brazos, incapaz, al parecer, de recuperar el control del traje.

Me apresuré hacia la estación de guardia y abrí el comunicador para pedir apoyo de Elementales y asistencia médica. Mientras organizaba a las fuerzas de seguridad que iban llegando, Maeve salió fuera y empuñó el rifle del guardia muerto. Se colocó en posición y empezó a lanzar tiros cortos, buscando los puntos débiles del traje de combate a medida que éste giraba.

Los Elementales, un Punto de cinco hombres y el capitán Elson, llegaron a los dos minutos. Con una eficiencia increíble, el Punto se abalanzó sobre el traidor, que estaba demasiado desorientado para luchar. Lo sacaron del traje. Maeve debía de haber encontrado al menos una fisura en la armadura, ya que le salía sangre del brazo

derecho. A excepción de ese rasguño, parecía estar ileso. El equipo médico llegó poco después y se apresuró a llevar al pálido Jaime Wolf al centro médico. El asesino frustrado fue trasladado en una segunda ambulancia, pero no recibió tantos cuidados.

Stanford Blake me dio el juego de auriculares de la red de comunicaciones al pasar junto a mí, antes de reunirse con el grupo de oficiales que se había congregado alrededor del traje de combate vacío. Varios oficiales veteranos estaban allí presentes, entre ellos el comandante en jefe de la Guardia Nacional, Jason Carmody, Hamilton Atwyl, el comandante aeroespacial, y Hanson Brubaker, del Mando de Contratos. Elson, con el casco de combate colgando y la cabeza al descubierto, se encontraba entre los oficiales. Sus demás hombres —dos habían ido con el Lobo y uno con el traidor—, todavía estaban metidos en sus trajes. La pareja se retiró a hablar de sus asuntos. Pasé aún varios minutos comunicándome con la red de comunicaciones y asegurando a los diversos mandos que todo estaba bajo control antes de reunirme con los oficiales. Dejé un canal abierto en la frecuencia del centro médico.

—El tipo de traje es de los Gatos Nova —anunció Stan. Parecía desconcertado.

Miré a Elson. A pesar de su cara inexpresiva y del silencio que guardaba, su piel estaba al rojo vivo. Había sido un Gato Nova y todavía conservaba el nombre de su clan, del mismo modo que Jaime Wolf tenía el nombre del clan de los Lobos aunque ya no formaba parte de él. ¿Acaso Elson se sentía avergonzado de que su viejo clan hubiese llevado a cabo un intento de asesinato, o de que no lo hubiese conseguido? ¿Acaso su aparente respuesta significaba algo más?

Jason Carmody dio un puntapié al brazo del traje vacío. Aunque apenas se movió, el impacto fue suficiente para que los gruesos dedos y el pulgar del guante izquierdo temblasen y se desenroscasen un poco. Sacudió la cabeza lentamente.

—¿No saben que el clan de los Lobos nos ha repudiado?

—Seguro que lo saben, Jason —dijo Stan—, pero tal vez no les importe porque colaboramos en la masacre de Luthien. Sabemos que contrajeron demasiadas obligaciones financieras en Tukkayid para demostrar que lo de Luthien había sido un accidente. Lo único que consiguieron fue volver a ser masacrados. Por no mencionar que su derrota en la batalla de Tukkayid es la razón por la que los Clanes han tenido que jurar que detendrían su invasión durante quince años. Nosotros mismos ya les hemos dado razones suficientes para el odio; no necesitan remitirse a la vieja contienda con los Lobos.

—La contienda con nosotros no es posible. No hubo declaración —puntualizó Brubaker.

Stan lanzó un suspiro.

—Seamos serios, Hanson. No estamos viviendo en una canción de honor. Los Gatos Nova son los únicos que nos llaman bandidos. Nadie tiene que declarar contienda a unos bandidos.

—Pero el ilKhan no nos ha proclamado bandidos —protestó Hanson.

—Ni lo hará —repuso Carmody—. El también es un Lobo.

—*Tal vez* no lo haga —lo corrigió Stan—. Tiene muchas más cosas en la cabeza que el bienestar de un puñado de guerreros librenacidos y desertores.

Carmody no parecía estar muy de acuerdo con la valoración de Stan.

—Tal vez esto sea un intento de castigar a los Dragones por haber traicionado a los Clanes.

Algunos de los oficiales apoyaron la teoría.

—¿Cuánto cree que los Gatos Nova habrían ofrecido por ese privilegio, Elson? —preguntó Atwyl.

—Yo ya no soy un guerrero de los Gatos Nova.

—No importa. ¿Qué cree usted?

—Yo nunca participé en tales ofertas.

—No sirve para nada —soltó Atwyl. Descargó su frustración dando una patada al traje de combate vacío—. Creo que Jason tiene algo que ver con esto. A los Gatos les encantaría un plan así. Se libran de Jaime y se anotan dos tantos. Se vengan de los Dragones por lo de Luthien y al mismo tiempo dejan en evidencia a los Lobos arreglando su propio desbarajuste. Así mejorarían su reputación entre los otros Clanes, lo que les vendría bastante bien, sobre todo después de Tukkayid.

—Tal vez averigüemos algo del Elemental —declaró Carmody; parecía esperanzado.

Los mensajes que me llegaban al oído derecho me encomendaban la misión de destruir tal esperanza.

—El centro médico informa que el Elemental ha llegado muerto al hospital. Se mordió la lengua y se ahogó con su propia sangre —respondí al coro de preguntas anunciando lo más importante—. El Lobo se recupera. Su pronóstico es bueno.

—¿Se sabe algo de MacKenzie? —preguntó Atwyl con cierta preocupación.

—¡Por la Unidad, Ham! El mensaje acaba de salir.

—Ya lo sé, Stan. —Atwyl frunció el entrecejo—. Estaré más tranquilo si se queda por aquí hasta que el Lobo se recupere y vuelva al mando. Alguien tiene que cuidar de éstos.

Aunque hubo consenso general, me sorprendió ver que algunos oficiales no parecían tan entusiasmados. Quise comprobar la reacción de Elson, pero cuando intenté localizarlo, ya se había ido, al igual que sus Elementales.

MacKenzie Wolf llegó a Outreach dos semanas después de que atacaran a su padre. El viaje habría durado más si el coronel Atwyl no hubiese variado algunas de las funciones habituales de las Naves de Salto de los Dragones y les hubiese dado un emplazamiento para crear lo que los esferoides denominaban circuito de mando. Se puso a su disposición una serie de Naves de Salto a lo largo de su ruta hacia Outreach. En lugar de tener que detenerse y esperar hasta que su nave recargase la transmisión interestelar, MacKenzie pudo transferir su Nave de Descenso de una Nave de Salto a otra. Gracias a las múltiples transferencias, el viaje a Outreach fue relativamente corto, pero para entonces todo el mundo había tenido tiempo más que suficiente para concebir una teoría u otra sobre la identidad del asesino frustrado.

Unas teorías tenían más adeptos que otras. Podía tratarse de un asesino de los Clanes, a saber de qué Clan. O de una venganza esferoide. O de una interferencia de la facción reaccionaria de ComStar. O del primer ataque de la facción mayoritaria de ComStar. O de un simple bandido. O, incluso, de un Dragón renegado. Esta última era especialmente popular entre los Dragones esferoides, quienes querían creer que estábamos en manos de un conciliábulo de marionetas manipuladas por los Clanes. Yo no tenía ninguna opinión al respecto. Me limitaba a esperar a que las pruebas salieran a la luz. Sin embargo, sí me preocupaban las consecuencias de todas estas conjeturas absurdas.

Al cabo de unos días, las principales teorías parecían haberse anquilosado hasta adoptar posiciones rígidas y casi políticas. Se habían desencadenado discusiones, incluso unas cuantas peleas, entre los defensores de una teoría y otra. Daba la sensación de que era posible saber qué teoría apoyaba un Dragón sabiendo cuál era su facción predilecta de todas aquellas que parecían estar evolucionando entre los Dragones.

Yo opinaba que esa división y esa acritud eran perturbadoras.

En el *sibko* me habían educado para creer que los Dragones eran una gran familia. Sin conocer a tus padres genéticos, podías tratar de *sib* a cualquier Dragón de un

segmento de edad mayor, igual o inferior al tuyo. Eso era lo que creía cuando era niño, y esa creencia había hecho que la vida en un *sibko* fuera más llevadera. ¿Y por qué no? De todos los rangos de los Dragones, ya fueran padres o *sibs*, podías recibir atención y cariño. Estaba aprendiendo que la vida entre los Dragones, como la vida en cualquier parte, supongo, no era tan sencilla. La verdad es que no nos llevábamos muy bien para ser una familia.

Empecé a ver el ataque en Maeve como un síntoma de un malestar que afligía a todos los Dragones, más que como un incidente aislado. Si antes consideraba tales diferencias como una mera cuestión de burlas sin mala intención, ahora veía un arraigado fervor, un rencor verdadero. Empecé a darme cuenta de que, a pesar de que los Dragones tuviesen familia y más familia, algunos parecían estar al borde de la contienda.

Los esferoides perdían la confianza en los veteranos, y los *sibkos* los despreciaban por ello. Los nacidos de padres naturales miraban con desdén a aquellos de nosotros que habíamos nacido de los úteros. Y los sirvientes de los Clanes no podían más que despotricar de todo el mundo. Con esto no quiero decir que todo el que tuviera un determinado pasado sintiera lo mismo, porque no es cierto. Pero había grupos que educaban a otros compartiendo con ellos sus sentimientos. Unos se mostraban más abiertos que otros, pero ninguno se libraba de reclutar a los que pensaban como él. Parecía que los grupos que se congregaban en una parte u otra aumentaban a diario.

Yo intentaba convencerme de que mi temor al partidismo era una paranoia. Todos éramos Dragones, leales al Lobo. Este brote de acritud era un mero signo de tensión. La preocupación por la salud de Jaime Wolf hacía que todo el mundo estuviera nervioso, afligido. Cuando se recuperase, todo volvería a su cauce.

Esperaba que no fueran falsas ilusiones.

Durante las semanas en que el coronel Wolf permaneció en el centro médico, lo atendía casi constantemente. Así fue como su familia, su familia de sangre, llegó a conocerme.

Por supuesto, yo ya conocía a Marisha Dandridge. Era la coordinadora de la socialización de los *sibkos*, y la había visto a menudo cuando era pequeño. Había sido siempre afable y, durante mis primeros años de vida, creía que yo le gustaba especialmente. Al empezar mi tercer cuadro de entrenamiento, había soñado que me enamoraba de ella. Luego supe que era la mujer de Wolf y me invadió esa especie de terror deformado que sólo un muchacho de doce años puede sentir. Nuestra relación cambió de la noche a la mañana. No creo que ella haya llegado a saberlo nunca.

Marisha era la segunda mujer de Jaime Wolf. Aunque pertenecía a un segmento de edad inferior, era evidente que sentía pasión por él, lo cual a veces me incomodaba. Jaime Wolf, sin embargo, lo aceptaba de buen grado. En los hijos que ella le había dado se reflejaba otro tipo de emoción: la estrecha relación que



mantenían padres e hijos no se daba con frecuencia en un *sibko*. Ni siquiera en éste había observado nunca tales muestras de afecto. Me dije a mí mismo que mi incomodidad se debía a mi atracción de antaño por ella o a mi obvia intromisión en su intimidad, aunque luego descubrí el verdadero motivo.

Ellos eran una familia de sangre. Yo me sentía fuera de lugar.

Pero mi obligación era estar al lado de Wolf, excepto en determinados momentos, cuando él o Marisha querían estar a solas. Durante aquellas dos semanas junto al coronel, vi quién iba a visitarlo y quién no, quiénes se sentían cómodos en su presencia y se alegraban de su recuperación, como los veteranos, y quiénes parecían albergar incertidumbres. Estaba seguro de que él se daba cuenta de todo aquello y de mucho más, a pesar de mostrarse siempre alegre y cordial con todos los que lo visitaban.

A media mañana, cuando ya habían pasado unas cuantas horas de visita y yo estaba redactando el informe de su estado, llegó MacKenzie. Se relegaron las cuestiones de negocios mientras el joven Wolf saludaba a su padre con gran afecto. Me retiré para no molestar; el informe podía esperar.

MacKenzie y su padre mantenían una estrecha relación, al igual que el resto de la familia. Ver a dos MechWarriors de segmentos de edad tan distintos darse tales muestras de afecto me resultaba extraño. Parecían hermanos de *sibko*. En cuanto MacKenzie se puso al corriente del estado de su padre, besó y abrazó a Katherine, su mujer, y a Shauna, su hija menor, y luego a su madrastra y sus hermanastros de *sibko*.

—¿Dónde está Alpin? —preguntó MacKenzie.

—Dijo que tenía trabajo de mantenimiento.

Al momento, la cordial expresión de Katherine se ensombreció, acentuando las líneas angulosas de su cara. Yo sabía que ella sospechaba la verdad que las listas de turnos me habían confirmado: el hijo de MacKenzie no tenía trabajo de mantenimiento aquella mañana. Todos los 'Mechs de su lanza habían recibido certificación operativa el día anterior.

MacKenzie frunció el entrecejo por unos instantes y se giró hacia su padre con una sonrisa.

—Hasta en la cama mantienes a los Dragones activos, papá. No puede haber MechWarriors operativos sin 'Mechs operativos. Supongo que no era necesario que viniera a toda velocidad. Lo tienes todo bajo control. Tal vez deberían atentar contra ti más a menudo.

—No tiene gracia, Mac —dijo Marisha.

—Perdón.

Hubo un momento de silencio. Empecé a sentirme incómodo e hice ademán de salir, pero el Lobo me detuvo.

—¿Dónde crees que vas, Brian?

—Yo pensaba...

—¿Que tendrías menos obligaciones sólo porque este demonio ha vuelto a casa? Te equivocas.

—Buen intento —añadió MacKenzie—. Parecía el informe de la mañana.

—Lo era —confirmó el coronel—. Pero también es rutina. Creo que tienes algo más en mente, Mac.

MacKenzie asintió. Se sentó a los pies de la cama de Wolf y dijo:

—He estado leyendo los informes y las teorías, papá. A todos les falta algo.

—Continúa.

—Bueno, los hechos no acaban de encajar.

—Estás siendo impreciso.

MacKenzie lanzó un suspiro de frustración al tiempo que se daba una sonora palmada en el muslo.

—Todo este asunto es impreciso.

—En la vida no todo son batallas a campo abierto —el Lobo extendió la mano hacia su hijo—. Inténtalo. Empieza por lo más obvio.

MacKenzie inclinó la cabeza. Marisha se llevó a su nuera y a los niños de la habitación. Yo también quería irme, pero el coronel me indicó que me quedara con un ligero movimiento de cabeza. MacKenzie pareció encontrar la manera de empezar.

—Está claro que el soldado del traje de batalla no era de la línea genética de los Elementales de los Clanes.

—Lo que significa que pertenece a la Esfera Interior —dijo Jaime Wolf de repente.

—Pero Hanson dice que el piloto podría ser un librenacido, no de una línea de sangre Elemental.

—Y, en consecuencia, una buena elección para un deshonesto intento de asesinato.

—Papá, yo era sólo un niño cuando dejé los Clanes, así que no los conozco muy bien. Pero es que presiento que falla algo. Los Dragones han abandonado su cultura. Los miembros de los Clanes pueden considerarnos bandidos, pero no van por ahí asesinando bandidos. No creerían que valiera la pena.

Yo todavía sabía menos acerca de los Clanes y, a pesar de no ser uno de esos que adoraban la herencia de los Dragones, estaba de acuerdo. Sin embargo, sabía de otros que sostenían un punto de vista distinto. Lo más inquietante era que algunos de esos otros eran los nuevos sirvientes y guerreros contratados por los Dragones. Esos antiguos miembros de los Clanes parecían creer que los Dragones habían mancillado o incluso traicionado su legado. Se negaban a aceptar que los Dragones fueran totalmente ajenos a la sociedad de los Clanes. Muchos de ellos defendían la teoría de que el Elemental procedía de alguno de los Clanes.

MacKenzie sacudió la cabeza.

—El traje tiene tecnología de los Clanes.

—Tuvimos suerte de que no supiera muy bien cómo utilizarla —dijo el Lobo.

—Mucha suerte.

—¿Y?

—Y por eso creo que no era de ningún clan.

—Estoy de acuerdo.

—¿Entonces sabes quién lo envió?

—No. ¿Acaso importa?

—¡Por la Unidad! ¡Sí! —MacKenzie dio un salto—. Tienen que aprender la lección.

—Tiempo al tiempo. Necesitamos conocer al estudiante antes de darle clases. —El Lobo sonrió con malicia—. No tengo ninguna prisa.

—Yo sólo quiero hacer algo. No quiero que nadie piense que se puede atacar a los Dragones, especialmente a ti, con impunidad.

—¿Crees que tú puedes hacerlo mejor?

—Oh, no. —MacKenzie rió irónicamente—. No me atraparás tan fácilmente. Todavía no estoy preparado para hacerme cargo de los Dragones.

Padre e hijo rieron, pero yo fui incapaz de unirme a ellos. La última declaración de MacKenzie era lo único en lo que coincidía la mayoría de las facciones. Había oído demasiadas veces lo que Mac acababa de decir. El hijo de Wolf era un buen jefe de campo; pocos ponían en entredicho su competencia. Pero al ver cómo actuaba ante el problema del intento de asesinato y saber que el líder de los Dragones tenía que resolver más asuntos que los simples problemas del campo de batalla, me temía que aquellos que no lo veían preparado estaban en lo cierto.

Por suerte, Jaime Wolf había sobrevivido al ataque y no tardaría en volver a ocupar la silla de mando.

—He leído tus registros y admito que Antón Shadd era un hombre merecedor de su popularidad. Sus acciones en An Ting lo demostraron, pero eso no dice mucho. Shadd no es un Nombre de Sangre.

Elson Gatonova era de mayor tamaño que el hombre al que desdeñaba. Pero aquello no era motivo de orgullo. El tamaño era una simple herencia genética, una razón más de su validez como Elemental. Ese Shadd era hijo de un Elemental librenacido, como Elson, pero el padre de Shadd había abandonado su legado genético para sentarse en la silla de los MechWarriors. Por más que ese hombrecillo hubiese conseguido un Nombre de Honor de los Dragones, provenía de un linaje que había dado la espalda a sus connotaciones genéticas.

—Shadd es un Nombre de Honor —repuso desafiante el hombrecillo mientras sus ojos se iluminaban de ira—. Es mejor que un Nombre de Sangre.

—Vuestros llamados Nombres de Honor no son más que sombras de la verdad. Si hubiese querido hacerme con *tu* nombre, lo habría ganado fácilmente —se limitó a decir Elson.

Había que poner a aquel novato en su lugar. Como Elemental de rango mayor de los Dragones, había sido uno de los supervisores del Juicio del Nombre de Honor de ese soldado de infantería. Había visto los resultados y sabía que podía superar la puntuación del recién llamado Pietr Shadd. Por lo tanto, a pesar de que Shadd lo tomase como una chulería, Elson no tenía intención de alardear.

—Demasiado alarde para alguien que insiste en tener nombre de gatito.

Los oficiales que había en la estancia se pusieron en guardia, sin duda por temor a que esta confrontación desembocase en violencia física. Elson no les prestó atención. Tanto él como Shadd eran de mayor tamaño que cualquiera de los presentes. Si la discusión pasaba a las manos, el daño estaría hecho antes de que los MechWarriors, los pilotos aeroespaciales y los oficiales de personal allí reunidos pudieran interferir. Si actuaban con suficiente rapidez, lo mejor que podrían hacer sería salvar la vida de Shadd proporcionándole atención médica inmediata. Pero Elson no tenía la menor

intención de llevar las cosas tan lejos. Cualquier pelea en el Salón del Lobo, y más aún en el centro de conferencias, acabaría con todo lo que había cosechado hasta entonces. Era un momento para las palabras, no para la acción.

—Conseguí mi nombre en un combate honorable —dijo en voz baja.

Pero aquel tono no aplacó a Shadd, quien elevó la voz.

—¡Menudo nombre! Los Gatitos Nova son apaleados por los Dragones con la misma facilidad que por los Lobos.

—El mío es un nombre a la vieja usanza. Conozco *El Recuerdo* de los Gatos Nova. El suyo es un linaje honroso, invulnerable a tus palabras. ¿Tú puedes decir lo mismo?

—No tengo el menor interés en las canciones de gloria de los Gatitos Nova.

Elson empezaba a enfadarse. No pudo evitar elevar el tono de voz.

—Conozco tu historia. Es de esperar.

—Sí, es de esperar de los perdedores.

—No tienes ninguna noción del honor —gruñó Elson.

—Despierta. Ya no estás en los Clanes. Aquí no necesitamos su honor parcial. Ahora eres un adoptado. Si no te adaptas al programa, te dejarán atrás.

Elson dijo con desdén:

—¿Como tú has dejado tu herencia?

—Yo no soy un miembro de los Clanes —replicó Shadd. Parecía enorgullecerse de ello—. Soy un Dragón, de nacimiento y costumbres.

—Como has dicho, un librenacido. No tienes derecho a poner en duda el honor de un biennacido.

—Tú también eres un librenacido.

Dolido por el recuerdo, Elson sintió que su resolución contenía las ganas de llegar a la violencia. Ese novato carente de honor era un insolente y necesitaba que alguien le demostrase sus errores. Shadd debió notar que las intenciones de Elson cambiaban, ya que se puso en guardia sutilmente. Elson se echó hacia atrás, sorprendido. No esperaba que Shadd estuviera tan atento. El momento de retraso y la puerta abriéndose hicieron que la situación se congelara de repente. Elson miró de reojo y vio a MacKenzie Wolf al frente de los oficiales que acababan de llegar.

Elson dio un paso atrás, dejando vía libre. Shadd sonrió. La alteración del ritmo de su respiración denotaba cierto alivio. *Disfruta de tu pequeña victoria*, pensó Elson. *Es sólo un asalto, no la guerra. Habrá más ocasiones*, se prometió a sí mismo.

—¿Qué pasa aquí? —exigió MacKenzie.

—Nada, señor —contestó Shadd.

La expresión de MacKenzie mostraba que no creía las palabras de Shadd.

—Un nada lo bastante alto para que lo oyera desde el pasillo. ¿Tú también dices que no pasa nada, Elson?

—No tiene importancia.

MacKenzie encogió los ojos. Respiró profundamente e irguió los hombros.

—Todos somos Dragones —dijo, desviando la mirada de Shadd a Elson—. ¿Lo entendéis? *Dragones*.

Elson tuvo la sensación de que MacKenzie demoraba más la mirada en él que en el Dragón «de nacimiento y costumbres». Era un signo de quién tenía el poder allí y de cómo los Dragones se habían desviado del verdadero camino. Pero Elson entendía el honor a pesar de que ellos no lo hicieran. Clavó la mirada en MacKenzie y escuchó dócilmente las palabras del oficial.

—No somos *esto* por nuestro lugar de nacimiento o *aquello* por el lugar donde nos entrenaron. Somos Dragones en primera y última instancia y por encima de todo. En eso os convertisteis cuando os pusisteis el uniforme. Ya no pertenecéis a los Clanes. No sois simples contratados o niños de *sibko*. Sois Dragones. —MacKenzie se paseaba por la estancia mientras hablaba, caminando hacia adelante y hacia atrás al otro lado del depósito holográfico—. No me importa si vuestras familias han vivido en la Esfera Interior desde antes de la caída de la Liga Estelar o si vuestros antepasados zarparon con el general Kerensky. No me importa si fuisteis niños de sangre o de *sibko*. No me importa si os incorporasteis después de Misery o de Luthien. Jóvenes o viejos, novatos o veteranos, todos sois Dragones y espero que actuéis como tales.

»Cuentan que los irlandeses del planeta Tierra luchaban entre ellos porque no encontraban rivales que estuviesen a su altura. Ese capricho es algo que los Dragones no podemos permitirnos. Tenemos muchos enemigos, y los Clanes no son precisamente los más inofensivos. Ahora están ahí fuera, tras la línea de Tukkayid, pero no se quedarán ahí para siempre. Tenemos que estar preparados. Y lo estaremos. Los Dragones serán lo bastante buenos para no dejar títere con cabeza. *Vosotros seréis* lo bastante buenos. Si olvidáis lo que fuisteis y os comportáis como lo que sois. ¡Dragones! —Se apoyó en el depósito holográfico—. ¿Lo habéis entendido?

En medio del coro desafinado de «¡sí, señor!», Elson contestó:

—Lo he entendido.

Se preguntó si MacKenzie entendería la diferencia.

Jaime Wolf y yo llegamos a tiempo para presenciar el pequeño discurso de MacKenzie. Era un modo algo violento de recibir al Lobo en su primera aparición oficial después del atentado. La tensa atmósfera se relajó un poco a medida que el coronel se paseaba por la estancia, recibiendo las felicitaciones de los oficiales y asintiendo a sus deseos de recuperación. Estábamos ocupando nuestros asientos para iniciar la conferencia cuando la puerta lateral se abrió y apareció un último grupo, en el que se encontraba Maeve.

Aquel mes apenas la había vuelto a ver desde nuestra noche en los úteros, y

siempre había sido por cuestiones de negocios. No había contestado a mis llamadas. Me emocioné al verla. Luego se me partió el corazón al comprobar que el rumor que había oído era cierto. En lugar de la ropa de cuero de los guardaespaldas, llevaba el uniforme del batallón de la Telaraña, la unidad de MacKenzie Wolf. Desde su regreso a Outreach, Mac había relegado el mando a John Clavell, quien ascendió a algunos oficiales, dejando así una plaza vacante. Maeve debió de solicitar el puesto, pasar la prueba y hacerse con él. Yo no había visto su solicitud entre los comunicados, así que lo único que se me ocurría era que se las había ingeniado para que yo no la viese.

¿Qué había hecho mal?

No pude reflexionar más sobre mi problema. El Lobo ordenó que se iniciara la reunión y enseguida me concentré en mi trabajo, transfiriendo las visualizaciones al holotank y actualizando y adaptando el flujo de información según sus necesidades.

A una orden suya, abrí un archivo secreto sobre los recintos de producción de OmniMechs que Blackwell Corporation dirigía al otro lado de la montaña. Sabía de la existencia del archivo, pero nunca había visto su contenido. En circunstancias normales, habría estado tan fascinado como los otros pilotos de 'Mech por ver la evolución del recinto, pero lo cierto es que no estaba prestando ninguna atención. Mi mente estaba con Maeve mientras ésta observaba la pantalla con el interés que me habría gustado que hubiese mostrado por mí. Se había colocado junto a Jaime Wolf. Supongo que era la última oportunidad que tenía de ser su guardaespaldas. Stanford Blake tuvo que avisarme en una ocasión que no advertí la indicación de Wolf para cambiar la pantalla.

Tras dar a conocer las buenas noticias, el coronel Wolf se adentró en sus planes sobre el futuro de los Dragones. Habíamos pasado muchas horas preparando ese discurso, horas que podría haber pasado con Maeve si no hubiese estado tan obsesionado por ser un buen oficial de comunicaciones. El coronel Wolf pretendía integrar los elementos dispares de los Dragones en una nueva tradición, una tradición de los Dragones y para los Dragones. Era un buen plan a pesar de las reservas que había mostrado Stan sobre su viabilidad frente al enemigo. Creo que el Lobo habló con elocuencia, como siempre. Debió de haber discordia; no lo recuerdo.

Me sumergí en mi mundo de falsas esperanzas y sueños frustrados. Apenas recuerdo las intervenciones de MacKenzie para reafirmar los argumentos de su padre, notando que la conversación se estaba desviando. Aquello me preocupaba, pero no tanto como mi amor perdido.

Se hizo una pausa durante la reunión y Jaime Wolf aprovechó el momento para felicitar a Maeve por su nuevo puesto. Me quedé mirándolos. La ex guardaespaldas era del mismo tamaño que el hombre al que había protegido, pero el tamaño de un piloto no importaba en la lucha de BattleMechs. Y ahora no importaba en absoluto.

Ella se iría a otra parte y alguien tendría que proteger al Lobo. Unas meditaciones estúpidas. Meditaciones que parecían encajar con lo estúpido que me sentía. Incapaz de pensar con claridad, me limité a sentarme sin hacer nada. Por alguna razón, no me dirigió una sola mirada. En caso de haberlo hecho, yo habría... ¿qué? No lo sé. Sólo sé que me quedé mirándola cuando se fue con el oficial ejecutivo de MacKenzie.

Su Nave de Descenso zarparía en dos horas. Al empezar la exposición de argumentos supe que no podría salir antes. Mientras uno quería cambiar el emplazamiento de los OmniMechs, otro ponía en duda la nueva organización de los regimientos. Los oficiales discutieron sobre la estructura de las unidades de Elementales, pero todos querían incorporar a los Elementales a sus mandos sin importarles el nivel. La discusión más acalorada giró entorno a los *sibkos* y los regimientos de entrenamiento supervisado. Todo me pasaba inadvertido. Más tarde, al revisar las cintas, pude recuperar muchos detalles, pero en aquel momento no oía más que un lastimero susurro.

Ella no se despidió de mí.



## PARTE II

# 3054 VIEJAS DISPUTAS

El coronel Jaime Wolf había advertido la disensión entre los Dragones, se había dado cuenta de que sus reformas no estaban teniendo el efecto deseado. El partidismo seguía aumentando y cada facción se ocupaba de sus propios asuntos. A veces parecía que el Lobo y sus oficiales más allegados eran los únicos que veían a los Dragones como una sola entidad.

Y ahora, como siempre, la amenaza de los Clanes se adivinaba imponente tras el horizonte.

Los Dragones originarios habían sido extraños en una tierra extraña, un efecto desarraigante que los había unido más de lo que su estructura militar y la serie de campañas habrían conseguido jamás. Las pruebas a las que se habían enfrentado en su vagar por la Esfera Interior, sobre todo la férrea lucha en Misery, donde los kuritanos habían estado a punto de derribarlos, habían afianzado aún más los lazos entre los supervivientes. Los que habían prevalecido, tanto provenientes de los Clanes como esferoides, eran los que ahora se hacían llamar veteranos.

Cabría pensar que la amenaza de los Clanes se convertiría en el origen de pruebas similares y vínculos afectivos, que la mera previsión de la amenaza de los Clanes habría bastado para que las facciones intentasen resolver sus diferencias. Pero hasta el momento sólo los veteranos y pocos más habían visto la necesidad de conseguir la armonía absoluta entre los Dragones.

El Lobo había urdido un plan en un intento de promocionar la armonía al tiempo que se mejoraba nuestra posición militar. Al personal previamente seleccionado le fue asignada una misión especial y secreta.

En la Periferia había una estrella fría llamada Bristol, circundada por planetas yermos. No aparece en ninguno de los mapas estelares de la Esfera Interior, ya que está tan alejada de los sistemas habitables que una destartalada Nave de Salto esferoide podría perderse si le fallasen las transmisiones. Pero Bristol sí aparecía en los mapas de los Dragones.

Antes de la entrada de los Dragones en la Esfera Interior, éstos se habían reunido en el frío espacio de Bristol. Su misión inicial les recomendaba que se hicieran pasar

por mercenarios, pero las misiones encubiertas de reconocimiento les habían demostrado que la inteligencia de los Clanes había cometido unos cuantos errores. Una parte del equipo de los Dragones sobrepasaba incluso lo que las unidades de elite de las Grandes Casas de la Esfera Interior tenían a su disposición. El uso de un equipo así habría sido motivo de preguntas incómodas, por no hablar de una mortífera codicia. Jaime y Joshua Wolf, jefes de la misión, habían decidido esconder parte del equipo en esa fría estrella. Avanzadas Naves de Salto y Naves de Descenso, BattleMechs que no habían sido más que prototipos cuando la gente de Kerensky abandonó la Esfera Interior, modernos equipos electrónicos de los Clanes y armamento habían sido trasladados a la reserva. Creo que incluso entonces, los hermanos Wolf ya habían previsto la posibilidad de una ruptura con los Clanes. En cualquier caso, la creación de un depósito de reserva no dejaba de tener sentido. Con todo, los Dragones causaron gran revuelo con la calidad y los diseños del equipo que no escondieron.

Ahora los Dragones necesitábamos disponer de alguna ventaja. Nuestro origen en los Clanes, antaño secreto, era ahora del dominio público. No teníamos que seguir fingiendo, pero sí necesitábamos fuerza. El alijo de Bristol nos ayudaría a conseguirla.

Sin embargo, los líderes de la Esfera Interior no podían saber nada de la misión. Con los Clanes a la vuelta de la esquina, se habrían vuelto más codiciosos que nunca con lo que pudiésemos traer. Pero las naves y las máquinas eran nuestras. Serían nuestro as en la manga, nuestro último recurso en caso de ser amenazados por las empresas indignadas. Eso en caso de sobrevivir a la amenaza de los Clanes.

El viaje a través de la oscuridad tenía otro propósito, un propósito más sutil, quizá más importante. MacKenzie Wolf había sido elegido para dirigir a los oficiales al mando de la misión, y su consejo fue seleccionado con toda meticulosidad entre las facciones. En el viaje a Bristol, MacKenzie tendría la oportunidad de forjar una relación de comunicación con los hombres y mujeres que formarían su núcleo principal de comandantes.

Además de los técnicos y científicos que restaurarían las naves y el cargamento del alijo para su puesta en funcionamiento, estaban los representantes de todos los brazos de combate de los Dragones y la mayor parte de los de apoyo. El personal civil también estaría presente para proporcionar un microcosmos de Dragones. Aislado y tras un objetivo común, el grupo llegaría a conocerse mejor, a aprender que compartían un objetivo común y que se necesitaban mutuamente para cumplir tal objetivo.

Jaime Wolf había llegado a la conclusión de que gran parte del partidismo de los Dragones se debía a que los diversos grupos no se habían familiarizado lo suficiente. Sabía que las pruebas compartidas unían incluso a los grupos más dispares. Esta

misión se había planteado como una oportunidad para acabar con el prejuicio e instaurar el respeto.

La Nave de Descenso *Orion's Sword* sería el buque insignia de la pequeña flota. Era una nave reconstruida de clase Overlord, de casi diez mil toneladas de peso. Completamente equipada para una misión de combate, llevaría dos compañías de BattleMechs, seis aviones de combate aeroespacial y un batallón de infantería con sus vehículos de apoyo. Sin contar el armamento propio de la nave, había fuerza más que suficiente para asaltar un planeta defendido. Aunque la invasión no era la misión de la *Orion's Sword*, ésta iba al completo. Las otras tres Naves de Descenso de la flota también contaban con todo tipo de complementos. La flota de la Nave de Descenso sería trasladada a través de un circuito de mando por varios sistemas de estrellas deshabitados de la Mancomunidad Federada hasta encontrarse con la Nave de Salto *Talbot* en el último tramo del viaje por la Periferia. La razón oficial de la fuerza militar era la precaución: nadie sabía en qué estado se encontraba el depósito y era probable que a largo plazo las operaciones en el lejano espacio se convirtiesen en modelo de las futuras operaciones de los Dragones. El Lobo estaba seguro de que su estratagema no funcionaría si se descubrían sus verdaderos motivos.

Me encontraba en el puente de la *Orions Sword* hablando con el oficial de señales cuando MacKenzie Wolf llegó en una especie de *tour* turístico de la nave con su familia. Katherine lo sujetaba del brazo como si quisiera retenerlo. Shauna, su hija, se paseaba con aire inquisitivo, tropezando con todo hasta que los techs la echaron. Era como uno de esos MechWarriors a los que les encanta jugar con el equipo si no consiguen entrar en la clase tech. Alpin seguía al grupo a distancia, como una sombra alta y gruñona. Aunque no había posibilidades de acción inmediata, llevaba chaleco y pantalones refrigerantes en lugar del mono de los Dragones. En el hombro izquierdo tenía un tatuaje con un llamativo emblema del clan de los Lobos, que revelaba su simpatía por los que idealizaban el origen de los Dragones en los Clanes. Su habitual gesto agrio se suavizaba de vez en cuando al descubrir algún trozo de tecnología de los Clanes capturada en Luthien e incorporada a la *Orion's Sword*.

—Es una nave preciosa —dijo Katherine a MacKenzie al llegar a la estación de comunicaciones—. Estoy muy orgullosa de ti.

—El heredero siempre se lleva los mejores juguetes —se burló Alpin.

—Eso está fuera de lugar, Alpin —dijo MacKenzie.

—Jaime no escogió a tu padre sólo por ser de la familia —lo reprendió Katherine.

—Sí, claro.

Indiferente a las palabras de sus padres, Alpin se apartó para examinar la silla del capitán.

Katherine se acercó a MacKenzie.

—No es así, ¿verdad?

—No —dijo Mac sacudiendo la cabeza—, papá nunca lo haría. ¿Por qué crees que pasé tanto tiempo en el regimiento Beta con otro nombre? Papá me puso al mando de los oficiales de esta misión porque pensó que estaba lo bastante cualificado para dirigirla y era lo bastante inexperto para necesitar este tipo de viaje galáctico.

—Por el complejo corre el rumor de que es una especie de prueba. Para ver si puedes unir a algunas de las facciones.

—Si es así, no me ha dicho nada al respecto.

—Ten cuidado.

Mac sonrió a Katherine y le dio una palmadita en el hombro.

—No vamos a luchar. Sólo vamos a recoger una parte del equipo.

Sus palabras no parecieron convencerla.

—Sabes que me preocupo.

—Bueno, te preocupas demasiado —dijo antes de besarla.

—Me das motivos.

Mac rió con dulzura, una risa que denotaba cierta tristeza.

—Preocúpate por Alpin. El también te da motivos, y a mí más.

Se quedaron mirando a su hijo. Alpin había abandonado la silla del capitán y estaba probando el sofá del comandante militar. Mac lanzó un suspiro. Se separó de su mujer, se dirigió hacia él y puso una mano en el hombro de Alpin.

—Voy a tener que volver pronto al trabajo —Mac miró con cariño al resto de la familia—. No quiero que os vayáis, pero es la hora.

Alpin saltó de la silla.

—Podrías haber conseguido que me incluyeran en la plantilla. Ahora estaría al mando de una de las lanzas.

—No creía que fuera conveniente. Además, tu madre te necesitará.

Alpin apretó la mandíbula y miró fijamente al techo. Luego volvió a mirar a su padre con rabia.

—¿Por qué me proteges? Tu padre te dejó ser un guerrero.

—Yo no...

—Soy tan bueno como tú hayas podido serlo.

—Alpin...

—No necesito esto.

Se encogió de hombros para que su padre retirase la mano y salió disparado hacia el ascensor. Golpeó el botón de llamada y dio un puñetazo en el panel al ver que la puerta tardaba en abrirse.

Mac observó a su hijo con tristeza. Katherine se le acercó y se quedó a su lado. Levantó una mano y empezó a frotarle el cuello. La escena duró casi un minuto, hasta que Shauna apareció bailando e insistió a sus padres para que fueran a ver algo que había encontrado. Todavía con la mirada fija en su hijo, Mac permaneció inmóvil por

un instante antes de dejarse convencer. Luego padres e hija se dirigieron al otro extremo del puente.

Observé al hijo enfadado.

El ascensor se abrió y Alpin se metió de golpe, chocando contra un gigantesco Elemental.

Era Elson.

Aunque él también era alto, Alpin tuvo que estirar el cuello para mirar la cara del hombre contra el que había chocado.

—¡Aparta de mi camino!

Elson soltó una carcajada.

—Teniente, no estás asignado para esta misión, así que deberías decir «¡aparta de mi camino, señor!».

—Eres una mole.

—Y tú eres un alto y poderoso MechWarrior que no puede ver la insignia de rango. Podría enseñarte, pero no te gustarían las lecciones. De todos modos, creo que ya has tenido algún problema hoy y seré indulgente. Tienes suerte de que esté de buen humor.

—No me importa de qué humor estés. Estás en mi camino.

—Que es donde permaneceré hasta que te expliques. No permitiré este tipo de comportamiento en mi nave.

—No es tu nave; es la suya —gruñó Alpin, inclinando la cabeza hacia atrás para señalar el lugar donde se encontraba su padre.

Elson miró por encima del hombro de Alpin en la dirección indicada. Sacó un poco la lengua y se balanceó ligeramente.

—¿Y él es tu problema?

—Es mi padre —Alpin musitó algo entre dientes—. Sí, se podría decir que él es mi problema.

Elson asintió levemente.

—Ya veo.

—Lo dudo.

Elson colocó su enorme manaza en el hombro de Alpin.

—Puedo entender tu enfado. No es un gran guerrero.

—Es un buen oficial —Alpin se puso a la defensiva.

—Oh, un *Dragón* muy bueno.

Alpin apartó la mano de Elson y lo miró con desdén.

—Tú eres un *Dragón*.

Elson bajó la mano y se limitó a decir:

—Era un Gato Nova.

La cara de Alpin se iluminó al reconocerlo al tiempo que daba un paso atrás. Su

tensa postura cambió y todo él adoptó un aire distinto.

—¡Eres Elson!

El Elemental sonrió.

—He oído hablar mucho sobre ti. Tú naciste en los Clanes, ¿no? Quiero decir, ¿*quiaf*?

Alpin miró fijamente a Mac y sonrió al ver a su padre conversando con uno de los oficiales de la nave.

—Él no te necesitará durante un rato. Tal vez podría invitarte a tomar algo mientras tú me explicas cómo es. Me refiero a ser un guerrero de los Clanes.

—Mis Elementales están en formación y tengo poco tiempo —repuso Elson. Rodeó a Alpin con su enorme brazo y lo condujo al interior del ascensor—. Podría explicarte muchas cosas sobre la senda del honor y creo que las entenderás.

Aunque la puerta del ascensor se cerró y me impidió verlos y oírlos, no dejé de pensar en ellos durante un rato.

Hacía un mes que el grupo de MacKenzie había partido cuando llegó el embajador del Condominio Draconis a la estación Gobi situada en órbita sobre Outreach. Al principio, todos pensamos que se trataba de otra oferta de trabajo de Theodore Kurita, si bien es cierto que la traía un extraño mensajero. Cuando el embajador Kenoichi Inochi, el líder de la embajada de Kurita, se negó a hablar con nadie que no fuera el coronel Wolf, se levantaron sospechas inmediatamente. Por aquel entonces ya sabíamos el origen del Elemental asesino.

Un análisis exhaustivo había demostrado que la armadura de combate del asesino tenía su origen en los Gatos Nova, aunque el asesino no era tan grande ni voluminoso como el típico Elemental de los Clanes. Eso podía indicar que el hombre no era un miembro del clan, pero no había pruebas; no todos los Elementales son del fenotipo característico del clan. Por otra parte, cualquier miembro del clan que no fuera del fenotipo Elemental y hubiese conseguido el derecho a llevar armadura de combate tenía que ser un soldado muy competente. El asesino frustrado de Wolf apenas había logrado controlar su traje. La prueba irrefutable, sin embargo, provenía de las modificaciones realizadas para adaptar el traje a un hombre de dimensiones más pequeñas: todas se habían hecho en la Esfera Interior.

Sabíamos que el Condominio se había apoderado de una serie de uniformes de los Gatos Nova cuando Hohiro Kurita los había atacado en Wolcott, y muchos más tras la batalla de Luthien. La mayor parte de los componentes modificados del traje del asesino procedían del Condominio, de modo que el reino de la Casa Kurita era una elección obvia como lugar de partida para la búsqueda. La falta de agentes en el Condominio ralentizaba el proceso, pero finalmente se había conseguido identificar al asesino como un tal Ken O'Shaunessee. Los archivos investigados de las FIS identificaron a O'Shaunessee como un agente del clan Dofheicthe, una organización hereditaria basada en los ninjas de la antigua Tierra. La Red de los Lobos se había equivocado al revelar el registro que demostraba que el hombre había recibido entrenamiento de armadura de combate, pero pudieron emplazarlo en Nueva Samarkanda, el planeta donde los kuritanos habían construido la instalación de



entrenamiento para las nuevas unidades de infantería de estilo Elemental.

Cuando se difundió el informe final de inteligencia, sólo los pertinaces se aferraron a las teorías de que el asesino provenía de los Clanes. Aunque la Red de los Lobos no podía determinar quién había ordenado el ataque, era probable que Takashi Kurita hubiese decidido que a Jaime Wolf le había llegado la hora de la muerte, ya fuera de un modo honorable o no.

Ahora un kuritano llamaba a nuestra puerta y el Lobo estaba intrigado.

Se preparó una recepción para el embajador. No era más de lo que habríamos hecho para el representante de cualquiera de las Grandes Casas, pero mucho más de lo que se había hecho para un kuritano desde antes de Misery. El salón se decoró al estilo kuritano y se expusieron piezas de cerámica cerca del asiento del invitado de honor. Todo me parecía tener un toque demasiado sutil: no era muy probable que aquel embajador reconociese el trabajo de un artista menor como Minobu Tetsuhara, a pesar de su gran popularidad como jefe de los kuritanos en Misery.

El embajador Inochi apareció vestido al estilo formal kuritano. Llevaba un chaleco de cola de una seda azul tan oscura que parecía negra al lado de sus pantalones grises a rayas finas. En la cintura llevaba una faja de seda irisada *daigumo*, la misma seda que salpicaba la punta de sus negros y relucientes zapatos. Aquel hombre esbelto caminaba cojeando, seguramente como consecuencia de algún combate, a juzgar por las medallas y los galones que lucía en el pecho. Algunas de sus condecoraciones indicaban su participación en la frontera entre Davion y Kurita durante la Cuarta Guerra de Sucesión. Era probable que su unidad se hubiese enfrentado a nosotros.

Si el embajador Inochi reconoció la cerámica, no dio muestras de ello.

Mientras él y su grupo alargaban la charla durante horas, yo me preguntaba cómo podían hacerlo, aunque lo que realmente me sorprendía era que Jaime Wolf participase con tanta facilidad en su juego. Me habían dicho que al principio de su carrera era más directo. Supongo que con la edad se acentúa la moderación, pero hay quienes piensan que la educación y el circunloquio son signos de debilidad.

No fue hasta las diez de la noche cuando Inochi anunció que traía un mensaje de Takashi Kurita, Coordinador del Condominio Draconis. Algunos de los Dragones que había a mi alrededor parecieron sorprenderse; debían suponer que Inochi era un hombre de Theodore. El Lobo ni siquiera pestañeó.

—No parece sorprendido, coronel Wolf —dijo Inochi—. Tal vez se enteró de mi misión durante las largas semanas de viaje a Outreach.

El Lobo sonrió sin alegría.

—Tal vez su mensaje sea más sorprendente que su patrocinador.

—Tal vez lo sea, coronel-san —corroboró el embajador, e inclinó la cabeza—. El Coordinador es un hombre de honor. Tiene mucha influencia.

—Como yo.

—Es consciente de ello.

Tendió una mano. Un asesor vestido con un kimono se acercó y le dio un pergamino de papel de arroz. Estaba sujetado por una cinta negra sellada con el símbolo de la cabeza del dragón de la Casa Kurita.

—Aunque el Coordinador sabe de su dominio del japonés, ha escrito este mensaje en su idioma. De este modo pretende honrarlo.

El coronel hizo una reverencia protocolaria.

—Acepto el espíritu del gesto que se me ofrece.

El embajador devolvió la reverencia con una expresión irónica en la cara. Supongo que advirtió la ambigüedad de las palabras del coronel Wolf y que éste lo apreciaba.

—El mensaje del Coordinador empieza con un poema: «Gloriosa puesta de sol; flores de un viento de otoño, la vida de un guerrero».

El Lobo se irguió y adoptó una expresión de concentración. Durante más de un minuto permaneció en silencio. Inochi esperó pacientemente, también en silencio, como si el resto del mensaje tuviese que esperar la respuesta de Wolf al poema de apertura. Empezó a impacientarse hasta que el Lobo habló por fin.

—Sol y luna, hermanos.

La luz del anochecer brilla como sangre derramada,

Nuevo día, la rueda gira.

El embajador hizo una gran reverencia.

—Veo que mi fútil temor a que el Coordinador no le entendiese es infundado.

Como si estuviese preparado, el asesor sacó la valija del mensaje de su kimono y se lo entregó al embajador. Inochi se inclinó y ofreció el paquete al coronel Wolf.

—Este es el desafío oficial, además de un mensaje personal del Coordinador. ¿Podemos concretar los detalles sin más demora?

El coronel Wolf aceptó el paquete, pero su respuesta fue interrumpida por la llegada de Stanford Blake. Stan llevaba un sencillo uniforme, arrugado por el viaje. Debía de haber abandonado su puesto en el puerto espacial al enterarse de que el Lobo había recibido la visita de una embajada kuritana.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se abría camino entre la gente que lo separaba del coronel. Si Stan advirtió la presencia del embajador, lo estaba desdeñando a propósito.

El Lobo levantó la mano para detener el desenfreno de Stan y dijo al embajador:

—Por favor, disculpe la falta de cortesía de mi oficial, Inochi-san.

—Al infierno con la cortesía —gruñó Stan. Era obvio que el repentino cambio de

la política de Wolf había hecho que Stan olvidara su habitual decoro—. Quiero saber qué ocurre.

Jaime Wolf se volvió hacia él y dijo con voz pausada:

—Takashi Kurita me acaba de proponer un duelo a muerte.

—Y el coronel Wolf ha aceptado —añadió Inochi.

Al tiempo que se volvía a girar hacia el embajador, el coronel dijo:

—Disculpe, Inochi-san, pero me temo que no me ha entendido bien. Sólo pretendía reflexionar sobre la oferta de su Coordinador.

La cara del embajador se ensombreció.

—¿Entonces se niega?

—Hago acuse de recibo. Hacer más en este momento no sería adecuado. Tengo responsabilidades y debo juzgarlo en la balanza del deber y del honor. Espero que entienda que esta cuestión requiere cierta reflexión.

—Lo entiendo —dijo el embajador pausadamente e hizo una reverencia—. Será un honor para mí transmitir su respuesta en cuanto haya tomado una decisión.

—No habrá ningún duelo —anunció Stanford.

Inochi miró a Stan con desaprobación. El Lobo se dirigió al embajador.

—No es decisión del coronel Blake.

—¡Jaime!

—Ahora no, Stan —dijo el Lobo, que no había apartado la vista del embajador—. Seguro que entenderá que me retire ahora, Inochi-san. Puede quedarse aquí el tiempo que quiera y disfrutar de nuestras instalaciones.

Con el protocolo debido, el coronel se dirigió a la puerta y abandonó la estancia. El embajador debió de haber dado por supuesto que llevaría a cabo algún tipo de meditación privada, ya que su cara adoptó una expresión de desconcierto cuando los oficiales veteranos que estaban presentes desfilaron detrás de Wolf. Inochi devolvió la mirada a Stan con una sonrisa que no consiguió perturbar su mirada.

Entre los mensajes que me llegaban continuamente por los auriculares de la unidad de comunicaciones, oí la retransmisión de un anuncio público. Al darme cuenta de su importancia, corrí tras los oficiales. Llegué a la sala de conferencia antes de que todos hubiesen ocupado sus puestos habituales, congregados alrededor de la amplia mesa, me detuve junto al Lobo y le mostré mi descubrimiento.

—Coronel, se ha anunciado que Takashi Kurita lo ha desafiado a un duelo.

—Lo está forzando —dijo Stan. Estaba enfadado. Yo lo sentí por sus agentes; la repentina llegada de Stan dejaba claro que no le habían avisado de esto.

—Pura rutina —aventuró Carmody—. La vieja Serpiente sólo está derrochando energía.

—Es un samurai —intervino Neil Parella, el comandante en jefe del regimiento Gamma—. No puede decir algo así en público sin estar seguro de ello.

—¿Quién dice que sea público, Neil? ¿No puede ser que el informe nos llegue sólo a nosotros? —Carmody se giró hacia mí—. ¿Qué dices a esto, Brian? ¿Por dónde se está difundiendo ese anuncio?

—Por la red de ComStar. El emisor dice que el mensaje ha llegado a toda la Esfera Interior.

Aquello indignó a la mayoría de los oficiales. Jaime Wolf permanecía sentado en su silla sin decir nada, apoyado sobre un codo. Por encima de la mano que ocultaba la parte inferior de su rostro, su mirada tenía una expresión pensativa.

Aunque Stan se dirigía a él, habló lo bastante alto para que todos los presentes oyeran sus palabras.

—Rechaza el desafío y Takashi perderá todo su prestigio. Sería el mayor insulto. Nunca más trabajaremos para el Condominio.

—¿Pero no es eso lo que queríamos? —preguntó Kelly Yukinov. El comandante del regimiento Alfa miró alrededor solicitando apoyo a los allí reunidos.

Carmody golpeó la mesa con la mano, en un intento de calmar la situación.

—Entonces no hay por qué preocuparse más. Rechaza a la vieja Serpiente.

—¿Qué pasa con el honor de los Dragones? —objetó Hanson Brubaker—. El duelo es la forma correcta para finalizar una contienda. Kurita camina por la senda del honor. Si el coronel rechaza el desafío, ¿podrá llamarse honroso?

El Lobo no hizo caso al insulto implícito. Carmody salió en su defensa.

—Tú no estabas en Misery. No lo entiendes.

—Entiendo el honor —repuso Brubaker.

—¿Honor? —Carmody soltó una carcajada—. Los kuritanos proclaman que entienden el honor. —Al girarse hacia el Lobo su voz adoptó un tono implorante—. Opino que es otra trampa. Jaime, no hagas caso a la Serpiente.

—¿Quién puede dejar de lado el honor y vivir consigo mismo? —preguntó Brubaker mientras se ponía en pie. Su cara había enrojecido y se mostraba rígido. Parecía preparado para desafiar a Carmody, o tal vez al propio Lobo.

—Siéntate, Hanson —dijo Stan—. Estamos hablando de los kuritanos, no del honor.

La discusión continuó durante más de dos horas hasta que finalmente el coronel ordenó a sus oficiales que se retiraran. No anunció su decisión. A lo largo de las siguientes dos semanas se desataron más discusiones. El Lobo escuchaba pacientemente, sin decantarse por ninguna de las opiniones que se le daban. Dejó que sus consejeros discutiesen a voluntad y, dada su mentalidad, acabaran discutiendo hasta los menores detalles. Sus opiniones no cambiaban, sólo se solidificaban. A veces el Lobo parecía simplemente cansado, aburrido de todo. Otras veces estaba extremadamente alerta. En esos momentos parecía estar a la espera, como si quisiera que alguien llegase a una conclusión determinada. Cuando nadie lo hizo, pareció

decepcionado. Sin embargo, no tuvo fuerzas para enzarzarse en discusiones.

El embajador kuritano empezaba a impacientarse, pero cada nota que enviaba era devuelta con una educada negativa por respuesta. A pesar de las sucesivas peticiones, el coronel no volvería a ver a Inochi. Luego llegó la noticia de que la misión de MacKenzie había triunfado: habían encontrado el depósito. Como si aquello solucionase algo, el coronel canceló la conferencia de la tarde. Sonriendo por algún placer desconocido, me dijo:

—Ahora sólo queda una cosa por arreglar.

Ordenó que llevaran al embajador del Condominio Draconis en su presencia.

Sobre sus piernas separadas, Elson inspeccionó el puente de la *Hammer*. La Nave de Descenso no era tan grande como la *Orion's Sword*, pero para ser una nave de asalto de infantería, se adaptaba mejor a su tipo de guerra preferido. También le gustaba advertir que la capitana Brandon y su tripulación parecían más eficientes que aquellos que servían a bordo de la *Orion's Sword*. Al menos charlaban menos cuando desempeñaban sus funciones. Tal vez su transferencia a ese lugar no sería tan mala después de todo. Era mejor estar al mando en cualquier parte que permanecer a la sombra de un oficial poco competente como MacKenzie Wolf.

El ruido de las puertas del ascensor y de unos pasos a su espalda anunciaron la llegada de un visitante al puente. Elson reconoció los pasos del capitán Edelstein. Era de un *sibko* de los Dragones, uno de los que contaba con el tamaño y las aptitudes físicas necesarias para los Elementales. A Elson le recordaba a Pietr Shadd, aunque él carecía de su insufrible elegancia. A pesar de la similitud de Edelstein con la línea de sangre Elemental, su torpeza al andar denotaba su inferioridad con respecto al puro linaje Elemental. Sin embargo, era un guerrero aceptable y jefe de Trinaria pese a su falta de iniciativa personal.

Edelstein se detuvo detrás de Elson, donde éste no podía verlo, y permaneció a la espera. Elson dejó que esperase durante casi dos minutos mientras fingía gran interés en los monitores de estado de la Nave de Descenso. Hasta que oyó el crujido de los zapatos de Edelstein al moverse, señal de que el hombre estaba perdiendo la paciencia, Elson no se dignó a hablar.

—¿Deseaba hablar conmigo, capitán Edelstein?

—Sí, comandante Elson.

El tono de voz de Edelstein indicaba que Elson había pillado desprevenido al capitán. Bien.

—¿Qué pasa?

—Quería asegurarme de que había entendido que no le guardo ningún rencor.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Alguien podría pensar que me molesta que usted esté al mando de la *Hammer*.

—Tengo el mando militar en mi posición como líder Elemental y el mando estratégico como miembro del Consejo de Oficiales. El mando operativo sigue en manos de la capitana Brandon. No confunda la cadena de mandos.

—La *Hammer* es una nave de asalto, señor. Eso significa que el mando militar es el verdadero mando. Al menos, ésa es la doctrina de los Dragones. —Edelstein se movió hasta ver con claridad la cara de Elson—. Ese era *mi* trabajo hasta que MacKenzie Wolf lo transfirió aquí. Quería que supiera que no le guardo rencor por ello. De hecho, me alegro. Esperaba tener la oportunidad de servir a su lado. El Lobo podría pensar que lo está dejando al margen, pero nosotros creemos que está muy equivocado.

—¿Nosotros?

—Las tropas, señor. Todos nosotros pensamos que usted es el mejor oficial a cargo del brazo convencional desde Antón Shadd.

La comparación no perturbó a Elson. De hecho, le resultaba halagadora hasta el punto de hacer que la sonrisa que ahora dirigía a Edelstein fuera bastante real. Antón Shad era un héroe, no como la imitación Elemental que había ganado el derecho a llevar su nombre.

—Gracias, capitán. Aprecio su opinión, pero MacKenzie Wolf actuaba dentro de los derechos que le había concedido su padre.

—Scuttlebutt dice que usted también estaba en su derecho cuando expresó su opinión.

—Sin embargo, los pilotos de los 'Mechs se entrometen allí donde los personajes de peso temen aventurarse.

—Maldita sea, es verdad. —Edelstein asintió enérgicamente—. Tuvo que partir y escribir corriendo un mensaje a su padre en cuanto la flota del depósito fue localizada en las exploraciones más profundas. Esos nacidos de sangre. Siempre en busca de las palmaditas reconfortantes de papá. Vaya mequetrefe.

—Yo le di mi consejo, pero decidió hacer caso omiso de la precaución.

—Está en su derecho —admitió Edelstein—, pero no debería haberlo avergonzado burlándose de sus preocupaciones por el recuento de las naves. «¿Uno es demasiado? —gimió Edelstein intentando imitar la voz de MacKenzie—. Un simple error de registro». Debería haber seguido su consejo de investigar antes de devolver un mensaje. Falso orgullo de MechWarrior, eso es lo que es. Fantasías de poder.

—No a todos los pilotos de los 'Mechs les seduce creer que son dioses por el poder aparente de sus máquinas —dijo Elson en un tono caritativo—. Tal vez crea de veras que es un error de registro.

Elson no sabía lo que MacKenzie creía de veras, pero pensó que no era lógico

suponer que el recuento contradictorio de naves era insignificante. Supuso que se debía a la influencia de la ciencia imprecisa de la Esfera Interior. Con lo que desdeñaban su herencia, era poco probable que los Dragones de Wolf se equivocasen en el recuento del material de guerra. Ese tipo de recuento era algo que los miembros de los Clanes llevaban en los genes. Edelstein no lograba calmarse.

—Sólo quería que supiera que hay quienes piensan que el Lobo, tanto si resulta que estaba equivocado con respecto a las naves como si estaba en lo cierto, se equivocó en la forma de tratarlo.

—Eso me reconforta.

La llamada del oficial de comunicaciones desde el otro lado del puente interrumpió la conversación.

—La *Orion's Sword* informa de que está preparada para separarse del anillo de acoplamiento.

—Permaneced en las estaciones —respondió la capitana Brandon. Se dirigía a los soldados de infantería—. Puede que quieran ocupar sus puestos, comandante Elson y capitán Edelstein. La *Talbot* no es la Nave de Salto más nueva de la flota y las separaciones de los anillos de acoplamiento no suelen ser suaves.

—Estaré bien, capitana —contestó Elson.

—Yo también —dijo Edelstein mirando con nostalgia un sillón desvencijado y vacío.

Brandon se encogió de hombros.

—Como deseen.

La nave se estremeció ligeramente y luego se encaminó hacia el puerto. Edelstein perdió el equilibrio y aterrizó sobre su cadera, pero Elson se mantuvo en pie. Le costó bastante esfuerzo conseguirlo sin cambiar de postura, casi tanto como conservar la tensa expresión de su cara. Pero fue recompensado con los susurros que oyó alrededor admirando su habilidad. Había que hacerles creer que era fácil; era parte de la imagen. La imagen era una de las cosas que un jefe triunfador necesitaba.

—La *Orion's Sword* se ha ido —informó el de comtech.

—Muy bien, señor Jones. Todas las estaciones vuelven a sus funciones habituales.

Elson tendió una mano a Edelstein. Cuando el capitán avergonzado se incorporó, Elson se acercó al sofá de la capitana Brandon.

—Capitana, ¿podemos observar el vuelo de la *Orion's Sword*?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué me dice, señor Jones? —preguntó entonces Elson al comtech.

Este respondió con el resplandor de la pantalla principal de visualización. Las estrellas brillaban en la distante noche espacial, pero la pantalla inferior izquierda brillaba con la superficie agujereada del planeta sobre el que orbitaba la flota del



depósito. La espina del *Talbot* se extendía por el arco del planetoide. La *Hammer*, amarrada al anillo más próximo al arco, impedía ver el cargamento de Naves de Descenso que transportaba la de Salto. Al final de la larga espina del *Talbot* se encontraba el globo de su casco principal, una oscura silueta contra la brillante vela con forma de polígono que recogía la energía solar para recargar el propulsor interestelar de la nave. Los resplandecientes e irregulares puntos que se veían a lo lejos eran las naves del depósito y los detritos asteroidales que les daban cobijo.

—Ya la tengo —informó Jones.

La forma ovoide y abultada de la *Orion's Sword* apareció lentamente por la izquierda de la pantalla, eclipsando la vista. Centelleos de luces se movían a un ritmo irregular por los flancos mientras sus propulsores de maniobra la empujaban suavemente alrededor de la espina de la *Talbot* y la alejaban de la vela. A una distancia prudencial de la Nave de Salto, la *Orion's Sword* activó sus propulsores traseros e inició un recorrido por el arco que la condujo al otro lado de la vela. Se perdió de vista, pero Elson pudo seguir su trayectoria por el monitor de recorrido orbital. La *Orion's Sword* se dirigía hacia la mayor concentración de naves del depósito.

—Una persecución impecable.

—Eso está por ver, capitán Edelstein —dijo Elson en voz baja.

Esperaron a que la *Orion's Sword* emergiese de la zona de bloqueo de la vela de la *Talbot*.

—Capitán —dijo Jones, el tono de su voz era más elevado de lo normal—, el puente de la *Talbot* informa de movimiento entre las naves no identificadas.

—¿La *Orion* lo sabe?

—*Neg.* La vela nos lo tapa y la nave no identificada está detrás de lo que debe ser... —Jones se detuvo para consultar una pantalla secundaria— la *Alexander*.

Brandon manipuló los mandos de conexión con el puente de la *Talbot* y directamente con los auriculares del capitán. Se mantuvo a la escucha mientras se pasaba la lengua por el labio superior. Elson denotaba un estado de nerviosismo poco profesional.

—¿Está pensando en salir a retomar una posición más elevada, capitana Brandon?

—Así me lo ha ordenado la Nave de Salto.

Como esperaba.

—Póngame con ella.

—Aquí operación espacial, comandante Elson.

Aquello también era de esperar, pero Elson no se inmutó.

—Como miembro del consejo de oficiales al mando de esta expedición, tengo un rango superior a todos los comandantes aeroespaciales con excepción del coronel

Atwyl de la *Talbot*, quien también forma parte del consejo. ¿Están desobedeciendo una orden?

Brandon volvió a mostrar la lengua. Se encogió de hombros.

—Hable cuanto quiera. Póngalo con la nave, señor Jones.

—Gracias, capitana —dijo Elson con una leve sonrisa.

Brandon refunfuñó, pero Elson se dio cuenta de que no había detenido sus preparativos para el despegue. Le daría una lección.

—Coronel Atwyl, aquí el mayor Elson Gatnova a bordo de la *Hammer*. Entiendo que ha recibido órdenes de despegar y retomar una posición de apoyo a la *Orion's Sword*.

—Estoy ocupado, Elson —contestó Atwyl lacónicamente.

—Entendido. ¿Puedo recordarle que el coronel MacKenzie especificó que ésta sería la única Nave de Descenso que despegaría de la *Talbot* hasta conseguir contacto con las naves del depósito?

—Eso fue antes de tener una nave no identificada.

—Era una orden específica. Hago notar que en esa conexión no hay ningún signo de amenaza inminente que justifique una desobediencia legítima.

El suspiro de Atwyl resonó en el enlace de comunicaciones.

—Puede que esa nave no identificada...

—Y puede que no —lo interrumpió Elson.

—No me gusta arriesgarme.

—Que es exactamente lo que está haciendo con su carrera al desobedecer una orden. Hasta el coronel Jaime Wolf se sometió a la disciplina. —Elson se regocijó en el silencio de Atwyl. Era el momento de dar el siguiente paso—. La *Orion's Sword* recogerá la vela en breve, ¿correcto?

—Diez minutos.

—Y se estiman veinte más de viaje hacia la órbita del depósito. Hay tiempo de sobra para comunicarse con el coronel Wolf y dejar que él mismo tome una decisión.

Atwyl sopesó la idea segundos antes de contestar.

—Muy bien —asintió y luego añadió—: Capitana Brandon, prepare la *Hammer* para el despegue.

—*Af* —contestó Brandon.

—Una estrategia sensata, coronel —dijo Elson.

Elson se giró hacia la pantalla y permaneció cinco minutos observando los escasos cambios que en ella se producían. Comprobó el monitor orbital y sonrió. Aunque apenas dominaba las tácticas aeroespaciales, entendía la necesidad de protección y subterfugio al enfrentarse a un oponente mayor. El enemigo se mantendría a la espera. Si de verdad había un enemigo.

La *Orion's Sword* estaba todavía saliendo de la sombra de la vela de salto cuando

disparó rayos de energía desde el cinturón de detritos. Silenciosas floraciones de luz estallaron a un lado de la *Sword*. El enlace de comunicaciones resonó con una voz confusa.

—Advertencia a los saltadores en posición. Esas naves son nuestras. Será mejor que no se acerquen.

—Aquí la nave *Orion's Sword* de los Dragones de Wolf, Mackenzie Wolf al mando. Está traspasando la propiedad de los Dragones. Si no sale inmediatamente, serán considerados como saqueadores.

—Frak —respondieron al otro lado del enlace. La respuesta de la nave no identificada se hizo más rotunda al volver a disparar.

Elson habló mientras los rayos de la nave no identificada sacudían la *Orion's Sword*.

—Se ha abierto fuego contra la *Orion's Sword*, capitana Brandon. Le ordeno que arranque la *Hammer* inmediatamente y tome un vector que nos permita una rápida aproximación a la nave no identificada.

Atwyl ordenó hacer lo mismo medio minuto después, pero para entonces Elson ya había dado órdenes a sus Elementales para que se preparasen.

Edelstein sonreía.

—Vamos a salvarle el culo al lobezno.

—Vamos a cumplir con nuestra obligación. La recuperación de las naves del depósito es nuestra misión primordial. Si eso implica sacrificar el orgullo de MacKenzie Wolf, así será. De lo contrario, perdería mucho más.

Edelstein asintió al tiempo que ensanchaba su sonrisa.

—Sería una pena que los saqueadores lo capturaran, ¿no?

—Yo no lloraría.

Elson hizo caso omiso del irritante MacKenzie y de las posibles consecuencias de esta interacción de las órdenes al acabarse la acción. Hasta entonces había una lucha por delante.

—Envíe el informe de la Primera Estrella a la plataforma de lanzamiento. Que todas las otras Estrellas se dirijan a las estaciones de carga. Informen a Beta.

—*Af* mayor Elson.

Mientras Edelstein se dirigía a toda prisa hacia el ascensor, Elson lo llamó.

—El equipo de lanzamiento irá tras la nave no identificada. Los destacamentos a bordo se encargarán de las naves hostiles. Asignaciones a su criterio. Si MacKenzie Wolf continúa con su plan, puede que necesite ayuda. Es posible que algunos de los saqueadores hayan cargado las naves del depósito y estén preparando trampas.

—*Af*—afirmó Edelstein mientras se metía en el ascensor.

—Yo dirigiré la Primera Estrella.

Edelstein hizo un rápido saludo mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Elson contempló el puente. Admiraba el modo en que todos los operadores espaciales participaban en su misión. Se alegraba de que su tripulación fuera eficiente.

Casi demasiado eficiente. El despegue de la *Hammer* lo pilló por sorpresa. Aunque logró mantenerse en pie, la hazaña no alcanzó la elegancia de la anterior. Pero al menos esta vez nadie se dio cuenta. Un verdadero jefe debe mantener su dignidad.

Caminó tranquilamente hacia el ascensor y pidió su coche. Habría tiempo de sobra para ponerse la armadura de combate.

—¡Eh, Homi-*kun*! ¿Estás ahí?

El japonés levantó la vista del libro que tenía entre las manos. Llevaba un parche negro en un ojo. El otro, en cambio, brillaba bajo la tenue luz del cuartel.

—Mosul, llámame Homitsu o no me hables.

Mosul dio un paso atrás moviendo las manos en un gesto conciliador.

—Controla esos nervios, amigo. Sólo intentaba ser cordial.

—Se supone que los guardaespaldas del Coordinador son guerreros, no cortesanos. El guerrero Izanagi es elegido por sus habilidades, no por su personalidad.

—Eso no es cierto —replicó Mosul—. Mira, ¿quieres participar en la apuesta de cuánto tardará el Lobo en rechazar el desafío de Takashi? Todavía quedan participaciones en la octava semana. Tienes las de ganar.

—Prefiero no jugar.

El japonés cerró el libro y se puso de pie, dando la espalda a Mosul para guardar el volumen en su armario. Finalizada la tarea, se irguió y volvió a mirar alrededor. Era una suerte que Mosul hubiese vuelto con los suyos. Homitsu recogió la chaqueta del uniforme del gancho que había junto a la cama, se la puso por encima de los hombros y caminó hacia la puerta. Necesitaba aire.

Los expertos de los cuarteles creían que Jaime Wolf no haría caso del desafío del Coordinador. Después de todo, era un mercenario deshonesto. ¿Cómo se puede esperar que la escoria mercenaria entienda el honor?

Homitsu no tenía el menor interés en apostar sobre cuándo llegaría la respuesta de Wolf. Con su experiencia con Jaime Wolf, creía que las tropas estaban equivocadas. Si tuviese que apostar por algo, sería por la aceptación del desafío por parte de Wolf, no por su rechazo. Los especialistas en apuestas le darían muchas ventajas, y un negocio así sería un buen incentivo para las escasas reservas económicas que había acumulado durante tanto tiempo. Pero apostar a favor de Wolf sólo llamaría la atención, y eso era lo último que ahora quería o necesitaba. De todos modos, el

dinero pronto dejaría de importar.

Muy pronto, si estaba en lo cierto con respecto al Lobo.

*Karma.*

Se detuvo un momento fuera del edificio de almacenamiento para asegurarse de que nadie lo observaba. Satisfecho, se dispuso a entrar. A pesar de que sus ojos estaban adaptados a la oscuridad, aquel lugar era oscuro. Se dirigió al lugar de ocultación casi instintivamente y abrió el compartimiento. Sacó lo que había dentro, encendió una lámpara de poca potencia y se puso a trabajar. La luz era tenue; no se vería desde fuera. Los sonidos eran débiles; no llamarían la atención de ningún transeúnte.

Poco después, elevó la hoja de la espada. Parecía estar bien, equilibrada en todos sus puntos. La espada no era una *katana*, la espada samurai. No sería apropiada. Sostuvo la hoja delante de él, la levantó y pasó una mano por encima. Abrió la otra mano y dejó caer la pluma que había guardado tan celosamente. En el aire inmóvil de la oscura estancia, la pluma se balanceó suavemente hacia abajo hasta alcanzar, con cierta renuencia, el brillante metal de la cuchilla que la partió en dos. En otra ocasión, Homitsu habría sonreído por la precisión del filo que él mismo había trabajado. Hoy, su expresión infundía serenidad.

Una espada era una herramienta.

Una herramienta como él.

Fría y dura.

Conectado al visualizador del comandante a bordo de la lanzadera, el traje de combate de Elson lo mantenía informado sobre la carga sensorial desde el puente. El vector de la *Hammer* no permitía que la información llegase a las demás naves de los Dragones. Las lecturas mostraban una Nave de Salto de clase *Scout* escondida en la sombra del planetoide. Aquella nave debía de ser el transporte de los saqueadores de la Nave de Descenso que había disparado a la *Orion's Sword*. A medida que la *Hammer* avanzaba en su dirección, la Nave de Salto no identificada se desvanecía, a una velocidad de crucero superior a la de la luz hacia algún otro sistema estelar antes de que los Dragones pudiesen cerrarse, dejando la Nave de Descenso a su merced.

Elson se lamentaba de la poca lealtad que mostraban los esferoides. Pero también sabía que si la Nave de Salto quedaba en tan mal estado como la Nave de Descenso, al merodear entre las naves del depósito de los Dragones, la retirada sería su única posibilidad de supervivencia. No era honroso, pero sí comprensible. ¿Acaso la tripulación a bordo de la Nave de Descenso abandonada aplaudía la decisión de sus camaradas?

La *Orion's Sword* siguió jugando al gato y al ratón con la Nave de Descenso de los saqueadores, empujando a los bandidos por la trayectoria del *Hammer* cada vez que cambiaba de ángulo. Los saqueadores no consiguieron volver a arremeter contra la nave de los Dragones, pero tampoco la *Orion's Sword* pudo hacerlo. Pronto no tendría importancia.

—¡A punto para la descarga! —informó la capitana Brandon. Su voz era tersa, emprendedora.

—Sólo una ráfaga de contención, capitana —contestó Elson en un tono similar—. Quiero abordarla intacto.

—Está hecha trizas. No creo que soporte siquiera el roce de los disparos. Lance un disparo directo.

—Entonces no dispare.

—¡Por la Unidad! Su lanzadera podría atravesar su casco sin ser dañada. No vale

la pena poner a las tropas en peligro.

—Tomo nota de su valoración.

Elson apagó el canal de conexión al puente de la Nave de Descenso y observó los monitores de la lanzadera. Al cabo de unos segundos se iluminó el aviso de disparo.

—Luz roja encendida.

—Tropas preparadas —informó Clair, su segundo de Punto. Elson comprobó su arnés; estaba cerrado. Brandon podía seguir o hacer caso omiso de sus órdenes. Pronto estaría demasiado ocupado para encargarse de esos asuntos. Clavó la mirada en la luz de «disparo» y murmuró:

—En espera.

La luz parpadeó y el intercomunicador de la lanzadera restalló cuando la piloto dijo:

—Luz verde.

—Lancen —ordenó Elson.

Su leve malestar por el innecesario anuncio de la piloto desapareció al sucederse una serie de preocupaciones mientras la nave se tambaleaba y él recibía el impacto en su arnés. Tras la suave sacudida por la aceleración regular de la Nave de Descenso, el impulso de la lanzadera resultó ser un enemigo repentino, despiadado e implacable, al que pudo enfrentarse en un férreo combate. Fútil pero estimulante. Le reconfortaba pensar que pronto se enfrentaría a enemigos de verdad.

Los reactores se encendieron e impulsaron la nave en un movimiento espiral. La maniobra separó la lanzadera de la Nave de Descenso al tiempo que la convertía en un blanco más difícil. Los cambios de movimiento y aceleración provocaron náuseas y mareos en los pasajeros. El monitor de estado del soldado cuatro, Harmon, se iluminó de rojo cuando los sensores detectaron su indisposición. No había podido controlar su estómago y había obstruido el sistema recirculatorio de su traje de combate. El ordenador había cerrado su arnés de aceleración. El soldado Harmon no formaría parte del equipo de a bordo.

Confundidos por la maniobra de la *Hammer*, o por simple incompetencia, los tiradores de los saqueadores actuaron con demasiada lentitud. La lanzadera esquivó sus erráticos disparos sin recibir el menor daño. Es posible que el piloto fuera el emisor, pero lo había hecho bien. Tras una última y repentina rotación, el aeropiloto hizo descender su nave hasta la sombra de fuego de los saqueadores. En zona de protección, inaccesible a las armas de la Nave de Descenso, el piloto de la lanzadera no pensó en el derroche que suponía quemar la masa de reacción para equilibrar velocidades antes de que el piloto saqueador se desvaneciese.

Las luchas zarandearon la lanzadera. Mientras el piloto informaba del éxito, el Punto de Elson anunció el vector hacia la cámara estanca más próxima de la Nave de Descenso. El metal chirrió al forzar su capacidad y quedó demostrado que la



habilidad del piloto para igualar velocidades era mediocre pero suficiente. Se mantuvieron las líneas. Luego la cámara estanca de la lanzadera se abrió y los Elementales salieron de sus arneses y flotaron por la cabina de la lanzadera en dirección al espacio.

El salto de la Nave de Descenso fue mínimo. Abriéndose paso por el casco, Elson condujo a sus tropas hasta la escotilla. Manipuló el cierre y contó los golpes a medida que los miembros de su Punto aterrizaban alrededor. Esperó medio segundo tras el tercer estruendo hasta que recordó que el soldado cuatro había sido invalidado para la misión.

La cámara sólo tenía cabida para un soldado blindado, de modo que él fue el primero en pasar. Podría haber derrumbado la puerta interior, pero habría puesto en peligro la integridad atmosférica de la Nave de Descenso, una táctica innecesaria en ese momento. La puerta exterior se cerró y se quedó solo.

Los sensores atmosféricos del traje de combate detectaron mensajes en la pantalla mientras el oxígeno silbaba en el reducido espacio. Si eran lo bastante rápidos, no habría problemas. Si no, él sería el primero en entrar en combate.

Empujó el brazo derecho del traje a través de la fisura al tiempo que la puerta interior empezaba a abrirse. La pistola insertada en el brazo giró el cañón a toda velocidad, quedando así preparada para su uso. En vano. No había blancos. El área de espera que conducía a la bodega principal estaba desierta.

Elson salió de la cámara y pegó los imanes de sus botas contra el suelo antes de golpear los mandos de reciclaje de la cámara estanca. Al tiempo que soltaba los imanes, se echó hacia adelante, en dirección a la puerta que daba acceso a la bodega principal. Volvió a quitar el cierre tras el aterrizaje.

La zona parecía desierta, o al menos la tripulación no había reaccionado a su intrusión. Los chivatos del puente avisarían a la tripulación de que la cámara había sido activada y les daría indicios de la situación de sus inesperados visitantes. Eso suponiendo que el equipo funcionase. No debía olvidarlo. El interior de la nave parecía más desgastado que el exterior, y su sensor atmosférico indicaba elevadas concentraciones de gases de productos residuales en el aire.

El primer tripulante llegó flotando por la puerta en el momento en que el segundo del Punto de Elson salía de la cámara. Elson no se molestó en utilizar un arma y tiró al hombre al suelo. El tripulante se retorció tras el repentino impacto. Elson lo sujetó con la garra manipuladora del traje y lo lanzó por la apertura. Muerto o inconsciente, el saqueador no dijo nada cuando los tres ganchos de la garra le atravesaron la carne, pero su cuerpo resonó al chocar contra la pared.

Los disparos procedentes de la bodega principal alcanzaron a Clair cuando ésta intentaba avanzar para reunirse con su jefe. Las balas arremetían impotentes contra su armadura de combate o chirriaban tras rebotar en ella. Cuando Clair lanzó un corto

disparo, la descarga se detuvo. Alcanzó a Elson a la entrada de la bodega y esperó junto a él antes de avanzar hasta que el tercer Elemental llegó a la cámara estanca.

La acción de abordaje fue decepcionante, ya que los saqueadores ofrecieron una resistencia mínima. En veinte minutos, Elson se encontraba al mando del puente e informaba a la *Hammer* de su éxito a través del enlace de comunicaciones de la Nave de Descenso.

En cuanto se relajó, se quitó el caparazón. El aire era tan nauseabundo como indicaban sus sensores, aunque ya había notado aquel olor en otras ocasiones. Era desagradable pero inofensivo. Apoyado en el sofá del capitán, escuchó las conversaciones entre las unidades de Dragones. La nave de MacKenzie se había enfrentado a la *Alexander* y había enviado un destacamento a bordo, donde habían encontrado cierta resistencia. La *Hammer* estaba completando la maniobra necesaria para que sus últimos destacamentos de abordaje tomaran parte en la lucha de la *Alexander*. Por suerte, los saqueadores no habían activado su armamento.

Con los Elementales preparados para abordar la nave del depósito, Elson tenía poco que hacer aparte de esperar. Las tropas de Edelstein combatirían con eficacia a los saqueadores desprovistos de armaduras. Si los carroñeros habían infestado otras naves, ya les llegaría su hora. Había demasiadas naves para que los soldados Elementales se enfrentasen a ellas de una sola vez. Llevarían a cabo la operación de saqueo sólo cuando encontrasen resistencia inmediata.

Clair se reunió con Elson en el puente para informar de que la resistencia de la tripulación de la Nave de Descenso había cesado. El ordenador de la nave mostró un sondeo de toda la tripulación. Aquel cascarón maltrecho era suyo. Por el momento, Elson había cumplido con su obligación.

Con la ayuda de su segundo de Punto, conectó el comunicador de su traje con el de la Nave de Descenso capturada, lo que le permitiría oír los canales de tácticas a bordo de la *Alexander*. MacKenzie Wolf dirigía a su equipo contra los saqueadores. No era sorprendente que pidieran refuerzos de Elementales. Los pilotos y techs de los 'Mechs no estaban ni entrenados ni equipados para el combate cuerpo a cuerpo y las condiciones de caída libre reducirían aún más su efectividad. Necesitarían ayuda, ayuda capacitada de impacto cero. Edelstein había enviado una Estrella completa para la acción de abordaje. El mapa visual de la *Hammer* mostraba todas las lanzaderas que regresaban tras la descarga.

A través de la conexión con la *Hammer*, Edelstein informó de repente de una fuerte resistencia por parte de los saqueadores.

Cuando el coronel Wolf anunció su decisión, cesaron las discusiones, al menos allí donde él podía oírlas. Surgieron algunas nuevas, pero éstas también se reservaron para los momentos y lugares en los que el coronel no estaba presente. Mucha gente parecía creer que el Lobo había tomado la decisión equivocada, pero yo empezaba a darme cuenta de que cualquier decisión sería criticada, sin importar cuál fuera. Pensé en informar al coronel de lo que oía, pero con el ajetreo de la inminente partida, las quejas perdieron importancia.

Lydia se pasó por el Salón del Lobo. Había estado trabajando fuera y hacía varias semanas que no la veía. La última vez, habíamos pasado la noche abrazados, consolándonos el uno al otro por la pérdida de Carson. La vida de un mercenario tiene sus riesgos y, pese a lo buenos que somos los Dragones, también sufrimos pérdidas. Carson era nuestro primer hermano de sangre que moría en combate. Aquella noche me había hecho ver a Lydia —quien siempre me había parecido tan distante— desde una perspectiva diferente. Debería haberme alegrado de volver a verla, pero sus primeras palabras movieron mis emociones en una nueva orientación.

—¿Es cierto lo de Wolf?

Fruncí el entrecejo. Mis *sibs* a menudo habían intentado sonsacarme información o utilizarme como delator, pero aquélla era la primera vez que acudían a mí cuando estaba trabajando. Ese tipo de acoso era más propio de otros.

—Estoy trabajando.

Ella no iba a dejar que me concentrase en mi trabajo. Me giró la cabeza y me miró fijamente a los ojos.

—Brian, esto es importante.

—También lo es mi trabajo —dije al tiempo que le apartaba la mano.

Cerró los ojos y suspiró.

—Si me contestases, volverías a tu trabajo de inmediato.

Estaba claro que Lydia tenía razón. Con la esperanza de que se marchase en cuanto hubiese confirmado el rumor que corría, dije:

—Es cierto.

Tras haber asimilado mis palabras, adoptó una expresión soñadora. Lanzó un suspiro.

—Un duelo de honor. Igual que en *El Recuerdo*.

No exactamente. Los cuentos de honor que configuraban el poema a medias histórico y a medias épico de *El Recuerdo* eran sencillos, historias bien definidas. La vida real no era así, sobre todo la vida comercial de los Dragones. De modo que no podía esperar que Lydia entendiese la complejidad de aquella situación; ella estaba asignada a una unidad de combate.

—No hay nada más importante que las preocupaciones de un buen soldado —había dicho aquella noche en que lloramos la pérdida de Carson. Había dicho que ya tenía bastante.

—Seguro que ganará —dijo con convicción.

—Takashi Kurita está considerado como uno de los mejores MechWarriors de la Esfera Interior.

—Ahora es viejo —repuso encogiéndose de hombros.

—Como Jaime Wolf —puntualicé.

Se rió como si rechazase la idea.

—Pero es el Lobo. Tú iras con él, ¿no? ¡Qué honor! Me gustaría estar allí para ver cómo el Lobo mata a la vieja Serpiente.

Me di cuenta de que deseaba compartir su confianza. Ella todavía vivía en un mundo de niños, rodeada de sueños de gloria y honor, en el que el gran héroe siempre mata al villano y la justicia siempre triunfa sobre el mal. Yo había tenido los mismos sueños, pero por más que desease que fueran reales, empezaba a ponerlos en duda. Verlos reflejados en sus ojos incomodaba.

—Partiréis pronto, ¿no? —me preguntó. Yo asentí—. Tengo treinta y seis horas de descanso —dijo sonriendo—. Tal vez esta noche podemos...

Dejó la invitación en el aire, más reticente que nunca a pronunciarla en voz alta. Esbocé una sonrisa de lamento y dije:

—Tengo mucho que hacer.

Dándome un golpecito en el brazo, dijo:

—Tan leal como siempre, Brian. Haz tu trabajo. —Lydia se dispuso a marchar, pero se giró de repente—. James también se encuentra en la ciudad —dijo—. Si tienes un momento, búscanos. Los *sibs* tenemos que cuidar de los otros *sibs*, ¿*quiaf*?

Asentí no sin albergar ciertas dudas. La verdad era que echaba de menos a mis *sibs*. Los había visto muy poco desde que había empezado a trabajar para el coronel. Las cosas habían cambiado. Cada vez que nos reuníamos, mis viejos compañeros de *sibko* parecían distintos, menos... no sé qué. Tal vez menos informados. ¿Acaso ser el oficial de comunicaciones de Wolf me había cambiado o, simplemente, me había

abierto los ojos? A pesar de lo mucho que añoraba a mis *sibs* y a otros compañeros de mi grupo de edad, había descubierto que su visión cerrada y de camaradería no era la única. James habría dicho que me habían corrompido y culparía a los esferoides.

Deseché esos pensamientos e intenté concentrarme en el informe que estaba escribiendo, sin embargo no me salían las palabras.

No tardaría en volver a salir de Outreach, pero esta vez era distinto. No era por el simple hecho de no haber estado nunca en el Condominio Draconis. No era como tener una entrada para un combate, ni se trataba de una visita de inspección o de un viaje pagado de relaciones comerciales. Estábamos respondiendo a un desafío de un enemigo de sangre. Y si el coronel Carmody estaba en lo cierto, íbamos camino de una trampa.

Sin embargo, el Lobo no parecía creer que era una trampa. Y si lo creía, no le importaba. Se había negado a aceptar una fuerza mayor a bordo de la *Chieftain*. Habría una única lanza de BattleMechs: su *Archer*, mi *Loki*, el *Víctor* reparado de Hans Vordel y el nuevo *Gallowglas* de Franchette. Disponíamos del personal mínimo, principalmente especialistas kuritanos en los que Stanford Blake había insistido, pero no estábamos equipados para la batalla. Luthien, la capital del mundo kuritano, contaba con una fuerza de, al menos, cinco regimientos de BattleMechs. Si se desencadenaba una batalla, seríamos aplastados.

No podía evitar preguntarme si el Lobo tenía pensado volver a Outreach.

Dos días después, mis temores se confirmaron al contemplar la emotiva despedida entre el coronel Wolf y su familia. Todos acudieron para vernos partir. Hasta Alpin hizo acto de presencia, aunque se mantuvo apartado junto a un grupo de sirvientes que lo acompañaban. James y Lydia fueron a decirme adiós y, al verlos, descubrí que no estaba tan preparado para la partida como creía. A pesar de lo difícil que era la despedida, no dimos muestras de ello. Nos habíamos despedido la noche anterior y, por lo que pude ver, tuve la impresión de que Jaime Wolf debía de haber hecho lo mismo con Marisha Dandridge.

Sentía envidia por la familia de sangre de Jaime Wolf. Su estrecha relación hacía que pareciera diferente de la familia del *sibko*. Es posible que no fuera mejor, pero pensaba que debía serlo, aunque sólo fuera por el afecto y la proximidad que el Lobo mostraba. Me sorprendí escrutando a la multitud que había allí reunida en busca de una cara que era bastante improbable encontrar. De haberlo sabido, los miembros adoptivos de los Clanes se habrían reído de mí, pero yo buscaba a una guerrera en particular, una MechWarrior pequeña y de cabellos negros como el azabache llamada Maeve.

¿Cuántas veces Jaime Wolf había sentido el dolor de la separación?

Observé cómo el hombrecillo que había dirigido a los Dragones durante tanto tiempo besaba a su mujer por última vez antes de subir por la rampa con resolución.

Era un hombre mayor, puede que el mayor de todos los Dragones, pero a pesar de que las canas se habían apoderado de su pelo y su barba negra de antaño, los años lo mantenían incólume. Lo había visto y lo había hecho todo. Librenacido, había conseguido llegar a la casta guerrera del clan de los Lobos y había obtenido el mayor puesto jamás confiado a un guerrero librenacido. Años después, había abandonado su misión con la convicción de que la tradición de los Clanes era defectuosa, tal vez errónea. Era un hombre de principios inquebrantables. Ahora iba camino de un duelo con el Coordinador del Condominio Draconis. Fuera cual fuere el resultado, sería cantado en una nueva estrofa de *El Recuerdo* de los Dragones, otro capítulo en la leyenda de Jaime Wolf.

La alarma de embarque sonó y me apresuré a subir por la rampa.

—Dispara dos niveles por debajo. Los Puntos segundo y quinto, debajo del hueco del ascensor principal. El Punto tercero, atento a la sala de ingeniería. El cuarto conmigo —ordenó Edelstein.

Mientras los Puntos de Elementales se desplegaban, Elson seguía sus movimientos a través de sus conversaciones tácticas. A pesar de las momentáneas interrupciones por los ruidos del combate, se sentía complacido. Sus Elementales estaban actuando con precisión y eficiencia para acabar con la resistencia en la *Alexander*. Por los ecos que en ocasiones colapsaban las comunicaciones, creyó que sus soldados se estaban conteniendo y utilizaban una fuerza mínima. No se trataba de destruir lo que habían conseguido con tanto esfuerzo.

Pero algo de lo que oyó empezó a perturbarlo hasta que se dio cuenta de lo que era: Edelstein estaba dispersando a su equipo más de lo necesario o prudente. El destacamento de abordaje de la *Orion's Sword*, a excepción del grupo que iba con MacKenzie Wolf, se retiraba progresivamente del equipo de abordaje principal de los Elementales de la *Hammer*. Elson pensaba que Edelstein era mejor estratega de lo que estaba demostrando.

Al volver a la lanzadera, congregó a su Punto. Despojado de la armadura de combate y preparado para entrar en acción, el soldado Hanson le dio la bienvenida a bordo. Elson ordenó al hombre que se volviera a poner el arnés de contención y se dirigió a la cabina. Tras analizar las pantallas de datos, habló con el piloto.

—Tiempo estimado hasta la *Alexander*. Trayectoria directa.

—Tardaré un minuto en calcularlo.

—En tal caso, proceda al lanzamiento. —Elson se giró para encaminarse de nuevo a la plataforma de pasajeros—. Puede calcularlo por el camino.

Hizo caso omiso del balbuceo de conformidad del piloto. El Punto se estaba abrochando los cinturones cuando volvió a la plataforma. Tomó asiento mientras el piloto reducía la energía de los propulsores de lucha y disparo para regular la posición de la lanzadera. Los motores principales se pusieron en marcha y la

lanzadera inició su viaje hacia la *Alexander*.

Cuando estaban a punto de llegar, el canal de tácticas entre Edelstein y la *Hammer* empezó a emitir sonidos de interferencias y disparos de pequeñas armas. Elson ordenó al piloto que aterrizase rápidamente. Mientras se quitaba el arnés, el piloto cumplió sus órdenes. La sacudida que siguió al brusco aterrizaje hizo que Elson saliese disparado de su asiento y chocase contra un mamparo. La protección de su traje de combate evitó todo tipo de daño excepto el de la dignidad. Agarrándose a una empuñadura de hierro próxima a la escotilla, consiguió incorporarse. En cuanto la luz de confirmación de acoplamiento se iluminó, incrustó el puño de su traje en la apertura de la escotilla de la cabina. El panel se dobló hacia arriba y Elson pasó a través de él, dejando que el resto del Punto lo siguiese como pudiese.

No era la primera vez que subía a bordo de una nave de la clase de la *Alexander* y tenía una idea clara de dónde se encontraba Edelstein. Atravesó la plataforma a grandes zancadas, rebotó contra la pared del fondo y bajó a toda velocidad por el hueco de acceso a los niveles inferiores. Poco familiarizado con el diseño de la nave, su Punto avanzaba más lentamente. Lo dejó atrás.

No se oía nada por el canal de Edelstein.

Elson encontró el Punto cuarto exactamente donde esperaba encontrarlo. Había habido un combate y era obvio que el Punto había salido sano y salvo. Cuerpos y esferas de sangre derramada flotaban por todos los rincones del medio con gravedad cero. La mayoría de los cuerpos llevaban uniformes de los Dragones. Los Elementales arrastraban los cuerpos de los saqueadores fuera del pasillo y los depositaban en las superficies pertinentes. Edelstein se inclinó sobre uno de los cuerpos, y no fue hasta que el capitán Elemental se incorporó cuando Elson se dio cuenta de que el cuerpo inerte sobre el que se había inclinado era el de MacKenzie Wolf.

—¿Qué ha ocurrido?

El traje de Edelstein se volvió rígido.

—Los saqueadores nos han tendido una emboscada, señor. Advertí al coronel Wolf de que no debíamos avanzar demasiado rápido por esta zona, pero él insistió. Me ofrecí para ponerme al mando, creyendo que la armadura de combate nos protegería de las tropas que nos seguían. Los saqueadores también lo creyeron así. Nos dejaron pasar y abrieron fuego. Nos deshicimos de ellos, pero era demasiado tarde. Mataron a MacKenzie Wolf y a sus hombres en el combate.

Edelstein hizo su discurso con tanta rapidez y precisión que casi parecía preparado. A Elson le habría gustado mirar al hombre a los ojos, pero Edelstein llevaba todavía su traje de combate y su rostro quedaba totalmente cubierto por el oscuro visor de su casco redondeado. Elson contempló el pasillo, valorando los daños. Tal vez había sido como Edelstein decía; tal vez no.



Los Gatos Nova no tenían ninguna estima a los Lobos, biennacidos o librenacidos. No lamentaría la muerte de un Lobo; el lamento se reservaba para la muerte de verdaderos guerreros. MacKenzie apenas era un verdadero Dragón, un traidor al legado de los Glanes. Si los saqueadores lo habían derribado, parecía una justicia cósmica que el intento de aprovecharse de la herencia de los Clanes hubiese provocado su muerte.

Pero si la muerte de MacKenzie había sido planeada, no podía ser el acto de un solo hombre. Elson encontraba ese hecho significativo. Puede que estos Elementales le fuesen más leales de lo que él sospechaba. La posibilidad era importante porque uno siempre tiene que adaptarse a las circunstancias que la batalla conlleva.

—*Hammer*, aquí Elson. Equipos médicos a la zona. —Entonces cambió de frecuencia—. *Talbot*, Elson para el coronel Atwyl.

—Aquí Atwyl. ¿Qué ocurre, mayor Elson? Ha habido muchas interrupciones en las transmisiones.

—Nada bueno, coronel. Creo que necesitamos convocar una reunión del Consejo de Oficiales. Han matado al coronel Wolf.

Atwyl hizo una pausa antes de decir:

—Entendido —y nada más.

Ninguna orden, sólo un «entendido». Elson dejó de apretar la mandíbula. Alguien tenía que tomar el control.

—Sugiero que nos encontremos a bordo de la *Talbot* una hora después de controlar la *Alexander*. También sugiero que no hablemos de las bajas, al menos hasta entonces.

—Entendido.

Elson cerró el canal. Se sentía molesto por la ineficaz respuesta de Atwyl, pero satisfecho en otros sentidos. Allí había oportunidades, había trabajo que hacer antes de la reunión en la *Talbot*, y él aprovecharía esas oportunidades. Mientras tanto, había otros asuntos más apremiantes.

—¿Hay algún herido?

—Ni uno —informó Edelstein.

—¿Sus soldados son los únicos supervivientes de la emboscada?

—Correcto, señor.

Como sospechaba.

—Acabe de controlar la nave.

—Sí, señor. La tendremos limpia antes de que usted tome el mando, señor. — Edelstein saludó y condujo a sus hombres fuera.

Elson pensó que no tardarían mucho tiempo.

Inspeccionó la cámara en busca de cualquier rastro que demostrara que los saqueadores no habían matado a MacKenzie Wolf y a sus hombres. Todo encajaba

con la descripción que Edelstein había hecho de los acontecimientos. Lo único que no cuadraba era el exceso de fuerzas utilizadas contra los últimos saqueadores, pero aquello podía atribuirse a la ira de los hombres que acababan de ver cómo derribaban a su oficial comandante.

Teniendo en cuenta su conversación con Edelstein antes del abordaje, Elson debía tener cuidado con el hombre. Edelstein era de lo más eficiente. Sería una herramienta útil, si no peligrosa, pero con hombres tan entregados, Elson sabía que tenía mucho ganado.

Las estrellas reinaban en lo alto del cielo nocturno de Luthien. Ellas y los fantasmas que vagaban sin rumbo por las calles eran los únicos que vieron pasar al hombre vestido de negro. Se movía con una agilidad que habría sorprendido a aquellos que lo conocían como Taizo Homitsu. Aquel MechWarrior nunca corría. Incluso renqueaba un poco.

Homitsu entró en el recinto de almacenamiento y salió momentos después. El macuto negro que llevaba al hombro no parecía más lleno que antes, pero los fantasmas sabían que contenía la herramienta que había escondido durante tanto tiempo.

Mientras bajaba la calle a toda prisa, Homitsu se sentía inquieto. Aquél no era el momento que él habría escogido, pero se había visto forzado. Jaime Wolf venía a Luthien. Todavía había trabajo que hacer, cosas que preparar.

Se detuvo a dos bloques de distancia del complejo. Le molestaba sentir su respiración entrecortada. No era el momento para riesgos mortales. Se refugió en un callejón y se apoyó contra la pared para recuperar el aliento. La calma tardó en llegar, pero llegó. En ese punto, la prisa podía traicionarlo y él estaba decidido a cumplir su promesa a cualquier precio.

Una vez se hubo recuperado, se apartó de la pared. Reanudó la marcha. Permanecía en silencio, a solas con la noche. Nadie advirtió su presencia. Las estrellas del cielo lo observaban, pero no se lo dijeron a nadie. Los fantasmas estaban callados.

¿Quién podía detener al hombre que no temía a la muerte?

Dechan Fraser cazaba tantos fantasmas en sus sueños que estaba familiarizado con ellos, pero eso no hacía que sus visitas fuesen menos perturbadoras. Los fantasmas de Misery eran los peores, y éstos eran los que se le habían aparecido esa noche.

Salió de la cama, sorprendido de que Jenette no se hubiese despertado con su ajetreo. ¿O también su ajetreo era parte del sueño? Caminó por la madera noble del suelo del dormitorio, las tablas pulidas frías y firmes bajo sus pies. Abrió la pantalla y

miró hacia el jardín.

Las estrellas de Luthien parpadeaban en el cielo que precedía al crepúsculo, un último hurra antes de la mañana. Muchas de aquellas estrellas tenían sus propios planetas. Para los mundos de esos sistemas, cada estrella era un sol cuya ardiente luz abría un nuevo día, mientras que aquí, cada estrella de aquéllas no era más que un simple parpadeo entre las múltiples luces de la noche.

En una ocasión Dechan recibió el nombre de estrella emergente entre los Dragones de Wolf, pero ahora, aparte de los fantasmas, ¿cuántos Dragones se acordaban de él?

A lo lejos distinguió la oscura mancha del palacio imperial entre las luces de la ciudad. Takashi Kurita dormía allí esa noche, satisfecho. El embajador Inochi había regresado con la noticia de que Jaime Wolf había aceptado el duelo, y en el último informativo de la noche se había hablado mucho de la historia. Pero Dechan Fraser no había recibido ningún aviso previo de Theodore ni de ninguno de los kuritanos que conocía. Tampoco los agentes de los Dragones le habían avisado. Una vez más, Jaime Wolf iba a Luthien y Dechan quedaba en la oscuridad. Se preguntaba si Michi se había enterado del duelo. De ser así, ¿estaría contento o enfadado?

Dechan no conocía ni su propia mente, ¿cómo podía predecir la reacción de su viejo amigo?

Eso sí era cierto que Michi había sido su amigo y no un manipulador más. Parecía que todo el mundo se aprovechaba de Dechan cuando le convenía y lo olvidaban cuando tenían otros asuntos más importantes. Todo el mundo excepto Jenette. Ella le había sido tan fiel como él a ella. Seguía durmiendo; ni la duda ni la ira la perturbaban. Era una carga que no quería dejar sobre ella.

Todavía estaba mirando por la ventana cuando ella se despertó y se incorporó por detrás de él para darle un soñoliento abrazo.

—Has madrugado —dijo ella besándolo en la nuca.

—Me apetecía ver la salida del sol.

Se recostó en él y Dechan la abrazó por la cintura.

—Esta es bonita —dijo ella al tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro—. Deberías haberme despertado.

—No quería molestarte. Dormías tan plácidamente —él le besó el pelo—. Habrá otras mañanas.

—Pero nunca otro hoy —se acercó a él—. Podríamos empezarlo ahora mismo.

Él sintió cómo su mano le acariciaba el estómago y seguía bajando. Su cuerpo se adelantó a su mente, pero cuando él la besó, se dejó seducir por su amor. Al menos por un rato, el resto del mundo se desvaneció.

La sala de conferencias de la *Talbot* estaba atestada de oficiales exentos de servicio. También había una cantidad considerable de público, todos deseosos de oír al Consejo de Oficiales. Su presencia apelaría a la precaución e incluso a evitar ciertas discusiones a la hora del debate pero, según la costumbre de los Dragones, aquélla no podía ser una sesión cerrada. Elson se dio cuenta de que la presencia de observadores molestaba a algunos de los oficiales Dragones más viejos, sobre todo al coronel Atwyl. Su nerviosismo confirmaba que la teoría de Elson de animar a asistir a los Dragones de rangos inferiores había sido una buena estrategia.

Elson también vio a muchos de sus Elementales esparcidos por la periferia de la sala, cuya presencia no costaba advertir teniendo en cuenta que su cabeza y sus hombros sobresalían entre la multitud. No les había ordenado que acudiesen, sino que lo habían decidido ellos mismos y ahora se repartían juiciosamente por la sala de conferencias. No creía que fuese casualidad que cada uno estuviese cerca de algún oficial del consejo. Probablemente la precaución era innecesaria, pero se alegraba de que sus hombres mostrasen tanta iniciativa.

Contento de asistir a los debates preliminares, tomó asiento. El aire era cálido y la unidad de control climático en servicio daba resoplidos de cansancio mientras intentaba compensar el calor generado por los cuerpos que se aglomeraban en una cantidad muy superior a la capacidad de la sala. Dejó que el calor lo calase, la carne se debilitase y la sangre circulase con más fluidez. Estaba tranquilo, contento de sonreír a Hamilton Atwyl mientras el resto del consejo discutía.

El primer paso consistía en incorporar un séptimo oficial al consejo. La presentación de la candidatura de Edelstein por parte de Gilson fue muy oportuna. La piloto de 'Mech hizo una buena exposición de sus argumentos, como Elson le había enseñado. La multitud aclamó entusiasmada su apoyo a la candidatura. Atwyl añadió otros dos nombres a la lista antes de que Brandon hablase entre la muchedumbre para exigir que se leyese la lista. Cuando acabó la votación, Edelstein salió victorioso con un voto final de cuatro contra dos.

De nuevo con todos sus miembros, el consejo se centró en un asunto diferente: la elección de un nuevo oficial al mando. Cuando se mencionó el nombre de Elson, Atwyl pareció dispuesto a rebatirlo. Luego, después de que la capitana Brandon confirmase el vehemente informe de Gilson sobre los primeros minutos del encuentro con los saqueadores, alguien empezó a gritar el nombre del mayor entre la multitud. Poco a poco los espectadores se fueron uniendo al grito.

Entre el barullo, Atwyl pidió orden, y el público empezó a calmarse, pero el calor de la respuesta general le había quebrantado el ánimo. Habló sobre la incursión espacial de la misión y la importancia de tener un comandante preparado y que entendiese las complejidades de tales misiones. Pero era obvio que su alegato carecía de fuerza. El primer comandante de la misión, MacKenzie Wolf, había sido un MechWarrior, ni siquiera un aeropiloto, y menos aún un comandante de incursión espacial. La multitud, cada vez más impaciente, se quedó en silencio cuando Jessica Sedaño, capitana de la Nave de Descenso *Havelock*, se puso en pie y presentó a Atwyl. Gilson, tras la señal de asentimiento de Elson, la secundó y pidió inmediatamente que se tomase una decisión. Sólo Sedaño y Shankar, el líder de los cazas aeroespaciales, apoyaron a Atwyl. Elson fue nombrado primer oficial del consejo.

La noticia se difundió por la Nave de Salto y las Naves de Descenso acopladas, así como entre las tripulaciones a bordo de las naves del depósito. Antes de que la multitud abandonase la sala de conferencias, apareció el de comtech Ishora y se abrió paso entre la muchedumbre en dirección al espacio abierto que rodeaba la mesa del consejo. Vaciló durante unos instantes, y pareció recordar la nueva orden. Dirigiéndose a Elson, dijo:

—Un mensaje del mando de los Dragones, mayor.

—Coronel —corrigió Edelstein. El primero de los oficiales era siempre un coronel, aunque sólo fuese por cortesía.

—Lo siento, coronel Elson —farfulló Ishora.

—No tiene importancia. Yo tampoco estoy acostumbrado. —Elson tomó el papel y se lo puso delante. No necesitaba leerlo; ya lo había hecho cuando Ishora se lo enseñó por primera vez el día anterior. Tenía suerte de que el de comtech fuese uno de los partidarios de Elson, ya que el contenido del mensaje podría haber llevado a algunos oficiales indecisos en la dirección equivocada. Pero ahora era él quien debía anunciar el mensaje y quien podía interpretarlo a voluntad.

—El mando de los Dragones anuncia que el coronel Jaime Wolf ha despegado hacia Luthien. Va a responder al desafío de Takashi Kurita. —Dejó que el murmullo cesara antes de añadir—: El Coordinador ha propuesto un duelo a muerte.

Se oyeron gritos de incredulidad y de alegría. Elson se mantuvo inmóvil como una roca mientras la multitud se aglomeraba alrededor, parlotando animosamente.

Algunos de los presentes opinaban que el Lobo se había equivocado, pero éstos eran una minoría. La mayor parte de la tripulación de la misión pareció alegrarse al recibir la noticia, aunque para Elson era obvio que los motivos de su alegría eran diversos. La mayoría de ellos, sobre todo los Dragones más jóvenes, estaban eufóricos, convencidos de que la vieja Serpiente recibiría su merecido, mientras que a otros les aliviaba el simple hecho de que el fin de la contienda con Kurita estuviese tan cerca. La mayoría de éstos eran los Dragones de más edad y sus familiares de sangre. Eran los únicos con los que Elson tenía que hablar.

Levantó la mano y esperó a que la multitud reaccionase. Los que estaban más cerca de él empezaron a sisear para sofocar el ruido, acallando a la multitud de vez en cuando.

—¿Creéis que todo acabará aquí? —preguntó elevando la voz para que los que se encontraban en el pasillo exterior pudiesen oírlo. Algunos de los oyentes asentían, pero la mayoría lo miraba con curiosidad—. Puede que no sea nativo de la Esfera Interior, pero he estudiado a su gente. Tales observaciones me han enseñado que, de todos los pueblos de los Estados Sucesores, los kuritanos son los que más se parecen a los Clanes, sobre todo en temas de honor. Aunque el coronel Wolf mate a Takashi Kurita, esta contienda no acabará.

—Si tienen honor, harán que acabe —dijo Atwyl.

—No ha estado atento a los detalles, coronel. El mensaje del cuartel general no contiene ningún indicio de que este duelo vaya a poner fin a la contienda. Tiene todo el aspecto de tratarse de una cuestión de honor personal, un hombre que está ajustando cuentas con otro, un Juicio de Agravio. Por lo tanto, el clan Kurita no se dejará influir por el resultado.

—No estoy de acuerdo con su teoría —declaró Atwyl—. Con Takashi muerto, Theodore tomará el mando. Él sabe lo destructiva que ha sido y puede ser esta contienda. No es ningún tonto.

—Theodore Kurita es un jefe excelente —admitió Elson—, pero es un miembro del clan Kurita. ¿Acaso su código de honor no insiste en que un hombre no puede vivir bajo el mismo cielo que el asesino de su padre? —Atwyl movió la cabeza hacia atrás. Parecía que iba a decir algo, pero Elson no le dio la oportunidad—. Saben que es así. Si el Lobo gana, Theodore Kurita estará obligado a matarlo. Si el Lobo muere, Takashi se habrá deshecho del único hombre que cree que le ha impedido eliminar a los Dragones por completo. Gane o pierda, el Lobo ha antepuesto su honor personal al de los Dragones. Entre los Clanes, esto es motivo de destitución.

La multitud objetó que la tradición de los Clanes no era la tradición de los Dragones, pero junto a las protestas se oían murmullos de apoyo a Elson. No los suficientes para cambiar las cosas, pero sí para satisfacerlo hasta el punto de aumentar su base de influencia. Por ahora bastaría. El viaje de vuelta a Outreach era

largo.

—Podemos quedarnos y hablar o podemos volver a nuestro trabajo. Los Dragones tenemos naves que reclamar para los Dragones —dijo—. Este es un trabajo que tenemos que hacer, sin importarnos lo que ocurra en otra parte. Una mera charla sólo nos hará perder el tiempo.

Dio órdenes específicas, intentando no excluir a aquellos que habían defendido a Atwyl. Elson asignó las obligaciones que se adecuasen a la posición de su rival derrotado como comandante en jefe de la Nave de Salto, pero no dejó a Atwyl nada de mucha importancia. El mando de la misión fue transferido a la *Alexander*.

El equipo personal de Elson ya se había trasladado a bordo.



El Lobo me citó en su estancia ya preparada de la plataforma principal de operaciones de la *Chieftain*. Estaba sentado detrás de su escritorio, con los hombros caídos. Vi que se incorporaba al abrirse la puerta, pero sus ojos daban claras muestras de cansancio. Me hizo entrar y me indicó que me sentara. Cuando lo hice, cogió un paquete de disquetes de ordenador y me lo mostró.

—Brian, me gustaría que trajeras este paquete contigo cuando la *Chieftain* regrese a Outreach.

Alargué el brazo y recogí el paquete. Estaba precintado y parecía importante. Como no era una situación normal, me aproveché de mi privilegio como miembro de su equipo y pregunté:

—¿Qué es, coronel?

—Instrucciones para el consejo de oficiales. Este viaje me ha dado la oportunidad de desarrollar algunas de las claves para la integración, la utilización de la fuerza y los planes de defensa. No me quiero arriesgar a transmitirlos, así que tendrás que entregarlos en mano.

De repente noté el peso del paquete en mis manos.

—¿Por qué, señor? Usted volverá con nosotros.

Esbozó una sonrisa cansada.

—Lo más probable. Pero he aprendido a correr el menor número de riesgos posible.

—Ir a Luthien era un riesgo.

—Sí, pero parecía que valía la pena correr el riesgo para arreglar las cosas con Takashi. Es hora de enterrar el pasado.

La próxima vez que veas a Stan, dile que al final entendí punto de vista. —Hizo girar la silla de modo que sólo podía ver su perfil—. Me gustaría que te encargases de las comunicaciones con el Palacio de la Unidad. Acaba de llegar la autorización para que la lanzadera de la *Chieftain* aterrice en el campo privado, pero hay que coordinar las rutas de vuelo.

No me gustaba el cansancio de su voz, el atisbo de resignación a un destino inevitable. Nunca lo había visto así. Y todavía me gustaban menos las implicaciones de lo que estaba diciendo.

—La lanzadera no llevará su *Archer*, coronel —puntualicé.

—Es cierto —dijo mientras asentía—. No lo necesitaré, Takashi tiene un BattleMech preparado y esperándome.

—¿No es muy arriesgado? Me refiero a utilizar una máquina suya. Podría estar trucada.

Lanzó un suspiro, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Nunca pongas en duda el equipo que proporcionan tus entrenadores Dragones.

—Son Dragones, señor.

—Y, por lo tanto, honorables.

Pensé en Kantov y en cómo había pagado el coronel la deshonra de aquel hombre.

—Todo lo posible. De lo contrario, no serían Dragones.

—No todo el mundo piensa como tú.

—No todo el mundo es tan honorable como usted, señor.

Volvió a girar la silla y me miró fijamente con sus profundos ojos grises.

—¿Insinúas que Takashi tiene algún motivo deshonesto en todo esto?

—Puede.

—¿Lo conoces?

—Sabe que no, señor.

—Pero yo sí —el coronel mostró un disquete en el que pude ver el emblema de la Casa Kurita—. Él no envió al asesino.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Este disquete contiene un mensaje personal suyo. Dice que no tuvo nada que ver con ese asunto.

—¿Y usted le cree?

—Sí.

—Podría estar mintiendo, señor.

—¿Tú mentirías en algo así, Brian?

—Yo no habría enviado a un asesino.

—Él tampoco. No en este caso. —Dejó el disquete sobre el escritorio—. Takashi no dará un paso fuera de su código de honor. Quiere su duelo. Creo que lo *necesita*.

—¿Y usted, coronel?

Giró la silla hasta darme la espalda antes de decir:

—Estoy aquí, ¿no?

Parecía que no tenía nada más que decir, pero había algo que me impedía marchar.

—¿Cuándo dejaremos la *Chieftain*, coronel?

—*Nosotros* no la dejaremos —contestó bruscamente—. Yo lo haré. Yo seré el único pasajero de la lanzadera que bajará a la superficie.

Armándome de valor, dije:

—No, señor.

Giró la silla.

—¿Qué?

No permitiría que me intimidase. Sabía que el fundador William Cameron había muerto con el Lobo tras insistir en acompañarlo en un peligro que William no estaba preparado para afrontar. Puede que me estuviera comprometiendo al mismo destino. Cuando estaba en el *sibko* adoraba los cuentos sobre el valor y el coraje inquebrantables del fundador. A pesar de todas las veces que había soñado con ser así, ahora parecía un ideal demasiado abstracto. Sin embargo, aquello no me tranquilizaba en absoluto. Tuve la sensación de que si miraba al Lobo a los ojos, él vería aquel miedo y yo estaría perdido. Así que decidí mirar hacia la pared que había detrás de él.

—Hans y yo lo acompañaremos, coronel.

El Lobo se arrellanó en su silla, sorprendido de mi negativa. Entornó los ojos. Vi aquel movimiento y supe que no podría afrontar su mirada.

—Puedo ordenarte que permanezcas a bordo de la *Chieftain*.

—Espero que no lo haga, coronel.

Permanecimos sentados durante largo rato. Me parecieron horas, aunque sé que no lo fueron. Al fin dijo:

—Stan te ha metido en esto, ¿no?

No me sorprendió que lo adivinara.

—Sí, señor.

—Podría dar la orden.

Aunque estoy seguro de que era consciente del compromiso en el que me ponía, le dije:

—Si no vuelve, tendré que explicar al coronel Blake por qué no seguí *sus* órdenes, señor.

El Lobo se acarició la barba.

—¿Crees que perderé esta batalla?

Abrí la boca, pero tardé en contestar. ¿Cómo podía pensar que dudaba de su habilidad en combate? Takashi Kurita podía ser uno de los mejores guerreros de la Esfera Interior, pero él no había sido entrenado en los Clanes como Jaime Wolf. No había punto de comparación.

—Confío plenamente en su capacidad para derrotar a Takashi Kurita en combate, coronel.

—Hablas con delicadeza, Brian. Te hemos entrenado bien, tal vez demasiado

bien. —Se quedó callado y se inclinó un poco hacia adelante—. Los Dragones te necesitan. Cualquiera que dirija a los Dragones te necesita. Eres demasiado valioso para ponerte en juego.

—He estado en combate con usted, poniendo en juego mi vida y la suya simultáneamente. Entonces no me protegía tanto.

Se echó hacia atrás y dijo con voz pausada:

—Los tiempos cambian.

—Puede que sí, pero yo ya me he arriesgado viniendo al sistema Luthien. Del mismo modo que la *Chieftain*, que es más importante para el líder de los Dragones que cualquier oficial de comunicaciones.

—Estarás seguro si permaneces en órbita —dijo mientras yo respiraba profundamente.

—Con todos mis respetos, señor, no me quedaré en órbita. Usted es el líder de los Dragones y, si yo soy importante para el líder, también lo soy para usted. Esté donde esté.

Su mirada era severa y su tono furioso, pero su expresión reflejaba un atisbo de otra emoción.

—¿Rechazarás una orden directa?

No quería responder directamente a la pregunta. Con la esperanza de tener fuerzas para ello, lo miré a los ojos y dije:

—No es sólo trabajo, coronel. Es una cuestión de honor.

Ahora le tocaba al Lobo quedarse en silencio. Me miró fijamente a los ojos hasta que pareció que no había nada en el universo aparte de él y yo. Pensé que me estremecería, pero no lo hice. Después de lo que pareció una eternidad, encontró lo que debía de haber estado buscando. Se giró y lanzó un suspiro. Puede que lo oyera susurrar la palabra «honor». También oí las palabras:

—No te preocupes, hijo. No te pondré en el compromiso de tener que rechazar una orden directa. Si sobrevives a esto, tienes una carrera por delante con los Dragones.

—¿Crees que es sensato, marido?

La voz de Jasmine no era implorante ni acusadora, pero Takashi respondió con brusquedad.

—Es mi voluntad.

—Si sigues obstinado y te enfrentas hoy a Jaime Wolf, tienes que descansar. Un combate atlético te cansará.

—Tampoco soy tan viejo. El *kendo* me calma.

—Nunca lo pediste en tus combates con Subhash-*kun*.

—Aquellos días ya pasaron.

El Coordinador se entretenía ajustando las correas de su *do*. Jasmine lo ayudó sin mediar palabra. Sus dedos eran más hábiles que los de él y no menos seguros. Una vez fijada la armadura corporal, se agachó para recoger los guantes y la máscara.

—Veo que tu chaleco refrigerante y tu mejor uniforme están tendidos. ¿Te apetece un baño?

—Estaría bien.

—Marido...

—No digas nada, mujer.

Los ojos se le inundaron de lágrimas. Takashi acercó su mano con cariño y le secó esas lágrimas que empezaban a caerle por las mejillas. Con un movimiento repentino y feroz, ella le cogió una mano, la apretó entre las suyas y luego contra sus labios. Salió corriendo entre sollozos mientras sus pies resonaban en la galería que conducía al ala principal de palacio. Takashi le tendió una mano, pero no dijo nada. La dejó caer y permaneció inmóvil con la mirada clavada en la puerta vacía.

Desde el *dojo* donde esperaba, Homitsu pudo oír toda la conversación entre el Coordinador y su mujer. Como cualquier siervo de la Casa Kurita, hizo ver que no se había enterado de nada. Finalmente, Takashi empezó a caminar por las esterillas del otro lado de la estancia y sobre la madera pulida. Homitsu, ahora parte integrante del mundo del Coordinador, lo saludó con una gran reverencia. El Coordinador le

respondió del mismo modo, más de lo que correspondía a un mero siervo.

—Le pido disculpas por haberlo hecho esperar, Homitsu-*san*.

—Estoy a vuestra disposición, Coordinador.

Takashi rió entre dientes por alguna broma personal.

—¿Sabe? Antes practicaba con el director de las FIS. Eran combates duros, bien luchados. No siempre ganaba.

—¿Tiene alguna queja el Coordinador?

—*Iie* —dijo en un tono ausente mientras se ponía la máscara y ataba las cuerdas que sujetarían el *men*—. Ninguna queja.

—Si el Coordinador lo desea, hoy había pensado sugerir *bokken*.

La expresión de Takashi quedaba oculta tras la máscara protectora.

—¿*Bokken*? Sí, las espadas de madera serán más apropiadas para hoy que el *shinai*. ¿Sabe lo que va a ocurrir hoy?

—*Hai*, Coordinador.

—No se reprima.

Homitsu acabó de Fijar su *men*. Le alegraba que no se viera su cara.

—No lo haré.

Se pusieron los guantes y Homitsu ofreció dos *bokken* a Takashi, dejando que el *karma* decidiese su destino. El Coordinador sopesó la espada de madera que había escogido y asintió satisfecho. Homitsu asió la otra espada e hizo lo mismo. Respiró profundamente y fue sacando el aire poco a poco.

Hicieron una reverencia y empezaron. Los movimientos del Coordinador eran más precisos de lo habitual a medida que aumentaba la presión de su ataque. Homitsu le cedió terreno y se limitó a bloquear. Perdió el equilibrio cuando el *bokken* se apartó de la mejor línea de defensa. El arma del Coordinador interfirió, golpeando a Homitsu en el *do* con un contundente crujido.

Takashi se echó hacia atrás.

—Se está conteniendo más de lo habitual.

—Así es, Coordinador.

—¡Ah! Al fin lo reconoce.

—*Hai*, Coordinador.

—¿Por qué?

—Ésta será la última vez que luchamos —dijo Homitsu con solemnidad.

Takashi se puso rígido.

—No sabía que desconfiase tanto de mis habilidades como guerrero.

—Lo respeto como guerrero, Coordinador.

No lo decía en broma. Las habilidades de Takashi como guerrero no tenían nada que ver con las que mostraba en otros asuntos.

—Pero cree que perderé contra Jaime Wolf.

—*Iie*, Coordinador. No perderá contra Jaime Wolf.

Takashi frunció el entrecejo mientras el desconcierto le hacía perder el control de sus emociones. Entonces, como si de repente hubiese advertido la amenaza que suponía Homitsu, Takashi interpuso su *bokken* entre ambos.

Homitsu hizo lo mismo al tiempo que se movía hacia adelante. Ahora que se habían comprometido, se tenía que resolver con rapidez. Nadie debía interferir.

El Coordinador no le dejó tomar la iniciativa. Takashi golpeó rápidamente, con una fuerza mortífera en sus movimientos. Homitsu esquivó golpe tras golpe mientras la ira del ataque del Coordinador lo obligaba a retirarse. Los golpes de Takashi evitaron las zonas restringidas del *kendo* y arremetieron contra aquellas desprovistas de armadura. Si se empuñaba con una fuerza letal, un *bokken* podía ser tan mortal como una espada, hasta el punto de romper los huesos y machacar los músculos en lugar de cortarlos.

Homitsu podía dejarse vencer. Su vida no sería nada si ese día fracasaba; su honor quedaría manchado. El fuego de la necesidad le quemaba y las llamas se propagaban por sus extremidades.

Takashi simuló una arremetida contra el *men* y lo introdujo en una fisura cada vez mayor. El impacto del golpe en la armadura resonó en la cabeza de Homitsu, pero el *bokken* se desvió rompiendo el ritmo de Takashi. Homitsu disparó su *bokken* en dirección a la cara del Coordinador y consiguió que Takashi se retirase. Haciendo presión hacia adelante, Homitsu arremetió una y otra vez contra Takashi, obligándolo a retroceder aún más. La superficie del arma de Homitsu chocaba contra el *bokken* del Coordinador. La defensa de Takashi empezó a fallar. Su respiración se volvió irregular, signo de que estaba perdiendo la concentración. Homitsu dio en el lateral del *bokken* del Coordinador, haciendo girar su arma hacia arriba con la intención de dar un golpe seco. Indefenso, Takashi se preparó para recibir el impacto, pero Homitsu detuvo el arma a tiempo para que ésta rozase el *men* del Coordinador.

Dio un paso hacia atrás, dejando que el desconcertado Coordinador colocase su *bokken* en posición de defensa. Homitsu no se lo pensó dos veces y arremetió contra el *bokken* de Takashi. Esta vez, el borde tocó el arma del Coordinador. La madera se partió. El resplandeciente filo oculto en la madera salió disparado y cortó el *bokken* de Takashi por encima de la empuñadura. Homitsu completó el enorme círculo, frenando su movimiento sólo cuando la punta del filo alcanzó la garganta de Takashi.

El Coordinador dejó caer la inútil empuñadura de su *bokken* al suelo. El ruido resonó en el repentino silencio. Homitsu esperó a que Takashi recuperase el aliento.

—Podría haberme matado.

Homitsu no dijo nada.

—Que no lo hiciera me indica que tiene algo más en mente. ¿Espera torturarme? —Takashi deshizo el nudo que aseguraba su *men*, se quitó la máscara y la tiró al suelo—. Un grito bastará para que venga el Otomo. Cualquier daño que inflija será breve, y le aseguro que mi respuesta lo decepcionará. Aunque consiga matarme, no tardará en morir usted también.

El señuelo del Coordinador no tenía sentido. Empuñando la espada con firmeza, Homitsu se quitó su *men*. El Coordinador no hizo ningún movimiento para escapar o gritar. A Homitsu no le importaban los motivos que tuviera Takashi; agradecía que el Coordinador mantuviera la calma. Tal vez Takashi advertía la importancia del momento.

La voz de Takashi se oyó por encima del ruido de la máscara al caer.

—¿Qué es lo que quiere?

—Vuestra muerte.

—¿Por qué? —preguntó Takashi sin vacilar—. No estamos en guerra.

—No estáis en guerra con Fukushu Homitsu, Takashi Kurita, pero yo ya no soy Homitsu. Él es una ficción, una herramienta. —El hombre que había negado su propio nombre se llevó la mano a la cara y se quitó el parche del ojo dejando al descubierto un ojo totalmente blanco—. Soy Michi Noketsuna.

La revelación no alteró las fuertes facciones del rostro del Coordinador. Su dura expresión no se iluminó ni se oscureció. Ante tal severidad, Michi dijo:

—Decís que no estamos en guerra, y en cierto modo tenéis razón. Hago justicia en nombre de otra persona, un hombre inocente al que sacrificasteis por vuestro odio personal. Minobu Tetsuhara era mi señor y mentor. Os traigo *su* venganza.

—Tetsuhara —dijo Takashi lentamente—. Él escogió su respuesta y murió como un verdadero samurai. Lo honro.

—Vos lo matasteis. No debió ver la verdad como yo la he visto.

—Usted está equivocado y él no.

—En el antiguo Japón, hubo una vez un samurai obligado a hacer *seppuku* por estar implicado en las maquinaciones e intrigas de un noble de la corte. Su nombre era Asano, y tomó la única decisión que pudo, como hicieron sus leales criados. Como yo.

»Yo he sido tan leal a mi maestro Minobu Tetsuhara como Oishi Yoshio lo era a su señor Asano. Oishi abandonó su vida de samurai y simuló que no le importaba el destino de su señor. Pero pasaba todo el tiempo preparando la venganza en nombre de su señor. Así, durante años, él y sus compañeros esperaron hasta poder enfrentarse al señor Kira, el hombre que había provocado la muerte de su señor.

»Yo también he negado mi herencia y he escondido mi objetivo. Aunque sólo soy uno y no cuarenta y siete, como los leales criados del señor Asano, conseguiré que se haga justicia. Ahora vos estáis en mis manos. Del mismo modo que los cuarenta y



siete ofrecieron al señor Kira el camino del honor, yo os ofrezco ahora la oportunidad de hacer *seppuku*. Reparad vuestro fracaso como señor de los samurais.

Los ojos de Takashi estaban petrificados como el hielo.

—¿Y si no?

—Os mataré —dijo Michi en un tono tan frío como los ojos de Takashi.

—Usted dice que hará justicia, sin embargo le digo que no hay justicia en lo que pretende hacer. Nunca deseé la muerte de Minobu Tetsuhara.

—El señor de la guerra Samsonov era su hombre.

—Samsonov era un estúpido —dijo Takashi de repente—. A la larga actuó por su cuenta, y pagó por ello. Pero usted ya lo sabe, ¿no? Fue usted quien lo mató, no uno de los Dragones de Wolf.

—Yo lo maté —confirmó Michi—. No era lo bastante hombre para acabar su vida honrosamente. Espero algo más de Takashi Kurita.

—Hubo muchas cosas que me pasaron inadvertidas durante aquellos años —dijo Takashi—. Como hubo muchas cosas que no usted no pudo ver o, mejor dicho, entender. Su venganza está fuera de lugar.

El Coordinador habló de la maniobra política que se desencadenó en torno a los Dragones de Lobo durante su contrato con el Condominio Draconis. Habló del señor de la guerra Samsonov y del odio del hombre a los Dragones y a Jaime Wolf en particular. Takashi declaró que no había ordenado a Samsonov que hiciera lo que se les hizo a los Dragones; en concreto, no había ordenado el ataque a las familias de los Dragones.

Si Takashi decía la verdad, sus preocupaciones por el Condominio habían sido mal interpretadas por Samsonov. Michi sintió cómo el germen de la duda le invadía la mente. Si Takashi no había ordenado las acciones de Samsonov, no había razón para vengarse del Coordinador. Se equivocaba al pedir la muerte de Takashi.

Takashi enumeró las amenazas a las que había hecho frente el Condominio en aquellos tiempos. Tras hacer hincapié en su gran preocupación por la supervivencia del reinado, Takashi aseguró que nadie podría poner sus propias preocupaciones al frente del Condominio. Michi no podía opinar lo contrario; había dejado de lado sus propios deseos en más de una ocasión en beneficio de la supervivencia del Condominio. Takashi creía que la importancia de tal supervivencia justificaba las acciones necesarias para ponerlo a salvo. Habló de manipular a los caudillos, enfrentándolos entre sí y poniendo a prueba su lealtad constantemente, como una herramienta para alcanzar aquel fin. En ocasiones, por desgracia, las herramientas se rompían o se utilizaban mal. El Coordinador insinuaba que Samsonov había malinterpretado y usurpado prerrogativas reservadas al Coordinador.

A pesar de que Takashi habló de su propio clan y del Condominio como una sola entidad, Michi consideró los argumentos del Coordinador de una persuasión

seductora. Pero ¿acaso los argumentos no podían ser otra mera manipulación? ¿Acaso no podían ser mentiras?

Unos sonidos perturbaron su conciencia. El ruido de unos pasos sobre las esterillas de *tatami*. Un leve ruido mecánico. El roce de la ropa sobre la carne. Michi dejó sus dudas a un lado y volvió a tomar conciencia de guerrero. Sintió el veteado de la madera noble bajo sus dedos y advirtió el parpadeo de la luz que indicaba la presencia de cuerpos en movimiento.

Él y Takashi ya no estaban solos.

Elson nunca había desempeñado una función similar a la restauración de las naves del depósito y su organización en un convoy. Le sorprendió su interés por los detalles y las complejidades de coordinar los esfuerzos de su mando. Sus enemigos en el consejo de oficiales parecían todavía más sorprendidos, mientras su propia facción ya daba sus habilidades por supuestas.

El viaje de vuelta a Outreach por el circuito de mando fue tan largo como el viaje al exterior, pero, en lugar de entrenar a Elementales, Elson se ocupó de una gran variedad de tareas. Era un modo distinto de prepararse para el futuro. Cada vez que se detenían a recargar motores o transferirse a una Nave de Salto en espera, visitaba algunas de las otras Naves de Descenso y se presentaba a las tripulaciones. Aunque pasó la mayor parte del tiempo con los guerreros, no pasó por alto a los techs ni a los científicos. Cualquier buen guerrero entendía la importancia de los que diseñaban y mantenían el armamento. Al demostrar que entendía sus funciones, ganaba su lealtad con una facilidad sorprendente.

Cuando el convoy estuviese de vuelta en el planeta natal de los Dragones, Elson tendría un fuerte equipo de gente que creía en él y en su visión de futuro. Sabía que no lograría convertir a Atwyl ni a sus compinches; los veteranos eran los más comprometidos con el camino erróneo de Jaime Wolf. El Lobo conducía su respeto y lealtad con tal fuerza que hasta los guerreros más lúcidos se olvidaban de siglos de tradición. Era algo a lo que Elson no podía dar la espalda y que le preocupaba constantemente.

Pero abrigó una esperanza. Incluso en el funeral, algunos habían hablado de los fracasos de MacKenzie Wolf. Las conversaciones no habían sido en público ni en los panegíricos del registro, pero ahí estaban. Se volvieron más habituales a medida que el viaje avanzaba. Las habladurías de los esferoides sobre la corrupción de MacKenzie también habían llegado a oídos de algunos veteranos. El hijo de Jaime Wolf no había heredado su genialidad, y ahora que MacKenzie estaba muerto no había motivos para afirmar lo contrario.

Un viejo proverbio de los Clanes decía que los defectos de los hijos son un reflejo

de los defectos de los padres. Los derechos de procrear eran para aquellos que cumplían, aquellos que habían demostrado lo que valían. Aquellos que eran deshonorados perdían todos los derechos y privilegios. La sangre decía la verdad.

No era difícil darse cuenta de que el linaje de Jaime Wolf era defectuoso, a pesar del prestigio que él había alcanzado. Los miembros de los Clanes entendían que un jefe con defectos era una sentencia de muerte, y nadie quería una sentencia así. Los miembros de los Clanes también sabían que los veteranos arrinconaban el presente y se aferraban al pasado y a su seguridad. Un jefe así perdería a sus guerreros tarde o temprano, traicionándolos con una muerte inmerecida o un fracaso vergonzoso.

El temor es un compañero constante de todo guerrero, pero el verdadero guerrero controla sus temores. Al hacerlo, conquista y cumple su destino. La muerte no es una amenaza para un guerrero de verdad; sabe que no hay alternativa a la muerte. Su trabajo es tratar con la muerte, así que debe entender su funcionamiento y, más importante aún, su significado. Una muerte sin significado era el mayor temor de un verdadero guerrero.

Pero estos Dragones, miembros de los Clanes o esferoides, no entendían esa realidad. Habían llegado a creer que la vida era su premio, que siendo los mejores podrían dejar atrás su naturaleza de guerreros y aspirar a algo más. ¿Cómo podían pasar por alto la conciencia de guerrero sobre la precariedad de la vida? Habían caído en la forma de pensar de un veterano. Jaime Wolf temía por sus Dragones y se preocupaba por su capacidad de supervivencia. Durante años sus acciones se habían encaminado a reducir sus temores, y su misión de recuperar las naves del depósito era sólo el último paso en el plan de Wolf.

Pero la visión de Wolf se había nublado, distorsionado por su propio rechazo de su herencia. Había olvidado que el destino de un guerrero es la muerte y había soñado que las naves del depósito y su tecnología podrían preservar a los Dragones. Era un sueño ridículo. Las armas carecen de valor sin guerreros que las empuñen y los guerreros no pueden desempeñar su trabajo sin la muerte.

El Lobo no podía ver la verdad que crecía alrededor, pero Elson sí. Él escuchaba a los hombres y mujeres que llevaban uniformes de los Dragones. A veces oía a los esferoides utilizar los argumentos de los Clanes cuando hablaban de sus temores. Dedicándoles parte de su tiempo, había aprendido que querían ser guerreros y cuánto deseaban caminar por la senda del honor. El Lobo se equivocaba al negar eso a los Dragones.

Las costumbres de veterano de Jaime Wolf le costarían su vida y la de los Dragones si no se hacía nada al respecto.

Cuando los Clanes volvieron a la Esfera Interior, la vida cambió para siempre. Se acercaba un nuevo orden. Elson era parte de esa nueva era, y aquellos que lo rodeaban podían verlo. Pronto todos los Dragones lo sabrían.

De detrás de un panel oculto, la silla adaptada de Subhash Indrahhar entró en la cámara, mientras las esterillas de *tatami* crujían por la presión de las ruedas. El odioso Ninyu avanzó junto a él hasta detenerse detrás de su padre. Ninyu iba al frente del pelotón de soldados vestidos de negro de las FIS y coordinaba sus posiciones con un segundo pelotón que entró por la puerta desde el jardín. Cada soldado sostenía una Shimatsu 42, una pistola de cañón corto alargada por un silenciador.

Mientras Michi observaba a los que iban llegando, el Coordinador dio un paso atrás, apartándose del peligro de la espada de Michi.

—Llegas en buen momento, viejo amigo —dijo a Subhash.

—Eso parece —contestó Subhash al tiempo que esbozaba su famosa sonrisa.

Michi notó la confusión del Coordinador y la sintió en su propia carne. Michi iba armado y el Coordinador no, pero Indrahhar estaba concentrado en Takashi.

El director de las FIS extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Nos encontramos en la más lamentable situación, Takashi-*sama*. Salvaros de este hombre os preservará por poco tiempo. Jaime Wolf ya está en órbita hacia aquí, totalmente preparado para batiros en duelo.

—Esa era mi intención —repuso Takashi con voz cautelosa.

Subhash dejó de sonreír.

—Os advertí que este camino no prometía nada bueno para el Condominio. Decidisteis hacer caso omiso de mi advertencia.

—A pesar de lo mucho que valoro tu consejo, viejo amigo, es el honor lo que impulsa mis acciones.

Indrahhar frunció levemente el entrecejo.

—La supervivencia del Condominio es vuestro honor, y también el mío. Este duelo con el Lobo va en detrimento de esa supervivencia. Hay que evitarlo.

—Mi vida tiene poca importancia para la supervivencia del Condominio. Si fracaso, Theodore me sucederá. Gobernaré bien.

—Lo hará bien, cuando llegue el momento —puntualizó Indrahhar sonriendo de

nuevo—. Durante algún tiempo esperaba que no fuera así, pero ni siquiera Theodore puede salvar a un Condominio que está en un estado deplorable. —La sonrisa se desvaneció de su rostro cuando añadió—: No tenías que llevar las cosas tan lejos.

—He seguido el dictado del honor y la conciencia.

—¿Como un samurai?

—Así de simple.

—Sois el Coordinador, no un simple samurai. Vuestras preocupaciones no se limitan a insignificantes duelos de honor conducidos por el insulto. No es tan sencillo.

—No, no lo es.

El cansancio se apoderó de la mirada de Indrahara. Cruzó las manos sobre su regazo y dijo:

—Lamentablemente, vuestras decisiones han forzado la situación.

—Escucho tus argumentos —dijo Takashi con voz pausada.

—No he venido a argumentar —respondió Indrahara—. Ya no es el momento. Si el Lobo gana, el daño al prestigio del Condominio será irreparable. Seguramente, Theodore recibirá consejos para buscar venganza, y existe una ínfima posibilidad de que escoja el camino inútil y costoso. Disculpad mi franqueza, Takashi-*sama*, pero si ganáis, nadie, y menos los Dragones, creerá que la lucha fue justa. Hay una facción cada vez mayor de simpatizantes de los Clanes en sus filas. Cualquier antagonismo que ofrezca la Esfera Interior podría jugar a favor de esa facción y provocar un cambio en las lealtades que podría muy bien costar a la Esfera Interior de los Dragones. Es probable que el resultado sea la la Esfera Interior y, en consecuencia, del Condominio.

»Aunque la facción de Wolf se modere, no podemos esperar que se porte bien con la Casa responsable de la muerte de su líder. A pesar de que nos han negado sus servicios, no han prohibido a nuestros líderes asistir a las sesiones de estrategia contra los Clanes ni a nuestros científicos a las conferencias sobre tecnología. Esto cambiaría si derrotaseis al Lobo. Sin estas ventajas, el Condominio no puede hacer frente a los Clanes.

»¿Y qué pasaría si perdiérais? ¿Nuestra gente permitiría que el gobierno hiciese tratos con los Dragones? Las declaraciones que acabáis de hacer han tenido un gran peso en su forma de actuar. Dudo que un Lobo victorioso pudiera salir de Luthien con vida. Tanto si salís victorioso como si no, el resultado del duelo será el mismo al fin y al cabo: el Condominio perderá.

—Tu valoración es demasiado pesimista. El Condominio es fuerte. Theodore es fuerte. Derrotamos a los Clanes en Luthien.

—Gracias a la ayuda de los Dragones de Wolf y otros mercenarios —puntualizó Indrahara—. ¿No ordenasteis en una ocasión la muerte de todos los mercenarios?

El Coordinador lo fulminó con la mirada.

—Vuestra predicción falló entonces igual que ahora, Takashi-*sama*. El Condominio no puede permitirse tener un líder tan falible.

Takashi se puso tenso.

—Me trae sin cuidado lo que estás sugiriendo.

—A mí no. Vuestra obsesión nos ha conducido a un punto muerto. Muy a mi pesar, sólo veo una solución. Para que el Condominio viva, el Coordinador tiene que morir.

Takashi se puso nervioso, pero no dijo nada. Sus ojos inspeccionaron la sala y los adustos rostros de los agentes de las FIS. Estaba claro que eran leales a Indrahar, con el corazón y el alma. Indrahar siguió hablando.

—Esperaba que llegaseis a ver la solución honorable, pero os habéis opuesto a los argumentos de Noketsuna. De hecho, parecíais haber debilitado su propia determinación. Os pido que reconsideréis si queréis seguir adelante.

—Soy el Coordinador. *Mi* voluntad es la voluntad del Condominio. No tengo nada que reprocharme.

Subhash sacudió la cabeza con tristeza.

—Esperaba que vieseis que el Condominio es más importante que cualquier hombre. Es vuestra dinastía la que gobierna, y lo seguirá siendo aunque no lo hagáis vos personalmente.

La silla dio un cuarto de vuelta. Sin mirarlo, Subhash ordenó:

—Cumple tu venganza, Noketsuna. No interferiremos.

Michi miró fijamente al director de las FIS. Aquello no formaba parte de las leyes del universo. Se suponía que la venganza, la muerte de Takashi Kurita no era una solución política de ningún tipo. Era una cuestión de honor, una cuestión entre samurais. A pesar de los cambios que había experimentado Michi durante sus largos años de venganza, no era un verdugo político. Al prepararse para ese día, se había visto como una herramienta, una herramienta de honor. No quería ser la herramienta de un siervo desleal, un títere en los juegos de poder de alguien. Minobu Tetsuhara había sido conducido a la muerte como el títere de un hombre ansioso de poder.

Pero había demasiados hombres, demasiadas pistolas para un solo hombre. Si hacía lo que pedía Indrahar, tal vez éste le perdonase la vida. Pero no estaba seguro. Si se negaba, los hombres de las FIS lo matarían. Hiciera lo que hiciera, Michi sabía que no saldría del *dojo* con vida.

Se volvió hacia el Coordinador.

—Parece que el motivo de mi venganza ya no importa, Coordinador. Os hablo de samurai a samurai. Puede que mis palabras sean efímeras, ya que sólo las oiréis usted y estos deshonrosos perros.

—Adelante con ello, Noketsuna —dijo Ninyu con irritación.

Michi no le prestó atención. Con la mirada clavada en los ojos de Takashi, buscó la comprensión. Encontró al Dragón.

—Me encuentro en una bifurcación del camino del honor. Escoja el camino que escoja, abandono algo de mi honor en el trayecto hacia el cumplimiento de mi honor. Este es el destino de un samurai. Mi señor Minobu lo entendió así. Ahora yo también lo entiendo. —Michi puso la espada en posición *jodan-no-kamae*—. Soy un samurai, leal a los Dragones. Yo también sirvo al Condominio.

Él Coordinador lo observó estoicamente. Michi se puso firme, alcanzó el centro de su *hara* y cogió fuerzas. Estaba tranquilo, preparado para morir, algo que aquel día parecía inevitable.

Dio una vuelta y arremetió contra Subhash Indrahar.

El movimiento pareció pillar a todo el mundo por sorpresa. Los agentes de las FIS no reaccionaron. Michi recorrió la mitad de la distancia antes de que Ninyu empuñase su pistola, y otro cuarto antes de que el hombre disparase. Michi se tambaleó por el impacto de la pesada bala, pero consiguió dar un paso más hacia la silla. Dejó caer su brazo derecho con languidez mientras la sangre salía a borbotones de su hombro y le bajaba por la manga. El mundo estaba rodeado de fuegos artificiales, pero él seguía sosteniendo la espada en su mano izquierda. Dio otro paso adelante.

Ninyu volvió a disparar.

Esta vez su estómago se inflamó de dolor, alterando su *hara* y destruyendo su determinación. Había llegado más lejos de lo que esperaba. Incapaz de sentir la espada en su mano, se preguntó si todavía estaba allí. Cayó de espaldas y su cabeza impactó contra el suelo de madera noble. Su cuerpo no tenía fuerzas y sintió que su vida lo abandonaba. Se le oscureció la vista.

Uno de los agentes de las FIS dio un paso al frente. Tiró su Shimatsu y recogió la espada de Michi del suelo, pero no atacó. En ese momento de pausa, Takashi se arrodilló junto a Michi y tocó la frente del guerrero.

—Era un guerrero de verdad y entendía el *giri*. Su lealtad al Condominio era más fuerte que la tuya, Subhash.

—Era leal, y la lealtad es una gran fuerza, pero su interpretación del *giri* tenía ciertas carencias, como vos mismo le hicisteis saber, mi viejo amigo. No se podía esperar que alcanzase la gran visión que yo intento conseguir. Para vos tenía mayores esperanzas.

Takashi permanecía en pie con una expresión severa.

—Siento decepcionarte.

—Yo también lo siento.

—¿Dirás que me mató él?

—Sería la historia más conveniente, pero no serviría para el Condominio. Hacer pública la historia de la muerte del Coordinador en manos de un ciudadano del



Condominio sólo lo debilitaría. Sin embargo, Theodore creará una historia así y estará de acuerdo en anunciar que moristeis mientras dormíais. Habéis tenido una vida larga y plena, Takashi-*sama*. Os deseo lo mejor para la siguiente.

La silla volvió a dar un cuarto de vuelta y se dirigió de nuevo a la sala oculta de la que había surgido.

—Agente Wilson —Ninyu se dirigía al agente con la espada—. Da un golpe seco. Noketsuna era un maestro de la espada, después de todo.

Wilson hizo una reverencia y, tras girarse hacia Takashi, levantó la espada.

Takashi no esperó a recibir el golpe del hombre. Dio una patada rasa y le dislocó la rótula, pero se resintió del esfuerzo. Empezó a gemir por el dolor en su propia rodilla torcida. Sin embargo, ser un samurai le permitía hacer caso omiso del dolor de su pierna y consiguió arrebatarse la espada a Wilson, que se desplomaba. La cabeza del agente de las FIS abandonó su cuerpo bajo el filo de la espada.

—¡Nada de pistolas! —gritó Ninyu—. Tiene que morir por el acero. Primera brigada.

Los agentes que habían entrado con Ninyu dispararon sus armas automáticas y desfundaron las espadas de las vainas que colgaban en sus espaldas. El acero resonó contra la madera laqueada; fue el único sonido en la estancia. El Coordinador levantó la espada por encima de su cabeza y la fue bajando lentamente hasta la posición *chudan-no-kamae*.

—La hoja de una espada es demasiado buena para perros como vosotros, pero los canallas son muchos y yo sólo uno. Venid y morid.

Un agente corpulento, demasiado rápido para su tamaño, corrió hacia el Coordinador. Sus espadas tintinearón al parar los golpes hasta que Takashi colocó su espada a lo largo de la del agente y giró el filo, cortando el cuello del hombre al retirarse. El hombre muerto cayó al suelo mientras su tráquea rajada emitía un quejido.

El primer encuentro demostró la debilidad del Coordinador con respecto a sus oponentes. La rodilla torcida de Takashi limitaba sus movimientos. Una segunda agente dio un paso al frente para batirse en duelo a larga distancia, intentando intimidarlo. Takashi se mantuvo firme, sin prestar la menor atención a la estratagema. En su lugar, condujo a la agente a una trampa de las suyas. Dejó que la espada de ella pasase a través de su dispositivo de seguridad y arremetió contra su *do*. Había advertido que le fallaban las fuerzas cuando su rival dio claras muestras de hacer una finta. El resultado inesperado del golpe que el Coordinador había esquivado le permitió iniciar un contraataque. La espada de Takashi se hundió en su estómago y la

destripó. Un segundo golpe le rajó la parte superior del torso antes de caer sobre sus compañeros.

Los otros tomaron más precauciones y empezaron a rodear a Takashi. Él se mantenía en su terreno, con la espalda hacia Michi. De este modo los agentes no podían acercarse a él sin tropezar con el cuerpo.

Dos de ellos avanzaron repartiendo golpes por doquier. Takashi giró sobre la pierna debilitada al tiempo que se agachaba. La espada del primer agente chocó contra la suya, y la del segundo pasó rozándole la cabeza. Espada contra espada, Takashi se levantó y empujó a su oponente hacia atrás con todas sus fuerzas. La espada del otro agente atravesó su kimono y rasgó la carne de su brazo derecho. Takashi tomó la revancha golpeando el brazo del gigantesco hombre con una sola mano y mucha más fuerza. La espada del agente repicó contra el suelo mientras él se tambaleaba hacia atrás sin parar de sangrar.

El primero se volvió a acercar y Takashi apenas logró esquivarlo. Intercambiaron una rápida serie de golpes al tiempo que sus espadas repicaban en animadas melodías. Para mantener la iniciativa, Takashi se vio obligado a avanzar. Con un silbido repentino y agudo, la espada del agente arremetió contra él. Takashi lo atravesó con un rápido movimiento. Sacó la espada del agente boquiabierto y volvió a su posición inicial.

—Segunda brigada —dijo Ninyu.

Aparecieron cinco espadas más mientras los agentes se unían al único superviviente de la primera. Ninyu seguía observando desde el otro extremo de la sala. Takashi estaba cansado y su dominio de la espada empezaba a fallar. Aunque la segunda brigada fuese inferior a la primera, era probable que acabase con el Coordinador.

Se oyeron gritos en el jardín.

Ninyu maldijo en voz baja y Takashi sonrió. Los agentes se detuvieron. Los que estaban más cerca dieron un paso atrás y se retiraron a un lugar más seguro mientras miraban inquisitivamente a su líder.

—Acabaré contigo —dijo Takashi.

Ninyu se encogió de hombros con excesiva despreocupación.

—No tienes pruebas, Coordinador. Esto no era más que un atentado de una facción insatisfecha de renegados. Tal vez el trabajo de los infiltrados de Davion. Habrá pruebas a tal efecto —dirigía la mirada una y otra vez a la entrada del jardín—. Olvida este asunto. Tú mismo debes saber que el Condominio no podría sobrevivir si decapitases a las FIS en este momento de la historia.

—Hemos sobrevivido al ataque de otros traidores anteriormente. —La voz de Takashi era fría e implacable.

—Las FIS sirven al Condominio, no a los Kurita. ¿Quiénes son los verdaderos

traidores? No eres más que un samurai en busca de gloria.

Takashi dio un paso al frente y su voz tembló llena de ira.

—Yo mismo te mataré.

Ninyu se rió de él.

—Si pensase que vivirás para ver un día más, puede que me preocupase, Coordinador. Pero recogerás lo que has sembrado, ya que morirás en manos de Jaime Wolf. Una muerte estúpida.

Se oyó el estruendoso repicar de pasos en la galería. El Otomo no tardaría en llegar.

—Debo irme. Disfruta de tu duelo, Coordinador —dijo Ninyu.

Los agentes de las FIS salieron por la puerta de la que habían salido. Ninyu cerró el panel, al parecer convencido de que él y sus agentes se habrían ido mucho antes de que el Otomo pudiera atravesar la pared por la fuerza.

El suelo de la sala estaba cubierto de hombres muertos vestidos de negro. Uno de ellos sólo estaba herido, pero se sacó un cuchillo del cinturón y se unió a sus compañeros. Takashi se quedó solo en medio de un círculo de cadáveres.

Un puñado de hombres, una docena de Otomos y seis guerreros Izanagi, se apresuraron a entrar al interior del *dojo*. Algunos llevaban la armadura ceremonial de la guardia de palacio, otros uniformes de trabajo o ropa de calle e incluso algunos estaban a medio vestir. Todos iban armados. Se detuvieron al llegar a la puerta, atónitos ante la carnicería que rodeaba al Coordinador.

Theodore se abrió paso entre ellos. Inspeccionó la sala antes de desenfundar la pistola.

—¿Padre?

—Apenas me han herido.

—Y no gracias a tus guardaespaldas. —Su tono prometía represalias por la infracción en la seguridad de palacio—. ¿Dónde está Shin Yodama? —Ninguno de los guardias congregados respondió. Nadie se atrevía a hacer conjeturas sobre dónde podía encontrarse el jefe de la guardia—. Estaba de servicio. Encontradlo.

Una mujer con el uniforme de los guerreros Izanagi de Yodama salió a toda prisa. Todavía algo inseguros, los demás guardias se amontonaban junto a la puerta. Takashi se arrodilló y dejó su espada ensangrentada en el suelo. Parecía exhausto.

—No servirá de nada.

—¿Los mataste a todos?

Takashi se encogió de hombros.

—Podría haber más. Tal vez sea una buena idea inspeccionar el jardín.

Theodore miró a los guardias y asintió. Todos excepto dos salieron corriendo. Éstos últimos tomaron posiciones junto a la puerta. Theodore se arrodilló al lado de su padre.

—Tiene que verte un médico.

—Primero debes oír lo que ha ocurrido aquí.

Un destello de desconcierto atravesó el rostro de Theodore. Se inclinó para escuchar el susurro de Takashi explicando la historia del enfrentamiento con Indrahar. Takashi concluyó:

—Por todo esto, no me atrevo a tomar una decisión. La evaluación de la situación por parte de Indrahar tiene mérito. Mis propias preocupaciones me impedían advertir lo que supondría un duelo con Wolf.

—Tal vez una reconciliación con Wolf...

—*Iie*. El Coordinador no se equivocó. No se puede pasar por alto el insulto público de Wolf —Takashi cerró los ojos—, pero ahora veo lo que Michi Noketsuna vio antes de perder su vida por el Condominio.

—Seguro que encontramos una solución.

—Tú nunca te adheriste al código. —Takashi intentó esbozar una sonrisa—. Yo soy un samurai y creo en la vieja usanza. Es posible que eso no sea lo que se necesita para gobernar nuestro reino en esta nueva era. Lo cierto es que me has enseñado que las nuevas costumbres son necesarias para hacer frente a los nuevos problemas. Quizá con esto te demuestre que no se puede dar la espalda a las viejas costumbres. En algunas circunstancias, el *bushido* es la respuesta a los problemas que ni una buena dosis de flexibilidad puede resolver.

—Padre, ésta no es la respuesta.

—Esta es la respuesta de un samurai viejo y cansado. —Takashi señaló a Michi con un movimiento de cabeza—. Qué *karma* tan extraño. Dejó de lado su honor personal por el bienestar del reinado, defendiendo mi vida contra la de aquellos que me la arrebatarían ilícitamente. Hoy quería mi *seppuku*, y hoy seguiré adelante. Pero yo, *nosotros*, no podemos permitir que se sepa la verdad. Mi honrosa supervivencia debe cubrirse con una deshonrosa mentira. Por el bien del reinado. Indrahar quería que la gente creyese que yo había muerto mientras dormía. Sirvámonos nosotros también de su mentira, hagamos que el cuento se haga realidad. No debes decir la verdad a nadie, ni siquiera a Jasmine.

—No estoy de acuerdo —replicó Theodore en un tono severo.

—Yo soy el Coordinador. En esto, no necesito tu aprobación.

—Puede que no comparta tu interpretación del código, pero no olvido que me instruiste bien en el *bushido*. No puedes mentir frente a tus enemigos. Tetsuhara-sensei no lo aprobaría.

—Tal vez tengas razón, pero ese viejo hombre es un defensor más estricto del código que yo. Igual que yo soy más estricto que tú. Creo que te diría que el honor de un hombre se encuentra en su corazón, no en los ojos de otra gente. Él entendió la muerte de su hijo Minobu.

»Tal vez este camino que elijo se me presente igual de débil, tal vez igual de fuerte. Debes decidir por ti mismo. Yo he tomado la decisión de pasar la lucha a mi heredero. Me llevaré la contienda de los Dragones conmigo, en nombre del Condominio. Aunque esto signifique que muera con el honor manchado, este fracaso menor del honor sirve a uno mayor. El reino tiene que sobrevivir; nuestro sagrado deber como miembros del clan Kurita es conseguirlo.

Theodore intentó rebatirlo, sin embargo Takashi lo hizo callar. Resignado, Theodore acabó por obedecer las órdenes de su padre de ir en busca de material de escritura. Cuando ya se había ido, llegó un médico. Desestimando las atenciones del hombre, Takashi le pidió que primero atendiera a Michi diciendo:

—Asegúrese de que este cuerpo es tratado con honor, puesto que él era un honorable samurai.

Theodore volvió, ahora vestido con kimono y *hakama* y con las dos espadas correspondientes a su rango de samurai. Su padre seguía arrodillado en el mismo sitio. El Kanrei colocó la bandeja que llevaba junto a su padre. Bajo un conjunto de prendas blancas apareció una caja negra laqueada con un exquisito diseño de flores de cerezo doradas.

—Una buena elección —dijo Takashi.

—Tradicional —contestó Theodore.

—Honras a un viejo hombre.

—Honro a mi padre.

Takashi levantó la tapa de la caja laqueada y la puso a un lado. Luego apartó la bandeja del material de escritura, tomó una hoja de papel de arroz y se la puso delante. Finalmente preparó la tinta y seleccionó un pincel. Permaneció inmóvil, pincel en mano, durante varios minutos. A continuación hundió el cepillo en la tinta y lo sostuvo durante unos instantes antes de reproducir vigorosos caracteres sobre el impoluto papel.

Habló mientras escribía:

Anochecer, el dragón llora;

De la noche al día como invierno, primavera;

Amanecer, el dragón brama.

Takashi dejó el pincel, que rodó de la bandeja laqueada al suelo esparciendo diminutas gotas de tinta sobre el papel de arroz.

—Un final desordenado —dijo en voz baja mientras se levantaba.

Takashi empuñó la espada corta que Theodore le ofrecía y se retiró al jardín.

Theodore lo siguió en silencio.

Hans y yo estábamos en la lanzadera dos horas antes de su hora de partida, por lo que estaba disponible cuando el Lobo subió a bordo una hora después. Sonrió con tristeza al vernos.

—Buenos días, caballeros. Os habéis levantado pronto.

—Conocemos nuestro deber, coronel —dije.

—Hum... Hay algunas cosas que quiero que hagáis. Hans...

—Llamaré a un secretario, coronel.

—Ya veo. No importa. ¿Está lista la tripulación?

—Sí, coronel.

—Pues pongámonos en marcha.

El vuelo transcurrió sin incidentes. Aterrizamos en los terrenos del Palacio de la Unidad, lejos de los grandes edificios y salones. Me asaltó la preocupación al ver varios BattleMechs vigilando los límites de la pista. Los kuritanos que nos saludaron nos aseguraron que los 'Mechs formaban parte de las medidas de seguridad habituales, pero tras estudiar el informe de Stan yo sabía que no era cierto.

La cortesía con que nos recibieron era puramente protocolaria. En términos kuritanos, eso significaba numerosas distracciones muy adornadas y demoras con una educación impecable. El coronel Wolf estaba cada vez más molesto, aunque lo disimulaba bien. Las horas iban pasando, pero al final se acercaba la hora prevista del encuentro con Takashi. Mientras tanto, nuestros escoltas no parecían ser conscientes del paso del tiempo.

Por fin, la paciencia del coronel se agotó. Se dirigió viejo general que estaba al frente de la delegación y le preguntó:

—¿Cuándo partiremos para encontrarnos con Takashi-*sama*?

El general se envaró, hizo una reverencia y respondió:

—Mis disculpas, general Wolf. Lo lamento muchísimo. El horario ha sido modificado. Debido a asuntos de gran urgencia, el Coordinador no podrá verlo a la hora acordada. Le agradeceremos que comprenda la situación.

—Creía que Takashi quería acabar con todo esto.

El general parecía muy incómodo.

—Obedezco las órdenes del Coordinador, coronel Wolf. Sólo estoy autorizado a decirle que podrá ver al Coordinador esta noche.

—¿Qué me dice del duelo?

—Eso deberá hablarlo con el Coordinador.

—Me dijeron que tendría un BattleMech preparado —dijo el Lobo, cruzándose de brazos—. ¿Podré verlo al menos?

—Un momento, coronel, por favor.

El general mantuvo una conversación apresurada con un ayudante vestido con el uniforme negro de las Fuerzas Internas de Seguridad. Cuando terminaron sus cuchicheos, hizo una reverencia a Wolf y dijo sonriendo:

—Sí, si lo desea. De lo contrario, podemos preparar algunas diversiones para usted y sus hombres.

—Quiero ver el 'Mech —declaró el coronel sin rodeos.

—Estamos a su servicio, coronel Wolf —contestó el general con otra reverencia.

Yo lo dudaba, pero nos condujeron hasta un *Archer* azul y dorado que imitaba el patrón de colores de la máquina de Jaime Wolf. Pasamos la tarde examinándolo. Comprobamos que estaba en un estado casi perfecto, aunque los depósitos de municiones estaban vacíos. El coronel parecía satisfecho con el 'Mech, pero a mí todavía me preocupaban los posibles planes urdidos por los kuritanos.

La Estación Gobi mantiene una órbita geosincrónica sobre una pequeña isla que está a ciento sesenta kilómetros de la costa este del continente más pequeño de Outreach. La mecánica orbital hacía que el vuelo desde Harlech fuese corto y el de regreso, más largo. Era útil por motivos políticos, y ahora lo era para los propósitos de Elson. Se aseguró de estar en el hangar cuando llegó la lanzadera de Alpin.

—He recibido su mensaje —dijo Alpin mientras se dirigía hacia Elson. Muy directo.

—Me alegra que haya venido. Pensé que lo mejor era darle primero la noticia.

—¿Una noticia? Todo el planeta conoce la noticia. Han vuelto con las naves del depósito de armas.

—No hablaba de eso.

Elson se volvió ligeramente, dejando que la luz brillase sobre la insignia de su rango enganchada al cuello de su uniforme: una estrella de coronel. El brillo de la punta más larga indicaba que era la insignia del Primero de los oficiales. Elson no la llevaría durante mucho tiempo, pero ahora le sería útil.

El brillo atrajo la mirada de Alpin. Fuera lo que fuese lo que iba a decir, se apagó en su garganta al llegar a la conclusión obvia de aquello. Se quedó boquiabierto como un besugo. Por fin, farfulló:



—¿Mi padre ha muerto?

—Lo acompañó en el sentimiento —dijo Elson solemnemente—. Murió en una emboscada. Había unos saqueadores a bordo de algunas naves. También hubo otras bajas.

Alpin meneó la cabeza poco a poco, con el entrecejo fruncido. Hizo un intento de hablar varias veces, pero se detuvo antes de emitir palabra alguna. Elson esperó.

—¿Estaba usted allí? —preguntó Alpin, sondeándolo.

—Me encargaba de la captura de la Nave de Descenso de los saqueadores. Cuando comprendí que había una emboscada en la nave que él había abordado, la *Alexander*, acudimos tan deprisa como pudimos, pero era demasiado tarde. Su fallecimiento dejará un gran vacío.

Con voz amarga pero sin ninguna intención, Alpin dijo:

—Así que usted tomó el mando.

—Los oficiales consideraron oportuno nombrarme el primero de entre ellos —respondió inclinando la cabeza—. Podía sustituirlo en la misión, pero no podré hacerlo aquí.

Usted sigue con vida, y la costumbre de los Dragones, al parecer, decreta que es usted ahora el heredero de Jaime Wolf dado que su único hijo superviviente es demasiado joven para ejercer el mando.

—Pero eso no es...

—¿Acaso MacKenzie no debía reemplazar a Jaime cuando su padre se retirase? No he oído nada más desde que recibí el cordón de servidumbre. Es lógico que sea usted ahora el sucesor de Jaime como líder de los Dragones.

—Pero yo...

—Lo sé, amigo mío, y lo entiendo. —Elson apoyó la mano en el hombro de Alpin. El muchacho estaba temblando—. No está preparado para esa responsabilidad, después de estar tanto tiempo a la sombra de su padre. Pero alcanzará el éxito; yo confío en usted. Escogerá a hombres buenos para ayudarlo, hombres que entiendan lo que ha sufrido a manos de un padre celoso. ¿Qué hombre honrado que no lo apoyaría?

Elson comprobó que la expresión perpleja de Alpin se envaraba en una mueca calculadora.

—¿Usted me ayudará?

—No veo otro rumbo posible. —Elson apretó el hombro de Alpin con más fuerza—. ¿No ha notado que su destino es dirigir a los Dragones?

—Sí —dijo Alpin en voz baja—. ¿Sabe?, siempre pensé que lo era. —Pareció mirar hacia su interior por unos segundos y agregó—: Ellos también lo sabían: mi padre y mi abuelo. Ahora lo comprendo. Siempre me pusieron las pruebas más difíciles para que no obtuviese buenos resultados. Debí de ser para evitar las

envidias de otros. Sí, eso es lo que haría el viejo Wolf. Lo preparó todo para engañarlos y conseguir que no me odiasen.

—Nadie lo odia, Alpin —afirmó Elson. *Eres demasiado débil para merecer que te odien*, pensó.

—Pero no les caigo bien.

—El destino de un jefe es no gustar. La mayoría de esas emociones surgen de la envidia.

—Sí, tiene razón. Están celosos.

—Y lo estarán aún más cuando ocupe el lugar de Jaime.

Alpin lo miró con expresión preocupada.

—Usted no estará celoso, ¿verdad, Elson?

—No tengo motivos para estarlo, amigo mío —contestó

Elson con una sonrisa sincera.

—Entonces me ayudará, ¿*quiaf*? Me vigilará la espalda cuando esté al mando. Necesito a hombres leales como usted, hombres que sepan lo que es justo.

—Contará con mi ayuda, pero necesita algo más.

—Sólo oírlo hablar ya me anima y me preocupa al mismo tiempo. Es coj... perdón, estoy muy contento de contar con usted, pero tiene razón. Necesitaré más ayuda. Hay demasiados Dragones que se han creído los resultados de esas pruebas amañadas. Al viejo Wolf le saldrá el tiro por la culata. Todos esos ancianos creen que no tengo las cualidades para ser jefe.

—Ellos no estarán siempre. Entre los Clanes, los viejos son retirados muy pronto para dejar que la siguiente generación mantenga la sangre del liderazgo renovada y vuelta hacia el futuro. Es nuestra forma de vida: una generación pasa el testigo a la siguiente, que es mejor. Su abuelo alienta el pensamiento egoísta de los veteranos aferrándose él mismo al mando.

Alpin asintió con gesto enérgico.

—Es un mal ejemplo.

—Exacto.

—Pero ¿qué puedo hacer al respecto?

Elson rodeó los delgados hombros de Alpin con su brazo y dijo:

—Venga, tengo algunas ideas que quiero contarle.

Michi Noketsuna no esperaba vivir. Pensó que su decisión de enfrentarse al Coordinador era mortal, tanto si satisfacía su venganza como si no. Entonces intervinieron Indrahara y las FIS y, al optar por atacar al director, Michi creyó que había elegido un camino que conducía a una muerte segura. Despertar entre los cuidados de un miembro de los médicos de la Hermandad del Dragón fue un giro extraño de la fortuna y una peculiar recompensa por el rumbo que había escogido.

Ciertamente, su *karma* era extraño.

Su supervivencia era un misterio sobre el que reflexionó mientras dormía y despertaba alternativamente. En una ocasión, creyó oír a un médico que susurraba a otro que Takashi había muerto y Michi lo había salvado de un asesino. ¿Cómo podían ser ciertas ambas cosas? Sus propios recuerdos eran confusos y su constante somnolencia sólo oscurecía aún más su mente. Tal vez con el paso del tiempo, las brumas se despejarían en su cabeza.

Se durmió.

Cuando volvió a despertar, pensó en lo que había oído decir a los médicos. Si Takashi estaba muerto, ¿qué razón tenía Michi para vivir? La revancha que le había dado fuerzas se había cumplido. Takashi había muerto. Eso era cierto, pensó con repentina certidumbre.

Sin embargo, el Coordinador no había muerto a manos de Michi ni para expiar el mal infligido a Minobu-sensei, lo que convertía a Michi en un fracasado. Los tubos y las máquinas que la Hermandad utilizaba para mantenerlo con vida eran una burla para él. Su vida había terminado. ¿Por qué esforzarse por mantener un cuerpo cuando el sentido de su vida había desaparecido? Su conciencia se esfumó, pero siguió unido a su cuerpo.

No había liberación para él.

*Karma.*

Volvió a despertarse.

La habitación estaba muy iluminada, mucho más de lo que podía hacer la

iluminación artificial. Era de día. Alguien había descorrido las cortinas para dejar entrar el sol. Y alguien estaba en la habitación, junto al lecho.

Aquella persona no iba vestida con el brillante vestido amarillo de un médico de la Hermandad. Aunque Michi estaba seguro de conocerlo, el rostro de aquel visitante de gran envergadura no se definía en facciones reconocibles. No fue hasta que habló que Michi supo que se trataba de Theodore Kurita, el hombre que había sujetado a Michi con las cadenas del deber y había exigido con razón que pusiera el servicio al Condominio por delante de sus deseos personales.

Theodore asintió con gesto solemne cuando vio que la mirada de Michi se dirigía hacia él.

—Mi padre me contó su decisión en el *dojo* —dijo.

Michi quería decirle que se fuera y lo dejara solo en su búsqueda del infierno, pero su voz no se oía. Theodore no prestó atención a sus débiles sonidos.

—Me pidió que le diera un mando de nuevo, como recompensa por su lealtad al Condominio. La salud del reino estaba muy presente en sus pensamientos. Dijo que usted sería un buen señor de la guerra. En cualquier lugar menos en Dieron, dijo.

Su intento de menear la cabeza fue abortado por unos músculos rebeldes. La cabeza de Michi sólo giró hacia un lado.

—Creo que Dieron sería el lugar ideal —añadió Theodore.

—No —gruñó Michi, encontrando por fin la voz—. No en Dieron. Ni en ninguna parte. Nunca he sido un político, sólo un soldado. Ahora ni siquiera soy eso. No hay lugar para mí en su ejército.

—Está cansado y herido; no se apresure en su decisión. Sé lo que ha hecho y recuerdo nuestro primer encuentro. Me dijo que el deber era lo más importante en la vida de un samurai, y que el deber hacia el Condominio era la mayor carga que un hombre podía llevar. Ese deber nunca nos abandona, Michi-kun. El Condominio sigue necesitándolo ahora más que nunca. Cuando esté preparado, habrá un lugar para usted en la Ryuken. El mando de Ryuken-*ni*, si lo quiere.

—Fraser está al mando.

—¿Entonces lo recuerda? Estaría encantado de oírlo. Sí, él está al mando, pero me hace más falta en otra parte. La Ryuken necesitará un jefe y creo que usted es el mejor para ese trabajo.

—La Ryuken es cosa del pasado. Está muerto, como yo debería estarlo.

—Se equivoca.

Theodore fue hacia la ventana. El sol del atardecer proyectaba la sombra del visitante sobre la cama y aliviaba los ojos de Michi de su brillo.

—Usted le salvó la vida a mi padre al anticiparse a los otros —dijo Theodore, mirando por la ventana—. Le dio... una nueva perspectiva. Él creyó que había encontrado una muerte honorable.

Michi frunció el entrecejo.

—Creía que un médico había dicho que murió durmiendo. De un paro cardíaco.

—Los médicos dicen lo que deben decir —repuso Theodore con voz casi inaudible.

—¿La muerte de un guerrero? Recuerdo un combate.

—No. Sobrevivió a todos ellos. Utilizó la espada de usted para contenerlos el tiempo suficiente para que llegasen los Otomo. Después me contó lo que usted había dicho sobre la elección del samurai. Creo que fue su ejemplo lo que le hizo cambiar de opinión. Al final, eligió libremente lo que otros habían tratado de imponerle. Creyó que era lo más sabio.

La ironía de la situación provocó la risa de Michi, pero el dolor que sintió en el pecho convirtió su diversión en padecimiento. Cuando los espasmos disminuyeron, dijo:

—Se negó a esa muerte cuando yo se la ofrecí.

—Nunca reaccionó bien a las nuevas generaciones —dijo Theodore con tristeza, volviendo junto a la cama de Michi—. Deseo recompensarlo.

Una súbita oleada de energía permitió a Michi menear la cabeza de un lado a otro.

—No es apropiado.

—¿Por qué levantó su mano contra la Casa de Kurita?

—*Hai*.

—¿Y si yo, jefe de la Casa, digo que usted fue siempre leal, como corresponde a un samurai?

Michi miró a Theodore a los ojos. Percibió la fuerza en el espíritu del Kanrei y su capacidad para gobernar. Pero Michi tenía su propia fuerza.

—No cambiaría la verdad. He sobrevivido a mi última mentira.

Theodore suspiró, inclinó la cabeza y preguntó:

—¿Ingresará en un monasterio?

—Quizá, dentro de un tiempo.

No dijeron nada más durante un rato. Michi pensó que debía de haberse dormido, pero, cuando se despertó de nuevo, Theodore seguía allí, en la misma postura.

—Si me ha dicho la verdad, tengo un deber más que cumplir —dijo Michi.

—¿En Awano?

Michi negó con la cabeza. Awano, el hogar ancestral de su mentor Minobu, estaba tan cerrado para él como Luthien y los círculos internos de la política de los Kurita. Tetsuhara-*sensei* lo había maldecido del hogar familiar cuando Michi le llevó la cabeza del principal torturador de Minobu, Samsonov. El anciano había negado la validez de la revancha de Michi para restaurar el honor de su hijo mayor, Minobu. El viejo *sensei* lo había maldecido, pero había un paquete que esperaba a Michi en el espaciopuerto. Una caja larga y fina. Aquella caja yacía ahora en la cámara acorazada

de un banco a las afueras de la Ciudad Imperial. Las instrucciones que había dejado al depositarla ya no eran aplicables.

Theodore interrumpió sus pensamientos.

—Entonces, ¿adonde irá?

—A cumplir con mi último deber —dijo, pero no dio más detalles a pesar de las preguntas del Kanrei. Este asunto nada tenía que ver con Theodore, sino con quién era Michi y en qué se había convertido. Hasta que no hubiese cumplido con ese deber, no estaría libre para seguir adelante.

—¿Cuándo me darán el alta?

—Cuando pueda viajar. Habrá una nave esperándolo.

—Es innecesaria.

—Para usted, pero no para mí. Al menos, acepte esto.

La voz de Theodore era firme, llena de convicción. Michi asintió con la cabeza. Por fin, ambos se habían entendido.

El Lobo se detuvo en seco al ver al hombre que estaba de espaldas a la puerta, junto a la ventana. Incluso yo sabía lo suficiente para darme cuenta de que aquel hombre alto no era el fornido Takashi Kurita, con quien debíamos encontrarnos. Al entrar en la habitación, el hombre se dio la vuelta para saludarnos. Entonces lo reconocí: era Theodore Kurita, el *Gunji-no-Kanrei* del Condominio. Parecía cansado.

—Me alegro de verlo, coronel Wolf.

—Buenas noches, Kanrei —respondió el coronel con cautela.

Theodore frunció el entrecejo en un gesto extrañamente revelador para alguien educado en la política kuritana. Era obvio que algo le molestaba. Me pregunté si estaba de acuerdo con el duelo de Jaime Wolf y su padre.

—Tomen asiento, por favor —dijo, señalando un grupo de sillas primorosamente grabadas que se encontraban cerca del centro de la sala. Tomamos asiento, pero él siguió de pie—. Lamento informarles de que su salud es obsoleto. Mi padre falleció esta mañana. Ya no soy el Kanrei, sino el Coordinador.

El coronel Wolf se puso rígido, pero su voz sonó firme y tranquila.

—No sabía que estuviese enfermo.

—Fue algo repentino. Los médicos han diagnosticado un paro cardíaco.

—Su reserva sugiere que sospecha que ha sido otra la razón.

—Tan perspicaz como siempre, coronel Wolf. No estoy seguro de que la noticia le complazca, pero puedo asegurarle que mi padre no murió a causa de una traición.

—Nunca le he deseado una muerte deshonrosa.

—Pero sí deseaba verlo muerto. De lo contrario, ¿por qué aceptó su desafío?

—He venido a poner fin a esta disputa.

—¡Ah, sí! La disputa. —Theodore meneó la cabeza con tristeza—. ¿La muerte de mi padre pondrá fin a las hostilidades entre la Casa de Kurita y los Dragones?

—He venido a celebrar el duelo. Habría sido un buen cierre.

—Hay muchas maneras de llegar al final, coronel. ¿Qué sentido tiene una revancha contra inocentes?

—Yo podría preguntarle lo mismo —repuso el Lobo con una sonrisa hosca.

—Sus palabras van dirigidas a mi padre, no a mí. Vivimos en este mundo, coronel Wolf. El universo, ahora y en el futuro, es y será como nosotros lo hagamos. —Por fin, Theodore se sentó. Se inclinó hacia adelante y añadió con expresión sincera—: ¿No va a permitir que se olvide el pasado?

—Demasiados Dragones han muerto a manos de los kuritanos —replicó, impávido, el coronel.

—Otras muertes no les devolverá la vida. También muchos kuritanos han muerto a manos de los Dragones, y no lo culpo por ello. Cuando me invitó a Outreach, creía que me ofrecía la reconciliación.

—Lo llamé a usted, no a su padre. Había que detener a los Clanes.

—Y entonces usted vino y luchó por Luthien. Podía haberse quedado al margen y dejar que los Clanes saldasen sus viejas deudas.

—Hanse Davion invocó nuestro contrato con la Mancomunidad Federada y nos obligó a venir a Luthien, pero le aseguro que fue en contra de mis deseos.

—¿No creía que fuera inteligente defender Luthien de los invasores?

—Ustedes deberían haber ido a su encuentro en el espacio y confiar en sus fuerzas terrestres. Era posible defender Benjamin. —El Lobo hizo una pausa y desdeñó las cuestiones estratégicas con un gesto de la mano—. Ahora que Hanse está muerto, no me veré obligado a ayudar a los Kurita nunca más. Mi posición no ha variado.

—¿No nos ayudará contra los Clanes?

—No lucharé en sus batallas ni dejaré que los Dragones den la vida por los kuritanos. Pero si usted no presenta más batallas, yo no iniciaré ninguna. No es necesario que nos encontremos en el campo de batalla.

—Si lo hiciéramos, no tendría el mismo éxito que tuvo contra mi padre. Mi ejército no es tan descuidado como el suyo.

—Inicie la lucha y tendrá que enterrar más muertos de los que podrá contar.

Theodore se arrellanó en la silla y una extraña calma descendió sobre él.

—Habla mucho de la muerte, coronel. ¿Es la muerte lo que busca? Hay algunos que estarían encantados de encargarse de ello.

—Las amenazas no son su estilo, Theodore-san.

—¿Acaso son el suyo?

—Yo no empecé esta disputa —respondió el Lobo de forma acalorada.

—Pero está dispuesto a terminarla —repuso Theodore como si fuera hielo ante el fuego. El Lobo asintió con la cabeza—. No acepto una guerra latente —continuó Theodore con expresión severa—. Si me ataca, desencadenará una tempestad. No habrá ataques aislados, ni incursiones, ni ofensivas desorganizadas que usted pueda destruir a placer. Ahora los Dragones tienen un hogar permanente y son más



vulnerables que nunca. Al vivir bajo la sombra de Davion, debe ser más consciente que nunca de la reputación kuritana en cuanto a atrocidades. Outreach no está tan lejos de Kentares —dijo en tono ominoso.

Era una amenaza apenas velada, ya que el nombre de Kentares era de infausta memoria. Fue en ese planeta donde uno de los antepasados de Theodore había perpetrado una masacre equivalente a un genocidio planetario.

—Los Dragones hemos afrontado otras amenazas contra nuestras familias y siempre con violencia —repuso el Lobo con expresión gélida—. Además, no creo que usted comience una guerra con los Clanes detrás de sus espaldas y Mancomunidad Federada a ambos costados.

—Ustedes no son súbditos de Davion, ya que se ocultan bajo su sombra. ¿Quién llorará por unos mercenarios cuando pueden obtenerse tantos beneficios en río revuelto?

Aunque las palabras de Theodore eran sutiles, su significado estaba muy claro. Yo había visto los informes sobre los espías que habían intentado robarnos nuestros secretos. Había visto los resultados de la incursión de los capelenses. Desde su llegada a la Esfera Interior, los Dragones habían luchado sucesivamente por todas y cada una de las Grandes Casas y, al hacerlo, también habían luchado contra ellas. Además, al ocultar nuestros orígenes en los Clanes, habíamos mentido durante décadas a los líderes de la Esfera Interior. No podían confiar en nosotros, por mucho que ahora pareciéramos dispuestos a colaborar. La historia ha demostrado que si un Señor Sucesor no puede confiar en alguien, lo considera un enemigo. Outreach era un objetivo tentador: era muy pequeño, comparado con el poder de los líderes de la Esfera Interior, y lleno de botines tecnológicos. Sabíamos que envidiaban nuestros recursos. La historia también ha demostrado la inquietante tendencia de los señores de la Esfera Interior a tomar lo que querían si creían poder salirse con la suya. Como sugería Theodore, los señores de las otras Grandes Casas podían permanecer impasibles mientras él nos despedazaba, pero era más probable que luchasen entre sí por nuestros despojos. Sin embargo, eso no nos ayudaría; una vez se hubiera iniciado la guerra, nadie querría que trabajásemos para otro. Cualquiera de los líderes de la Esfera Interior podía decidir ser el primero en destruirnos, sin duda con la esperanza de ganar el premio de nuestra tecnología.

—Luthien también es vulnerable —declaró el Lobo con expresión sombría.

—No tiene la fuerza suficiente para resistir los regimientos que puedo reunir aquí —aseveró Theodore lleno de confianza.

—No sería necesario —dijo el Lobo, inclinándose hacia adelante y enseñando los dientes—. ¿Sabe lo que una nave de guerra, una nave de guerra *auténtica*, puede hacer desde su órbita? Si no lo sabe, consulte los registros del ataque de los Clanes contra Edo. Vinimos a la Esfera Interior con naves iguales que aquéllas, pero las

hemos guardado ocultas en la Periferia. No queríamos que nadie supiera quiénes éramos ni de dónde veníamos, y las naves eran una pista demasiado evidente. Ahora que nos hemos mostrado como los Lobos, ya no es necesario seguir llevando pieles de cordero. Podríanlos traer aquí esas naves; ya no es necesario que las escondamos. Los Dragones tienen el poder suficiente para borrar su capital del mapa. ¿De qué sirven todos sus BattleMechs contra una amenaza como ésta?

Theodore se incorporó y se apartó de las sillas. Se colocó junto a la ventana y se volvió lentamente hacia nosotros. Su figura era una silueta oscura contra la luz del crepúsculo.

—El dragón puede estar herido, pero el lobo morirá. Sus fuerzas no pueden resistir a todo un imperio estelar.

—Tal vez no, pero quien lo intente derramará su sangre.

—¿Violaría las Convenciones de Ares utilizando sus naves de guerra contra un planeta?

—Defenderé a mi pueblo con todos los medios que estén a mi alcance —replicó el Lobo, impasible.

—Si utilizase esas naves, se convertiría en un proscrito.

—Un precio barato y que ya pagué en el pasado. ¿Está dispuesto a igualar mi apuesta?

—Sí.

Reinó el silencio tras la respuesta de Theodore. La convicción de su voz era innegable. Ambos hombres se miraron en silencio y sentí escalofríos. Si el Lobo se veía obligado a llevar a cabo su amenaza, yo dudaba que dejáramos el palacio con vida. Theodore no tenía nada que perder.

Por fin, el coronel preguntó:

—¿Por qué?

Theodore se irguió y cruzó los brazos sobre el pecho al responder.

—Quiero acabar con esta locura. Mi reino ha luchado durante demasiado tiempo en demasiados frentes. Ahora tenemos un enemigo terrorífico, que exige toda nuestra atención. Ese enemigo también es el suyo, si sus palabras en Outreach eran algo más que pura retórica. —Creo que entonces esbozó una sonrisa, pero no estoy seguro. Luego añadió—: ¿Acaso Minobu Tetsuhara se habría negado el acceso a la mitad de las fuerzas de su enemigo, sólo para consolarse en su tristeza?

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Si lo ha sido, le pido disculpas, coronel Wolf —dijo Theodore, haciendo una reverencia—. Su amenaza contra Luthien también ha sido impropia de un guerrero.

El coronel se levantó despacio y amagó otra reverencia.

—Ambos somos hombres prácticos, coronel Wolf. Sabemos que el otro hará cualquier cosa por proteger a su pueblo. He entregado una quinta parte de mi reino

para salvar al resto. Entonces pensé que era necesario, pero la rueda sigue girando, como siempre. Ahora han venido los Clanes y veo que el sacrificio del Condominio podría haber sido en vano. Los invasores amenazan con arrebatarme el resto. Si el Condominio cae, ¿qué vendrá después? ¿Será capaz la Mancomunidad Federada de detener a los invasores? ¿Y la Liga de Mundos Libres de Marik? ¿Y usted? ¿Vale la pena correr el riesgo por una vieja ansia de venganza?

Jaime Wolf guardó silencio durante largo rato.

—Pensaré en lo que me ha dicho, *Theodore-san* —dijo por fin.

Dechan Fraser se detuvo en la calle de la mansión que había sido la recompensa dada por Theodore Kurita por su servicio leal. Al principio pensó que sus cansados ojos se confundían bajo la luz del anochecer. Reconoció la melena y la barba grises y la silueta baja y fornida. Aunque no llevaba uno desde hacía muchos años, también reconoció el uniforme de paseo de los Dragones. No podía estar equivocado. El imprevisto invitado que lo esperaba a las puertas de su casa era el coronel Jaime Wolf.

Había oído el rumor de que el duelo se había aplazado, pero nunca se imaginó que Wolf incluiría en su itinerario una visita a Dechan Fraser. Con curiosidad, confusión y bastante enfado, Dechan se aproximó a su antiguo comandante en jefe:

—¿Busca a alguien?

—Tiene buen aspecto, Dechan —dijo Wolf, examinándolo.

Dechan hizo caso omiso de la mano tendida de Wolf y dijo:

—Es de mala educación recibir a las visitas en la calle. Entre, por favor.

Dechan abrió el candado y, cuando la puerta se abrió, hizo un gesto a Wolf para que pasara primero. El coronel entró y entregó su abrigo al criado que apareció y de inmediato desapareció de forma igualmente silenciosa. Dechan lo condujo a la sala de estar, donde los criados habían servido té y una bandeja de pasteles. Había una tercera taza junto a la suya y la de Jenette; los sirvientes sabían que el visitante estaba esperando fuera.

—Espero no molestarlo —dijo Wolf en una pálida imitación de la cortesía kuritana. Buscó una silla y, al no encontrar ninguna, se arrodilló torpemente a la manera kuritana.

—*Do itashimashite* —dijo Dechan, imitándolo. Al hacerlo, se dio cuenta de la facilidad con que adoptaba el papel de anfitrión y empezaba a hablar en japonés. El estilo kuritano ya formaba parte de él; la cortesía ocultaba los sentimientos personales para que todo fuese más suave y guardar las apariencias.

Wolf tomó la respuesta de Dechan como una invitación y continuó con las

cortesías en japonés. Lo hablaba con fluidez y sus comentarios eran típicos pero sonaban más sinceros. Dechan sirvió té para su invitado y para sí mismo. Hablaron del tiempo y del viaje de Wolf, pero había tensión por debajo del carácter protocolario de la conversación. Por fin, Wolf interrumpió la cháchara protocolaria y dijo:

—¿Vendrá pronto Jenette?

—*Hai*. Esperaba que hubiese llegado ya.

—Bien. Quería hablar con ambos.

Wolf pareció satisfecho y no dijo nada más. Dechan permaneció en un incómodo silencio, mientras los viejos rencores corroían la apariencia cortés. Extendió la mano hacia la tetera para volverse a llenar la taza, pero calculó mal y, cuando su piel tocó el metal caliente, la apartó con brusquedad. Quería chuparse la quemadura para enfriarla, pero no quiso hacer una demostración de debilidad ante aquel hombre. No ahora, después de tanto tiempo. La creciente frustración tomó forma de palabras.

—¿Por qué ahora? Esperaba oír algo de usted cuando estuvo por última vez en Luthien.

Si aquella reacción sorprendió a Wolf, no lo demostró. Dejó la taza sobre la bandeja con cuidado y dijo:

—No habíamos venido para poner fin a la disputa.

—Pero usted luchó por Kurita —lo acusó Dechan.

—Estábamos bajo contrato con Davion.

—Así que un contrato era más importante que una disputa de sangre —comentó Dechan, meneando la cabeza en señal de incredulidad.

—Un contrato es un vínculo bajo juramento.

—¿Más importante que sus votos bajo juramento?

—En ese momento, sí —respondió Wolf en voz baja.

—Muy oportuno.

Wolf tomó un sorbo de té y volvió a dejar la taza sobre la bandeja. Su gesto puso el comentario de Dechan a cierta distancia.

—No se refiere a que combatimos por Kurita, ¿verdad?

—Sí. Pero tiene razón, hay más.

Wolf aguardó.

Si Wolf estaba dispuesto a oírlo, Dechan lo estaba para decírselo.

—Como muchos Dragones, yo lo idolatraba —empezó a decir Dechan—. Creía que usted sabía todo lo que podía saberse sobre la vida de los mercenarios. Todos creíamos que era un hombre de honor. Habría dado mi vida por usted. ¡Diablos, lo hice! Di mi vida a Kurita para ser un buen espía suyo. ¿Y para qué, Jaime Wolf? ¿Es usted un hombre para quien un puñado de billetes C es más importante que un voto de honor?

—Nadie lo obligó.

—Estaba en Misery, ¿recuerda? Vi morir a los Dragones. Aquella imagen se grabó en mi alma de una forma que ni los fríos vientos de aquel lugar infernal habrían podido hacer. Lo recuerdo. Oía las voces de los muertos todos los días que estaba delante de los aprendices de la Ryuken y todas las veces que conducía a una unidad kuritana a la batalla. Muchas personas murieron en Misery, y no sólo Dragones. ¿Recuerda al Hombre de Hierro?

—Sí.

—Yo no puedo olvidarlo. Cuando trabajamos con la Ryuken, yo lo admiraba. Nadie podía igualar su dedicación, coraje y destreza. Salvo usted, o eso creía yo. En Misery, los Dragones lucharon contra la Ryuken y casi fueron derrotados. Al final, yo combatí contra él y vi cómo mataba a mis compañeros de lanza. Cuando derribé su *Dragón*, pensé que era el día más glorioso de mi vida. Era un muchacho. No entendía el honor de observar su ceremonia de *seppuku*, pero los años que he vivido en su mundo me lo han enseñado. ¿El dinero también ha borrado sus recuerdos de Tetsuhara? —Wolf miró su taza sin decir nada. Dechan preguntó entonces—: ¿Y bien? —Wolf siguió en silencio—. Creía que era un hombre honorable.

Un fuego ardió en los ojos de Wolf y su expresión se volvió más severa.

—Actué como creí conveniente. Era el comandante en jefe.

—¿Esa es su excusa?

—Es el único motivo que tuve. Creí que necesitábamos tener a alguien cerca de Kurita que pudiera alertarnos.

—Pero entonces venció a todo lo que Takashi envió contra usted y recibió un planeta entero de manos de Davion. Todo muy sensato y razonable. No tenía que preocuparse de sus antiguos protectores. No tenía por qué hacerlo y podía olvidarse de ellos.

—No me olvidé de usted. Las comunicaciones no eran seguras.

—¿Seguras? —Dechan se rió con amargura—. Utilizábamos sus códigos de la Red de los Lobos, pero dejamos de recibir respuestas. Nos abandonaron.

—No.

—¿No?

Dechan se puso en pie de un brinco. Sacudió la bandeja al levantarse y su taza se tumbó y se rompió sobre el suelo de madera.

—Entonces, ¿por qué envió a Lang a ver a Theodore? Se suponía que Jenette y yo formábamos parte de su círculo íntimo. ¿Por qué no nos dijo que lo lleváramos a Outreach?

—Había otras consideraciones. No creí que fuera el mejor momento para revelar su misión. Si los líderes de la Esfera Interior no aceptaban trabajar juntos, todavía podíamos necesitarlos como agentes secretos. Si Kurita se hubiese negado a cooperar,

ustedes podrían haber estado en peligro.

—Podría ser. Tal vez. También podría habernos dicho lo que pensaba, en lugar de dejarnos desamparados, sin tener ninguna noticia de los Dragones.

—Los habría puesto en grave peligro —insistió Wolf, y empezó a recoger los pedazos de la taza rota.

—¿Y su visita no nos pone también en peligro?

—Ya no. —Wolf colocó los fragmentos sobre la bandeja—. Todavía no es de conocimiento público, pero hay algo que debe saber: Takashi Kurita ha muerto.

Dechan pensó en el duelo tan anunciado.

—¿Lo ha matado usted?

—El duelo no se llevó a cabo.

Takashi, muerto. Y no en un duelo con Wolf. Era una situación que Dechan no había considerado.

—Entonces, Theodore es el Coordinador.

—Sí. Ya no es necesario que ustedes sigan aquí.

—¿No es necesario? He servido a Theodore y a la Ryuken por más tiempo que a los Dragones. Querrá decir que los Dragones ya no son necesarios.

Wolf suspiró y se incorporó lentamente.

—Lo entiendo —dijo.

—¿De verdad?

—Déjeme que le diga que estaba orgulloso de su servicio con los Dragones. Y estuve aún más orgulloso cuando aceptó vigilar a Kurita de incógnito. Sé a lo que renunció.

Dechan no le creía.

—¿Cómo?

—Una vez abandoné mi hogar para dar vida a una mentira. Y la viví durante más tiempo del que usted ha vivido la suya.

—Lo lamento. Debí saber que el gran Jaime Wolf era mejor que lo que yo pudiera hacer.

Wolf parecía sorprendido.

—Lo siento. No quería decir eso.

La inmediata réplica de Dechan fue interrumpida por el ruido de un portazo. Jenette llegó apresuradamente, quitándose la chaqueta del uniforme sobre la marcha.

—Dechan, ¿te has enterado? ¡Takashi ha muerto!

Se quedó estupefacta al ver al visitante. La chaqueta cayó al suelo y ella hizo una rápida reverencia.

—Lo siento, no me había dado cuenta... ¡Coronel Wolf!

Se puso firmes y saludó.

—Es una reunión informal, Jenette —dijo él.

—¿Por qué ha venido? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Wolf lanzó una rápida mirada a Dechan y luego sonrió a Jenette.

—He venido a pedirles a ambos que vuelvan a casa.

—¿A casa? —repitió ella con expresión confusa.

—Sí. A Outreach. Hay puestos para ambos en los Dragones que los están esperando.

—No hubo sitio para nosotros durante el asedio de Luthien —dijo Dechan, todavía con amargura.

—Los tiempos han cambiado y he modificado mi punto de vista sobre ciertas cuestiones desde entonces.

—¿Ah, sí? ¿Un nuevo contrato?

—¿Dechan? —Jenette, que desconocía la conversación previa, estaba perpleja por la dureza del tono de Dechan.

—No importa, Jenette —dijo Wolf.

—Claro que sí. Está siendo grosero.

—Justo, en mi opinión.

—Muy amable —se burló Dechan.

—¡Dechan!

—No importa, Jenette. Dechan y yo tenemos algunos desacuerdos —dijo Wolf, dando un tono cortés a sus desavenencias—. Les he hecho esta oferta y estoy seguro de que ambos tienen mucho de que hablar. Ahora sobro aquí. Si quieren volver a casa, pueden hacerlo. Serán bienvenidos. Si no lo hacen, lo entenderé. Les agradeceré que me comuniquen su respuesta, cualquiera que sea. La *Chieftain* está en el espaciopuerto del palacio y yo estaré a bordo. Partiremos dentro de una semana, después del funeral.

—Nosotros...

—Lo pensaremos —dijo Dechan, que contuvo a Jenette tocándole el brazo—. ¡Meshitsukai! Acompaña al coronel Wolf a la salida.

El criado se acercó entre una lluvia de cortesés reverencias. Wolf lo siguió y salió de la habitación. Jenette esperó hasta que oyó cerrarse la puerta de salida. Entonces se revolvió contra su marido con el rostro enrojecido de ira.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No me gusta ser un eslabón indigno de confianza en los planes de otra persona. Wolf dijo que no podía confiarnos lo que estaba pasando en Outreach.

—No hizo tal cosa —dijo ella con incredulidad.

—Sí lo hizo. Le entregamos nuestras vidas para nada. Quiere que volvamos para acallar su mala conciencia.

—Estoy segura de que el coronel hizo lo que creyó necesario —repuso ella ceñuda—. No es que no confiase en nosotros. Las FIS siempre nos han vigilado. Un



mensaje, o incluso un mensajero, podía haber sido interceptado. Ninguna forma de contacto habría sido segura.

—Siempre hay maneras de hacerlo. Él las encontró en el pasado, cuando creyó que era importante.

Ella se volvió hacia la pared.

—Estás exagerando —lo acusó.

—Y tú lo estás defendiendo —replicó él con igual aspereza.

Jenette estaba rígida, en actitud desafiante. Dechan inspiró hondo. Cada uno había sido el único amigo verdadero del otro durante años, pero ahora él veía que ella se alejaba. Recordaba con toda claridad que ella había pertenecido a los Dragones originales; era una niña cuando llegó con ellos desde los planetas de los Clanes. Se apartó de ella, temeroso de que su herencia fuese más fuerte que el amor que los unía. Con la cabeza gacha, fue hacia la puerta que conducía al interior de la mansión, pero no sentía deseos de marcharse. Se detuvo en el umbral. Su ira y su sentimiento de haber sido traicionado lo apremiaban a seguir adelante, pero su amor por ella no se lo permitía. Permaneció enzarzado en esta lucha interior.

Notó que la mano de ella le tocaba suavemente la espalda. Como él no se apartó, ella deslizó los brazos a su alrededor y lo abrazó con fuerza. Le daba calor y temblaba un poco. Dechan notó también una gota húmeda sobre su cuello.

—Dechan, quiero volver a casa.

Él se volvió y la rodeó con su brazo derecho, mientras con la mano izquierda le levantaba la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—¿Y si yo no quiero ir?

—No me pidas que elija.

—Tú me estás pidiendo una elección parecida.

Ella hundió el rostro en su hombro y lo abrazó con fuerza. Dechan sabía cuál sería su decisión. Ella era más importante para él que cualquier cosa que Wolf o Theodore pudieran ofrecerle. Regresarían.

Pero él no tenía por qué ser un Dragón.

PARTE III

EL CRISOL

—¡Michi-*sama*!

El camino de regreso desde el borde del abismo era largo.

—¡Michi-*sama*!

Aquella voz conocida logró penetrar en la conciencia de Michi Noketsuna con su persistencia y exigencia. No hubo contacto físico. No podía haberlo. A pesar de su carencia de modales, el poseedor de aquella voz sabía qué debía hacer y qué no.

—¡Michi-*sama*!

Michi se apartó del frío abrazo de las tinieblas y abrió los ojos. Al tener la cabeza agachada, su mirada se centró de manera involuntaria en la espada del honor que yacía en el suelo ante él. El brillo de su hoja medio desenvainada era una promesa de liberación de aquella voz y de las cargas del mundo; sin embargo, por razones que aún desconocía, se había alejado un paso del abismo.

Levantó la cabeza y se arregló un poco antes de hacer una reverencia de disculpa ante la lápida. Pensó que iba a ver la otra espada, de las dos que empuñaba con fuerza un hombre negro y alto, pero la *katana* seguía allí donde la había dejado y la suave curva de su vaina negra y desgastada reposaba sobre la arena. No había allí ningún samurai, sólo la roca, dura y blanca. Michi se sintió sorprendido y aliviado al mismo tiempo, lo que le pareció absurdo.

*Es tu hijo quien llama, Minobu-sensei, pero ¿es tu voz la que oigo?*

—¿Michi-*sama*?

—*Hai*, Kiyomasa-*san*. Lo escucho.

—Temía haber llegado demasiado tarde —dijo Kiyomasa Tetsuhara, acercándose y dando la vuelta para colocarse enfrente de Michi. El joven iba ataviado con un uniforme de color gris oscuro de los MechWarriors de Kurita, hecho de un material recio que lo protegía del intenso frío de la caverna y le daba una apariencia rechoncha y torpe. A pesar del frío, su suave piel negra estaba cubierta de gotas de sudor—. Pensé que tomaría este camino y quería hablar con usted para convencerlo de lo contrario.

—¿Esperaba tener más suerte que la que yo tuve con su padre?

—En eso confiaba.

Una sonrisa asomó en el rostro de Kiyomasa. Era una sonrisa acogedora que, sin duda, lo había ayudado a conseguir muchos amigos. Michi miró más allá de ella, al niño que había conocido y, aún más allá, al padre desaparecido hacía tiempo. Las sonrisas de Minobu eran raras. Se desembarazó de los recuerdos y dijo:

—¿Creía que ellos serían de ayuda para sus argumentos?

Sorprendido, Kiyomasa desvió la mirada sobre el hombro de Michi hacia quienes lo habían acompañado. Los otros no le expresaron verbalmente su apoyo, pero Michi notó su inquietud.

Kiyomasa, nervioso, se humedeció los labios y respondió:

—Los he persuadido de que hay otras alternativas. Lo menos que usted puede hacer es darnos una oportunidad. Hable con nosotros. Si no podemos convencerlo de que éste no es el rumbo adecuado para usted, no intervendremos. Cualquiera de nosotros se sentiría honrado de ser su *kaishaku-nin*.

—Muy bien.

Michi recuperó la compostura, extrayendo energía de su *ki* con el fin de fortalecerse para esa última prueba. Se levantó y se volvió hacia el pequeño grupo de personas, que respiraban de forma agitada en el frío ambiente. Les hizo una reverencia.

—*Konichiwa*.

La respuesta del grupo fue incoherente, de acuerdo con su naturaleza. La mayoría de ellos vestían uniformes militares de Kurita, aunque había una amplia variedad de emblemas de unidades. Algunos llevaban uniformes de mercenarios, y uno el de un Guardia de ComStar. Los demás iban ataviados con piezas militares diversas sin antecedentes claros.

Eran de diversas edades. Algunos eran jóvenes, demasiado para haber participado en las antiguas batallas. Formaban parte de la generación de guerreros más reciente, educada con las narraciones del revitalizado ejército de Theodore. A otros los reconoció de su época en Dieron. Otros eran de la vieja Ryuken. Hizo una reverencia a uno de éstos.

—*Kumban-san*.

—*Michi-sama* —dijo el otro hombre, dando un paso adelante y devolviéndole la reverencia—. Vi la lápida para el anciano. ¿Usted?

—*Hai*.

—Él no puede agradecerse, así que lo haré yo.

—Es innecesario. Fue un honor para mí.

Kumban se inclinó de nuevo y retrocedió un paso.

—Es a usted a quien honramos, *Michi-sama* —dijo Kiyosama—. Conocemos su

venganza y lo que hizo para preservar el honor de mi padre. El señor Takashi está muerto, lo que nos libera de nuestros juramentos. Antes de vincularnos a otro Kurita, decidimos presentarnos ante usted. Con su permiso, nos uniremos a usted. Es un hombre con gran honor; queremos que nos dirija en lo que significa ser unos guerreros honorables.

Michi contempló a los kuritanos allí reunidos. En sus ojos, vio esperanza, miedo y ganas de alcanzar la gloria. Sus sentidos aguzados le permitieron sentir el color de su *ki*. Eran guerreros, todos ellos, y estaban embarcados en un rumbo valiente y osado. Se habían fortalecido ante el desprecio de sus semejantes y habían corrido a unirse a un vagabundo medio loco, sin duda creyendo que era una especie de guerrero santo. Sin embargo, seguían estando impacientes e inquietos.

La gran caverna y sus ecos fantasmagóricos constituían un lugar sobrecogedor, pero eso no debía hacer temblar el ánimo de un auténtico guerrero. Pensó en la posibilidad de que él fuese la causa de su nerviosismo.

Comprendió que debía de tener un aspecto que concordaba con sus fantasías. Como un asceta que desafiase los elementos, iba vestido sólo con un kimono ligero para protegerse del frío, y era blanco, que era el color de la muerte. La túnica le quedaba holgada, abierta en el pecho y con mangas cortas que mostraban las cicatrices que había acumulado a lo largo de su vida. La órbita blanca y ciega de su ojo izquierdo hacía que muchos de los más jóvenes no pudieran sostener su mirada durante más de unos momentos. Incluso algunos que lo habían conocido en el pasado apartaban la mirada cuando él se volvía hacia ellos, uno tras otro.

No cabía duda que su aspecto físico los impresionaba, pero su nerviosismo no podía explicarse sólo por haber hecho realidad su sueño. Había algo más que les repugnaba. Michi desplegó sus sentidos en busca del origen de la inquietud, y descubrió que entre los presentes había algunos que representaban otro factor en los planes futuros de los kuritanos. La presencia de esos otros había sido ocultada a su *ki* mediante el nerviosismo de los kuritanos, del mismo modo que sus cuerpos habían bloqueado su visión. Una vez alertado de su presencia, a Michi sólo le cabía preguntarse cómo podía haberle pasado por alto todo eso. No eran kuritanos, pero eran fuertes. Reconoció la precisión del patrón.

—Puede pasar adelante, coronel Wolf —dijo.

Los kuritanos se separaron para que los tres Dragones pasaran entre ellos. A la derecha de Jaime Wolf iba Hans Vordel. Sus años como guardaespaldas habían labrado profundas arrugas en su rostro reservado y le habían blanqueado los cabellos, pero no habían debilitado su andar de guerrero. El Dragón de la izquierda parecía una imagen del pasado. Tenía el aspecto de ser William Cameron, especialista de comunicaciones de Wolf, pero no lo era. Cameron había muerto en Crossing. Debía de ser su hijo.

Wolf sonreía, como de alguna broma.

—¿Quién le ha dicho que yo estaba aquí?

—Su *ki* es fuerte.

La sonrisa de Wolf se esfumó y miró la lápida.

—Dijo lo mismo la primera vez que nos vimos. Si sigue así, acabará por convencerme de todo ese misticismo kuritano.

—Creerá lo que quiera, sin que importe lo que yo haga o diga.

—Es posible.

Michi levantó un brazo y lo movió abarcando las filas de lápidas. Todas eran de piedra blanca y lista y estaban grabadas con caracteres que indicaban el nombre y el rango del guerrero sepultado.

—Harumito Shumagawa es el responsable de esto. Era el oficial al mando de las fuerzas que quedaron aquí cuando el señor de la guerra Samsonov ordenó que desenterrasen a los muertos de los Dragones. Samsonov quería que los cadáveres fuesen abandonados a los elementos del planeta para borrar toda huella de su presencia. Dijo que la Ryuken había fracasado y no se debía ningún honor a sus muertos. Si hubiese confiado más en su poder, tal vez habría ordenado el mismo destino para sus cadáveres que para los Dragones, pero sólo ordenó que sus tumbas no tuviesen ninguna señal. Estas órdenes fueron unas de las últimas que dio antes de huir. Shumagawa había sobrevivido a la batalla; sólo había perdido una pierna. Sabía lo que había ocurrido.

—Minobu-*sensei* nos enseñó que es necesario honrar a un guerrero; sin importar su sexo, el color de su piel o el uniforme que luciera. Shumagawa se sintió deshonrado por la orden del señor de la guerra, pero, al ser un samurai, estaba obligado a obedecer. O, al menos, a aparentarlo. Ordenó a un grupo selecto de sus hombres que trasladase los restos de los muertos, fuesen Ryuken o Dragones, a esta caverna y les hizo jurar que guardarían secreto. Todos eran veteranos de la Ryuken y lo comprendieron.

»Aquel hombre no podía dejar que no quedase la memoria de su coraje y valor. Después de anunciar al señor de la guerra que había cumplido su misión, dimitió de su cargo. Sus veteranos se dispersaron entre la Infantería del Condominio Draconis, y él se vino a vivir a esta caverna y empezó a grabar estas lápidas. Necesitó veinte años para terminar la tarea. Murió aquí por su propia mano, como expiación por haber mentido a su superior. Su espíritu estará complacido de saber que usted ha visto este lugar —concluyó.

Wolf contempló las filas de lápidas y dijo:

—Hay algunos que no lo entenderían.

—¿Usted lo entiende, coronel?

—Me gustaría pensar que sí. —Wolf se volvió hacia Michi y añadió—: ¿Y usted?

La pregunta sorprendió a Michi. Para eludir el parpadeo de conmoción en su *wa*, dijo:

—¿Por qué ha venido aquí?

—Me lo pidieron quienes creen que yo puedo ayudar, tal vez incluso prevenir una pérdida innecesaria más en una historia trágica.

—Kiyomasa.

—Es un joven persuasivo —comentó Wolf, sonriendo.

—Ha oído otra voz en su llamada. No se resista a escuchar el pasado.

—Romper con las tradiciones es una de las cosas a las que me he acostumbrado —repuso Wolf con una súbita expresión de fatiga en sus ojos—. Sé que no resulta fácil a los que son como usted, pero su maestro no era exclusivamente un defensor a ultranza de la tradición.

—Sabía cuándo era importante preservarla.

—En la mayoría de los casos. Pero era humano. Creo que cometió un error cuando llegó a su final aquí, en Misery. Usted también lo creía, o no habría jurado vengarse. Y eso tampoco salió exactamente como había pensado. Piense en ello.

—Ya lo he hecho.

Wolf se inclinó, recogió la espada del honor y, con un ruido seco, volvió a guardarla en su vaina.

—Tal vez no haya pensado lo suficiente. Los muertos tienen muchas cosas que contar a los vivos, pero usted no puede limitarse a escuchar: tiene que hacer algo con lo que le digan.

Wolf se dirigió a la lápida de Minobu, recogió la *katana* y entregó ambas espadas a Kiyomasa.

—Estas eran sus espadas. ¿No dicen ustedes, los kuritanos, que no existe el futuro ni el pasado? Sólo el presente es real, y pueden pasar muchas cosas capaces de modificar las probabilidades más desagradables.

Kiyomasa parecía confuso. Michi notó que su confusión se reflejaba entre los kuritanos y los ayudantes de Wolf. Sin embargo, lo que Wolf había dicho no iba dirigido a ellos; era algo sólo entre Wolf y Michi.

—¿Cómo está usted ahora, en este mismo instante, Michi Noketsuna? ¿Vivo o muerto?

—Vivo.

—Piense también en ello. Una vez le ofrecí un puesto en los Dragones, y usted respondió que tenía otras cosas que hacer. Lo interpreté como «dígame más tarde». Me parece que todos los asuntos antiguos han concluido. Si realmente fuera a suicidarse al final, ya lo habría hecho. Así pues, ¿qué está buscando, Noketsuna? No es la muerte.

Michi comprendió que no, que no buscaba la muerte, pero no sabía qué era.

—Bueno, tengo cosas que hacer —declaró Wolf, en una repentina demostración de impaciencia—. No puedo vivir en el pasado.

Wolf dio media vuelta y se alejó. Sus Dragones hicieron ligeras reverencias a Michi y siguieron a su jefe.

Los kuritanos observaron cómo se alejaban y después se volvieron hacia Michi, esperando una respuesta.

—¿Michu-*sama*? —preguntó Kiyomasa en nombre de todos ellos.



Era extraño que hubiera kuritanos a bordo de la *Chieftain*. Durante mi entrenamiento, había estudiado su cultura, tal vez con un poco más de intensidad que la de otros estados de la Esfera Interior, porque estaban catalogados como adversarios muy probables. Supongo, no obstante, que la realidad era diferente de las expectativas, como siempre. Aunque nos hallábamos en una nave militar, no estábamos involucrados en una operación militar; tal vez éste era uno de los motivos de que no se comportaran como yo esperaba.

Sin embargo, su espíritu de clan era predecible. Se encontraban entre extraños, algunos de los cuales habían sido sus enemigos en el pasado. Los esferoides no incorporan a su bando a los derrotados de una campaña como hacen los Clanes. Por otro lado, tampoco era una práctica habitual entre los Dragones. De todos modos, habíamos capturado a guerreros de los Clanes y, en cierto modo, eran más extraños que estos samurais expatriados y sus familias.

Sentía curiosidad por esas familias. No todos los kuritanos habían traído las suyas. ¿Quería eso decir que los que habían venido solos no tenían familiares? ¿Quizás eran huérfanos, marginados o, incluso, renegados? No había tenido la oportunidad de buscar la respuesta, porque las familias habían sido alojadas en las naves que los kuritanos habían traído consigo. Dado que aquellas naves eran todavía propiedad de determinadas personas kuritanas hasta que se tramitasen debidamente las transferencias de propiedad en Outreach, los Dragones las visitamos muy pocas veces durante el viaje.

¿Cuántas de aquellas mujeres y niños habían elegido acompañar voluntariamente a los guerreros? ¿Cuántos habían sido obligados a emprender el viaje? ¿Cuáles eran sus sentimientos al encontrarse entre extraños en busca de una nueva vida? Si hubieran sido *sibkos*, quizá lo habría entendido. Ver cosas desconocidas, vivir nuevas aventuras juntos... esta clase de camaradería era algo natural. ¿Cómo lo vivían las familias? También me preguntaba cuáles eran las semejanzas entre este diminuto éxodo y la partida de los fundadores del clan de los Lobos.

Nunca reuní el coraje suficiente para preguntárselo a ninguno de los oficiales que se reunían de forma habitual con el coronel Wolf. Sólo los veía entrar y salir. En algunas ocasiones, los oía hablar entre sí acerca de sus familias, pero nunca tuve la seguridad de que estuviesen hablando de pasajeros de las naves acompañantes o de gente que había quedado atrás. Tal vez todo formaba parte de aquel «vivir el presente» que el coronel había comentado con Michi Noketsuna. No lo sabía.

Pasaba mucho tiempo en el puente de la *Chieftain*. Allí había instalado mi estación de comunicaciones para supervisar los comunicados de los Dragones y los canales de difusión de ComStar. Es extraño cómo funcionan los canales saturados en el espacio: siempre hay que distinguir entre el pasado y el presente, cuando en realidad todo pertenece al pasado. Como nada llega de manera instantánea, hay que poner en perspectiva todo lo que se recibe. Puede ser una tarea muy difícil. A veces, las noticias de la semana previa de un sistema son más importantes que las actuales del sistema donde se encuentra la propia Nave de Salto mientras se recargan sus propulsores interestelares.

A veces, levantaba la mirada y descubría que Michi me estaba observando. Sin embargo, nunca decía nada. Sólo hacía una cortés reverencia cuando yo lo miraba y luego se alejaba para ocuparse de sus asuntos. No entendía por qué había subido a bordo con los demás kuritanos: no parecía ser igual que ellos. No se trataba sólo de que fuese distante y altanero; esos rasgos eran típicos de los kuritanos. Más bien era que no parecía estar allí todo el tiempo. Hablaba en raras ocasiones, y sólo cuando alguien se dirigía directamente a él. Había algo extraño en él, algo vagamente amenazador. A veces, lo veía como una mina a punto de explotar. Un experto podía manejarla de forma segura, pero un soldado novato cometería un error y sería su fin. Y si de algo estaba seguro cuando me encontraba cerca de él, era que yo era, sin duda un novato. Por ello, pese a mi curiosidad sobre su manera de observarme, nunca se lo pregunté.

Probablemente, fue lo mejor.

Dechan Fraser permaneció a bordo de la *Chieftain* cuando Wolf, Vordel y Cameron acompañaron a los kuritanos a la superficie. Había reconocido la faz de color azul gélido del planeta que estaban orbitando en el mismo momento en que lo vio en los monitores del puente. No tenía el menor deseo de pisar de nuevo aquel lugar.

Por fragmentos de conversación que había oído entre los kuritanos, Dechan sospechaba cuál era la razón de que hubiesen ido allí, y esto aún le daba más motivos para permanecer a bordo. Sus sospechas demostraron ser correctas cuando la lanzadera regresó llevando a Michi Noketsuna y a Wolf. Michi saludó a Dechan y a Jenette con una reverencia rígida y ceremonial, pero no les dijo nada. Aunque ella no hizo ningún comentario entonces, más tarde se quejó. Dechan no sabía si le

importaba o no. Habían pasado muchos años sin que oyera sus palabras; ¿qué importaban unos minutos en el hangar de las lanzaderas?

Después de aquel primer encuentro, apenas vieron a Michi. Siempre parecía salir de un compartimiento cuando ellos entraban, o viceversa. Era más fácil conversar con otros kuritanos. Después de pasar varios años en el Condominio, a Dechan le parecían más asequibles que los Dragones.

Aun así, resultaba extraño volver a ver uniformes de Dragones y de Kurita alrededor de una misma mesa de conferencias. Al principio había pocos comentarios en voz baja, pero los veteranos de la Ryuken empezaron a hacerlos al cabo de poco tiempo y los otros kuritanos los imitaron. A Dechan le recordó los tiempos en que el Hombre de Hierro, Tetsuhara, estuvo sentado frente a Wolf. Pero Tetsuhara estaba muerto y su hijo... bueno, su hijo no era el Hombre de Hierro. Michi Noketsuna también estuvo sentado a la mesa en aquellos tiempos. No estaba muerto, pero ahora tampoco estaba presente en la mesa.

Por fin, Dechan concluyó que toda aquella situación no debía resultarle sorprendente. Ahora, las cosas eran distintas. Incluso los Dragones eran diferentes. Eso era obvio cada vez que veía a la piloto Grane. Su cabeza excesivamente grande y su complexión ligera la delataban de inmediato como una piloto aeroespacial criada en los Clanes. Ninguno de los fenotipos extremos de los Clanes era miembro de los Dragones cuando Dechan había llevado aquel uniforme. ¡Diablos!, entonces ni siquiera sabía que los Dragones procedían de los Clanes. Siendo un recluta de la Esfera Interior, no le habían confiado esta información.

Sin embargo, Jenette lo sabía; era una de ellos.

Sin embargo, de algún modo era incapaz de odiarla. En realidad, ella jamás le había mentado; simplemente no le había contado toda la verdad. Pero él la conocía. Y la amaba. Tal vez esto lo cambiaba todo.

En cambio, Jaime Wolf era un enigma. Era un hombre que jugaba a su propio juego, y los que se cruzaran en su camino lo pagarían muy caro. Era parecido al antiguo amigo de Dechan, Michi.

Dechan estaba cansado de ser un peón. Todo lo que quería era mantenerse al margen y proteger a Jenette. De todos modos, no era posible hacer nada constructivo hasta que terminase el viaje. Entonces ya vería qué podía hacer para comenzar una nueva vida.

La guardia de honor permaneció en posición de firmes a lo largo de la rampa de la *Chieftain*. Estaba compuesta exclusivamente de Elementales y, aunque no todos habían formado parte de la transferencia de siervos en Luthien, todos llevaban la insignia de los Gatos Nova en lugares tan destacados como los de sus unidades y rangos en los Dragones. Elson se preguntó qué haría Wolf al respecto.

La esposa y los hijos de Wolf lo esperaban al pie de la rampa, acompañados de la viuda de MacKenzie y su hija. Marisha Dandridge había solicitado permiso al consejo de oficiales para ser la encargada de comunicar a Wolf la muerte de su hijo. Elson no había visto ningún motivo para negarle la petición, aunque se trataba de una violación de la cadena de mando. Era otro indicio de la debilidad decadente de las familias de sangre. El hecho de que la familia Wolf hiciese una demostración pública de pesar sólo debilitaría su posición ante los guerreros de los Clanes presentes entre los Dragones.

La escotilla de la Nave de Descenso se abrió con un siseo y apareció un grupo de soldados vestidos con uniformes negros. Elson reconoció aquellos uniformes: eran de los kuritanos que Wolf había llevado consigo. Bajaban despacio por la rampa, con las espaldas muy erguidas. Al llegar abajo, saludaron por turnos a la familia de Wolf antes de apartarse a un lado. Permanecieron agrupados a la sombra de la Nave de Descenso; parecían recelosos de acercarse al grupo de oficiales de los Dragones entre los que estaba Elson.

Wolf y su guardaespaldas fueron los siguientes en salir de la nave, junto con el oficial de comunicaciones, Cameron, que lo seguía casi inmediatamente. La reunión de Wolf con su familia fue muy emocionante. Elson miró a Alpin. El muchacho se movió inquieto, pero permaneció en su sitio.

La reacción de la guardia de honor de Elementales también fue la que Elson esperaba. Mantuvieron la mirada fija al frente, impávidos. Los kuritanos también optaron por hacer caso omiso de la escena que se desarrollaba ante ellos. Aunque su cultura honraba las emociones, desaprobaba su demostración en público, por lo que

su disgusto fue dirigido sólo a lo inadecuado que era la expresión de los sentimientos. Algunos de los oficiales que rodeaban a Elson comentaron que la conducta de Wolf era impropia de un militar. Elson estaba complacido. Por su educación, quería burlarse de aquella demostración excesiva y descarada falta de autocontrol, como hacían los otros, pero era importante en ese momento no mostrarse enfrentado a Wolf. Su autocontrol era más que suficiente para llevar a cabo esa tarea.

Cameron pasó de largo de la familia y dio unos golpecitos en el hombro a Vordel. Se inclinó para susurrar algo al oído del corpulento guardaespaldas; a continuación, ambos hombres se alejaron de la rampa y se dirigieron al grupo de Elson. Los murmullos de los oficiales cesaron.

—¿Por qué no está con su familia? —preguntó Vordel a Alpin.

—Soy un oficial —replicó Alpin—. Mi lugar está aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vordel, mirándolo con recelo.

—Pronto lo sabrá, anciano —dijo Alpin—. Se lo dirán en cualquier momento.

—¿Decir qué? ¿Quién?

Cameron pareció aún más preocupado que Vordel y lanzó una mirada furtiva a Wolf. Un estremecimiento sacudió su cuerpo, como si pensara en acudir corriendo junto a su maestro. Aquella reacción indicó a Elson que el bloqueo de las comunicaciones se había realizado con éxito.

—No tengo por qué responder a sus preguntas —contestó Alpin con desprecio a Vordel.

Hans torció el gesto. Elson reconoció aquella señal de peligro que a Alpin le había pasado por alto. Cameron también la vio e interrumpió la respuesta de Vordel apoyando una mano sobre su brazo. Vordel se tranquilizó, aunque sólo un poco. Su tono de voz fue muy duro cuando habló, y a Elson le complació que el guardaespaldas dirigiese su pregunta a Alicia Fancher, una de las oficiales más dignas de confianza. La coronel Fancher recordaba que Wolf la había expulsado del mando varios años atrás; a Elson le había costado muy poco avivar las brasas de su resentimiento. No delataría el plan.

—¿Qué pasa, Alicia? ¿Qué ocurre aquí? Se prepara algo, de lo contrario no estarías aquí.

No fue ninguna sorpresa que el guardaespaldas se fijase en Fancher. Como miembro de la Lanza de Mando de Wolf, Vordel conocía bien los destinos de todas las unidades de combate. Se suponía que el Regimiento Beta de Fancher debía de estar combatiendo en Vertabren. Dado que no se le había comunicado ningún cambio de destino, Vordel tenía que suponer que había sucedido algo lo bastante importante para apartar a una jefe de regimiento de sus tropas.

—Como ha dicho Alpin Wolf —repuso la coronel Fancher con frialdad—, lo averiguarás muy pronto.

Movió la cabeza para indicar que se acercaba Jaime Wolf. Mientras Vordel había estado investigando, Wolf se había enterado de la muerte de su hijo. El rastro de sus lágrimas relucía en sus mejillas.

Cameron parecía impresionado y Vordel, profundamente preocupado. Wolf lanzó una mirada fugaz a Alpin al pasar a su lado. Los Dragones retrocedieron ante la presencia del coronel como si fuese un guerrero gigantesco y amenazador, y no un hombre delgado, un palmo más bajo que el más pequeño de todos ellos y veinte años mayor. Wolf se detuvo ante Elson.

—Marisha ha dicho que usted ordenó la interrupción de las comunicaciones.

—En efecto.

—¿Por qué?

—Pensé que era mejor que no corriera la voz por la Esfera Interior hasta que usted regresara. Los Dragones tenemos enemigos que podían aprovecharse de ello.

—Era innecesario.

Encogerse de hombros habría sido un gesto arrogante. Elson permaneció quieto.

—Su necesidad o la falta de ella no estaba tan clara en el espacio. Enviar un mensajero estaba descartado, a causa de las directrices de nuestra misión. Una emisión abierta podría haber sido espiada. Un comunicado de ComStar habría implicado entregar información confidencial a una organización sospechosa. ¿Acaso los Dragones no siguen la política de no confiar información importante a ComStar?

Wolf suspiró y dijo:

—Tal vez tenga usted razón. Pero habría preferido enterarme de esto antes.

—No habría cambiado nada, ¿*quiaf*?

—Supongo que no —contestó el coronel en voz baja.

—Murió en combate. Ningún guerrero puede aspirar a más.

—Era mi hijo.

—Hemos aplazado el Recuerdo hasta su regreso, coronel.

—Sabíamos que querrías estar allí, abuelo —intervino Alpin.

Wolf lo miró con gesto inexpresivo por unos instantes y luego preguntó:

—¿Cuándo?

—Esta noche, si lo prefiere —contestó Elson.

—¿Esta noche? —Wolf se acarició la barba y agregó—: No, es... Necesito un poco de tiempo para asumir esto, para prepararme.

—Hay que atender ciertos detalles —insistió Elson.

—Yo me encargaré de todo —dijo Cameron con voz alterada—. No es necesario que usted se preocupe, coronel. Yo me ocupo de los asuntos técnicos.

Dio un respingo cuando Marisha le tocó el brazo. Era evidente que no había notado que se acercaba.

—Gracias, Brian. Jaime y yo se lo agradecemos. Todos se lo agradecemos.

Tomó del brazo a su marido. Él asintió con gesto distraído y miró alrededor. Sonrió de manera forzada y abrazó a Katherine con su otro brazo. Ella se echó a llorar y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Todo se arreglará, Katherine. Superaremos esto.

—Vamos, es hora de ir a casa —dijo Marisha.

Se alejaron cogidos de las manos. Rachel, Joshua Shauna siguieron a sus padres. Vordel, el guardaespaldas fiel y cumplidor, también. Cameron se quedó quieto, mirando boquiabierto a Alpin.

Elson se interpuso entre ambos, protegiendo a Alpin de la mirada del oficial de comunicaciones. Ya se habían hecho suficientes demostraciones esa mañana y no era el momento de dejar que algo saliera a la superficie.

—El Lobo ha vuelto a casa —dijo, levantando la voz para que lo oyeran los Dragones allí reunidos—. Todos tenemos cosas que hacer, ¿*quiaf*?

—*Af*—contestaron.

Elson sonrió para sus adentros. Aquellas voces podían haber sido de los Clanes.

Dechan sacó la chaqueta ceremonial del armario y frunció el entrecejo. La había comprado el día anterior y en la tienda no parecía tan humilde. Se la puso, se ajustó las hombreras sobre los hombros y la examinó de nuevo. Tenía un aspecto bastante riguroso y marcial. Serviría.

Cuando se enteró de eso que los Dragones llamaban «Recuerdo», no quiso ir. No se habían tomado la molestia de informarle al respecto cuando llevaba su uniforme. ¿Qué le importaba ahora? Sin embargo, Jenette le había hecho cambiar de opinión.

Dechan había conocido a MacKenzie Wolf con el nombre de Darnell Winningham durante los años que el hijo de Wolf había pasado aprendiendo el oficio. Cuando se descubrió su identidad, la versión oficial fue que la razón de la identidad falsa era evitar que MacKenzie recibiese un trato especial. Sin embargo, a juzgar por lo que Dechan había averiguado hacía poco sobre los Dragones, parecía más probable que fuese una costumbre de los Clanes: MacKenzie tenía que ganarse su nombre, o algo así. O tal vez era otra muestra de la afición de Jaime Wolf por las cosas secretas y los dobles juegos.

Fuera lo que fuese, MacKenzie estaba muerto y se iba a celebrar el Recuerdo en su honor. Jenette tenía razón al insistir en que se trataba de honrar a MacKenzie, no de la manera como los Dragones habían tratado a Dechan. Darnell había sido un buen jefe de compañía, y había sido uno de los pocos que no murieron cuando Dechan estuvo en la Periferia y en el Condominio. Un funeral podía ser la manera de enterrar el pasado.

Jenette salió del baño frotándose enérgicamente con la toalla los últimos restos de agua de sus cortos cabellos.

—Estás guapo, pero preferiría que llevases tu uniforme.

—Ya hemos hablado de eso.

Ella frunció el entrecejo y se encogió de hombros. Se ciñó los ajustados pantalones de su uniforme y se puso la camisa y la chaqueta con su brusca eficacia habitual. Las fundas del cinturón estaban vacías; incluso las armas ceremoniales eran inapropiadas en un Recuerdo. Él la ayudó a ajustarse la capa y cerró el broche de la



cabeza de lobo. Ella se peinó los cabellos rápidamente hasta que quedaron presentables y se colocó la boina en posición inclinada. Estaba espléndida vestida de uniforme, pero se trataba de un efecto cuidadosamente calculado por quienes habían diseñado aquella ropa.

Jenette guardó un silencio impropio de ella mientras se dirigían al centro de la ciudad, y a Dechan no le apetecía iniciar una conversación. ¿Qué podía decir? Salieron del metro cerca de la entrada principal del Salón del Lobo. El Recuerdo iba a celebrarse en la gran sala del cuartel general. De camino a aquella sala, fueron acompañados por Dragones vestidos con ondeantes capas. Otros se acercaban, uno a uno o en pequeños grupos, desde todas las direcciones. La multitud guardaba un silencio poco habitual; los únicos sonidos eran los del tráfico, en la lejanía.

La gran sala descendía hasta un escenario. Normalmente había asientos sujetos a los niveles escalonados de la estancia, pero los habían quitado. Esa noche, el público iba a permanecer de pie. En señal de respeto por el difunto, según Jenette. Dechan la siguió hasta una fila que se hallaba a un tercio de la distancia hasta el escenario y se colocaron en el centro. Dechan examinó el escenario: salvo un sencillo podio envuelto en plástico negro, estaba vacío. En la parte frontal podía verse el emblema de la cabeza de lobo negra sobre un disco rojo. El podio tenía unos micrófonos para que la voz del orador se oyera con facilidad en las filas superiores. Dechan no podía verlos directamente, pero se distinguían en la imagen ampliada que se proyectaba en la pared de detrás del escenario. La pantalla, como la parte frontal del escenario y las paredes de la sala, estaba cubierta por telones negros.

La sala se llenó enseguida con lo que Dechan definió como precisión militar. Una vez en el interior del recinto, los Dragones parecieron sentir que aumentaba un poco la solemnidad del acto. El ambiente estaba cargado con el suave murmullo de centenares de conversaciones. Los fragmentos que Dechan pudo oír parecían estar relacionados con sucesos y personas que él no conocía. Dejó de escuchar y miró hacia el escenario con cierta melancolía.

De las alas del escenario salieron dos figuras. Una de ellas era Jaime Wolf, con la cabeza muy erguida, agitando su melena gris. En lugar de la capa habitual, llevaba una túnica roja sin mangas sobre su uniforme de gala. Las amplias solapas estaban tachonadas de insignias y cintas. La persona que lo acompañaba iba envuelta de los pies a la cabeza con un atuendo negro y holgado que ocultaba su sexo del mismo modo que la capucha escondía su rostro. También llevaba una túnica de solapas anchas y condecoraciones semejantes a las de Wolf.

Este se acercó al podio y esperó hasta que se hizo el silencio en la sala.

—Soy el Señor del Juramento —anunció, y exploró la sala como si pasara lista a los presentes—. Todos ustedes han venido atendiendo a mi llamada. Escuchen como exige el honor. Hablen como requiera el honor.

Dio media vuelta con gesto brusco y se retiró al fondo del escenario, donde se detuvo y se mantuvo en posición de firmes. La persona del vestido negro ocupó su lugar en el podio. Tenía una voz grave y masculina.

—Soy el Señor de la Sabiduría, preservador del Recuerdo.

Debió de tocar un control del podio, ya que en los altavoces empezó a sonar una campana con el toque de difuntos. Cuando el sonido se apagó, el hombre vestido de negro volvió a tomar la palabra.

—La muerte es el destino del guerrero, y todos nosotros somos guerreros. Buscando la llama que despeja las tinieblas del olvido, recorreremos la senda del honor y, en el honor, encontramos la luz que buscamos. El honor es la luz que brill<sub>a</sub> en nuestros corazones.

»El guerrero que crea brillar por encima de los demás —continuó— chisporroteará y quedará reducido a cenizas. El que aspire al bien de sus semejantes por encima del suyo propio, arderá con una llama eterna. Que sea recordado en los salones.

La campana volvió a repicar.

Una procesión salió del fondo de la sala y descendió por el pasillo central. Al frente iba Alpin Wolf. Detrás de él iban su madre Katherine y Marisha Dandridge. La hija de MacKenzie, Shauna, iba a continuación, seguida de Rachel y Joshua Wolf. Todos ellos, salvo Alpin, llevaban velas encendidas. Alpin sostenía un uniforme plegado. Se detuvieron al borde del escenario y Alpin dejó el uniforme en el suelo.

—¿Quién ha caído? —preguntó el Señor de la Sabiduría.

—MacKenzie Wolf —respondió Alpin.

—¿Con qué derecho se dirigen a esta asamblea?

—Era mi padre de sangre —dijeron al unísono Alpin y Shauna, quien apagó de un soplido la vela que sostenía.

—Era mi esposo —dijo Katherine, y también apagó la suya.

—Era mi hijo por la ley —dijo Marisha e hizo lo mismo.

—Era mi hermano por la ley —dijeron Rachel y Joshua en un coro desafinado. Rachel tuvo que ayudar a Joshua a apagar su vela.

—Pedimos que sea recordado —exclamaron todos al unísono.

El Señor de la Sabiduría asintió con gesto solemne.

—Son la familia de MacKenzie Wolf. Tienen ese derecho.

El silencio de la sala fue quebrado por unos murmullos. Dechan advirtió que el ruido más intenso procedía de las áreas donde se encontraban los adoptados de los Clanes.

—¿Qué pasa? —susurró a Jenette.

—Es el lavado de cerebro de los Clanes —contestó ella.

—¿Quién hablará de este guerrero? ¿Quién fue testigo de su fin?

La voz del Señor de la Sabiduría devolvió el silencio a la sala. No ocurrió nada por unos instantes. Entonces un hombre corpulento, un Elemental a juzgar por su uniforme, salió al pasillo central y dijo:

—Soy Edelstein, capitán. Estaba allí cuando murió Mackenzie Wolf. Murió como un guerrero, con el rostro vuelto hacia quienes querían matarlo. Es digno.

Cuando Edelstein regresó a su lugar, la multitud contestó con la respuesta ritual:

—¡*Seyla!*

Dechan recordó el día que había oído aquella palabra por primera vez. Fue el principio del fin de los Dragones en el Condominio Draconis. Fue la palabra pronunciada por los Dragones reunidos en asamblea para expresar su aprobación del plan de huida del Condominio. En esa situación también indicaba su asentimiento. Sin embargo, aunque las circunstancias eran menos terribles, volvió a sentir un escalofrío.

—Una muerte sola no es suficiente —dijo el Señor de la Sabiduría—. ¿Quién hablará de la vida de MacKenzie Wolf?

Un Dragón que estaba en la primera fila salió al pasillo y fue hacia las escaleras que conducían al escenario. Una mujer que sostenía un vestido blanco fue a su encuentro. El Dragón se quitó la capa y se puso la vestimenta, y el Señor de la Sabiduría le cedió su lugar en el podio. El Dragón guardó unos instantes de silencio ante los micrófonos antes de empezar a hablar.

—Escuchen las palabra que traemos con nosotros. Este es el *Recuerdo*, nuestro pasado y nuestro honor. Escuchen el papel que representó MacKenzie Wolf en nuestro clan.

El hombre empezó a cantar. La letra era arcaica y el ritmo complejo. Dechan sintió la tentación de volverse para ver si había una pantalla que mostrase el texto. Sin embargo, su tentación se desvaneció cuando observó que el hombre tenía los ojos cerrados. La historia contada por aquella canción parecía narrar el origen y la historia de los Dragones de Wolf. Se citaban los hechos más destacados, pero el relato era inconexo, como si el orador omitiese algunos sucesos. Dechan supuso que aquel cántico era una versión modificada de otro más largo; si tuviera que contar todos los detalles con la minuciosidad de algunas estrofas, podían pasarse varios días allí.

El relato del orador contenía cada vez más detalles al narrar los hechos más significativos de la vida así como el historial de guerrero de MacKenzie Wolf. El tono de las expresiones y las palabras elegidas hacían que todo sonara muy heroico. Dechan casi se había desentendido cuando el orador llegó a la batalla de Misery; entonces prestó atención pero pronto lamentó haberlo hecho. No mencionó las intervenciones de Dechan, sino que fue su viejo amigo, Thom Domínguez, quien fue exaltado como el vencedor del Hombre de Hierro.

—Tenían que guardar el secreto, ¿recuerdas? —le susurró Jenette al oído. Lo

había cogido del brazo y él notó entonces que estaba temblando.

—Creía que la mentira había terminado.

El orador prosiguió contando las hazañas de MacKenzie y la lucha para reorganizar los Dragones. Cantó estrofas sobre su servicio en el batallón de la Viuda Negra y, al final, su período como líder. Por último, el relato llegó a su fin. El orador se apartó e hizo una reverencia al Señor de la Sabiduría, quien regresó al podio.

—MacKenzie Wolf ha caído. ¿Debe ser recordado su nombre en los salones?

El silencio reinó en la estancia.

Hamilton Atwyl salió al pasillo y gritó:

—¡*Af!* Que su nombre...

Unos gritos de: «¡*Neg! ¡Neg!*!» lo interrumpieron.

Se alzaron voces opuestas mientras la solemnidad y la dignidad del acto se esfumaban en el tumulto. Dechan observó a Jaime Wolf y se sorprendió al ver su pose rígida. Aun cuando el Señor de la Sabiduría se volvió hacia él y le dijo algo que los micrófonos no captaron, el coronel siguió en posición de firmes y en silencio. El Señor de la Sabiduría hizo sonar la campana, que siguió repicando hasta que el tumulto se acalló y volvió a reinar el silencio.

—La regla es clara. Murió como un guerrero y será recordado como un guerrero, uno entre muchos. Este es el consejo del Señor de la Sabiduría.

Se produjo una pausa, seguida de unos murmullos y algunas exclamaciones de satisfacción. De todas formas, no hubo objeciones.

—*Seyla* —entonó el Señor de la Sabiduría.

—*Seyla* —repitió el improvisado coro.

La muchedumbre hizo mucho más ruido al dispersarse que cuando había llegado. Los Dragones se apretujaban para salir y Dechan quedó separado de Jenette por un tanquista rechoncho que no parecía tener prisa. Jenette pareció, no darse cuenta y siguió avanzando. Dechan estaba seguro de que ella lo esperaría fuera, de modo que se resignó a ir más despacio. Poco después consiguió salir y se marcharon de allí.

Fuera de la sala se produjo una pelea que paralizó a la multitud. Dechan se apoyó en el umbral de la puerta, divertido e irritado al mismo tiempo. Una demostración de la unidad de los Dragones. Su vida parecía consistir en esperar a aquel tipo de personas.

—Parece que se han olvidado de usted, Dechan Fraser —dijo una voz.

Dechan se volvió hacia la persona que le había hablado: era un hombre gigantesco de cabellos del color de la arena. Ni el rostro ni la grave voz le resultaban conocidas, pero lucía una placa en el uniforme de gala con su nombre.

—¿Qué sabe al respecto, mayor Elson?

—Yo también fui adoptado.

—Pero ahora forma parte de la gran familia feliz.

—Suelo hablar con muchos de los que no forman parte del círculo de viejos camaradas y aduladores que rodean a Wolf. Algunos me han contado que usted fue en el pasado una joven promesa de los Dragones. Algunos dicen incluso que tenía hechuras de coronel y que algún día podía haber llegado a dirigir los Dragones. Pero eso fue antes de que Wolf lo enviase lejos. Muchos aseguran que él no da a los extraños la recompensa que se merecen.

—Sí, bueno, fueran cuales fuesen mis posibilidades, todo eso ya es historia.

—Mire alrededor, Fraser. No todo el mundo se preocupa por la manera en que algunos oficiales son ascendidos y obtienen privilegios. Los Dragones están cambiando.

Eso era evidente, pero Dechan no entendía cuáles eran las intenciones de aquel hombre. Tal vez había estado lejos demasiado tiempo para conocer las distintas tendencias existentes entre los Dragones, pero había vivido lo bastante con los kuritanos para saber que no era recomendable asociarse a un desconocido.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. Sólo comento lo obvio.

—Tal vez sea obvio para usted.

—Me dijeron que usted era un hombre observador. Ya sabe lo que los antiguos Dragones hicieron con usted. Mire alrededor, observe cómo está la situación y recuerde lo que ha oído hoy.

—¿Y qué quiere decir todo eso?

Si aquel hombre estaba molesto por la actitud insolente de Dechan, no lo demostró. Mantuvo un tono de voz calmado y lo bastante bajo para que sólo él lo oyera. Sonrió con expresión amistosa, casi cómplice, y respondió:

—Los verdaderos Dragones dan la bienvenida y honran a los verdaderos guerreros.

—Mire, mayor, no estoy de humor para declaraciones solemnes.

—En tal caso, lamento haberlo molestado —se disculpó Elson, inclinando la cabeza—. Me ocuparé de mis asuntos y no volveré a importunarlo. Que le vaya bien, Dechan Fraser.

El gigante desapareció con una rapidez sorprendente entre el gentío que empezaba a dispersarse. Jenette llamó a Dechan, quien se encaminó hacia donde estaba ella. Estaba claro que su mujer también había visto a aquel hombre.

—¿Quién era?

Dechan descubrió, con sorpresa, que era reacio a revelar los comentarios del gigante.

—Alguien que creía conocerme.

—No sabía que conocieras a ningún Elemental.

—No los conozco, pero tal vez algún día sí.

Su ambigüedad hizo arrugar el entrecejo a Jenette, pero se echó a reír en un intento de alegrarlo.

—Esta noche no tenemos por qué jugar a soldaditos; eso ya se ha acabado. Te prometí que tendríamos la noche para nosotros después del Recuerdo y, por lo tanto, estoy a tus órdenes. ¿Qué quieres hacer?

—Creo que sólo quiero volver a casa.

Stanford Blake entró en el despacho del coronel Wolf como un huracán. Me alegré de verlo y confiaba en que pudiese sacudir al coronel del extraño letargo en que se había sumido desde que se había enterado de la muerte de su hijo. Blake todavía iba vestido con el uniforme de combate, gastado y manchado por las maniobras de entrenamiento que había estado realizando desde que me puse en contacto con él. Me preocupaba que me reprendiese por no haber seguido el cauce reglamentario, pero cuando oyó lo que tenía que decirle, me prometió que acudiría enseguida. Cumplió su palabra.

El coronel pareció sorprendido al ver que su jefe de inteligencia entraba por la puerta. Tal vez fuese porque estábamos estudiando un informe de inteligencia rutinario, pero yo tenía algunas dudas. Ultimamente Jaime Wolf se lo había tomado todo con lacónica indiferencia.

—Llegas un poco pronto, ¿no, Stan?

Blake iba a decir algo, pero calló al ver que el coronel no estaba solo. Lanzó una mirada a la capitán Svados, segunda del servicio de inteligencia de Blake, y dijo:

—Janey, será mejor que vayas a atender al mostrador.

Ella asintió con un gesto brusco. Blake permaneció de pie, golpeándose el muslo con su gorra, hasta que salió. Yo iba a hacer lo mismo cuando Stan me detuvo.

—Cierra la puerta, Brian, y haz una inspección de micrófonos.

—Pero éste es...

—¡Hazlo!

Lo hice. Stan tomó asiento y esperó en silencio hasta que hube terminado. El coronel le siguió la corriente y también aguardó. Los escáneres no registraron la existencia de ningún dispositivo activado. Así se lo comuniqué a Blake. Su respuesta fue la siguiente:

—Ahora haz una inspección general y compárala con el último resultado de tu comunicador personal.

El coronel Wolf dejó de interesarse por la cuestión mientras yo obedecía las órdenes de Stan. Abrió los informes de situación de aquella mañana en su pantalla y los examinó con mayor interés del que había mostrado cuando los repasamos juntos.

Aun así, me preguntaba si su interés era sólo aparente. Cuando iniciaba la comprobación terciaria, dijo:

—¿Stan?

—Enseguida, Jaime.

Reinó el silencio mientras yo terminaba la inspección. Cuando informé de que todo estaba en orden, el coronel dijo:

—Está bien, Stan. Ahora quizá me cuentes de qué va todo esto.

—Tal vez me lo cuentes tú a mí —replicó Stan.

—Así no vamos bien, Stan —dijo el coronel, frunciendo el entrecejo—. Empieza explicándome por qué has echado de aquí a la capitana Svados. Si es una reunión de trabajo, tu segunda en el mando debe enterarse de lo que se hable aquí. ¿Cuándo empezaste a ocultarle cosas?

—Desde que ella empezó a ocultármelas a mí —contestó Stan, confirmando lo que yo me temía.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el coronel Wolf, arrugando aún más el entrecejo.

—Es lo que intentaba decirle, coronel —intervine, aunque casi perdí todo el valor cuando me miró—. Alguien ha estado falsificando comunicados.

—Es una acusación peligrosa, Brian.

—Lo sé, coronel. Por eso he estado intentando tenerlo todo protegido, pero no me ha sido posible. Veo registros cronológicos que indican que se han enviado mensajes y órdenes, y otros que confirman su recepción, pero oigo a gente que dice que nunca los recibió o discutiendo cuál era su contenido. Por eso me puse en contacto con el coronel Blake. Pensé que él podía conocer la explicación.

Stan tomó el revelo y agregó:

—Jaime, yo ni siquiera sabía que habías vuelto a Outreach hasta que Brian llamó a través de la red de emergencia. Y no lo acuso de uso inadecuado de la red; creo que tenía buenas razones. Si no lo hubiera hecho, todo estaría mucho peor. Svados informó de que seguías estando incomunicado en el espacio profundo.

—¿Incomunicado? —repitió el coronel, perplejo.

—Por órdenes tuyas —añadió Stan.

—Nunca dicté esa orden.

—¡Maldición! —exclamó Stan, arrojando su gorra al suelo—. Entonces es peor de lo que creíamos, Jaime. Nunca debiste acudir a aquel conflicto.

La exclamación de Stan fue interrumpida por alguien que llamó a la puerta. No sé qué esperaba ver cuando Stan y yo nos volvimos hacia la puerta, pero seguro que no era el coronel Carmody. Aquel anciano de cabellos blancos pareció sorprendido por unos momentos al ver a Stan, pero no hizo ningún comentario. Se limitó a decir lo que había venido a comunicar a Wolf.



—Es la hora, coronel.

—Iré en unos minutos, Jason.

Carmody asintió con la cabeza y cerró la puerta.

—¿Qué ocurre, Jaime? —inquirió Stan, diciendo en voz alta lo que yo me estaba preguntando.

—Una reunión del consejo —respondió el coronel en voz baja.

Era una noticia para mí, cuando se suponía que yo conocía todas las actividades del coronel en todo momento.

—No estaba en su agenda —comenté.

—¿Por qué no he sido informado? —preguntó Stan al mismo tiempo.

El coronel nos miró sucesivamente.

—Creía que lo estabas, Stan. Lo siento, Brian, pero olvidé comentártelo.

—¡Lo *olvidaste!* —exclamó Stan.

—Basta, Stan. Estoy cansado y no quiero oír quejas. Lo olvidé. Tendrás que perdonarme por ser humano.

Sin embargo, Stan no iba a ceder tan deprisa.

—¡Por la Unidad, Jaime! En nombre de Kerensky, ¿que crees que estás haciendo? ¿Por qué no vendes los 'Mechs como chatarra y nos despides a todos?

—Estoy intentando mantener unidos a los Dragones.

—Esta reunión es para nombrar al segundo en el mando —declaró Stan en tono de sospecha, y yo empecé a entender lo que estaba ocurriendo.

—Es cierto —admitió el coronel—. Pensaba designar a Kelly Yukinov. Ha hecho un buen trabajo con el regimiento Alfa.

—Según los rumores, Alpin espera ser nombrado como segundo —dije.

El coronel meneó la cabeza y dijo con voz grave, cargada con lo que interpreté como arrepentimiento:

—No. No está preparado... si es que lo está alguna vez.

Stan suspiró y se humedeció los labios. Estaba nervioso y yo no podía culparlo por ello.

—Alpin ha estado frecuentando a la facción proclive a los Clanes. Lo han estado promoviendo como tu sucesor.

—¿Alpin? No tiene madera de líder.

—Has estado un poco desconectado. La gente cambia. Parece que ha organizado una coalición.

—Estás sacando las cosas de quicio, Stan. A los pro-Clanes no les gusta la idea de la sucesión familiar. Alpin no podría convencerlos de lo contrario.

—Entonces tal vez deberías designarlo tú. Los pro-Clanes tendrán que callarse. Cuando meta la pata, tendrás motivos para sustituirlo y, entretanto, habrá tiempo para que se lleve a cabo algunos de los programas de integración. No podemos permitirnos

desastres como la misión de las reservas.

Se dio cuenta de su desliz al ver que el coronel se envaraba.

—Lo siento, Jaime. No quería decirlo así. Es que las cosas no han salido tal como esperábamos. Todavía hay muchas fricciones entre los Dragones.

La oleada de emociones de Jaime Wolf se apagó tan deprisa como había aparecido. La energía lo abandonó y habló con la voz de un hombre viejo y cansado.

—No importa, Stan. Todo saldrá bien. Yukinov es un buen jefe y ha hecho un excelente trabajo con Alfa. Dale un año y, bueno, ¿quién sabe? —Se levantó de la silla—. El consejo me espera.

Fuimos a la sala de reuniones. El consejo estaba compuesto por todos los jefes de los regimientos activos de los Dragones y los líderes de los diversos mandos y áreas operativas. Tenía trece miembros, catorce contando al coronel como jefe del consejo. La mayoría de ellos estaba presente y, salvo el coronel y Stan, todos habían llevado los dos ayudantes que permitía el reglamento. Por tradición, un ayudante tenía autorización para sentarse a la mesa con el miembro del consejo, mientras que el otro permanecía sentado o de pie en uno de los extremos de la sala. Yo ocupé mi lugar junto al coronel. Stan se sentó solo a mi lado. Los labios le temblaban de irritación. Miré a Alpin Wolf, que estaba sentado al otro lado de la mesa, junto a Neil Parella del regimiento Gamma.

De los otros jefes de unidad, sólo estaba presente Alicia Fancher del regimiento Beta. Hanson Brubaker, del Mando de Contratos, estaba inclinado sobre su ayudante, hablando de forma animada con Gerald Kearne, el representante de Blackwell Corporation, que era miembro sin voto del consejo. Jason Carmody estaba sentado muy erguido. El comandante en jefe de Outreach tenía el aspecto de no querer estar presente. Me solidaricé con ese sentimiento, pero al menos él sabía que iba a haber una reunión. A su lado se hallaban Chan, Nikkitch y Grazier: los jefes de BattleMechs, Infantería y Operaciones Blindadas. El último miembro del consejo que estaba presente era Hamilton Atwyl, jefe del Mando Aeroespacial.

—Tal vez la situación no sea tan mala como pensaba —me susurró Stan—. Epsilon está en el planeta y Nichole es una aliada poderosa. Cuando ella llegue, tendremos el número suficiente.

Ojalá me hubiese hecho partícipe de sus sospechas. Sabía dónde estaba Alpin. Parella idolatraba abiertamente a los Clanes, y tanto Carmody como Atwyl eran firmes partidarios del coronel, pero no conocía las tendencias políticas de los demás. ¿Cómo podía ayudar si no sabía quiénes eran de fiar?

La puerta de la estancia se abrió y el mayor Elson entró con cuatro suboficiales, la mayoría de infantería.

—¿Qué hace aquí, Elson? —exigió saber Stan.

—Represento a Epsilon —contestó, poniéndose firme—. La coronel Nichole y la

mayoría de los miembros del mando están de baja a causa de un problema intestinal. Parece que está relacionado con algo que comieron en el comedor de oficiales. Como soy el único oficial no afectado, la política de los Dragones exige que represente al oficial al mando en el cumplimiento de todos los deberes y responsabilidades.

Stan frunció el entrecejo y lanzó una mirada furiosa al coronel Wolf cuando éste invitó a Elson a tomar asiento a la mesa. Elson hizo un gesto a su ayudante para que se sentara pero él no lo hizo, sino que rodeó la mesa y extendió una hoja de papel muy fino al coronel.

—Coronel Wolf, cuando venía hacia aquí me entregaron este comunicado.

El Lobo leyó lo que le había entregado Elson y me lo pasó. Leí el texto en voz alta.

—La Nave de Descenso del coronel Yukinov ha sufrido una avería en el propulsor. Todavía está en órbita.

—Tendremos que empezar sin él —dijo Fancher.

—Ahora tenemos problemas —me susurró Stan.

Elson tomó asiento y el coronel inició la sesión.

—Existen muchas presiones de ciertos ámbitos —comenzó—. Entiendo su preocupación y la comparto. Es verdad que debemos unirnos y espero que todos ustedes me apoyen en mi elección de segundo en el mando.

—Venga, Jaime, vamos al grano. Tengo que ir a firmar un contrato esta noche —dijo Parella—. Di a quién has elegido para que podamos iniciar la discusión.

Se alzaron otras voces alrededor de la mesa que compartían esta opinión. Un indicio de la confusión en la que estaban sumidos los Dragones era que algunas de esas voces pertenecían a los ayudantes y no a los miembros del consejo.

El coronel pidió silencio. Cuando lo consiguió, dijo:

—Propongo a Kelly Yukinov como segundo. Teniendo en cuenta la situación actual, espero que entregue el mando de Alfa a su segundo y asuma el puesto de forma inmediata.

Tras la primera reacción, esperaba que se produjera un alboroto. Sin embargo, por unos momentos nadie dijo nada. Entonces, Fancher se puso de pie.

—¿Le niegas el puesto a Alpin?

—Debo hacerlo —contestó Wolf, bajando la mirada.

—Ha roto sus propias reglas del mismo modo que rompió las del clan —lo acusó Elson.

—¡Cállate! —exclamó Atwyl, volviéndose hacia él con el rostro contraído.

—No puedo. Estoy demasiado involucrado en esto. Aunque no soy medtech, tengo ojos en la cara. Y lo que veo me dice que debo hablar, aunque otros teman decir lo que ya saben en su interior. Jaime Wolf se está comportando como un anciano senil. Rehuye sus responsabilidades y deja que otros lleven esa carga. No afloja su

control sobre los Dragones, pero no da oportunidades a la nueva generación. Es un peligro para todos nosotros.

Me quedé estupefacto al ver que el coronel no decía nada para defenderse.

—Es su comandante en jefe, Elson —le recordó Nikkitch.

Elson no le prestó la menor atención.

—El consejo debe actuar. Existe la posibilidad de aprobar una moción de censura.

—Eso no va a suceder, clanista —le espetó Atwyl—. No podrá conseguir que una votación expulse a Jaime.

—Tal vez no —dijo Elson. Su confianza sugería que no creía necesariamente que Atwyl tuviera razón.

—Pero podemos establecer un desafío —propuso Alpin, mirando a Elson como un perro amaestrado que comprobaba si había hecho bien la pirueta.

—Perderás, Alpin —le advirtió Carmody.

—Pero yo no —dijo Elson, levantándose y volviéndose hacia el coronel—. Jaime Wolf, coronel y líder durante demasiado tiempo de los Dragones de Wolf, lo declaro incapacitado para el cargo. Es viejo y ha mantenido su puesto más allá del tiempo razonable. Reconozca que su capacidad está menguando. Reconozca la verdad y retírese.

Jaime Wolf se mantuvo en silencio.

—Jaime no se retirará porque usted lo diga —respondió Stan en nombre del coronel.

—Entonces, ante este consejo, desafío a Jaime Wolf a un Juicio de Posición —anunció Elson, mirando fijamente al coronel—. Lo derrotaré.

—¡Eso no está permitido! —gritó Atwyl.

—¡Sí que lo está! —replicó Parella a voz en grito—. El consejo puede aprobar el desafío de cualquier guerrero.

—Sólo si la mayoría está de acuerdo —repuso Atwyl.

—Pido una votación —exigió Fancher, dando un puñetazo sobre la mesa.

—El líder del consejo debe convocar la votación —objetó Carmody. Su voz sonó débil, como si esperase ser vencido.

—Su implicación personal descalifica al jefe del consejo para esa convocatoria —dijo Fancher, sonriendo fríamente a Carmody—. Como comandante en jefe de Outreach, es usted quien debe convocarla a petición de cualquier miembro del consejo. Y yo presento esa petición.

Carmody imploró con la mirada al coronel, pero no obtuvo ningún apoyo. El Lobo parecía haberse sumido en su propio mundo interior, sin que nada le importase. A su pesar, Carmody preguntó a cada uno de los miembros del consejo si aprobaban el desafío. Aunque Jaime Wolf y Elson no podían votar, su presencia permitía que hubiera el quorum suficiente para aplicar el resultado de la votación. Los desafíos

formaban parte de la vida de los Clanes. Yo sospechaba que algunos miembros del consejo creían que debían permitirlo, aunque quizás habrían preferido una solución menos militar. Hubo demasiados votos a favor del desafío.

Cuando hubo consultado a todos, Carmody dijo:

—Mi voto no tiene importancia para el recuento, pero que conste en acta que este desafío me parece inapropiado. Él consejo acepta el desafío por seis votos contra cuatro.

—Está decidido —dijo Elson—. Lucharemos, Jaime Wolf.

Por fin, el coronel levantó la mirada y contestó:

—Parece que así será.

—Así debe ser —declaró Elson, sonriendo satisfecho—. Si rehúsa el Juicio, habrá perdido. Su posición está en el filo de la navaja.

—Eso ya lo he perdido —manifestó Jaime Wolf con un hilo de voz.

—Aunque gane el combate, Elson, no podrá hacerse con el control de los Dragones —le avisó Stan—. Debería haber estudiado mejor la situación. Si vence, el consejo no podrá confirmarlo como líder de los Dragones. No ha llevado el uniforme el tiempo suficiente.

—Soy consciente de ello, coronel Blake. Sin embargo, no se preocupe: he hecho mis deberes. No es necesario que el desafiante ocupe el puesto en litigio, si tiene un patrocinador. Creo que es una de las mejoras que su consejo de librenacidos ha hecho a la tradición de los Clanes. —Elson paseó la mirada por la mesa y agregó—: Presento este desafío en nombre de Alpin Wolf. El pertenece al linaje del líder y, por lo tanto, está cualificado para sucederlo, según sus normas. Alpin dirigirá los Dragones cuando yo haya vencido.

—Usted es un imbécil —dijo el coronel Wolf en voz baja.

Su nieto Alpin respondió al comentario con una mirada de puro odio. Elson se encogió de hombros.

—Soy un superviviente, Jaime Wolf. Sus opiniones pronto no tendrán la menor importancia. Tiene que tomar una decisión que no puede pasar por alto: cuál será el tipo de combate del Juicio. Por supuesto, optará por un combate aumentado.

—No, creo que no.

—¡Jaime!

Los que habían apoyado al coronel Wolf estaban estupefactos; no podían creerse lo que estaba pasando. Un combate no aumentado contra Elson era un suicidio. De pronto, temí que justamente fuese la muerte lo que el coronel estaba buscando. Desde que se había enterado de la muerte de MacKenzie, su energía vital parecía haberlo abandonado. Entre los Clanes, los guerreros viejos aceptaban complacidos cualquier oportunidad de morir en combate. Jaime Wolf veía eso como una oportunidad.

El coronel apartó su silla de la mesa poco a poco y se incorporó.

—No obstante, me reservo el derecho a tener un campeón.

Elson sonrió confiado y respondió:

—Entonces nómbrelo, ya que a mí me corresponde el derecho de elegir la hora y el lugar del Juicio. Elijo que la hora sea ahora mismo y que el lugar sea esta habitación. Tracen el Círculo de Iguales.

—¡Yo seré el campeón de Wolf!

Elson se volvió para ver al retador. Era Pietr Shadd. Con expresión resuelta, el joven se apartó de la pared y se puso al lado de Wolf, mirando con ferocidad a Elson.

—Si él me acepta —añadió.

Wolf se volvió hacia Shadd y dijo:

—Esto no es un juicio de *sibko*, Pietr.

Blake se unió a ellos.

—Dado que has aceptado, será mejor que dejes combatir al muchacho, Jaime. Tiene una oportunidad mayor que tú de vencer a ese monstruo.

—Será mejor que lo haga yo mismo.

—¡Por la Unidad! Tal vez te estás volviendo senil. Elson es un Elemental bien entrenado por los propios Clanes. ¡Te hará pedazos!

—Que luche Shadd —le aconsejó Cameron.

Otros veteranos se unieron a la petición, con el argumento de que Wolf no podía vencer a Elson. Carmody sugirió que se aplazase el Juicio hasta que Wolf encontrase a un campeón mejor, pero Fancher anuló la propuesta al señalar que una demora sería un acto de deshonor.

—Debe dejarme luchar por usted, coronel —dijo Shadd entonces—. Tengo la oportunidad de derrotarlo.

—No es eso lo que yo quería —objetó Wolf.

—Es tu mejor opción, Jaime —insistió Carmody.

Wolf se cruzó de brazos y agachó la cabeza mientras analizaba sus opciones. Luego miró a Shadd y dijo:

—Estoy seguro de que serías un digno adversario, Pietr, pero no quiero que mueras aquí.

—No moriré, señor. Venceré por usted.

—Escúchame, muchacho: no vale la pena que arriesgues tu vida.

—Lo venceré.

Wolf sonrió a Shadd, pero fue una sonrisa triste y débil.

—Ya has perdido —le dijo Elson.

Los hombres del Elson se adelantaron para quitar la mesa y las sillas del centro de la habitación. Elson se quitó el cinturón de las armas y la chaqueta del uniforme. Shadd hizo lo mismo, mientras Carmody susurraba algo apresuradamente a su oído. Elson esbozó una sonrisa. Si el anciano creía saber algunos trucos que podían ayudar a Shadd, estaba equivocado. No era el momento de aprender; el Círculo era el lugar donde uno demostraba lo que ya sabía. No había tiempo para nada más.

Los Dragones formaron un anillo alrededor del espacio libre. Elson entró en el Círculo pero se quedó cerca del borde. Shadd entró en el espacio por el lado opuesto. No era necesario hacer ningún tipo de anuncio ni recordar las reglas.

Comenzaron.

Durante casi un minuto no hubo combate. Ambos hombres caminaban en círculos, observándose mutuamente en busca de un despiste que abriese una brecha en su guardia. Shadd, impaciente, se lanzó a la carga. El Elemental y él intercambiaron golpes y se hicieron algunos rasguños, pero no pasó nada importante en la primera refriega. Ni en la siguiente.

Elson se movía con un patrón establecido, concebido para colocar la guardia del adversario en el área superior como preparación para atacar por la inferior. Los movimientos de ataque de Shadd estaban perfectamente sincronizados. Estaba bien entrenado y su respuesta a los cambios de estrategia eran rápidos, pero también se basaba excesivamente en los manuales.

Elson lo dejó que realizara el siguiente ataque y cambió de nuevo la estrategia para ponerlo a prueba. Shadd respondió igual que la vez anterior. Elson se acercó para probar su fuerza contra la del muchacho. Se apartó tras averiguar lo que quería saber. Shadd era un poco más rápido que Elson, pero no sabía utilizar su volumen para alcanzar la máxima efectividad. El joven era un buen combatiente y tenía la capacidad de convertirse con el tiempo en un luchador realmente formidable.

No dispondría de ese tiempo.

Elson se aproximó y giró para dar una patada circular alta. Shadd movió la mano derecha hacia fuera para agarrarle el tobillo y levantó la zurda, en un movimiento que le habría destrozado la pierna a Elson si se resistía o lo habría derribado al suelo si no lo hacía. Elson no se resistió, sino que siguió cambiando el peso para dar mayor impulso a su patada. Extendió la mano y agarró el tobillo de Shadd. Este, pillado por sorpresa, perdió el equilibrio. Elson se sincronizó perfectamente con su movimiento. Se dobló aún más, giró más deprisa y derribó a Shadd. El muchacho soltó a Elson, quien se aprovechó de la circunstancia rodando lejos y poniéndose en pie con rapidez. Se revolvió y se lanzó de nuevo al ataque.

Frenando bruscamente su embestida, Elson levantó un pie para darle un pisotón.



Shadd se echó a un lado y apartó la cabeza. Sin embargo, el pie de Elson cayó sobre el blanco que había elegido: tres dedos de Shadd se fracturaron cuando el tacón endurecido de la bota de Elson impactó en su mano. El súbito dolor hizo gritar al muchacho.

Elson sabía que sólo era cuestión de tiempo. Dejó a Shadd que se incorporase antes de volver a atacarlo. Elson lanzó un ataque tras otro, que obligaron a Shadd a pararlos con su mano herida o sufrir un golpe aún peor. Cada parada hacía que apareciesen muecas de dolor en el rostro de Shadd. Al llegar al quinto ataque, los movimientos de Shadd ya eran lentos. El golpe de Elson alcanzó el cuerpo del muchacho y le fracturó algunas costillas. Después de esto, Shadd se movía aún más despacio.

Elson se acercó y atacó con mayor fiereza contra el costado más debilitado del chico. Lo golpeó en la cadera y después en las costillas. La defensa del muchacho se derrumbó. Elson le dio un puñetazo en el plexo solar, haciendo que se doblara de dolor. Con un fuerte codazo en el cuello, lo derribó. La barbilla de Shadd chocó con fuerza contra el suelo y su sangre salpicó las botas de Elson.

Al ver que Shadd había sido vencido, Elson se permitió unos momentos de respiro para tomar aliento. El muchacho se había quedado sin fuerzas, pero seguía esforzándose por incorporarse, con un coraje digno de un auténtico guerrero. Para recompensar su valor, Elson lanzó una patada para romperle el cuello. El muchacho moriría como correspondía a un guerrero: en combate.

Sin embargo, las fuerzas que le quedaban a Shadd eran aún menores de lo que él y su contrincante pensaban y traicionaron la intentona y la voluntad del joven. Resbaló, y el pie de Elson lo golpeó en el hombro, levantándolo en el aire antes de tumbarlo de espaldas. La patada se convirtió en otro golpe de castigo. Shadd quedó tumbado, gruñendo de dolor.

Elson apretó los dientes. La armonía del Círculo se había roto y la pureza del combate había desaparecido. Avanzó, decidido a poner fin a la lucha con un rápido golpe con el canto de la mano en la garganta de Shadd.

—¡Alto!

Elson no hizo caso. Los gritos e incluso las órdenes procedentes del exterior del Círculo no tenían sentido alguno. Estaba prohibido violar el Círculo. Así pues, le sorprendió ver que el flaco Cameron se interponía en su camino.

—Este combate ha terminado —dijo el oficial de comunicaciones.

Su voz temblaba y parecía al borde de un ataque de pánico, pero habría encontrado el valor suficiente para plantar cara a Elson. Casi era una lástima que Cameron estuviera del lado de los más veteranos. Era un hombre prometedor, pero una promesa no realizada era lo mismo que nada, y Cameron nunca haría realidad ninguna promesa si no se apartaba de su camino.

—No hasta que uno de los dos haya muerto —gruñó Shadd detrás de su inútil protector.

Elson quería poner fin al duelo antes de que se convirtiera en una farsa. Matar a Cameron sólo complicaría las cosas.

—Olvidaré su violación del código de honor si se aparta de mi camino ahora mismo —dijo.

—No, mírelo —repuso Cameron, quien dio medio atrás y señaló al muchacho.

Elson lo miró. La mano destrozada de Shadd se hallaba más allá de la línea delimitadora del Círculo, y tocaba el suelo con la yema de un dedo. Shadd había roto el Círculo escapando de la muerte a costa de su honor.

—*Seyla* —dijo Elson, dio media vuelta y se alejó de su oponente.

Wolf viviría, pero eso ya no importaba. Su campeón había sido derrotado y él había ganado el Juicio. Tal vez fuese mejor así, pensó Elson. El alejamiento de la senda del honor había culminado en la pérdida del honor. El derrocamiento de Wolf no había sido tan limpio como él deseaba pero, probablemente, esto haría que las etapas siguientes resultaran más fáciles. ¿Quién se aferraría a un ex líder deshonorado?

Alrededor resonaron los vítores de sus partidarios.

La noticia del éxito del desafío contra la supremacía de Jaime Wolf corrió por todo Harlech. Todos los Dragones se habían enterado, y tanto los grupos de mercenarios como los representantes de los Estados Sucesores comenzaban a divulgarla en sus propias áreas. A medida que esto ocurría, también aumentaban las controversias. No todos estaban de acuerdo con la legalidad del desafío de Elson y el posterior nombramiento de Alpin como jefe de los Dragones de Wolf. Sin embargo, Jaime Wolf no hizo declaración alguna ni aparición pública, ya que se había retirado a sus instalaciones que se hallaban al oeste de la ciudad. Tal vez estuviese escondido. O llorando a su hijo muerto. O tal vez sólo estaba avergonzado para aparecer en público. Fuera cual fuese el motivo de su retirada, su silencio era una señal de aprobación de lo ocurrido.

Dechan se sentía confuso y el cortejo constante al que lo sometían las diversas unidades mercenarias sólo lo hacía sentir peor. Debería estar feliz con la noticia del derrocamiento de Wolf, pero se sentía inquieto y conmocionado. Como no podía dormir por las noches, se dedicaba a pasear por las calles.

Las noches de Harlech no eran tranquilas. Los lugareños decían que no siempre había sido así, salvo, por supuesto, en las peligrosas áreas en que los mercenarios se ofrecían al mejor postor. Las celebraciones nocturnas o las peleas, o ambas cosas, mantenían despiertos a sus habitantes hasta altas horas de la madrugada. A Dechan no le gustaba lo que veía. Tal vez Elson tenía razón, tal vez los Dragones estaban cambiando...

Sin embargo, Dechan no veía sólo a los Dragones. Había varias unidades lejos, cumpliendo un contrato, pero no el regimiento Beta en el que él había servido. Le costó mucho imaginar que sirvieran a las órdenes de un advenedizo, pero obedecerían a su nuevo comandante en jefe, la coronel Fancher. Dechan había oído que había sido despedida, pero Wolf la había vuelto a llamar. Grave error. Dechan la había oído hablar en el noticiero del día anterior y había manifestado que daba todo su apoyo a Alpin.

El paseo sin rumbo de Dechan lo condujo hasta el parque situado frente al cuartel

general. Lo llamaban Salón del Lobo. ¿Quizá pronto sería el Salón de Alpin, o el ego del joven advenedizo no llegaba tan lejos? La luna proyectaba una luz parpadeante entre las nubes que flotaban con rapidez por el cielo. Las sombras bailaban entre los rechonchos edificios y en los costados de las altas torres, desde donde saltaban al olvido como los míticos *lemmings*.

Fueran cuales fuesen las maquinaciones en la estructura de mano, los asuntos de los Dragones seguían adelante. Había luz en varios despachos. Incluso cuando Jaime Wolf ya no estaba al mando, en algún lugar había Dragones de Wolf trabajando y necesitaban apoyo administrativo. Eso quería decir que alguien estaba escuchando. Tal vez las cosas no estaban tan mal. Tal vez estaba bien ser diferente.

—El *karma* nos ha vuelto a reunir —dijo una voz.

Dechan se dio la vuelta con rapidez, se adentró en las sombras de la pared y desenfundó su arma. Al principio no pudo ver a la persona que había hablado, pero podía oírlo jadear como si hubiera estado corriendo. Él uniforme oscuro del hombre se confundía con las sombras e impedía verlo con claridad, pero Dechan sabía que estaba allí. Poco después apareció la mancha clara que correspondía a su rostro. Después surgieron dos manchas más pequeñas: sus manos abiertas y extendidas. No parecía haber ningún peligro. Dechan, que estaba acurrucado, se incorporó y enfundó el arma.

—¿Michi?

—Te desearía buenas noches, pero dudo que ésta sea una de ellas, Dechan-*san*.

—Hace años que no hablamos y comienzas con un acertijo.

—Lo siento, Dechan-*san*. Si no fuera un asunto importante no habría interferido en tu vida. Hay planes en marcha. Lo matarán pronto.

—¿De qué estás hablando?

—Jaime Wolf no verá el nuevo amanecer.

A Dechan le pareció curioso que aceptase la afirmación de Michi sin dudarlo. Desde luego, la muerte de Jaime pondría fin a todas las esperanzas de verlo de nuevo al mando, Dechan no sabía de qué clase de conspiración se trataba, ni le importaba. Tampoco entendía qué tenía que ver con él.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo?

—No puedo.

Se oyeron gritos al otro lado del edificio. Michi miró en aquella dirección por unos momentos y escuchó.

—No hay tiempo para discutir. Hay otros a los que debo avisar. Como Dragón, la tarea de avisar a Wolf te corresponde a ti.

—Yo ya no soy un Dragón.

Los gritos se oían cada vez más cerca.

—Una vez dijiste que ser un Dragón era como ser un samurai —explicó Michi en

voz muy baja—. Un samurai sirve como tal hasta la muerte. Tienes la ocasión de salvar a tu señor de una muerte deshonrosa.

—Él me abandonó.

Michi retrocedió hacia las sombras. Incluso a los ojos de Dechan, que se habían adaptado a la oscuridad, el rostro era la única parte del cuerpo de aquel hombre que seguía siendo visible.

—Si crees eso, puedes obtener tu venganza. No hagas nada, y tanto Wolf como su familia morirán.

Entonces, la cara desapareció.

Dechan se quedó solo, pero no por mucho tiempo. Un trío de soldados de la Guardia Nacional iban caminando a paso rápido por la avenida. Uno de ellos vio a Dechan y lo apuntó con su rifle mientras le ordenaba que se quedase quieto. Dechan no se movió.

—No es él —dijo un hombre con galones de sargento mientras levantaba el cañón del arma de su compañero—. Nuestro hombre va vestido de negro.

—Podría haberse cambiado de ropa —protestó el soldado.

—No ha tenido tiempo suficiente —repuso el sargento y se volvió hacia Dechan—. Dígame, ciudadano, ¿no lo he visto antes?

—Me llamo Dechan Fraser.

—No me suena. ¿No habrá visto, por casualidad, a alguien merodeando por aquí?

—He visto a alguien de oscuro que hacía *jogging* junto al lago. Pensé que era demasiado pronto para hacer ejercicio pero ya sabe lo fanáticos que son algunos.

—¡Tiene que ser él! —exclamó el soldado, y echó a correr. Los otros dos guardias le siguieron.

Mientras se desvanecía entre los árboles, el sargento le gritó a Dechan:

—Sea un buen ciudadano e informe al puesto de guardia del Salón. Dígales lo que ha visto.

Dechan pensó en hacer caso omiso de la orden del sargento, pero entonces cayó en la cuenta de que le había dicho su nombre. Si luego hacía algunas comprobaciones y veía que Dechan no había informado del incidente, podía levantar sospechas de que era cómplice en la huida del fugitivo. A regañadientes, Dechan fue hacia el puesto de guardia. El capitán lucía la estilizada cabeza de lobo que preferían los partidarios del nuevo orden. Aunque no pareció hacer mucho caso del testimonio circunstancial de Dechan, pasó mucho tiempo registrándolo. Durante ese período, Dechan reflexionó sobre lo que Michi había dicho. Cada vez que examinaba los posibles resultados, éstos le gustaban menos. Quería alejarse del Salón del Lobo, pero largarse antes de que el capitán lo despidiera no iba a ayudar a nadie.

Mientras Dechan esperaba que lo dejaran marcharse, Hamilton Atwyl salía de uno de los ascensores. Mientras cruzaba el vestíbulo, miró por casualidad hacia el

puesto de guardia. Al ver a Dechan Fraser, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Dechan? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo, Ham.

Dechan hizo el comentario en tono jocosos, pero Atwyl lo miró con recelo.

—No estarás arrestado, ¿verdad?

—Sólo informaba de un sospechoso que merodeaba por *aquí*.

—¿Un sospechoso? —repitió Atwyl, frunciendo el entrecejo, y adoptó una expresión pensativa. Cuando habló, lo hizo con el tono de voz necesario para que ninguna persona en las proximidades tuviera problemas para oír sus palabras—. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos. Si tienes unos momentos, estaría bien ir a tomar algo.

Obviamente era una invitación, que pretendía no ser de carácter político. Dadas las circunstancias, Dechan sospechaba que era cualquier cosa menos eso. Aunque no había decidido aún lo que iba a hacer con respecto a la carga que Michi había puesto sobre sus hombros, comprendió que sabía muy pocas cosas sobre lo que estaba ocurriendo. Ham era un viejo amigo y estaba muy arriba en la estructura de mando de los Dragones. Por lo menos, Dechan podía entender mejor cómo era el equilibrio de poder.

—Tengo algo de tiempo. Si no he vuelto a casa al amanecer, Jenette se preguntará qué me ha ocurrido.

—No querría causar problemas entre ambos. Habéis permanecido juntos durante épocas muy difíciles.

Atwyl pasó el brazo sobre los hombros de Dechan y empezó a conducirlo al Salón. Cuando el capitán de la guardia se opuso, Atwyl dijo:

—No se preocupe, capitán. El señor Fraser es un veterano. Yo respondo de él.

—¿Firmará su pase?

—Sí, lo firmaré.

Atwyl garabateó su nombre en el tablero de datos que le entregó el oficial. Luego esperó con evidente impaciencia mientras el capitán procesaba una placa de visitante para Dechan. Una vez provisto de un identificador de plástico, Dechan permitió a Atwyl que lo condujera a la cafetería del Salón. Estaba casi vacía y, una vez que les sirvieron unas cervezas, Atwyl eligió una mesa situada muy lejos de los demás clientes.

En cuanto se sentaron, Atwyl dejó de lado cualquier apariencia de jovialidad.

—¿Qué opinas del tema de la sucesión?

—Ya no pertenezco a los Dragones, Ham. ¿Lo recuerdas?

—Si alguna vez has sido un Dragón, siempre lo serás.

—Alguien me ha dicho esta noche algo parecido, Ham.

—¿Un sospechoso que merodeaba por ahí, quizás?

—¿Ya te has enterado?

—No sé nada, pero esperaba que tú me lo dijeras.

—Hay una conspiración para matar a Wolf.

Atwyl se arrellanó en la silla. Su botella de cerveza estaba inclinada en su mano y estaba peligrosamente a punto de derramarse.

—¿Estás seguro de eso?

—El tipo que me lo dijo parecía estarlo.

—¿Estás implicado?

—Si lo estuviera, ¿estaría ahora hablando contigo?

Atwyl rió por lo bajo, con cierta amargura.

—Ya no sé nada. Hay demasiadas dobleces para un guerrero viejo como yo. — Tomó un sorbo de cerveza y preguntó—: ¿Cuándo?

—Antes del amanecer.

—Entonces no hay mucho tiempo. ¿Vendrás conmigo a ver a Carmody? ¿Le contarás lo que sabes?

—No sé mucho.

—Necesitaremos todo lo que podamos averiguar. ¿Nos ayudarás? ¿En nombre de los viejos tiempos?

Dechan sintió como si tuviera fuego bajo su piel.

—Hablaré con Carmody.

—No creía que llegarían tan lejos —declaró Carmody cuando se lo dijo. Fue significativo que creyera de inmediato las afirmaciones sin pruebas de Dechan—. Ahora todo encaja. Por eso enviaron de maniobras a la Guardia Nacional. También querían que yo supervisara toda la operación.

—Todavía hay un pelotón en el cuartel, además de las fuerzas regulares de seguridad, ¿no?

—Sí —respondió Carmody—, pero Elson tiene un Punto de Elementales que vigilan la casa de Wolf. Se supone que son un cuerpo de seguridad para protegerlo de tumultos, pero son guardias. No nos dejarán pasar.

—¿Van blindados?

—No, eso sería demasiado obvio, incluso para Elson.

—Entonces no tenemos que preguntar —dijo Atwyl—. Cinco Elementales no pueden resistir a todo un pelotón.

—¿Y luego qué, Ham? ¿Qué haremos cuando estemos dentro?

—Sacaremos a Wolf de allí.

—Parece muy sencillo, pero no lo es. ¿Dónde iría?

Dechan miró el reloj y comentó:

—Si vais a hacer algo, será mejor que lo hagáis pronto.

—Tienes razón. Tendremos que decidir lo que haremos en el futuro cuando estemos seguro de que realmente hay un futuro. Tal vez Jaime tenga alguna idea.

La noche se desvanecía en las penumbras previas al alba cuando la aerocamioneta pesada entró con un chirrido en la calle que conducía a la vivienda de la familia Wolf. Podía parecer que era un camión de transporte que llevaba comida del campo para llenar los puestos de los mercados, pero no lo era. Si la luz hubiese sido mejor, habría mostrado que la marca de la empresa había sido pintada apresuradamente y su estilo militar era evidente.

Dechan iba de pasajero del aerocamión, acompañado de un muchacho pecoso que se suponía que era el mejor aeroconductor de la Guardia Nacional. Atwyl estaba haciendo otras cosas que eran necesarias si querían que el plan tuviera éxito. A través de un auricular, Dechan podía oír el rugido del camión que conducía el coronel Carmody. El pelotón de infantería motorizada se acercaba a la casa de los Wolf. Dechan se quitó el auricular por unos momentos y volvió a colocárselo tras confirmar que eran los motores de los camiones lo que oía como un eco en las calles.

Carmody iba con el pelotón de la Guardia Nacional. Tenía que ir; nadie más podría haberlos sacado del cuartel y persuadido para que se enfrentasen a los Elementales que vigilaban la casa de Wolf. A juzgar por las arengas del coronel, Dechan supuso que algunos todavía no estaban muy convencidos. Los argumentos del coronel fueron muy distintos cuando el líder de los Elementales se encaró con él.

Dechan activó la consola de vídeo de la aerocamioneta y manipuló los controles hasta que encontró el canal del camión de Carmody. Habían planeado que la cámara de vídeo enfocaría el área de las puertas para que Dechan pudiese observar, además de escuchar, todo lo que ocurriese. Vio a Carmody discutiendo con el jefe de los Elementales. De pronto el coronel dejó de hablar, se inclinó a un lado y miró por encima del hombro hacia el centro de la ciudad.

Lo que estaba pasando era obvio para Dechan. El coronel estaba recibiendo a través de sus auriculares el informe de uno de los puestos de vigilancia que habían colocado en todas las rutas probables hacia la zona residencial de la ciudad. Los asesinos ya estaban en camino.

La reacción del coronel debió de ser significativa también para el líder de los Elementales, quien empezó a dar órdenes a su Punto.

—Algo va mal —dijo Dechan al conductor—. Entra con la camioneta.

—No tengo órdenes de hacer eso —se opuso el muchacho—. Se supone que debemos esperar la señal del coronel.

—¡Entra con la camioneta! —exclamó Dechan, dándole un golpe en el hombro.

La imagen de vídeo parpadeó cuando el motor del vehículo extrajo energía para hacer girar los ventiladores más deprisa. La camioneta arrancó a toda potencia del



callejón donde se había escondido y se dirigió hacia la casa.

Carmody vio que se acercaba y gritó:

—¡Lanzador a las puertas!

Cuando el equipo de lanzamisiles saltó del primer vehículo de transporte, el jefe del Punto reaccionó. Asestó un golpe a Carmody en la garganta y fue corriendo a ponerse a cubierto, pero no corrió lo bastante deprisa. El cohete pasó rugiendo a su lado e hizo diana a unos centímetros del centro de las puertas de hierro. Las llamaradas envolvieron las puertas y el Elemental saltó por los aires como un muñeco de trapo.

Una de las puertas saltó destrozada y la otra quedó colgando mientras la camioneta embestía hacia la entrada. Los Elementales abrieron fuego contra los Guardias, quienes lo devolvieron de forma errática. Dechan atisbo por unos momentos a Carmody, que yacía en una postura extraña mientras la aerocamioneta pasaba con dificultades sobre los escombros y chocaba contra la puerta que aún colgaba de sus goznes. Las barras de hierro resonaron con un fuerte ruido metálico y el parachoques de la camioneta quedó abollado, pero el conductor mantuvo el control del vehículo entre las sacudidas y siguió su rumbo.

La aerocamioneta aceleró, dejando atrás los disparos procedentes de la entrada. Como la casa estaba muy alejada de la calle, los soldados tardarían un tiempo en llegar a pie. La camioneta cruzó los jardines en pocos segundos y redujo su marcha al subir por la ligera cuesta que conducía a la casa. El conductor redujo la velocidad aún más al trazar la última curva. Fue una maniobra deliberada; un vehículo acercándose a gran velocidad probablemente sería considerado como hostil. Los ventiladores fueron aminorando su giro con un murmullo cuando el muchacho aparcó el vehículo sobre el césped delante de la mansión.

Wolf estaba esperando en el porche. Detrás de él se encontraba Joshua, en el umbral de la puerta, sosteniendo una pistola láser con ambas manos. El chico parecía ser más una amenaza para sí mismo que para los intrusos. Sin duda, su madre así lo pensaba, pues se asomó y le quitó el arma. Luego se puso al lado de Wolf mientras la aerocamioneta descendía hasta el suelo y los ventiladores se detuvieron.

A Dechan le resultó casi divertida la sorpresa de Wolf al verlo bajar del vehículo.

—¿Esto es un rescate o un ataque, Dechan? —le preguntó.

—Ambas cosas —contestó Dechan con malicia—. Pero yo estoy en el bando de los primeros.

—¿Y quiénes están en el otro?

—Creo que usted lo sabe mejor que yo.

El resto de la familia, al ver que no había un peligro inminente, salió al porche y rodeó al pequeño grupo. Dechan no hizo caso de sus preguntas y siguió hablando con Wolf.

—Existe una conspiración contra su vida que va a llevarse a cabo esta noche —explicó.

—No queda mucho tiempo para el amanecer —dijo Wolf, mirando el cielo grisáceo.

—Exacto.

—No es necesario matar a nadie —intervino Katherine—. ¿No ha habido ya bastantes muertos? Basta con que nos vayamos.

—Nosotros, sí, pero Jaime no puede irse —dijo Marisha.

—¿Por qué no? —preguntó Katherine.

—Porque, tanto si quiere estar involucrado como si no es una persona capaz de aglutinar a todos los que se oponen a Alpin —explicó Marisha con expresión hosca—. Sin embargo, un hombre muerto no puede aglutinar a nadie.

Katherine estaba sobrecogida.

—¡Estás hablando de un asesinato!

—No creo que ellos lo vean así —gruñó Dechan—. Para ellos, probablemente es sólo una precaución necesaria en la batalla por la supremacía entre los Dragones. ¿Es un asesinato cuando alguien muere en un Juicio? ¿Qué dice usted, Wolf? Si hubiera luchado usted mismo en aquel desafío, Elson lo habría matado entonces. Ahora o entonces, ¿cuál es la diferencia?

—La suficiente para causarles algunos problemas —contestó Wolf.

—Sólo si él no es el único que puede contarlos —comentó Marisha.

—Eso es cierto —admitió Wolf, y suspiró—. Tal vez no sea demasiado tarde para arreglar las cosas.

Unas potentes explosiones resonaron en las puertas, seguidas de fuego de armas.

—No tendrá elección si se quedan aquí más tiempo.

—Que todo el mundo suba a la camioneta —ordenó Wolf—. Nos iremos por detrás. Iremos por la Riverview Parkway, que nos conducirá hasta la autopista que lleva al puerto.

No hubo muchas palabras mientras la familia subía al vehículo. Una fuerte explosión hizo que Katherine diera un brinco y casi cayó, pero Rachel la agarró del brazo a tiempo. Dechan cerró las puertas y fue al asiento delantero. El conductor puso en marcha los ventiladores incluso antes de que él se sentara. La camioneta se alejó de la mansión con un fuerte zumbido mientras Wolf indicaba el camino a través del panel que comunicaba la cabina delantera con el compartimiento de carga.

El trayecto hasta el espaciopuerto fue tenso, pero no encontraron ninguna carretera cortada ni emboscada. Unos hombres vestidos con uniformes de la Guardia Nacional controlaban los accesos al espaciopuerto e hicieron señas a la camioneta de que siguiera avanzando. El vehículo se detuvo delante de la rampa de pasajeros de una Nave de Descenso, donde los esperaban Hamilton Atwyl y Brian Cameron.

—Me alegro de verlo, coronel —dijo Atwyl cuando Wolf bajó de la parte posterior de la camioneta—. Nos preocupamos cuando oímos que el coronel Carmody había caído.

—Otra cuestión pendiente —comentó Wolf, con un brillo en los ojos.

Cameron ayudó a las mujeres a bajar del vehículo mientras Wolf hablaba con Atwyl. No había equipaje para que lo llevaran los miembros de la tripulación que los estaban esperando. Cameron hizo unos comentarios finales a Atwyl antes de que el coronel aeroespacial se alejase en su aerovehículo. La gran Nave de Descenso empezó a emitir zumbidos y silbidos mientras la tripulación se preparaba para el despegue. Un miembro de la tripulación esperaba inquieto a que Wolf subiese a bordo.

—Gracias —dijo el coronel a Dechan, extendiéndole la mano.

Dechan no hizo caso de la mano extendida y dijo:

—No quiero su agradecimiento.

—Bueno, lo tiene de todos modos. Le agradezco lo que ha hecho.

Dechan se sentía obviamente incómodo. No podía mirar a la cara a Wolf. Desvió la mirada hacia la pista de aterrizaje y preguntó:

—¿A dónde iré ahora?

—Al otro lado de las montañas.

—¿Por qué no se marcha? ¿Por qué no va a territorio de Davion?

—Huir no solucionará nada.

No, en efecto.

—Él vendrá por usted.

—Que lo intente —dijo Wolf, sonriendo de la manera que Dechan recordaba del pasado, y que le hizo sentir lástima por quienes se interpusieron en el camino de Wolf—. Venga con nosotros. Necesitaremos a buenos MechWarriors.

—No quiero abandonar a Jenette.

—¡Coronel, hay disparos a la entrada! —exclamó Cameron desde lo alto de la rampa.

—No hay tiempo para ir a buscarla, Dechan —dijo Wolf—. Podemos enviarle un mensaje para que se reúna con nosotros.

—¿Y si lo interceptan? No, gracias, coronel. Yo cuidaré de ella.

—Yo tampoco dejaría a Marisha. Buena suerte, Dechan.

Dechan dio la espalda al coronel, subió a bordo de la camioneta y ordenó a su nervioso conductor que arrancara. Los ventiladores giraron a toda velocidad, levantando una nube de polvo y soplando sobre Wolf, que subía corriendo por la rampa. Dechan no miró hacia atrás. El conductor condujo el vehículo alrededor de la Nave de Descenso y se alejó de la entrada principal, donde se combatía en esos momentos. Fueron hacia un almacén donde había uniformes y pases de técnicos. Mientras se cambiaban de ropa, la *Chieftain* se elevaba hacia el cielo.

Cuando el coronel Atwyl me despertó y me ordenó que fuese al espaciopuerto sin darme más explicaciones, me sentí más molesto que preocupado. No era habitual recibir órdenes de reunión repentinas en una zona segura, salvo durante el período de adiestramiento. Había estado soñando con mi *sibko* y supongo que, en cierto modo, todavía me estaba adiestrando. Hasta que llegué al puerto y vi la frenética actividad que había allí, no comprendí que ocurría algo grave. El coronel Atwyl me explicó la extrema gravedad del asunto.

Estuve demasiado atareado para preocuparme hasta poco tiempo después del despegue. Entonces encontré el momento de pensar en ello, puesto que, al navegar sin establecer comunicaciones, estaba desocupado. Aunque me alegraba que el Lobo se hubiera decidido finalmente a contraatacar, no tenía muchas esperanzas. Al escuchar las transmisiones de radio, oí las primeras mentiras. Según las informaciones, un conducto importante de gas había explotado cerca de la vivienda de los Wolf, causando algunas bajas entre las fuerzas de seguridad. Dijeron a la audiencia que ninguna persona —lo que incluía a Wolf— había resultado herida. No se hizo la menor mención a armas, cohetes ni huidas. Estaba seguro de que la noticia fidedigna había sido transmitida por conexiones seguras o codificadas a las que, por el momento, no podía acceder.

La *Chieftain* se alejaba del sol y del alba que asomaba en Harlech siguiendo una órbita baja. Me animé al ver que no encontrábamos oposición durante el vuelo. Del espaciopuerto no habían despegado cazas aeroespaciales ni otras Naves de Descenso, ni tampoco venía ninguna nave de las órbitas superiores para enfrentarse a nosotros. La *Chieftain* disponía de armas potentes, pero un enjambre de cazas o un grupo de Naves de Descenso podían vencerla. Eramos un blanco demasiado fácil, volando por el espacio con un par de cazas como única escolta.

Anhelaba estar en tierra firme, donde uno podía ponerse a cubierto de los enemigos. Un 'Mech lleva menos blindaje y armamento que una Nave de Descenso, pero al menos uno controla la palanca de mando. A bordo de una nave, el destino de

uno está en manos de la pericia y la suerte de otros.

En esos momentos no sabía mucho sobre los planes del coronel Wolf. Me habían dicho a dónde nos dirigíamos: el centro de operaciones de entrenamiento que se encontraba al otro lado de la montaña. Si todo iba bien, no tardaríamos en recibir el permiso de aterrizaje de las fuerzas de la Guardia Nacional estacionadas allí. Teníamos una confianza razonable en ser bienvenidos. Al fin y al cabo, los usurpadores habían enviado a las fuerzas de la Guardia Nacional al otro lado de la montaña para mantenerlos lejos de la acción. Aunque no fuésemos recibidos con los brazos abiertos, podríamos aterrizar. Algunos Guardias debían de ser leales. Si nos veíamos obligados, tendríamos que abrirnos paso combatiendo hasta establecer contacto con ellos.

Más abajo y más atrás, estaban pasando sin duda muchas cosas. Pero ¿qué? Una vez que hubiésemos establecido una base en el Interior, tendríamos la oportunidad de averiguarlo.

El amanecer llevó malas noticias al centro de mando del Salón del Lobo, pero Elson se las tomó con calma. Hasta el momento, todo había ido sorprendentemente bien para sus planes. Tarde o temprano tenía que producirse una contrariedad; pero habría deseado que se tratase de un aspecto menos importante de la situación.

Se suponía que el Séptimo Comando era la infantería de elite de los Dragones de Wolf. Eran muy buenos, sobre todo tratándose de unos soldados de infantería que no eran Elementales. Pero hasta los mejores comandos estaban en desventaja cuando iban a una batalla después de haber planeado un ataque sigiloso.

De algún modo se había filtrado la información y los leales a Wolf habían sido avisados. Habían organizado un plan con mayor rapidez de lo que Elson los había creído capaces, dada la reciente apatía de Jaime Wolf. Al final, el Lobo había escapado de la trampa.

Era necesario localizar y eliminar el origen de la filtración, pero no había motivos para castigar a los comandos, ni utilizar palabras duras ni medidas disciplinarias. Aunque Elson estaba decepcionado por su fracaso, no había sido su culpa. Por lo menos habían eliminado a uno de los partidarios de Wolf. La muerte de Carmody facilitaría el aislamiento de las fuerzas de la Guardia Nacional que quedaban en Harlech. Con el tiempo, los más previsores serían separados y reintegrados a la fuerza de combate de los Dragones. Sin embargo, antes había cosas más importantes que realizar. Dio órdenes de atacar el cuartel de la Guardia Nacional. El equipo de Fancher debía encargarse de eso con facilidad; la superioridad abrumadora de los BattleMechs debía dominar a los guerreros retirados y a los aprendices, carentes de mando sin necesidad de entablar combate.

—Movimientos no autorizados en el cuadrante de Champagne —le informó el comtech.

Elson se dio por enterado asintiendo con la cabeza. A pesar del bloqueo informativo, se estaba divulgando la noticia de la huida de Wolf. La lucha que Elson esperaba haber finalizado con el nuevo día probablemente acababa sólo de comenzar en serio.

La ciudad se encontraba relativamente en calma.

El espaciopuerto estaba demasiado lejos; Dechan no podía ver si seguían combatiendo allí. El noticiero matutino que oía a sus espaldas no había dicho nada al respecto.

Los primeros trabajadores debían de estar llegando a la ciudad desde las zonas residenciales. Algunos pasarían frente a las puertas destrizadas de la mansión de Wolf. ¿Qué pensarían? ¿Sospecharían lo que había ocurrido con las primeras luces del alba?

Más abajo, la ciudad parecía seguir dormida, en algo semejante a un sueño en paz. Sabía que era un espejismo, pero lo valoró igualmente. Se preguntó cuánta sangre se derramaría durante el día porque no había podido soportar un pequeño derramamiento la noche anterior.

Al norte del rascacielos desde donde observaba la ciudad un movimiento impresionante y conocido llamó su atención.

BattleMechs.

Una lanza de cuatro avanzaba por la avenida Verban hacia el centro de la ciudad: eran dos 'Mechs pesados y otros dos medianos, que iban a velocidad moderada. Se desplegaron en una sola fila cuando llegaron al parque. No era un ataque; de haberlo sido, habrían embestido los árboles más pequeños y las estructuras de recreo ligeras, en lugar de rodearlos cuidadosamente. Separados por distancias regulares, salieron por el lado más próximo al Salón del Lobo y se detuvieron frente a él. Dechan se hallaba demasiado lejos para ver si salían soldados para enfrentarse a ellos. Si los pilotos de los 'Mechs hubieran sido partidarios de Elson, habrían girado con sus máquinas hacia el exterior.

Dechan observó los 'Mechs inmóviles varios minutos. Pensó en despertar a Jenette, pero era reacio a explicarle los sucesos de la noche anterior. Ella querría ir en auxilio de Wolf y él tendría que intentar convencerla de lo contrario. Quería posponer esa situación lo máximo posible.

Una serie de fogonazos iluminó la fachada del Salón del Lobo. Parecían disparos, pero los 'Mechs no reaccionaron. Más fogonazos. Esta vez, Dechan estaba seguro de que eran disparos. La falta de movimientos de los BattleMechs sólo podía implicar que sus pilotos habían descendido de sus carlingas. Sospechó que ninguno de ellos volvería a sentarse en una silla de piloto.

Se apartó de la ventana y fue a despertar a Jenette.

La línea de comunicaciones zumbó para llamar su atención. Michi extendió la mano y pulsó un botón. La unidad mostró el código de la llamada entrante, indicando que era la que esperaba.

Había comenzado.

—¿No vas a contestar?

Kiyomasa parecía mayor de lo que era en realidad. Las oscuras ojeras de agotamiento y la postura encorvada lo privaban de un aspecto juvenil. Aun así, el joven MechWarrior había dormido mucho más que Michi.

—*Iie* —contestó Michi—. Las palabras que oíría no son importantes. Ya conozco el contenido del mensaje. Debo irme ahora.

—Entonces, ¿estás decidido?

Michi dejó que sus actos fueran la respuesta a esa pregunta. Se levantó, recogió su bolsa que estaba junto a la silla y se la colgó al hombro. Kiyomasa se levantó también y se interpuso en su camino.

—Debes reflexionarlo, Michi-*sama*.

—Debo lealtad a un nuevo señor. ¿Quieres que sea desleal?

Kiyomasa frunció el entrecejo. Era obvio que estaba desconcertado por el dilema.

—Nuestro verdadero señor es Wolf. Necesitará guerreros.

Michi, que estaba preparado para ese argumento, respondió:

—Si reúne un ejército, se habrá rebelado contra las leyes de los Dragones.

—Es el señor legítimo —insistió Kiyomasa.

—Perdió el Juicio.

—Fue engañado. Carece de todo sentido.

—¿Acaso carecen de sentido nuestras costumbres?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué las valoras tan poco?

Kiyomasa se mostró enojado y frustrado. Por fin, contestó:

—Debes venir con nosotros. Por eso he venido aquí.

—Si ésa era la única razón, entonces todos estáis locos o algo peor. —Rodeó al hijo de su maestro y añadió—: Debes hacer lo mismo que yo: seguir los dictados de tu honor.

Dejó a Kiyomasa en la habitación, mirándose los pies.

Bajamos por las rampas y llegamos al suelo mientras seguía levantándose polvo a causa del aterrizaje de la *Chieftain*. Sólo éramos cuatro: no había habido tiempo de llenar la Nave de Descenso en toda su capacidad sin activar las alarmas, así que todo lo que teníamos eran los 'Mechs que seguían a bordo desde el viaje al Condominio Draconis. Yo estaba en la primera máquina, mientras Grant Linkowski pilotaba el *Archer* del coronel; el *Víctor* de Hans Vordel y el *Gallowglas* de Franchette iban detrás. Sólo nosotros cuatro íbamos a enfrentarnos a todo un regimiento de la caballería blindada y la infantería de la Guardia Nacional.

Al ver que no nos disparaban inmediatamente, comencé a albergar algunas esperanzas de que el permiso de aterrizaje no había sido un subterfugio, un señuelo para atraer al Lobo a una trampa. A lo lejos podía ver los blindados en fila entre la polvareda que ya se disipaba. Aumenté el sistema de ampliación un par de grados y suspiré aliviado: el teniente coronel Joe García, segundo de Carmody, estaba en campo abierto sobre la cubierta de su tanque Rommel. A su lado se hallaba la coronel Edna Grazier, jefe de operaciones de blindados. Si hubiese sido una trampa, estarían encerrados en sus vehículos.

Mientras reducía la velocidad de mi *Loki*, observé la intensidad con que funcionaba mi chaleco refrigerante y me di cuenta de lo aterrado que había llegado a estar.

Abrí un canal de comunicaciones con un enlace láser e hice los preparativos para el establecimiento del cuartel general del coronel. En menos de una hora, el cuerpo de mando estaba reunido en la caravana móvil de García, escuchando sus explicaciones. Mientras trabajaba codo con codo con su jefe, García había llegado a sospechar que podía haber problemas. Había puesto sus fuerzas en estado de alerta tan pronto como perdió la comunicación con Carmody en el Mundo. No sabía qué podía esperar y nuestra llegada había sido una sorpresa. Había decidido ser cauteloso: por eso había reunido a sus fuerzas. Cuando oyó nuestro relato de la huida y la muerte de Carmody, supo de qué lado debía estar.



—Coronel Wolf, tal vez seamos una pandilla de fracasados, pensionistas, novatos y niños de *sibko*, pero vamos a permanecer a su lado —dijo—. No hay ningún honor en el asesinato. Tengo que admitir que no entendí lo del Juicio, pero supuse que usted estaría planeando algo. Al parecer, tenía razón: sólo lo hacía para que las ratas quedasen al descubierto y todo el mundo pudiera verlas, ¿verdad?

—Usted me sobreestima, Joe.

—En tal caso, sería el primero, coronel.

—Haré lo que esté en mi mano para justificar su fe en mí.

—No estoy preocupado, coronel.

—Tal vez debería estarlo, Joe. Dios sabe que tenemos muchas cosas de que preocuparnos.

—Confío en usted, coronel.

—Gracias, Joe. Se lo agradezco. No he hecho mucho últimamente para merecerlo. —Se produjo un silencio extraño durante unos momentos. Luego, el coronel añadió—: El pasado está muerto, y nosotros también lo estaremos pronto si no nos ponemos manos a la obra. Si conseguimos entrar en el centro de operaciones, podremos empezar a pensar en serio que vamos a demostrar a esos advenedizos quiénes son los verdaderos dirigentes de los Dragones.

El coronel y los oficiales de la Guardia Nacional condujeron un tren desde el puerto al complejo del centro de adiestramiento. Llevamos a los 'Mechs por el campo, lo que resultaba más rápido que seguir la vía del ferrocarril o la autopista, ya que ambas estaban confinadas a la larga y poco inclinada pendiente que rodeaba las colinas septentrionales. En cualquier caso, no podíamos mantener el ritmo del tren. Durante el recorrido, establecí contacto con el centro de operaciones con mi *Loki* y adelanté una parte de mi trabajo. Volqué un mapa actualizado en el ordenador para que ya estuviese preparado cuando el Lobo llegase.

El centro de mando del Instituto de Adiestramiento Tetsuhara no tenía la complejidad del centro principal del Salón del Lobo, pero era mejor que las instalaciones de la *Chieftain*. La ventaja de disponer de espacio sin preocuparse por la masa de la instalación permitía dar un mejor soporte al *Loki* y una capacidad de mando, control y comunicaciones más que adecuada para las fuerzas implicadas. El sistema de sensores de tierra cubría bien la zona, pero se suponía que formaba parte de un sistema mayor que abarcaba todo el planeta. Al estar cortados los enlaces colectivos, no funcionaba a plena capacidad y dejaba unos agujeros abiertos en su radio de acción que me preocupaban. Al haberse roto los enlaces por satélite, también estábamos limitados en la extensión del radio en que podíamos controlar nuestras fuerzas. Trabajé hasta que fue posible configurar unas estaciones retransmisoras de manera que las zonas muertas para las comunicaciones se redujesen al mínimo. Las estaciones retransmisoras tenían algunas ventajas: los láseres de comunicaciones y

los sistemas de cable de fibra óptica eran mucho menos vulnerables a las interferencias. Cuando terminé mi visita al centro de operaciones, Grazier estaba reaccionando ante el mapa actualizado.

—¿Esto es todo? —preguntó, horrorizada—. ¿Qué ha pasado con Yukinov?

—Probablemente sigue en Ingersoll con el resto del regimiento Alfa —respondió el Lobo.

Habíamos averiguado que Kelly Yukinov no se había encaminado hacia Outreach, a pesar del informe del servicio de inteligencia que decía que iba a asistir a la fatídica reunión del consejo que terminó con el Juicio de Posición. No cabía ninguna duda de que Yukinov era leal al coronel Wolf y el informe de su inminente llegada seguramente pretendía confirmar al coronel que sus partidarios serían mayoría en el consejo. Aquellos informes eran falsos, y habían sido preparados por la capitana Svados para apoyar el golpe de estado de Elson y Alpin. Todavía ignoro si el Lobo fue engañado por el subterfugio o si tenía otra razón para dejar que se celebrara aquella reunión. ¿Quizá García tenía razón al sugerir que el Lobo lo había planeado todo? Jaime Wolf no había desmentido esa posibilidad, pero tampoco la había confirmado. Fueran cuales fuesen los planes del coronel Wolf, la reunión se había celebrado, él había sido depuesto y por culpa de todo ello nos encontrábamos ahora en el Interior.

—Es posible que Alfa nos apoye —dijo el Lobo—, pero no están aquí. Dado que no tenemos conexión con los generadores de hiperpulsación, no podemos establecer contacto con ellos. Y aunque pudiéramos, la situación en Crimond hace que sea improbable que puedan partir a tiempo de intervenir en los acontecimientos de este lugar.

—¿Es posible que los informes de situación de Crimond también hayan sido falsificados? —quiso saber García.

—Sí —contesté—, pero no es probable. Los medios de comunicación de la ManFed han informado de la presencia de los Clanes en la zona, y eso implica que hay combates.

—Así pues, no podemos contar con Alfa —concluyó Grazier con malhumor.

—Pero ellos tampoco podrán reorganizarse contra nosotros. Al igual que Alfa, las fuerzas de los Dragones en otros planetas también están combatiendo. No podrán intervenir en un futuro inmediato. Por ninguna de ambas partes. Sólo podemos contar con las fuerzas que tenemos en el Interior para hacer frente a las fuerzas de Alpin en el planeta.

—Y en órbita —gruñó García.

—No parece que debamos tomar eso en consideración —intervino el coronel.

—¿Qué?

—Mientras veníamos hacia aquí, Ham Atwyl y su compañero de ala ascendieron

a una órbita superior. Allí se encontraron con la flota de reserva. Ham planeaba explicarles la situación. Al parecer, pensaba que podía convencerlos para que se pusieran de nuestro lado o, al menos, mantenerlos neutrales, y parece que lo ha conseguido hasta cierto punto. Hace media hora, la capitana de flota Chandra ha emitido un comunicado en que ha declarado que la flota es neutral en el conflicto. En esta declaración de neutralidad se incluyen la estación Gobi y los recursos del sistema situados en el espacio profundo.

—¿Incluidos los satélites? —preguntó Grazier.

—Sí. Se retendrán todas las exploraciones orbitales Chandra dice que eliminarán o desconectarán los satélites que se utilicen para realizar transmisiones no autorizadas. La declaración de Chandra parece omitir los recursos aeroespaciales que estén actualmente en tierra. No obstante ella apremia a los contrincantes, según sus propias palabras, a reducir al mínimo los daños en los recursos aeroespaciales de los Dragones evitando su uso tanto como sea posible.

—¿Qué está haciendo Ham ahora? —inquirió Cythene Martel. Como capitán de la *Chieftain*, ella formaba parte del personal de mando de Atwyl.

—Nada. Lo han citado como participante y lo han internado mientras dure la disputa. Chandra mantendrá el control del Centro de Mando Aeroespacial hasta entonces. —El Lobo se encogió de hombros y añadió—: Parece que la capitana de flota quiere que las fuerzas aeroespaciales representen un papel más importante en la jerarquía de los Dragones, sea cual fuere el bando que alcance la victoria.

—Así pues, intentan forzar que la lucha sea estrictamente planetaria —dijo García.

—No ha oído bien —repuso Martel—. No se dijo nada de cosas basadas en el suelo ni nada que pudiera venir. En concreto, no mencionaba ninguna acción en la interfaz atmosférica, ¿verdad, coronel Wolf?

—En efecto. Todavía podemos esperar Naves de Descenso y cazas aeroespaciales que operan en trayectorias transorbitales.

—¿No habrá bombardeos desde las naves de guerra? —preguntó García.

—Si la capitana de flota advierte que la ventaja se inclina por uno de los bandos, es posible que abandone su neutralidad para acabar en el lado vencedor —explicó Wolf—, pero es un problema del futuro. En el presente tenemos otros más acuciantes. En Outreach hay casi tres regimientos. Todas las unidades de Beta y Gamma están presentes y, a juzgar por el rendimiento de sus comandantes en jefe, creo que podemos estar seguros de que ambos regimientos apoyarán a Alpin sin titubeos.

—¿Qué me dice de Epsilon? —inquirió Grazier. Su expresión de cordero degollado indicaba que esperaba una respuesta poco halagüeña.

—Sólo está la mitad en el planeta —contesté—, pero la ausencia de la coronel Nichole en la reunión del Juicio implica que ella y sus oficiales están a favor de Wolf.

—Eso en cuanto a los oficiales, pero ¿y las tropas? —insistió Grazier.

—Los Dragones son entrenados como un grupo y organizados según criterios de compatibilidad. Eso da a los regimientos su carácter. Los líderes promocionados desde sus filas tienen, de forma natural, la misma personalidad que el grupo. Un oficial de un regimiento destinado a otro se esforzará por reflejar el carácter de su nuevo regimiento, al menos si quiere mantener la lealtad y el respeto de sus tropas, claro está. Como resultado, las tropas suelen compartir las opiniones de su jefe, además de recibir sus órdenes.

Pensé que mi discurso sonaba a una conferencia académica y la expresión agria de Grazier lo confirmó.

—Creo que sabemos cuál es la posición de la infantería de la Epsilon, dado que son los muchachos de Elson. ¿Cree que el resto de la Epsilon luchará por usted, coronel? —preguntó.

—Si pueden, sí.

Nadie creyó necesario señalar que Epsilon, al igual que Beta y Gamma, seguía estando en el Mundo. Resultaría difícil a un solo regimiento vencer a los otros dos.

—Si Elson no consigue eliminar a Nichole de la misma manera que intentó hacerlo con el coronel —comentó García.

—No lo creo probable —respondió el coronel—. El asesinato es una herramienta de la noche y ahora brilla la luz del día. Elson no podría desentenderse fácilmente de ese crimen y no puede permitirse ningún motivo de deshonor.

—Entonces tenemos que establecer contacto con Nichole —razonó Grazier.

—En cuanto podamos —admitió el Lobo—. No hay más unidades de BattleMechs en el planeta, salvo algunas unidades de entrenamiento en la Guardia Nacional. Como dijo Brian, las unidades de combate son bastante homogéneas, pero la Guardia Nacional es más variada. Joe, ¿cuál es tu valoración de las preferencias de la Guardia?

García pareció un poco molesto cuando todos se volvieron hacia él. Se peinó los cabellos con una mano y acabó el gesto con un suave masaje en su cuello.

—«Variada» es una buena manera de describir la situación. Yo diría que la Guardia está dividida. No obtenemos mucha información sobre el Mundo, pero, al parecer, la mayoría de las unidades que no fueron enviadas aquí, apoyan a Alpin como jefe legítimo de los Dragones. Si Alpin y sus secuaces enviaron lejos a la Guardia para alejar a los partidarios de usted, han demostrado ser vulnerables. Cuando transmitimos su llegada, sufrimos algunas deserciones. Las brigadas Décima y Duodécima, la compañía de Vikingos y tres o cuatro *sibkos* marcharon del campamento y se dirigieron hacia el complejo de la Fortaleza. No han dicho nada, pero podemos suponer que apoyan al otro bando. Eso equivale a una cuarta parte de los BattleMechs de los Guardias.

—El complejo de la Fortaleza —dije, dando un tono interrogativo a mis palabras—. Lo he visto señalado en el mapa, pero nunca he estado allí.

—Es un área de prácticas de guerra —dijo Grazier—. Es para escenarios de ataque. Si se hacen fuertes allí, costará Dios y ayuda sacarlos.

—¿Todavía tenemos un enlace de mando con la Fortaleza, Brian? —preguntó el coronel Wolf.

Lo comprobé.

—El ordenador sigue aceptando nuestras contraseñas.

—Bien. Ordena al ordenador que se bloquee, prioridad alfa-omega-omega-tres. Esto les impedirá acceder al arsenal y desconectará las defensas simuladas. Si quieren mantener la posición, tendrán que hacerlo por sí mismos.

—Seguirá siendo un hueso duro de roer —comentó Grazier.

—Con suerte, se quedarán quietos y observarán. Si Elson no se fiaba de ellos lo suficiente para mantenerlos en Harlech, tal vez tampoco confíe en que luchen por él.

—Tal vez no los necesite —dijo García—. Coronel, ¿vamos a recibir algún tipo de ayuda del exterior?

Wolf asintió con la cabeza y yo respondí:

—Según el último informe, el regimiento Delta y el batallón Zeta estaban librando duras batallas. Para participar tendrían que retirarse, interrumpiendo el contacto. El coronel Paxon ha apoyado siempre de forma decidida al coronel, al igual que Jamison. No obstante, el historial de Paxon sugiere que no rompería un contrato voluntariamente, así que podemos olvidarnos de Delta. En cuanto a Jamison, es imprevisible. Si volviera a casa, actuaría según la tradición de Zeta.

—Eso sería una bendición —declaró Grazier—. Podríamos utilizar la potencia de fuego de Zeta. Un batallón de 'Mechs de asalto es algo que los malos no pueden pasar por alto. Si Zeta rompe el contrato, Paxon quedaría con fuerzas insuficientes para terminar la misión. Tal vez entonces rompa el contrato también. Por otro lado, la ManFed podría permitir su marcha si tú se lo pides, Jaime. Estaríamos en deuda con ellos, pero con Delta y Zeta tendríamos las fuerzas suficientes para derrotar a los rebeldes.

—No, no podemos permitirnos quedar en deuda con la Mancomunidad Federada en estos momentos. Ya están insinuando que les debemos muchas cosas. Si aceptamos ayuda de ellos, acabaremos igual que la Caballería.

La mención de la Caballería Ligera de Eridani impresionó a todos los veteranos presentes. La Caballería era un grupo de excelentes soldados que creían en las virtudes de la antigua Liga Estelar, pero que había sido absorbida poco a poco por el ejército de la Casa de Davion. Oficialmente seguían siendo mercenarios, pero su contrato era tan a largo plazo que les quedaban pocas alternativas para elegir otros destinos. El coronel Wolf había luchado muy duro para mantener la independencia de

los Dragones y evitar esta clase de dominación. Parecía preferir la disolución antes que ver a los Dragones convertidos en una unidad mercenaria controlada por una sola Casa como la Caballería Ligera de Eridani.

—De acuerdo, entonces no podemos contar con ellos —concluyó Grazier—. ¿Qué hay del batallón Telaraña? Son los chicos de Mac. ¿Estarán de nuestro lado?

—No hemos tenido ningún contacto fiable con ellos desde hace días —respondí—. Todos los informes son de la semana pasada y llegaron a través de la capitana Svados. El segundo de MacKenzie era John Clavell; es claramente opuesto al partido de los Clanes, pero fue herido el mes pasado. El siguiente en la cadena de mando era Gremmer, que es un adoptado de los Gatos Nova. La lealtad y coherencia del batallón están en entredicho. Recuerden que Alpin es el hijo de Mac y la lealtad a la familia podría decantarse por cualquiera de ambos lados. De lo único que estamos seguros es que no sabemos dónde están.

—Tal vez Elson los ha enviado lejos —sugirió Grazier.

—Stanford Blake lo sabría —intervino Martel.

La miré con enojo. Sabía que no era Stan, pero yo tampoco era un oficial de inteligencia.

—Stan nos dio todo lo que pudo antes de nuestra partida de Harlech. Svados ha estado sabotando sus operaciones durante meses. Si estuviese aquí, les diría lo mismo.

—¿Y dónde está?

—Ojalá lo supiéramos —intervino el coronel—. Insistió en quedarse en la capital. Dijo que podía ser de más valor allí.

—¿Un espía en el campamento enemigo? No cuando es de conocimiento público que te apoya, Jaime. No conseguirá nada. —Grazier suspiró y añadió—: Es una lástima. Me caía bien.

El Lobo lanzó una mirada feroz a Grazier, pero ésta aparentó no darse cuenta. García sí, e intentó dar un tono más optimista a la reunión.

—¿Qué hay de los kuritanos, coronel? Vinieron específicamente para unirse a usted, ¿no?

—Algunos, sí. Pero como fuerza de combate, son un comodín. Como no han sido inducidos de manera oficial, es probable que no intervengan. Sería lo más sensato.

Una llamada prioritaria pasó entre el flujo del tráfico de mensajes en la red. La pasé de inmediato.

—Coronel, el centro de mando informa que una Nave de Descenso sobrevuela el Sector Naranja.

El Lobo bajó bruscamente la mano hacia la consola del mapa y la imagen se desvaneció, siendo sustituida por una representación del sector de mando del continente. El Sector Naranja, una de las cuatro divisiones de colores del Interior, era

una cuña ancha que se extendía desde el Área de Entrenamiento Tetsuhara hacia el este. El terreno era agreste, tierras yermas en su mayoría. Más allá, la tierra empezaba a descender hacia el mar en un desierto rocoso delimitado por una cordillera que atravesaba el mar en forma de complejo laberinto de islotes. El Sector Naranja era una zona improbable para un ataque importante de los usurpadores; las líneas de suministros con el Mundo serían más complicadas que en cualquiera de los otros tres sectores.

—¿Vector? —inquirió el coronel.

—Ha venido del norte y después ha virado al oeste —informé, trazando al mismo tiempo los datos en el mapa de la mesa—. Ahora avanza sobre las montañas hasta quedar fuera de nuestro alcance.

—¿Un vuelo de reconocimiento? —sugirió Martel.

—Negativo —dije con la autoridad de un informe recién llegado—. Múltiples contactos en vectores descendentes. Ha estado poniendo huevos. Pronto llegarán BattleMechs. La estimación es de dos o tres compañías.

—Que salgan los 'Mechs de inmediato —ordenó el Lobo—. Joe, que la mitad de los blindados formen una segunda línea. Los demás y la infantería, que mantengan sus posiciones. Si podemos, tenemos que ir a su encuentro antes de que se organicen.

Elson permanecía sentado, contemplando el holotank donde daba vueltas un globo verde que representaba a Outreach. El mayor continente del Interior era cada vez más imperceptible, mientras que el vasto mar Argioseano ocupaba la mayor parte de la superficie visible. Después, poco a poco, fue apareciendo el otro continente más pequeño. Elson activó la pantalla de visualización de fuerzas. Unos puntos azules inundaron la superficie de la esfera, marcando las posiciones de las fuerzas leales a Alpin. También surgieron otros puntos, rojos para las fuerzas leales a Wolf y ámbar para los que todavía no habían decidido a quién apoyar en la lucha por el control de los Dragones.

*La primera etapa de la batalla*, se recordó a sí mismo. En cuanto se hubieran encargado de Jaime Wolf, podrían empezar las fases siguientes. Alpin no dirigiría a los Dragones por mucho más tiempo.

*Alpin, ese necio engreído.*

Alpin se denominaba a sí mismo Khan de los Dragones de Wolf. Ese muchacho, enamorado de todo lo que tenía alguna relación con los Clanes, quizá pensó que el uso de las designaciones de los Clanes lo haría más popular entre los miembros de su facción partidarios de los Clanes. Si había sido así, había hecho caso omiso de los sentimientos de aquellos que se encontraban en su bando por otras razones y que no tenían ningún aprecio especial por los Clanes. De hecho, muchos de éstos ya se habían ofendido cuando Alpin necesitaba todo el apoyo del que podía disponer.

Elson había quedado involuntariamente expuesto a la luz pública tras la repentina declaración por parte de Alpin de que el cargo de saKhan tenía que ser restablecido y de que Elson lo ocuparía. Su propósito, un retorno a las genuinas figuras de los Clanes, era loable. El último saKhan de los Dragones había sido Joshua Wolf, uno de los Dragones iniciales. Cuando Joshua fue asesinado, Jaime Wolf fusionó ese cargo con el suyo, movimiento que representó el primer alejamiento evidente de los Dragones de su legado.

El momento de esa reforma no había sido el primer error de Alpin. No. Ese



desafortunado movimiento siguió al atentado fallido contra Jaime Wolf. El aterrado Alpin había ordenado a los guardias de seguridad que disparasen contra Patrick Chan y su lanza en cuanto éstos hubiesen descendido de sus 'Mechs. Fue una mala elección. El viejo e irritado piloto de 'Mechs era jefe de operaciones de BattleMechs y un aliado potencial porque creía en la senda del honor. Podían haberlo convencido de que el futuro se encontraba en una revitalizada organización de los Dragones según el modelo de los Clanes. Sin embargo, Elson había sido capaz de esconder la verdad bajo la mentira de que Chan y sus MechWarriors habían atacado a Alpin. No todos le creyeron, pero nadie desmintió esta historia en público.

Entonces, en una inconsciente burla a los planes de Elson, Alpin había hecho su extraño y confuso anuncio de la restauración de los rangos de Khan. La negativa por parte de Elson de dar su apoyo y aceptar el movimiento habría desconcertado a Alpin y debilitado su débil jefatura de los Dragones. Elson todavía no estaba preparado para eso. Ni estaba preparado para salir a luz como el poder que estaba detrás de todos los cambios. Sabía que debía aprobar el retorno a la genuina estructura de mando de los Clanes, pero ese movimiento era difícil, ya que alejaba a algunos Dragones cuya lealtad al nuevo liderazgo era incierta. Mientras tecleaba el código del regimiento Epsilon, Elson observó que la actualización de los datos cambiaba algunas de las luces de azul a ámbar. Unas pocas compañías de BattleMechs y la mayoría de los elementos de apoyo pasaron a ser rojas.

Mientras Elson meditaba sobre la nueva situación, el globo holográfico continuaba girando, visualizando de nuevo el Interior. El pequeño y desarrollado continente estaba principalmente iluminado por luces rojas y ámbar, tanto que el Interior era sobre todo ámbar, con pequeños grupos rojos y unos cuantos puntos azules dispersos. Ciertamente, la mayor parte de las unidades representadas por las luces ámbar eran Guardias Nacionales, no tan capacitados para el combate como los regimientos del frente, pero sólo un loco podía desdeñarlos. Si apoyaban a Wolf, habría una feroz batalla. La maldita posición neutral tomada por la capitana de la flota Chandra le impedía determinar la lealtad de muchas de las unidades de los Guardias Nacionales. Cuanto más pronto actuara, mejor irían las cosas.

La puerta hacia la oficina se abrió y se oyó el bullicioso ruido del centro de mando. Molesto por la interrupción, exclamó:

—¿Qué pasa?

—Llamada de Delta, señor. Se informa de que los kuritanos se están alejando de su campamento en el sector Provenza. Hay un convoy con los BattleMechs.

Aunque no era de su agrado, ya había previsto ese movimiento de los kuritanos.

—¿Han abierto fuego?

—*Neg.* El 643.º de infantería de la Guardia Nacional estaba de guardia. Decidieron retirarse.

—Activen el gran tanque. Saldré dentro de un minuto.

Ya hacía un tiempo que esperaba algún movimiento por parte de los kuritanos. Sin embargo, el convoy era interesante: se convertiría en subordinado de los MechWarriors. Sin duda, los kuritanos se habían cansado de la hospitalidad de los Dragones. Pero ¿adonde se dirigían? ¿A casa o a ayudar a Wolf?

La posibilidad de que fueran a reunirse con Wolf no debía descartarse. Jaime Wolf había equipado parcialmente a los kuritanos con máquinas de los Dragones, lo cual era probable que hubiese engendrado una especie de deuda de honor. No obstante, esos aparatos eran propiedad de los Dragones, no de Wolf. Los kuritanos no podían marcharse sin entregar el equipo.

Elson entró en el centro de operaciones. Como había ordenado, el holotank estaba funcionando. Con una mirada supo el número de BattleMechs que había en la columna, y esta cifra le reveló que los kuritanos estaban llevándose el equipo de los Dragones. Caminó alrededor del tanque, pasó al lado de Fancher y Parella y acabó delante del pequeño kuritano que observaba el holotank. Como de costumbre, el hombrecito no parecía intimidado por el volumen o porte de Elson. Era un rasgo admirable, aunque también irritante.

—Bien, Noketsuna, son los miembros de su clan, ¿qué están haciendo?

—Se van —fue todo lo que dijo.

Elson consideró que esta respuesta no era suficiente.

—¿A luchar junto a Wolf?

—Wolf es un rebelde según su ley —respondió Notkesuna con una expresión imperturbable—. Los kuritanos desprecian a los rebeldes. Los que infringen las obligaciones del deber son proscritos.

—Ya han sido proscritos, ¿*quiaf*?

—Algunos considerarían que sí —afirmó el kuritano con ambigüedad.

—¿Eso significa que cree que se dirigirán a Wolf?

—No puedo saber lo que piensan.

Fancher se acercó a ellos.

—Si nos apoderamos de sus Naves de Descenso, los Serpientes no se marcharán.

—No se lo aconsejo —replicó Noketsuna—. Esas naves son de su propiedad. Creo que, dados los acontecimientos actuales, tendrán el armamento preparado para defenderse. Si inician una batalla para conseguir las naves, obligarán a las fuerzas de tierra a que luchen contra ustedes.

—Las Naves de Descenso son un bien demasiado grande para que nos rindamos, Elson —repuso Fancher con una mueca de irritación—. Si conseguimos apoderarnos de ellas, aumentaremos nuestras fuerzas disponibles. Casi podremos poner otro batallón al otro lado en la primera oleada. Mande a los comandos por las naves. Los Serpientes no opondrán resistencia cuando vean que están acorralados.

—No se lo aconsejo —repitió Noketsuna.

Elson dio un vistazo al centro hasta que vio al mayor Sean Eric Kevin del Séptimo Comando. Lo llamó y lo puso al corriente de la situación.

—Es posible, pero necesitaríamos los códigos para bloquear las armas y tomar el control de los ordenadores —afirmó Kevin tras considerar las diferentes opciones.

Elson se giró hacia el kuritano y dijo:

—Usted tenía acceso, Noketsuna, ¿*quiaf*?.

—Sí.

—Puede darnos esos códigos, ¿*quiaf*?.

—Sí.

—Pues dénoslos.

—A sus órdenes.

Las palabras de Noketsuna eran serviles, pero su actitud era provocativa. No tenía importancia. Ese kuritano no se atrevería a darles unos códigos falsos para los ordenadores.

—Kevin, envíe a sus comandos al puerto y póngalos en posición de espera. Quiero dos Estrellas de Elementales preparadas para facilitar apoyo. —Elson dio otras órdenes para el despliegue y agregó—: Noketsuna, usted se viene conmigo. Quiero hablar con sus compañeros kuritanos.

El rayo del cañón de proyección de partículas chisporroteó al pasar junto al aerojEEP y chocó contra el edificio que tenían detrás. Humo y escombros saltaron de la pared y una lluvia de piedras y metralla cayó sobre el vehículo. Uno de los fragmentos le hizo un corte en una mejilla a Elson. Aceleró y sacó al jeep fuera del campo de fuego del 'Mech.

—¿Qué sucede? ¿Qué dijo ese tipo?

—Dijo que las Naves de Descenso estaban siendo atacadas.

Elson blasfemó. Alguien había tomado la iniciativa en el momento erróneo, y sabía de quién se trataba. Fancher era demasiado impaciente.

—Se lo había advertido —afirmó Noketsuna.

—Y tenía razón. Lo recordaré.

Elson recorrió la calle a gran velocidad. Los primeros 'Mechs de los kuritanos no tardarían en llegar a la esquina que estaba detrás de ellos. Afortunadamente, la calle no era lo bastante ancha para que dos máquinas gigantes pudieran disparar con comodidad; tendrían que esquivar el fuego desde un solo carril. Apareció un 'Mech en el espejo retrovisor: era el *Warhammer* que les había disparado antes. Rayo de partículas. Podía haber sido peor; hubiese resultado más difícil evitar una ráfaga de misiles. En cuanto vio la pálida luz de la carga en la oscuridad de la boca del arma,

Elson dio un golpe de volante. Cortó la corriente de los ventiladores a estribor y dejó que el jeep sacara aire a babor. Los bordes de estribor rascaron el pavimento entre una rociada de chispas y los dos pasajeros del vehículo casi fueron arrojados al suelo.

Un rayo azul chisporroteó por encima de sus cabezas; habían fallado el tiro por poco. Elson reactivó los ventiladores y aceleró el motor. Las balas seguían al jeep, que parecía gritar buscando auxilio en un callejón. Saltaron gotas de asfalto mientras las balas de calibre pesado avanzaban hacia el jeep. Elson pisó el acelerador con el fin de utilizar la velocidad para intentar superar el mecanismo de rastreo del arma. El metal chirrió cuando las primeras balas alcanzaron la parte trasera del jeep. Entonces, doblaron una esquina y quedaron a salvo detrás de un edificio.

Hacer carreras por la ciudad era peligroso, pero Elson no tenía otra elección. Necesitaba la velocidad para alejarse de las fuerzas kuritanas. El ligero aer jeep no estaba armado y, aunque lo hubiera estado, no habría podido con los Mechs. Noketsuna informó de que los disparos del *Warhammer* habían destruido la radio.

Elson decidió dirigirse al puerto. Podía llegar allí mucho antes que los 'Mechs pesados, como el *Warhammer*, que habían intentado matarlos. Incluso los elementos más ligeros, en el caso de que el jefe de los kuritanos decidiera enviarlos, serían más lentos que el aer jeep. Sin embargo, aunque les llevase la delantera, este hecho no representaba mucho, ya que necesitaría cada segundo para retomar el control de la situación.

Podía oír cómo se aproximaban las armas energéticas. Las puertas estaban abandonadas, abiertas a quien quisiera utilizarlas. Debido a la precipitación, Elson casi estrelló el jeep después de que uno de sus bordes rozara contra un poste. Cuando pudo ver la parte superior de las Naves de Descenso de los kuritanos detrás de una fila de hangares y naves de mantenimiento, redujo la velocidad y buscó una zona segura donde poder pararse. Dirigió el jeep hacia un hangar abierto y lo detuvo cerca de la puerta opuesta. Noketsuna lo acompañó cuando bajó del vehículo y se precipitó hacia una ventana.

Era tan terrible como se había temido. Los Elementales estaban inmovilizados por el fuego de las Naves de Descenso y había comandos muertos sobre el asfalto. Un Punto de cinco Elementales estaba subiendo por el flanco de una Nave de Descenso de Clase *Union*. Su posición en el casco de la nave los protegía de sus armas, y la misma nave los resguardaba del fuego de las tres naves hermanas de la *Union*. Los Elementales avanzaban, totalmente decididos a capturar al menos a una de las naves.

Era inútil. La llegada de los BattleMechs de los kuritanos representaría la muerte de los Elementales.

Elson localizó uno de los otros Puntos mientras se protegía detrás de una pared derribada y fue rápidamente hacia ellos. Se agachó al lado de un soldado de reserva y le ordenó que abriera su traje. Utilizó el equipo de comunicaciones del soldado para

conectarse con el centro de operaciones. Blasfemó al oír que Fancher había ordenado que Beta entrara en acción. Dos batallones se dirigían al puerto, y el tercero, a interceptar la columna principal de los kuritanos. Elson revocó la orden inmediatamente. Al cabo de unos segundos, Fancher estaba al habla, gritándole.

—¿Qué se cree que hace?

—Protejo nuestros bienes, coronel Fancher. No podemos perder BattleMechs en un combate infructuoso, y necesitamos las instalaciones del puerto más que evitar que los kuritanos se vayan. Una batalla en este momento inutilizará nuestra campaña.

—Así pues, ¿dejaremos que se marchen?

—*Af.*

—¿Y si se van con Wolf?

—Entonces van hacia la muerte.

Dentro de un BattleMech siempre tienes el miedo del copiloto. No siempre piensas en ello, pero a veces no piensas en nada más. Pero pienses o no, el miedo siempre está ahí, metido en las tripas.

Un BattleMech debe de ser la máquina de lucha más formidable que haya diseñado el hombre, pero no es invulnerable, sobre todo cuando se confronta con otro 'Mech. Como MechWarriors, te entrenan con simuladores y en la dura escuela del combate hasta que eres muy bueno, pero tu oponente puede ser mejor. El equipo, la destreza y el coraje pueden mejorar tus posibilidades, pero no siempre salvarte. A veces es simplemente una cuestión de suerte y, no importa cuán bueno seas, tu suerte puede acabarse.

No podía evitar preguntarme si tenía la suerte de mi parte mientras los 'Mechs de nuestro grupo de combate despegaban desde el hangar situado fuera del centro de operaciones. Yo tenía un OmniMech, Franchette tenía una de nuestras máquinas nuevas, y Hans y Grant pilotaban diseños clásicos mejorados, pero la tecnología en los restantes 'Mechs no era tan buena. No sabíamos a quién nos enfrentaríamos, pero su tecnología probablemente sería más alta. Claramente eran más numerosos. No éramos ni cuatro lanzas, una compañía reforzada, enfrentándose al doble de enemigos.

Conocía mi propia instrucción y experiencia, y no estaba muy satisfecho con los refuerzos. Algunos de ellos habían combatido con anterioridad, pero para la mayoría de los MechWarriors de ese grupo de combate ésa sería la primera batalla. Aquellos a quienes íbamos a enfrentarnos eran, casi con seguridad, veteranos; raras veces se destina a novatos para descensos orbitales. En cuanto al equipo y la destreza nos encontrábamos en desventaja, pero no podía desdeñar el coraje de nuestros antiguos guerreros, niños de *sibko* e instructores. Conocían la situación y nunca titubeaban.

Hans y Franchette tomaron el mando de dos lanzas y se desplazaron hacia el flanco izquierdo. Grant y yo estábamos a la cabeza del resto. Dos de nuestras máquinas eran pilotadas por veteranos, pero conducían *Chameleons*. El *Chameleon* es

un 'Mech de entrenamiento, ideado para simular una gran variedad de adversarios utilizando numerosos sistemas de armas. Es un 'Mech medio, pero no siempre lo parece. Se le pueden añadir láminas extra con el fin de modificar su apariencia, y lleva un circuito electrónico especial para falsificar su signatura; estas particulares habilidades le permiten parecer y examinar como algo que no es, hecho que da origen al nombre de la máquina. Los nuestros estaban configurados para aparecer como 'Mechs pesados; queríamos parecer lo más amenazadores que fuera posible. Yo sólo esperaba que nos aseguraran la victoria en el combate; los *Chameleons* no están diseñados para viajes de larga distancia.

Como tenía una categoría superior a la de Grant, yo estaba al mando de nuestro contingente. Cuando nuestro canal de conexión con el centro de operaciones empezó a fallar, mi copiloto invisible me agarró por los testículos. Ya es lo suficientemente peliagudo cuando sólo tienes que preocuparte por ti mismo.

Nuestros 'Mechs devoraban los kilómetros. Gracias a la superior capacidad de dominio del terreno de los BattleMechs, en poco tiempo dejamos atrás a las unidades blindadas de la Guardia Nacional. No estaba excesivamente preocupado. Esperábamos que la oposición estuviese dispersa para no tener que hacer frente a todas sus fuerzas de una vez. También debían de estar sufriendo la misma falta de información que nosotros, y necesitarían llevar a cabo un reconocimiento del terreno, lo que implicaba más división de sus fuerzas. Si nos metíamos en problemas, Hans entraría desde el flanco. Si teníamos demasiados problemas, todas las fuerzas se concentrarían sobre el blindaje.

No habíamos interceptado transmisión alguna de los 'Mechs que se acercaban, ni durante su descenso ni después de él. Esperaba que esto significara que eran una fuerza de reconocimiento y, por lo tanto, que la mayoría de ellos, si no todos, fuesen 'Mechs ligeros. Si el tonelaje de las dos fuerzas era igual, su número superior no sería una ventaja. La carencia de transmisiones sugería otra cosa: los 'Mechs representaban a una fuerza hostil; si hubieran sido amistosos habrían llamado.

Nos habíamos estado moviendo por las Montañas Hannovassian durante un cuarto de hora cuando Jeremy, que se encontraba en el *Griffin*, informó sobre un contacto en su esfera de acción.

—Extraños, jefe. A un kilómetro por el flanco izquierdo. Se mantienen a poca altura. Debe de haber un par más, pero no estoy seguro. Demasiado hierro en las rocas.

—¿Alguien puede confirmarlo? —No hubo respuesta afirmativa alguna—. ¿Está en movimiento, Jeremy?

—*Neg.*

—Pues, adelante.

Había mucho metal en las montañas. No creía que fuese una unidad enemiga;

todavía estábamos lejos de su zona de descenso. Además, un enemigo hubiese reaccionado ante nuestra presencia. Esperaba no equivocarme y que Jeremy sólo estuviese inquieto.

Al cabo de veinte minutos, Jeremy informó de otra nave extraña, pero esta vez hubo muchas confirmaciones. Teníamos cinco BattleMechs moviéndose dentro de una trayectoria de interceptación. Cuando salieron de un peñasco, accioné mi amplificador para obtener una identificación visual y sentí cómo mi estomago se retorció.

Los 'Mechs que se aproximaban eran negros con bordes rojos, cada uno pintado con el emblema de una araña negra dentro de una telaraña blanca. El batallón de la Telaraña. Y no habían llamado para anunciar su llegada.

No me sentía mal sólo porque esa unidad —que había sido de MacKenzie Wolf— era aparentemente hostil, o porque dos de las máquinas eran OmniMechs, aunque esto ya era más que suficiente para que mi copiloto se alborotara. Mi preocupación era más personal: Maeve había formado parte de ese batallón. Me preguntaba si todavía estaba con ellos, como miembro de la lanza que se nos aproximaba.

Los introduje en mi ordenador de combate, dándole a cada uno un código de objetivo. Mi *Loki* me dio una señal cuando el primero entró en la zona efectiva exterior de mis misiles de largo alcance. En nuestro bando, sólo el *Archer* de Grant y el *Griffin* de Jeremy tenían MLA, pero estaba seguro de que los Omnis del otro bando podían igualarnos. Esperaba que abrirían fuego, pero no lo hicieron. En lugar de eso se detuvieron.

—Abran la formación —ordené mientras reducía la velocidad.

En cuanto hube dejado atrás la línea de nuestro avance, ordené que la lanza también moderara la marcha. Grant siguió mi ejemplo, y redujo el paso incluso antes de que diera la orden. Esto hizo que tuviéramos dos de nuestras plataformas de largo alcance en posición de apoyo. Si los guerreros de la Telaraña se asustaron por nuestra respuesta, o si simplemente no les gustaban los novatos, no lo sé. Pero empezaron a moverse de nuevo, a retroceder.

—Síganlos —ordené. Retirarse de un combate sin hacer siquiera un intento de vencer resultaba extraño, demasiado para no investigar.

Los seguimos hacia lo más profundo del cañón; su vector los acercaba a Hans y sus lanzas. Mis temores de que fuera una trampa amainaron, pero no desaparecieron. ¿Por qué? Las altas colinas y los estrechos valles entre las erosionadas montañas ofrecían demasiados lugares para ocultarse. Miré los mapas y examiné el progreso del resto de la compañía. Hans pronto estaría en posición de atravesar la trayectoria de los negros 'Mechs en retirada. Tan pronto como los hubiésemos acorralado, les sacaríamos varias respuestas a estos guerreros.

Entonces fue cuando la situación cambió radicalmente.



Un estruendo parecido a un trueno lejano resonó a través de esas tierras erosionadas. Como si fuera la señal de su entrada en escena, los negros 'Mechs que estábamos siguiendo cerraron su extendida formación, reuniéndose a la sombra de un alto peñasco, donde se giraron y se encararon a nosotros. Más 'Mechs negros aparecieron de los cañones a cada lado de nuestra posición. Mientras ordenaba la inversión de la marcha, Jeremy gritaba por el otro canal que los teníamos a nuestra espalda. Al menos veinte 'Mechs nos estaban rodeando. Todos los 'Mechs que habían descendido debían de estar ahí, pero no podía estar seguro. Los negros 'Mechs no dispararon, aunque una única descarga combinada habría devastado nuestras filas. Se oyó una voz en el canal de comunicaciones.

—Bienvenidos a la telaraña, pilotos. Hans no vendrá aquí hasta dentro de un rato. El cañón en el que entró solía tener una salida en la parte posterior, pero ya no la tiene. O sea que es una cuestión entre vosotros y nosotros, y es el momento de hablar. Si no nos gusta lo que oímos, no volveréis a ver a vuestros amigos nunca más.

Reconocí la voz enseguida aunque no la había oído durante meses, excepto en sueños.

—Maeve...

—Hola, Brian. —No parecía sorprendida, ni especialmente contenta—. ¿Dónde está Wolf?

Yo tampoco estaba seguro de sentirme contento.

—Ese es su *Archer*, a mi lado.

—Lo sé, pero él no se encuentra dentro.

—¿Qué te hace pensar eso?

Hubo una pausa, como si estuviera pensando qué decir. Quizás estaba enfadada. Yo casi esperaba ver abrirse las cubiertas protectoras de las armas de su 'Mech. Cuando finalmente respondió, su voz sonó tranquila, conciliadora.

—La máquina no se mueve como la de Wolf. ¿Dónde está?

Quería decírselo. Quería que formase parte de nuestro bando, pero tenía la responsabilidad de no dejar que mis sentimientos personales pusieran en peligro al coronel Wolf. Hasta que no supiese de qué lado estaban ella y sus camaradas, no podía confiarle el paradero del coronel. Nuestra posición era demasiado precaria.

—En otro sitio —respondí con la garganta seca.

Se rió.

—Muy cauteloso, Brian. ¿Te mostrarías tan cauteloso si te dijera que estamos aquí para luchar a su favor?

—¿De veras?

—Respuesta a una pregunta con una pregunta. Has merodeado con Stan Blake demasiado tiempo. Por cierto, ¿está con Wolf?

—El coronel Blake se quedó en el Mundo.

—¿Para hacer de espía?

Su tono era locuaz, y la moderación mostrada por los guerreros de los 'Mechs negros era una declaración en sí misma. Decidí arriesgarme.

—No sabemos qué le pasó.

—Parece que las cosas no están muy bien.

No necesitaba que me dijeran eso.

—¿Has venido a luchar a favor del coronel?

—Es posible.

—Ahora tú estás siendo cautelosa.

—Con razón. Nos enteramos de la noticia de la muerte de Mac por la red, pero no dijeron nada de Wolf. No es su estilo. Entonces supimos que Alpin era el nuevo jefe de los Dragones y que se había autonombrado Khan. Esto hizo sospechar a algunas personas, pero no obtuvimos buenas respuestas a nuestras preguntas, nada lo bastante claro como para llegar a pensar que realmente había un problema. Cuando oímos que Elson y Fancher dirigían gran parte de la función y que Kelly Yukinov ni siquiera se encontraba en Outreach, unas cuantas personas se exaltaron. Tuvimos una... una salida en falso, pero lo corregimos y nos pusimos en marcha. No hacía ni treinta segundos que nos encontrábamos en el espacio cuando la capitana de la flota Chandra nos llamó para decirnos que lo mejor sería que nos alejáramos del planeta. Intentó convencernos de que nos uniéramos a sus naves en órbita, con el fin de esperar hasta que la situación se calmara, pero no es así como hacemos las cosas en este batallón. Descendimos aquí porque sabía que éste es el lugar al cual Wolf iría si saliese de Harlech.

—Pero descendisteis como si vinieseis a luchar.

—No lo sabía.

—Podíais haber transmitido vuestras intenciones. O al menos vuestras preguntas. Os podíamos haber dicho qué pasaba y si habíais aterrizado en el centro de operaciones.

—Por supuesto —dijo ella sarcásticamente—. Por si no lo habías notado, no todas las personas involucradas en este asunto han dicho la verdad. Si hubiésemos llegado y divulgado a quién apoyamos, y Wolf todavía no hubiese estado aquí, no habríamos sido muy populares entre los jefes. Con esta clase de descenso, siempre podíamos exigir prudencia y no revelar nuestras preferencias por ninguna de las partes.

Quería oírsele decir.

—Así pues, estáis aquí para luchar a su favor.

—Vosotros lucháis a su favor, ¿no?

Podía imaginar la sonrisa que acompañaba a esa pregunta. Yo mismo sonreí al responder:

—Sí.

—¡Ja! Sabía que desafiara el Juicio. —En la voz podía notarse su alegría. Vagamente, oí otras voces, una filtración a través de su micrófono desde los canales a los otros 'Mechs negros—. Supongo que nosotros también.

No puedo expresar el alivio que sentí. No hay palabras que lo describan. Sin embargo, era para el bien del coronel. El batallón de la Telaraña era elemento adicional muy importante para nuestra capacidad de lucha. Personalmente, estaba un poco aturdido. Maeve había vuelto a mi vida y no sabía muy bien si me apetecía.

—¿No sería mejor que hablaras con Hans, antes de que nos ataque? —sugirió ella.

Lo hice. Al cabo de una hora ya nos habíamos unido y no dirigíamos de vuelta al centro de operaciones. Tan pronto como estuvimos dentro del radio de alcance de una de nuestras estaciones retransmisoras, anuncié la buena noticia.

Elson entró en el centro de mando ya enfadado. No le preocupaba el autoritario tono del llamamiento de Alpin. Le preocupaba incluso menos el hecho de que pareciese que el muchacho pensara que realmente tenía el mando.

Todo el consejo de mando leal a la organización de los Dragones estaba allí. Neil Parella y Alicia Francher estaban sentados en lados opuestos de la mesa, mirándose con una hostilidad nada disimulada. Su rivalidad hacía que fuese muy fácil contraponerlos. Elizabeth Nichole, la otra comandante en jefe de un regimiento de combate, estaba trabajando en una consola cerca de la puerta que daba a una de las oficinas alineadas a lo largo del centro de operaciones. Pese a los temores iniciales sobre ella, Nichole había resultado ser una defensora del nuevo régimen. Sean Kevin del Séptimo Comando estaba sentado en una esquina. Era un oficial callado y eficiente que no tenía interés alguno por la posición estratégica de los Dragones; sólo quería que alguien le indicara la dirección correcta para utilizar su destreza. Elson pensaba que era una persona muy valiosa. Rebecca Ardevauer del Grupo de Soporte de Fuego era menos dócil, pero también era una persona valiosa. Era apreciada, y protestaba sobre la necesidad de evitar conflictos e intentar estar de acuerdo con el resultado del Juicio de Posición. Douglas Piper, del Batallón de Soporte, era más enigmático. No decía mucho, sólo daba a conocer su voto, que siempre era el que Elson quería.

Aunque no pertenecía al consejo, Noketsuna también estaba presente, y hablaba en voz baja con Svados. El kuritano estaba demostrando que era muy valioso debido a su intuición acerca de la reacción de la población local que era indagada en el ejercicio de sus ligeramente dudosas dotes de investigación. Hacía un buen trabajo junto a Svados, quien había sido ascendida recientemente a jefe de la Red de los Lobos en ausencia de Stanford Blake.

Por supuesto, Alpin Wolf también había acudido a la reunión. Estaba de pie, apoyado sobre la mesa principal, absorto en las imágenes que brillaban en el holotank. Su chaqueta de MechWarrior, con su colección multicolor de placas de reconocimiento de las distintas unidades, estaba tirada sobre una silla.

Elson no le prestó atención y se dirigió a Nichole.

—¿Todo va bien en Epsilon, Nichole?

Alpin levantó la vista cuando oyó la voz de Elson. Frunció el entrecejo cuando vio hacia quién se dirigía Elson. Golpeó la mesa con la mano.

—Mi abuelo está reuniendo tropas en el Interior. Estoy convencido de que tiene el propósito de atacar la capital. Debe de suponer que puede echarme de mi cargo y retomar el mando.

Parella dio un bufido.

—No es capaz de vencer a tres regimientos de BattleMechs con apoyo completo, cuando lo mejor que puede recoger es un puñado de viejos y niños.

—No hay nada que demuestre que realmente está haciendo algo —señaló Nichole.

Alpin puso un dedo en el holotank.

—Explíqueme el descenso del batallón de la Telaraña. No lucharon cuando aterrizaron.

—Eso es lo que dice el informe, pero no tenemos una confirmación definitiva —repuso Svados.

—No tiene por qué haberla —declaró Alpin—. La Telaraña puso al descubierto a todos aquellos que apoyaban la sucesión legítima antes de irse de Wing. Desde luego han venido a respaldar la rebelión de mi abuelo.

—Chandra dice que la capitana Maeve está al mando del batallón —continuó Svados.

—¿Maeve? Es una buena soldado, pero no es más que un cachorro —dijo Fancher riendo—. No está preparada para llevar el mando. Si es lo mejor que Wolf puede conseguir, no tenemos por qué preocuparnos.

—Tiene más o menos mi edad —dijo Alpin. Intentó que su tono de voz sonara como una advertencia, pero fue más similar a un quejido.

Fancher parecía estar asqueado y a punto de decir algo.

—Hay muchos jefes de batallones de su edad entre los Clanes —intervino Elson—. En las circunstancias actuales, la edad no es la cuestión, sino la política. Que no hubiese ninguna lucha entre los leales a Wolf y el batallón es un claro signo de que la Telaraña apoya a Jaime Wolf.

—Si es que apoya a alguien —sugirió Nichole. Aunque había admitido a Alpin como líder de los Dragones, todavía le costaba aceptar el hecho de tener que enviar tropas contra Jaime Wolf.

—Liz, si Wolf simplemente fuera a ceder, se habría marchado del sistema —razonó Parella.

—Quizá sí, o quizá no —repuso Elizabeth Nichole, mordiéndose un labio y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Jaime Wolf ha manifestado su rebelión al escapar —dijo Alpin en voz alta—. Propongo un primer golpe, antes de que perdamos a más partidarios.

Sorprendido, Elson se giró hacia él.

—¿Qué quiere decir con *más*?

Alpin sonrió, aparentemente satisfecho de haberse adelantado a Elson en algo.

—Ayer por la noche, Graham se llevó de aquí al Grupo de Reconocimiento Especial. Se marcharon del campamento Dorrety justo después de medianoche.

Elson se giró hacia Svados.

—¿Es eso cierto?

La mujer asintió con la cabeza.

—Se ha perdido todo contacto con ellos —informó Noketsuna—. Se advirtieron varios vehículos moviéndose hacia el estrecho de Jormenai, lo cual sugiere que se dirigen al otro lado de la montaña. Sin embargo, podría tratarse de una estratagema. Todo el grupo o parte de él podría continuar en este continente para formar una fuerza hostigadora. En cualquier caso, creo que está totalmente claro que son simpatizantes de Jaime Wolf.

—Al igual que sus malditos amigos de Kurita —exclamó Alpin.

—Entonces, ¿también se han pasado al otro bando? .—Nichole no parecía muy contenta.

Empujando la silla hacia atrás para que chirriara al rozar contra el suelo, Fancher se puso de pie.

—En cuanto Elson suspendió el ataque, cargaron a su gente en las Naves de Descenso y se marcharon. Ni siquiera fingieron irse a otro sitio. Se elevaron y se dirigieron directamente al Interior. Sólo aterrizaron el tiempo suficiente para descargar los 'Mechs, después las Naves de Descenso volvieron a ascender y tomaron una órbita geosincrónica por encima del sector Verde, convirtiéndose en una alta protección para el complejo de operaciones de instrucción.

Elson no hizo caso de la maligna mirada de Fancher.

—Es un cambio insignificante en la dinámica.

—Y todavía podemos convertirlo en menos —dijo Alpin, mientras tecleaba en el tablero de control del holotank.

El globo de imágenes se contrajo y alrededor aparecieron caminos orbitales de neón. Por encima del Interior oscilaba una formación de cuatro Naves de Descenso. Flechas vectoriales sobresalían de varios puntos orbitales y mostraban la manera de aproximarse a la posición.

—Sólo descendieron los 'Mechs, lo cual significa que las familias de los MechWarriors se han quedado en las Naves de Descenso. En órbita no hay instalaciones portuarias de las que debamos preocuparnos. Si derribamos a las naves en el cielo, les enseñaremos a esos Serpientes la lección que se merecen. Podemos

hacer que sus familias paguen por la necesidad de los MechWarriors.

Elson rodeó la mesa y golpeó a Alpin sin dirigirle una sola palabra. El muchacho voló por la habitación hasta caer sobre una mesa. Alpin lanzó una mirada de odio a Elson. Todo lo que Elson sintió fue desprecio.

—¡Le di un rango y puedo quitárselo! —exclamó Alpin.

Totalmente calmado, Elson respondió:

—No según las leyes de los Khanes.

—¡Puedo obligar al Consejo a que lo haga!

—Adelante.

Alpin se levantó, manchado de sangre en la mejilla debido a un corte en el labio, mientras se frotaba la boca que ya tenía de un intenso color rojo. Dio un vistazo al grupo reunido. La única cara ilegible era la de Noketsuna. Los Dragones tenían un semblante severo, y no parecían nada compasivos. Como Elson había esperado. Las familias, fueran de sangre o hermanos de *sibko*, eran sagradas; no eran objetos de guerra. Sólo los decadentes guerreros de la Esfera Interior hacían la guerra contra civiles.

—¡Están todos despedidos! —gritó Alpin.

Cuando nadie se movió, volvió a mirarlos y fue hacia su despacho. Dio un portazo.

Elson se giró rápidamente hacia la consola del holotank y volvió a convertir la imagen en una representación del Interior.

—¿Tenemos alguna información sobre dónde se desplegarán los kuritanos?

—No, señor —respondió Svados.

—No son una unidad coherente —afirmó Noketsuna—. No tienen especialidades ni organización.

—¿Está intentando decirme que no lucharán bien?

—Lucharán. Han dado su lealtad y morirán por Wolf. No los rebaje, pero tampoco espere adivinar cómo van a utilizarlos.

—Parece que son tan estables como el pequeño Al —añadió Parella.

—Sí —estuvo de acuerdo Fancher—. ¿Cuándo se va a deshacer de esa colección de genes malos?

Elson miró a través del holotank y se encontró con su mirada.

—Cuando llegue el momento oportuno.

—Necesitamos a un verdadero jefe si queremos ir tras de Wolf.

—Jaime Wolf es la cuestión, coronel Fancher. ¿Cuán fuerte cree que sería su petición para legitimar el liderazgo mientras él todavía esté vivo?

—Más fuerte que la suya —contestó ella—. Podría desafiar al pequeño Al a un Juicio de Posición.

—Los Dragones no pueden tener otro Juicio en este momento —intervino

Nichole.

—Ella tiene razón, Fancher. En algunos lugares se dice que Jaime Wolf está poniendo en duda los resultados del Juicio.

Fancher dio un bufido.

—Perderá el desafío igual que perdió el Juicio. Estamos mejor equipados y somos muchos más. Ni la Telaraña ni los kuritanos cambiarán la balanza para ponerse a su favor. Solamente habrá más sangre. Y, al fin y al cabo, eso no importa.

Elson sabía que Fancher carecía de precauciones para el mando y ahora estaba condenándose a sí misma con sus propias palabras.

—Si cree que la cantidad de sangre arrojada no preocupa, no me importaría servirle como Khan.

Observó con satisfacción que Piper, Ardevauer y Nichole asentían con la cabeza mostrando su total acuerdo. No se sorprendió cuando Parella dijo:

—Ni a mí.

Elson había insinuado a Fancher que ella podría ser la mejor persona para sustituir a Alpin en cuanto todo se hubiese resuelto. Había hecho lo mismo con Parella. Ambos no podían obtener la misma vacante. Al observar a Parella, Elson supuso que el MechWarrior había adivinado que Elson había ofrecido el mismo puesto a Fancher. Parella trabajaba para arruinar a su rival antes de que ésta pudiese convertirse en una amenaza. Este hombre era claramente un jugador más sutil que Fancher, y tendría que ser vigilado. Elson no tenía la intención de respaldar a ninguno de ellos. Jaime Wolf había demostrado que una de sus innovaciones tenía mérito: un único Khan era un Khan poderoso. Elson tenía el propósito de ser un Khan poderoso.

—Por ahora Alpin es necesario para eliminar a Jaime Wolf —afirmó—. Un problema en el cual debemos concentrarnos, guerreros.



Primero Dechan pensó que la lucha por el control de los Dragones estallaría inmediatamente en guerra abierta, pero los días pasaban y no había confrontaciones a gran escala. Los regimientos Beta, Gama y Epsilon continuaban dentro de sus cuarteles en el continente habitado. Si se trataba de un truco de relaciones públicas para convencer a los intrusos de que no pasaba nada, estaba teniendo un éxito limitado. La noticia de la partida de Wolf y los rumores de un conflicto inminente circulaban por doquier en Harlech.

Cada interlocutor con quien hablaba preguntaba a Dechan acerca del amenazador problema. Decirles a todos lo mismo —nada— no era una proeza difícil: sabía poco más que eso. Cuando Jenette terminó de preparar el equipaje y se dirigió al campamento Dorrety la noche en que el Grupo de Reconocimiento Especial se marchó, su unión interior con los Dragones se fue con ella. No notaba la falta de información, sino que echaba de menos a su mujer. Su negativa a irse con ella y la negativa de ella a quedarse podían representar el desacuerdo final. Se acercaba un conflicto y era muy posible que ella no sobreviviera.

Dechan supo que la tregua estaba llegando a su fin cuando Elson visitó el Salón de Contratos. Alpin había dispuesto una llamada a los Dragones auxiliares, prometiendo que una buena actuación significaría un puesto permanente con los Dragones. Muchos de los mercenarios pensaron que les ofrecían una tarea fácil. Dechan observaba los tableros del Salón y anotaba los nombres de los que firmaban. A algunos de ellos no los conocía, pero a otros los reconoció por su reputación. No eran el tipo de tropas que los viejos Dragones hubiesen alquilado. Los trabajadores independientes de renombre destacaban por su ausencia, así como unidades menos conocidas pero efectivas como la Brigada Negra. Scuttlebutt dijo que era a causa del precio, pero Dechan sospechaba que había otras razones más importantes.

Dechan estaba subiendo las escaleras que daban al Salón cuando Elson y un grupo de mercenarios salieron de allí. El corpulento Elemental lo vio enseguida y pronunció unas palabras a sus compañeros. Después de diversos comentarios joviales, Elson dejó a los mercenarios y se dirigió a Dechan.

—Buenos días, Dechan Fraser.

La sonrisa del hombre parecía sincera, pero algo en la actitud de Elson parecía forzado, lo cual hizo que Dechan se sintiera incómodo. A regañadientes, dijo:

—Hola.

—He oído decir que la Mancomunidad Federada le ha hecho una oferta sustancial por sus servicios.

—La he rechazado; sólo quieren sonsacarme para obtener información sobre el ejército del Condominio Draconis para su servicio de espionaje. En los viejos Dragones, no traicionábamos a un antiguo empleado por el nuevo.

Elson no reaccionó a la inferencia de Dechan acerca de que los Dragones ya no eran lo que habían sido. Con la sonrisa todavía en la boca, dijo:

—Entonces, todavía necesita trabajo.

—No soy uno de ellos —afirmó Dechan, inclinando la cabeza en la dirección de los mercenarios.

—Lo sé —continuó Elson con gran seriedad—. Esta es la razón por la cual los dejé para hablar con usted.

—Me parece que hoy ya tiene bastantes mercenarios.

—¿Cuándo le ha importado a un mercenario cuántos mercenarios hay, si el pagador tiene billetes C para todos?

—Cuando es suficientemente inteligente para preocuparse por el asunto en que se mete —respondió Dechan.

—Es un hombre astuto, Dechan Fraser. Creo que puede ver lo que está pasando. Cuantas más fuerzas reunamos en nuestro bando, menos posibilidades habrá de conflicto armado con los leales a Wolf. Sabe que Jaime Wolf es un hombre práctico. ¿No cree que se dará cuenta de que no tiene posibilidades de ganar?

Dechan se encogió de hombros. El Jaime Wolf que lo había olvidado no era el que lo había contratado. O quizá sí un mocoso no lo había podido hacer mejor. ¿Quién podía saber qué pensaba ese hombre con tantos enemigos?

—¿Y si lucha, de todos modos? —preguntó Dechan.

—Perderá, y el coste para los vencedores será menor del que sería si los enemigos fueran de un nivel similar.

—Un coste sufrido sobre todo por los mercenarios —y quizá por *Jenette*, pensó.

—Como acabo de decir, usted es una persona perspicaz, Dechan Fraser. Espero que Wolf luche, principalmente porque es un guerrero, y un verdadero guerrero no se rinde sin luchar.

—¿Como hizo en el Juicio?

—Su defensor luchó. —Su cara se ensombreció—. Quizás Wolf quería perder el Juicio. Tal vez, en aquel entonces, vio una ventaja estratégica en presentarse como perdedor; esperaba utilizar el cambio de poder para algún objetivo secreto. Sin

embargo, su próxima derrota será real, cualquiera que sea su enrevesado plan. Cuando todo esto termine habrá verdaderos cambios en los Dragones, y más de uno. Los hombres que hayan dado prueba de su valor podrán obtener una buena posición.

El cebo era obvio; de todos modos, Dechan lo consideraba tentador. Había entrenado y dirigido a los Ryuken, pero no habían sido suyos. La lógica señalaba el problema.

—Los Dragones no me seguirán.

—Sus tropas no tendrían por qué ser Dragones, al principio. Prepare su propia unidad de guerreros. Usted juzga bien a los hombres, seleccione a los mejores. Estoy seguro de que los que escoja serán dignos de los nuevos Dragones.

Por su experiencia con los Ryuken en el Condominio, Dechan pensó que Elson tenía razón. Confiaba en que podría crear una buena unidad y que los MechWarriors que escogiera serían dignos de los Dragones. O al menos de los Dragones como él los recordaba. No obstante, había un problema mayor que hacía que fuese muy fácil despreciar la oferta de Elson.

—No tengo el dinero necesario para iniciar una unidad.

Elson rechazó este argumento.

—Dispone del dinero.

Todavía cauto, Dechan intentó provocarlo.

—Dinero que no tendrá que pagar cuando esos respetables hombres demuestren su valor muriendo por usted.

La sonrisa de Elson se desvaneció.

—No despilfarro recursos valiosos. Esta no es la manera de actuar de los Clanes.

La vehemencia del último comentario de Elson había impresionado positivamente a Dechan. Tal vez realmente no despilfarraría buenas tropas. ¿Podía aplicarse eso al otro bando? ¿Escatimaría Elson a Dragones, como Jenette, que estaban en el bando de Wolf? ¿Merecían ser perdonados? Al fin y al cabo, ella lo había dejado. Confundido por estos sentimientos y preocupado por la tendencia de sus pensamientos, Dechan vio cómo asentía con la cabeza a Elson y le decía:

—Supongo que no. Deje que lo piense.

—No durante mucho tiempo, como puede comprender. —La sonrisa reapareció—. Hágamelo saber en el Salón de los Lobos. Hasta pronto, Dechan Fraser.

—Bien.

Dechan lo observó mientras el Elemental se iba. Los mercenarios se recompusieron a su alrededor, y el grupo se dirigió cruzando la plaza hacia el distrito de ocio, sin duda para el tradicional cierre del contrato. Mientras permanecía confuso en las escaleras, un hombre alto, con barba, se le aproximó. Dechan reconoció la cara y el uniforme cuando se giró para verlo de frente, pero necesitó comprobar el transmisor de nombres para dar con el suyo: el mayor Norm Carter de los Caballeros

de Carter.

—¿Elson intentaba reclutarlo, verdad? —preguntó Carter de modo terminante.

—Sí.

El mayor parecía disgustado.

—Imagino que no podré igualar su oferta. Con Wolf fuera del panorama, supongo que volverá a ponerse el uniforme.

—¿Usted lo haría?

—Nunca he sido un Dragón, o sea que la pregunta no es pertinente. Sin embargo, mi gente ha aceptado subcontratos de los Dragones durante décadas, desde que mi padre empezó a trabajar con Wolf. Siempre ha sido un acuerdo equitativo. No siempre fácil, pero justo. —Frunció el entrecejo un segundo—. Sí, supongo que sí, si me lo ofrecieran. No obstante, primero me aseguraría de que se encargaran de mi gente.

—Hay muchas posibilidades en la frontera de los Clanes.

—Ayer hubiese estado de acuerdo con usted, pero el mercado se ha enfriado. El nuevo régimen de los Dragones ha sido retirado de la lista A de mercenarios recomendados, en la cual, debo añadir, los Caballeros ocupan un buen lugar, y las oficinas de reclutamiento de las Grandes Casas dan mucha más importancia a los contratos individuales. Después hay todo este reclutamiento abierto que están llevando a cabo los Dragones, casi en competencia directa con las Casas. El funcionamiento del mercado está cambiando, y todavía no he decidido si esto es bueno o malo. Supongo que depende del resultado de todo este embrollo.

—¿Qué embrollo?

—No sea tan reservado, Dechan —repuso Carter echándole una mirada de enojo simulado—. Todo el mundo sabe que Wolf no accede a los deseos del otro bando. —Meneó la cabeza con tristeza—. Nunca pensé que vería una guerra civil entre los Dragones. Ustedes siempre han estado muy unidos.

Dechan tampoco lo habría imaginado nunca, pero su opinión de los Dragones, así como la de sus miembros individuales, había cambiado y todavía seguía cambiando.

—Las cosas cambian.

—No siempre.

—Wolf no empezará nada.

—No tendrá que hacerlo. ¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que Alpin y Elson envíen a jugar a sus muchachos comprados? El tiempo puede que no favorezca a Wolf, pero tampoco favorece al nuevo régimen. Si no demuestran que lo tienen todo bajo control, no dominarán nada.

Dechan lo miró y le preguntó:

—¿Haría algo que afectara el resultado a su favor si pudiera?

—Quizás.

—Entonces creo que deberíamos hablar.

—Creo que deberíamos hablar.

Me hizo falta mucha sangre fría para decírselo a Maeve cuando la paré fuera del cuartel. Me miró con una expresión defensiva. Creí ver una sombra en sus normalmente transparentes ojos grises.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué? —repetí yo—. ¡Sobre nosotros!

Mi grito hizo que la gente que pasaba o simplemente paseaba por la zona se girase. Maeve lanzó una mirada incómoda, me cogió por el brazo y me arrastró por la parte lateral del edificio. Me empujaba contra la pared y yo estaba demasiado avergonzado para protestar.

—Mira, llegamos a conocernos bastante bien, fue rápido, intenso. Fue... —Calló y giró la cara. Echó la cabeza atrás y la sacudió para apartarse el pelo. Suspiró y yo sentí un gran dolor al oír ese sonido—. Nunca diría esto delante de las tropas, y calificaría a la persona que lo repita como mentiroso, pero... pero tú eres la razón por la cual estoy aquí.

Mis esperanzas aumentaron. No me había atrevido a creer que todavía le importaba, pero aquí estaba ella para decírmelo. Si no hubiese notado la dura superficie del hormigón contra mi espalda, habría estado seguro de que estaba soñando.

Sabía que era duro para ella; era duro para mí. El amor, el amor verdadero, no era una de las emociones experimentadas a menudo por alguien criado en un *sibko*. Al menos no el amor hacia una persona no perteneciente al grupo. Ambos deambulábamos por territorio extraño. Respiró profundamente y pareció estar considerando sus próximas palabras. Sus ojos se clavaron en mí, pero enseguida se apartaron. Se estremeció, atormentada por la intensidad de sus emociones. Irguió la espalda mientras mantenía el control antes de hablar.

—Eres leal, Brian, pero sabes lo que significan los Dragones y lo que significan las formas. Era consciente de que si todavía estabas con el Lobo, la llamada de Alpin a la sucesión no podía ser correcta. El hecho de que estuvieses aquí me indicó inmediatamente que o bien habían engañado al Lobo, o bien todo este asunto era un engaño. En ambos casos, sabía dónde tenía que estar.

Enseguida me di cuenta de lo imbécil que había sido. Sus comentarios no eran personales. Se había ido, ¿no? Sin decir ni una sola palabra. Había sido un estúpido al pensar que yo seguía en sus pensamientos tal como ella continuaba en los míos. No había enviado ningún comunicado, ni yo tampoco. Nunca pensó que fuéramos más que guerreros compartiendo lo que éstos comparten. Reuní los fragmentos de mi ego

e intenté poner buena cara. Con demasiada amargura, le dije:

—¿Así pues, volviste por el Lobo?

—Claro. ¿Por qué crees que lo habría hecho?

Su voz tenía un tono extraño. Parecía necesitar la tranquilizadora noticia de que había tomado la decisión correcta. ¿Qué sabía yo? Ella era una guerrera, y yo, un muchacho enamorado con las hormonas demasiado agitadas para saber la respuesta correcta. Los miembros de los Clanes tenían la razón, decidí, con repentina convicción. Las emociones no existían en un guerrero. Al no responder, ella prosiguió:

—He vuelto.

—Pero te fuiste.

Los ojos se le nublaron y tragó saliva.

—Tenía que hacerlo.

¿Qué respuesta era ésa? Por supuesto, las órdenes son órdenes.

—Pensé que...

Me hizo callar poniéndome un dedo sobre los labios.

—No fuiste tú, Brian. Fui yo.

Sus palabras no tenían sentido alguno para mí, y debía de parecer un estúpido, que era como me sentía. Ella se rió nerviosamente.

—Tenía miedo, Brian.

No podía imaginármela atemorizada por nada.

—¿De qué?

—Pensé que eras comprensivo, como un *sib*. No obstante, tú no eras como mis *sibs* y no entendía lo que eso significaba. Cuando estaba contigo, me sentía diferente. Extraña. Esa sensación me daba miedo y no sabía qué hacer, primero creí que se debía a que eras la primera persona que no pertenecía a mi *sibko* y que el mundo exterior me confundía. Pensé que cuando hubiese visto y hecho más cosas, me adaptaría. Pero no lo sé, Brian. —Levantó la vista hacia el cielo—. Mira, conocerte en el campamento me enseñó una cosa. Cuando no somos más que oficiales Dragones, puedo soportarlo. Dejo que los uniformes se lleven las tensiones. Aquí, en persona, es diferente.

Incliné la cabeza. No iba a permitir que mis fantasías recobraran el control.

—Lo entiendo.

—No, no lo comprendes. —Sus dedos me empujaron la barbilla. Cediendo a su presión, levanté la cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron—. Brian, aún tengo miedo.

No sabía qué decir y sabía que parecía un imbécil.

—¿Qué vamos a hacer?

¿*Vamos*? Había arruinado mi propósito y mi mente estaba hecha un lío.

Afortunadamente, mi cuerpo respondió. La abracé. Era suave y cálida. Se fundió en mi abrazo.

—Perdona si te he empujado demasiado fuerte —murmuré.

Ella rió. El sonido se deformó, entrecortó y apagó contra mi pecho, pero fue delicioso.

—Para lo inteligente que eres, puedes llegar a ser muy torpe.

—¿Me das una segunda oportunidad?

—¿Cuántas quieres?

—Espero no necesitar más de una.

—Es tuya, si la quieres.

—Sí, la quiero.

Se echó atrás.

—Tal vez es un poco pronto para ir tan lejos.

Me ruboricé cuando imaginé lo que quería decir con eso. No había pensado en las promesas que implicaba esa expresión, y me aterró al darme cuenta de que ella sí lo había hecho.

—Supongo que deberíamos hablarlo durante al menos cinco minutos —añadí en tono bromista.

—Al menos. —Soltó una carcajada, pero de repente se puso seria—. Es posible que éste no sea el mejor momento para hablar sobre ello. Pronto habrá una guerra.

No tenía por qué haberla. A pesar de la tensión creada por la ausencia de combate, yo pensaba que esta ausencia era esperanzadora. Podía significar que no tendríamos que luchar contra nuestros antiguos amigos. Sabía que el coronel tenía las mismas esperanzas porque había estado ideando planes de evacuación, al igual que planes de contingencia para el combate.

—El coronel no empezará nada.

—Ya lo ha hecho. El desafío se inició cuando no aceptó la muerte ante los asesinos de los usurpadores. No pueden dejar que viva.

Sabía que tenía razón y la abracé más fuerte. Por primera vez en mi vida no estaba seguro de querer ser un guerrero.

Cuando Dechan Fraser llegó al otro lado de la montaña, el perímetro de la zona de aterrizaje había sido ocupado por el regimiento Beta de Fancher. Beta no había encontrado resistencia alguna, pero eso era de esperar. Las fuerzas de Jaime Wolf eran demasiado pequeñas para cubrir más de una fracción del área del continente.

Las primeras fuerzas de Wolf llegaron mientras Dechan supervisaba la descarga del equipo de soporte técnico de su nueva unidad. Norm Carter ya había llevado a cabo la inspección habitual, por lo que Dechan sólo estaba revisando que no se hubiese roto nada mientras se dirigía a la caravana de mando. Casi se había perdido toda la acción.

Una lanza de tanques ligeros entró en el valle, aparentemente sin saber lo que les esperaba. Moviéndose a velocidad de crucero, representaban objetivos fáciles para los 'Mechs del Segundo Batallón de Beta, los cuales estaban de guardia en ese sector. La mitad de los aerodeslizadores volaron en la primera descarga. Los otros dos reaccionaron rápidamente y empezaron a correr a gran velocidad. Un tercer vehículo se averió antes de haber avanzado cien metros. Al cabo de diez segundos, el jefe de la lanza ordenó la destrucción del último aerodeslizador. Los cismáticos no dispararon.

Lo que enviaron fue una chirriante transmisión desde el vehículo de reconocimiento averiado.

—¡Destruído! —exclamó Alpin, enrojeciendo—. Sabrán quién somos.

Fancher dio la orden de destruir la nave averiada. Alpin observó la pantalla del holotanké ávidamente hasta que la luz que representaba al vehículo se apagó.

—Tendremos que cambiar el programa —dijo—. Fancher, saque a sus exploradores. Quiero ver el batallón Iota de Lee detrás de la cortina de reconocimiento y al batallón Kappa de Fraser en fila detrás de ellos. Quiero que una compañía de cada uno de los batallones de Beta permanezca en la base como guardia, el resto será la reserva para el avance. Avanzaremos tan pronto como los encargados de la táctica puedan proporcionar los mapas a los 'Mechs.

Dechan consideraba que este movimiento era precipitado, pero prefirió no decir nada.



—Nos vamos de caza —dijo Corley Lee, comandante de Iota, sonriendo, mientras salía de la caravana silbando.

—¿Hay estimaciones de las fuerzas locales? —preguntó Dechan a Fancher.

—No. No debe de haber más que la Guardia Nacional. Fuerzas blindadas e infantería. Se guardarán lo bueno hasta que sepan de dónde venimos.

—¿Hay otros regimientos?

—No es lo que necesita saber —respondió Fancher mirándolo con recelo.

—Yo también me juego el pellejo —dijo pausadamente—. No quiero que acabe colgando de un árbol.

—Es justo. Sí hay, pero no espere ver muchos. Nosotros tenemos el Sector Verde, órdenes del Khan.

—De acuerdo.

—De acuerdo —afirmó sarcásticamente la mujer.

Dechan se despidió y se marchó de la caravana. Encontró a Carter donde lo había dejado y le dio la noticia. Tuvieron una reunión de estado mayor, pasaron la comprobación de disponibilidad a los cuarteles generales y montaron en sus máquinas. Tenían que esperar una hora hasta que Lee y la gente alquilada menos profesional del batallón Iota estuvieran preparados.

Una vez en marcha, un oficial de comunicaciones facilitó a Dechan actualizaciones constantes de los informes de reconocimiento. Observó que una lanza no se encontraba en el informe de las 1500, pero nada del mando indicaba que sospecharan problemas. Las Montañas Hannovassianas eran conocidas por causar interrupciones erráticas en las comunicaciones. Dechan recordó que la lanza en cuestión estaba en el flanco derecho y consideró que esta interrupción de las comunicaciones era demasiado oportuna. Desplegó un mapa en la computadora de combate. Como sabía que el comando de los Dragones había editado la presentación táctica, deseó que no se hubiesen dejado nada importante. Lo que vio fue bastante preocupante. La lanza que faltaba podía estar muerta y desaparecida; su avance los hubiese llevado a un terreno idóneo para emboscadas.

Cuando las formaciones armadas de Wolf fueron detectadas justo a la derecha de la línea de avance de Iota, Alpin ordenó que los elementos de reconocimiento se retiraran hacia la columna. Con el mapa ya delante de él, Dechan encontró una ruta hacia una fuerte posición de soporte y dio las órdenes necesarias a su unidad. Apenas se dio cuenta de que Alpin había ordenado a Iota que se dispusiera en formaciones de combate.

Dechan desplazó su 'Mech hacia una posición desde la cual podía observar a los mercenarios del despliegue de Iota. Sus formaciones eran desiguales así como poco sólidas. Si se hubiese sentido caritativo, habría atribuido esta desorganización a la insuficiencia de práctica. El batallón había sido formado recientemente a partir de un

grupo de unidades más pequeñas, y previamente independientes, y con MechWarriors mercenarios. Muchos de los pilotos no entendían sobre táctica más allá de la de una lanza; otros no habían experimentado nunca acciones de mayor escala que una compañía o dos.

De repente apareció una lanza y Dechan tuvo que aumentar la imagen para distinguir el objetivo hacia el cual se dirigían: los tanques de Wolf. Los mercenarios abordaron a largo alcance, sus misiles caían entre los tanques provocando gotas de polvo y una columna de humo oleaginoso. Supuestamente por falta de armamento para responder, los tanques sólo resistían. Los 'Mechs añadieron CPP y fuego de láser a su cortina de fuego mientras se iban acercando. Cuando los tanques finalmente respondieron, fue con escasos efectos. Sus armas atacaban a los 'Mechs, pero las más rápidas y ágiles máquinas de combate eran objetivos difíciles. Los tanques se vieron forzados a retirarse después de graves pérdidas cuando Iota inició un avance general.

Dechan desplazó su batallón a otra posición de vigilancia. Iota había atacado las fuerzas blindadas de Wolf. Desde más cerca, donde los tanques más pesados podían alcanzar a los 'Mechs, los tanques estaban consiguiendo mejores resultados. Dechan observó que un tanque *Demolisher* salía de una posición oculta para atacar a un *Warhammer* de mercenarios por el costado. La descarga de los grandes cañones automáticos gemelos del tanque pesado dio al 'Mech de setenta toneladas en una pata. Brotaron humo y llamas de las cavidades abiertas en el torso y el 'Mech cayó al suelo; era la primera baja de Iota. La tripulación del *Demolisher* pagó por la victoria con sus vidas, ya que los compañeros de lanza del *Warhammer* concentraron su fuego en el tanque.

Cuando aparecieron BattleMechs negros en el flanco derecho, Dechan supo que la lanza de reconocimiento no llevaría a cabo más informes: se había introducido en la red y las arañas la habían devorado. Los 'Mechs negros se movían a gran velocidad en el momento en que abrieron fuego sobre el batallón Iota.

—Tienen tecnología de los Clanes —dijo alguien por el canal del mando de Kappa.

Dechan comprobó que era verdad. Los negros 'Mechs bailaban en los márgenes del alcance efectivo de los 'Mechs de Iota. Mientras que los disparos de Iota no alcanzaban o no daban con energía suficiente para penetrar en sus blindajes, los 'Mechs negros iban apuntándose aciertos. Al poco tiempo, el flanco derecho de Iota se derrumbó bajo el asalto.

Dechan inspeccionaba el terreno que había entre su batallón y los 'Mechs negros atacantes. Era irregular y parte de él incluso podía clasificarse como imposible de franquear. A su batallón le costaría cierto tiempo obtener una posición de ataque eficaz. Cuando lo consiguieran, la Telaraña probablemente habría hecho retroceder a Iota o, incluso, lo habría vencido. Estaba más preocupado por el hecho de que no

podía confirmar suficientes 'Mechs negros que representasen más de la mitad de un batallón. Estaba seguro de que tenía que haber más emboscadas.

Alpin estaba gritando en el canal de mando pidiendo información. Los jefes de Iota parecían demasiado ocupados con su batalla, así que Dechan dio el comunicado sobre la situación. Mientras describía la aproximación que tendría que tomar el batallón Kappa, dejó claro que añadir a Kappa a la batalla pondría en peligro a la unidad sin ninguna garantía de éxito. Se sorprendió cuando Alpin estuvo de acuerdo con él.

—El Segundo batallón de Beta se está moviendo para atacar —dijo el Khan—. Aguante hasta que el Tercer batallón se haya desplazado detrás de ustedes para ocupar su flanco.

—Afirmativo —respondió Dechan. No tenía el menor deseo de llevar a su batallón hasta una trampa tendida con 'Mechs de tecnología de los Clanes.

La estrategia de Alpin podía haber funcionado con tiempo, pero Iota era la unidad errónea para conseguir tiempo. Mientras Dechan observaba, el batallón, roto en sus partes constituyentes, abandonó el campo de batalla. Las fuerzas cismáticas no lo siguieron. En su lugar, un rápido aerodeslizador pasó alrededor del campo, en busca de supervivientes. Llegaron diversos 'Mechs negros e inspeccionaron los BattleMechs abatidos de mercenarios. Seleccionaron tres de los menos dañados y empezaron a llevárselos, inclusive uno que supuestamente se había parado debido a una descarga de calor. El piloto saltó justo cuando un *Grasshopper* de la Telaraña agarró su máquina, pero un aerodeslizador lo estaba esperando en el momento en que cayó al suelo. Las fuerzas de Wolf, en retirada, lo habían reclamado. La Telaraña continuó luchando todo el día, lo cual ya le parecía bien a Dechan.

No quería estar en el lugar donde me encontraba. Fuera de mi *Loki*, me sentía aislado, sin contacto alguno. Sabía que las fuerzas de Alpin habían aterrizado en el Interior y que estaban llevando a cabo sus primeras exploraciones. Habían enviado el batallón de Maeve como refuerzo de las fuerzas de la Guardia Nacional del sector Verde.

Estaba preocupado. El sector Verde era un objetivo de alta prioridad para las fuerzas de Alpin. Allí, la lucha sería cruel. Era el lugar donde yo debería haber estado, pero Wolf tenía otros planes, como siempre. Supliqué para que mi encuentro con Maeve no terminara antes de que tuviera la oportunidad de florecer.

Estaba tan preocupado que había olvidado el lugar en que me encontraba.

Un pecado mortal para un guerrero.

Casi caminé hasta el guardia que vigilaba a lo largo del perímetro de la instalación de Blackwell. A pesar de su larga asociación con Jaime Wolf y todos los éxitos que le debían, Blackwell Corporation había elegido la misma opción que Chandra. Eran oficialmente neutrales en ese conflicto, y habían dejado a ambos

bandos sin suministros y nuevos equipos hasta que el asunto estuviese solucionado. Wolf no se sentía muy satisfecho con esa postura, pero el presidente de Blackwell estaba furioso. Gerald Kearne, fervoroso defensor de Elson, intentó, sin éxito, persuadir a la junta de directores de Blackwell de que dieran su total apoyo a Alpin.

El guardia reaccionó maquinalmente cuando me vio. Me ordenó que me detuviera mientras alzaba su rifle. Obedecí, pero no estaba seguro de que no disparara. Parecía muy nervioso, y yo parecía un saboteador vestido de negro y cargado con una bomba.

No disparó.

Fue un error. De repente, una enorme y oscura sombra salió de la alcantarilla a veinte metros detrás de mí. Cargó contra el guardia y lo tiró encima de una valla electrificada. El cuerpo del hombre sufrió convulsiones cuando dio con la verja y sus músculos se movieron en espasmos mientras la corriente lo sacudía. Un fuego láser de color rojo brillante surgió de la alcantarilla y destruyó uno de los postes de la valla. El poste se derrumbó y los alambres se partieron. Mientras la energía iba apagándose, el guardia cayó al suelo.

La oscura forma era Pietr Shadd dentro de su armadura de combate. Imaginaba su cara de desaprobación detrás del agujero de visión del casco de la armadura, pero no dijo nada. Activó sus retroreactores y se fue.

Dejé caer la caja negra que se suponía que debía pegar a la verja. Ahora era inútil. El factor sorpresa se había perdido al apagarse la energía de la valla. Sin temor a accionar ninguna alarma, la Estrella de Shadd pasó rugiendo por encima de la verja mientras se dirigía a los Edificios de Montaje cuatro y cinco. La armadura de combate de cada Elemental se había repintado especialmente para ese combate. Los Gatos Nova saltaban por la valla.

Desde la distancia pude ver a los guardias de Blackwell saliendo de sus cuarteles como acompañamiento de la estrepitosa alarma. Los guardias de servicio llevaban chalecos, pero la mitad de las reservas activadas repentinamente sólo vestían sus uniformes. Todos tenían armas ligeras, nada que representara un peligro significativo para la armadura de combate de los Elementales. Si los guardias hubiesen sabido que iban a enfrentarse con Elementales, habrían dedicado más tiempo a la elección del arsenal.

Como mis conocimientos sobre electrónica ya no eran necesarios, dejé a la infantería con su lucha y me dirigí a mi *Loki*. Yendo a gran velocidad, tardé diez minutos. El corazón me palpitaba apresuradamente mientras subía la escalera que daba a la carlinga, y todavía respiraba con dificultad cuando apreté el botón que retiró la escalera mientras me ponía el chaleco de refrigeración. No obstante, me sentía más feliz; cuanto más peligrosa es una batalla para un hombre que se encuentra en un 'Mech, peor es para los demás.

Mi tablero de comunicaciones brillaba debido a las llamadas que llegaban, y en el

canal abierto a mi lanza retumbaba la voz de Grant.

—¿Qué ha pasado?

—Me he dormido. Ahora cállate y déjame averiguar los daños.

Sorprendentemente, no había sido nada grave.

Los patrones de Blackwell estaban empezando a reaccionar al ataque. Interrumpí el Programa Dos, apretando al azar las variaciones para mantener las ondas cerradas. Shadd informó de que había llegado a los edificios, y permití que Grant lanzara andanadas de largo alcance contra objetivos que designó el equipo de tierra de los Elementales. Cuando el primer ruido fue acompañado por el olor acre del propulsor de cohetes, me di cuenta de que no había cerrado el *Loki*. Había tanto por hacer que cuando tuve un momento para hacerlo ya estaba tosiendo con fuerza.

Me preguntaba si tendríamos que entrar con los 'Mechs Wolf no lo quería. Deseaba un golpe rápido y limpio, con mínimos daños y con todos los sellos de un puro ataque Elemental. En cuanto entraran los BattleMechs, volaríamos nuestra protección... y muchas propiedades.

El canal de Shadd estaba invadido por el código de ataque. Su equipo había alcanzado y asegurado el objetivo. Pronto volverían a estar con nosotros y nos iríamos de aquí.

Otros canales tenían noticias todavía mejores. Maeve se había encontrado con el enemigo y sus fuerzas estaban huyendo.

Nos tomamos un respiro después de nuestro traslado al Sector Verde. Lo necesitábamos. Nuestro grupo de combate era G, pero nos convertimos en D después del traslado; era probable que el cambio de denominaciones enmascarase a nuestras fuerzas frente a la oposición, pero su práctica nos causaba algunos problemas: había sobrevivido a un gran número de encuentros con las sondas del regimiento Gamma y necesitaba ser reparado, reabastecido y recompuesto. Aunque nunca lo dijésemos delante de ellos, estábamos contentos de ver entrar a las fuerzas convencionales para mantener el frente durante un tiempo. Esperaba que lo hicieran tan bien como aquellos que habían cerrado filas contra el regimiento Epsilon en el sector Azul.

En el Azul, las fuerzas de la Guardia Nacional estaban relativamente tranquilas. Ninguno de los bandos estaba siendo agresivo. El grupo de combate H hizo algunos intentos de meterse a través o alrededor de las posiciones de la Guardia, y los MechWarriors de Nichole normalmente retrocedían en cuanto aparecían los kuritanos. Este hecho había causado que el coronel creyera que Nichole no estaba muy entusiasmada detrás del asalto. Jugaba con eso, ya que deseaba mantener las cosas tranquilas mientras ella estuviera por allí. Naturalmente, los kuritanos continuaban pidiendo permiso para llevar a cabo el ataque contra un enemigo de voluntad tan débil. Afortunadamente, obedecían al coronel; éste no estaba dispuesto a ponerlos delante de un enemigo tan superior numéricamente, por muy indeciso que fuera.

Habíamos reemplazado al grupo de combate de Maeve en el sector Verde como parte de la política del coronel de cambiarnos para obligar a las fuerzas de Alpin a que tuvieran que adivinar con quién estaban enfrentándose. Entonces fue cuando nos convertimos en el grupo de combate D, y la fuerza de ataque de Maeve pasó de A a N.

Tuvimos suerte, ya que tan pronto como se completó el traslado, el regimiento Gamma de Parella inició un ataque importante en el sector Rojo. Su éxito inicial hizo que Alpin se le echase encima; sin duda, el autoproclamado Khan estaba incitando a Parella a acelerar el asalto. Atacaron al grupo de combate N, el batallón Telaraña

reforzado de Maeve, y a un par de batallones de blindados, pero Maeve se deshizo de ellos al igual que había hecho con Beta. La ofensiva terminó, disolviéndose en las escaramuzas que habíamos sufrido durante casi una semana.

Los Dragones del campo de batalla estaban acostumbrados a tener apoyo total. Nuestros envíos irregulares de abastecimiento en esta acción implicaban tener que pasar sin muchas de las cosas a las que todos nos habíamos acostumbrado. Las privaciones hacían más rigurosa la vida en el duro Interior. Quejarse no ayudaba en nada, pero todos nos quejábamos. Nos hacía sentir mejor.

El sector del grupo de combate D había estado tranquilo durante unos días y habíamos podido operar fuera de este campamento base durante casi una semana. Empezaba a tener algunos atractivos.

Una de nuestras ventajas era la maestra tech Bynfield. Era una vieja y malhumorada piloto, pero conocía las máquinas de combate, incluso los Omnis, tan bien como si fuese una de ellas. Me habían dicho que se había preparado junto a científicos para aprender más sobre las interfaces de las máquinas humanas. Con la ayuda de nuestro medtech superior, Gaf Schlomo, hizo que todas nuestras máquinas respondieran magníficamente. Los dos formaban un equipo insuperable, incluso cuando no trabajaban juntos en la puesta a punto de nuestros neurocascos. Si no hubiese sido por ella, nuestros 'Mechs no habrían estado en tan buen estado, y si no hubiese sido por él, nuestros soldados no habrían estado en tan buena forma.

Los techs normalmente no pasan su tiempo libre con los MechWarriors, pero Bynfield y Scholmo estaban tan integrados en nuestro grupo que ninguno de los guerreros, ni siquiera los más veteranos, objetaban cuando se unían a nosotros alrededor del fuego después de la cena. La falta de vigilancia aérea nos permitía disfrutar de esos encuentros. Nos quejábamos de esa falta cuando necesitábamos saber dónde se encontraban las fuerzas hostiles, pero nadie lo hacía en esas frías noches. Por supuesto, hablábamos de lo que sucedía alrededor. Y no hace falta decir que nadie sugería que pudiésemos perder esa guerra que devolvería al coronel su cargo legítimo. Así pues, charlábamos de lo que haríamos cuando todo se arreglara, a pesar de que algunos sabíamos que quizá no habría un después. Grant, como siempre, era el que más hablaba.

—Cuando volvamos al Mundo, voy a hacer lo más lógico. Seguro. Voy a tomarme un derecho de Dragón y me buscaré un sustituto. Esto es lo que haré. ¿Y tú, Brian? Esa Maeve con la que haces tantos mimos tiene el tipo correcto de terreno. ¿Vais a hacer Dragoncitos para llenar nuestras filas?

Me salvó el fuego, que iluminaba las caras de todos con tonos rojizos, pero no confiaba en mi voz. Me encogí de hombros e intenté hacer una mueca lo bastante irónica para que pareciese una respuesta.

—Necesitas comprobar su linaje —dijo Circoni.

—¡Eh, veterano! Que ya no pertenecemos a los Clanes. Los librenacidos están bien vistos entre los Dragones.

Circoni se rió.

—Y eso está muy bien. Me refería a que tendrías que comprobar los archivos y asegurarte de que no hay endogamia. Creo que es de un *sibko* y sé que nuestro intrépido líder Brian lo es, si bien recuperó su nombre de linaje.

—No soy un científico, pero no veo el problema —intervino el capitán Slezak, el segundo de mi grupo de combate. Fue uno de los niños que dejó a los Clanes para irse con los Dragones—. Usa los ojos. El alto Brian no puede tener muchos genes en común con la pequeña loba.

—No hay más de lo que ves —añadió Grant.

Schlomo soltó su taza. El líquido caliente salpicó al veterano y también a Slezak. Los dos se pusieron de pie de un salto.

—¿Un amago de parálisis, Schlomo? —dijo Grant sonriendo—. Creía que los científicos habían limpiado las reservas de genes.

—Muchos genotipos tienen expresiones fenotípicas similares —afirmó Schlomo fríamente. Quizás ahora era un medtech, pero todavía hablaba como un científico.

Por un momento Grant pareció perplejo ante la respuesta de Schlomo, después meneó la cabeza.

—No sé por qué dejamos que te sientes con nosotros. Lo único que los científicos queréis es dar sermones o manipular en vuestros laboratorios. Y como no tenemos laboratorios, te dedicas a dar sermones. Pensaba que había abandonado este exceso de masa cuando me gradué para servicio de 'Mechs. Si hubiese sabido que me encontraría con esto entre los combates, me habría hecho voluntario de infantería. A nadie le importan lo suficiente como para darles sermones.

Casi todos rieron al oír este comentario y la tensión se rompió. Volvió a iluminarlo la luz, y Grant explicó una anécdota sobre un encuentro entre un pelotón de infantería y un BattleMech con una sola pata. Había oído la historia antes, y mientras él la contaba pude desconectarme y pensar acerca de lo que Grant había dicho sobre los niños. Nunca antes había reflexionado sobre ello.

Antes de que Grant terminara su broma, el guardia del perímetro comunicó que se acercaba una Rata de la Basura, lo cual me despertó de mis pensamientos. Me levanté y me aparté del fuego, buscando al vehículo de reconocimiento de seis ruedas. Supuse que sería la Rata de Greevy. Era nuestro enlace con el Grupo de Reconocimiento Especial, parte del destacamento que se había trasladado al Interior mientras la mayor parte de la unidad se había quedado en el Mundo para hacer la vida más interesante a los partidarios de Alpin. Greevy ya había acudido previamente para darnos noticias de las otras fuentes. Si esa Rata era suya, había encontrado el lugar desde el cual emitir sus descubrimientos al coronel en un tiempo récord.



La Rata de la Basura se levantaba veinte metros de nuestro campo de fuego. Incluso antes de que el desaliñado explorador saliera de la larguirucha estructura del vehículo, supe que era de Greevy por la combinación de colores de la pintura del vehículo.

—¡Eh, Greevy! ¿Qué pasa?

—Primero dadme un café.

Cuando pasó por mi lado, percibí el hedor por haber estado encerrado demasiado tiempo en su coche.

—Las noticias —le dije, poniéndome a su lado.

Se detuvo y fue girando la cabeza lentamente hasta clavarme los ojos. Con su larga cara, frunció el entrecejo.

—Primero, un café.

No esperaba que fuera a marcharse, pero los miembros del Grupo de Reconocimiento Especial eran todos un poco extraños. Pensé que era mejor complacerlo. La gente a veces se volvía rara de tanto pasearse sola por los extremos y detrás de los campos de batalla. Solían olvidarse de cosas tales como las cadenas de mando. Le tendí una taza y volvimos junto al fuego.

—En el Mundo, han pinchado las comunicaciones de Chandra. Informe sobre un convoy de Nave de Salto que apareció dentro del sistema hace un par de días. Se acercan Naves de Descenso. El batallón Zeta.

—¡Zeta!

—¡Por la Unidad! Esto sí que son buenas noticias —exclamó Circoni—. Podríamos utilizar los 'Mechs de asalto de Jamison.

—Será mejor que los monstruos de Fancher vayan con cuidado —dijo Grant cuando de repente los altavoces del campamento empezaron a ulular.

—¡Bandidos! —fue el grito que se oyó, pero la noticia llegaba demasiado tarde; el *Stingray* ya había llegado al campo.

El piloto no debía de estar seguro de quiénes éramos; no empezó a disparar hasta que se encontró a medio camino de la primera pasada sobre el campo. Cuando finalmente se decidió a tirotear, sus láseres abrieron surcos en el suelo y en todo lo que encontraban al avanzar. El viento causado por la llegada del *Stingray* destrozó el campo, y el estampido sónico hizo caer a diversas personas, incluido yo. Sin embargo, me volví a levantar y continué corriendo mientras el *Stingray* ascendía antes de encontrarse con otro paso.

Para llegar a mi 'Mech, tuve que correr entre las plataformas de los cazas VTOL. Los cazas no eran más que naves atmosféricas *Guardian*, pero sabía que el piloto los consideraría objetivos principales porque eran los que tenían más posibilidades de alcanzarlo.

Blasfemando contra la suerte que había puesto las plataformas entre mí y mi

'Mech, continué corriendo tan rápido como pude.

Salió polvo de debajo de uno de los cazas *Guardian*. El piloto debía de estar preparado para la ronda de noche si pudo arrancar tan deprisa. El aire caliente y el sonido me abofetearon cuando el caza despegó. No tendría muchas posibilidades contra el *Stingray*, pero en tierra no tendría ninguna.

No oía nada debido al ruido de los propulsores, pero las señales con la mano de la gente delante de mí eran bastante alarmantes. Me tiré al suelo. Un rayo de partículas chisporroteantes levantó el suelo a pocos pasos de mí.

Unos rayos láser desgarraron los cazas que todavía se encontraban en las plataformas. Un rayo de color rubí dio en un tanque de combustible y lo incendió. La nave desapareció en un trío de explosiones y una bola de fuego. En cuestión de minutos, la noche se convirtió en una escena del infierno mientras las llamas iluminaban el humo que ascendía hacia el cielo.

El *Guardian* interceptó al *Stingray* mientras éste se acercaba para una tercera pasada, pero el cañón de nuestro caza fue incapaz de seguir la trayectoria de la rápida nave aeroespacial. El CPP y los láseres del *Stingray* parpadearon unos momentos y el *Guardian* se desintegró.

No obstante, el piloto nos dio un poco de tiempo.

Subí la escalera hacia la carlinga de mi Mech. El reactor de fusión del *Loki* estaba parado. El riesgo de que me descubrieran era alto, pero el peligro de que me atraparan con los motores fríos era peor. Me alegré de haber decidido probarlo. Accioné los sistemas silenciadores y recé para que el motor bombeara energía a la máquina.

El ordenador interceptó al *Stingray* mientras éste se abalanzaba para su próxima pasada. Los láseres vibraban desde las alas, y unas luces azules brotaban de su morro mientras la nave aeroespacial cruzaba el campamento, causando explosiones. Durante un momento fue eclipsada por la nube ascendente de un depósito de municiones destruido. Entonces le apunté. Los láseres Blackwell de siete centímetros brillaron y enviaron su energía escarlata hacia el punto de mira que se encontraba detrás del ala de babor del *Stingray*. Pensé que había fallado, pero la velocidad de la nave era tal que había arrastrado la pulsación de mis láseres. La metralla inundó nuestro campamento mientras el blindaje se despegaba del ala principal de la nave.

El *Stingray* se tambaleaba, rugiendo en la oscuridad.

Esperaba haber visto su último ataque, pero la pantalla de mi radar lo interceptó preparando otra pasada. Mi carlinga estaba llena de ruidos. Los guerreros disparaban con sus 'Mechs. Las tropas de tierra gritaban buscando los vectores para apuntar sus sistemas antiaéreos. Llamadas en busca de enfermeros y equipos para apagar los incendios. Observé la maniobra del piloto desde mi pantalla.

Creía que daría la vuelta a la gruesa columna de humo del depósito de municiones, pero no lo hizo, sino que la atravesó. Mis láseres barrieron el vacío cielo.

Él era un mejor blanco atacando a mi *Loki*, que se balanceó mientras un rayo de luz coherente destrozaba su carcasa blindada.

Otros Mechs y algunos emplazamientos antiaéreos dispararon contra el *Stingray*. Algunos le dieron, pero el blindaje de la nave resistía. Cuando finalmente desapareció en la noche, dirigiéndose hacia el sur, mi radar me informó de que no volvería. Lo comuniqué por el canal del grupo de combate mientras dos luchadores amistosos pasaron por el perímetro de nuestro campamento.

—Son de los nuestros, compañeros. El pájaro tendrá que quemarse si no va a humear.

No sabía si nuestros muchachos aeroespaciales lo atraparían, pero esperaba que sí. El piloto del *Stingray* había provocado muchos daños.

—Ahora, todos a sus máquinas. Pronto nos atacarán fuerzas de tierra. El gran pajarraco ha chillado.

En la semana que el *Stingray* nos pilló con la guardia baja, tuvimos muchos roces con el regimiento Gamma. Según el plan del coronel Wolf, estábamos ganando tiempo, intentando dañar las fuerzas de Alpin tanto como nos fuera posible y reduciendo al mínimo nuestras pérdidas. Habíamos tendido muchas emboscadas y nos estábamos convirtiendo en expertos.

Ahora estábamos desplegados en el lago Silone y alrededor de él. Escondido bajo el agua, yo esperaba y observaba.

Mi *Loki* no estaba caliente, pero seguro que los otros 'Mechs del destacamento sí lo estaban. Eran de tecnología antigua y habían estado luchando mientras yo esperaba en el lago. No servirían de mucho hasta que tuvieran la oportunidad de dejar que sus radiadores se descargaran.

La señal de vídeo de la cámara que flotaba por encima de mí atravesó la línea de fibra óptica. La calidad de la imagen no era muy buena, pero servía para mostrarme a los 'Mechs que se aproximaban al lago. La mayoría cortaba a su izquierda y aceleraba a lo largo de la playa. Un *Vindicator* y dos *Wasps* accionaron sus retroreactores y navegaron por el agua. Los 'Mechs sufrieron graves desperfectos.

Un *Fenris*, el primero de los perseguidores, se aproximó. El OmniMech se movía de manera uniforme, y rápidamente disminuyó la distancia que lo separaba de su presa. Dejé que se fuera. Habría más.

A continuación llegaron dos *Blackhawks*. Los habría atacado, pero activaron sus propulsores y se elevaron por encima del lago. El destacamento tendría que ocuparse de ellos como pudiese. Aunque no estaba muy contento de que los tres Omnis que habíamos identificado de la compañía de Ansell continuaran operando, me satisfacía ver que también habían recibido un duro golpe.

Apareció otra docena de 'Mechs, el resto de la compañía de Ansell. Me alivió comprobar que eran diseños más antiguos; nuestro limitado servicio de inteligencia no nos había informado sobre el tiempo de reemplazos que tomaría el regimiento Gamma. Los 'Mechs que nos atacaban componían la formación cerrada que

esperábamos de los guerreros de dicho regimiento, sobre todo de los que se hallaban bajo las órdenes del mayor Ansell. Para mantener el espacio necesario, algunos 'Mechs tuvieron que entrar en el lago; no tenían bastante sitio en la playa.

Era el momento de accionar el dispositivo de los retroreactores del *Loki*, que me envió a mi 'Mech fuera del lago sobre una nube de vapor. El cable espía se rompió mientras subía, pero ya no lo necesitaba. En cuanto las armas del *Loki* estuvieron fuera del agua, disparé los dos láseres grandes contra el más voluminoso de los 'Mechs hostiles. Dos rayos gemelos de color escarlata dieron en la parte trasera de un *Marauder*, incidiendo debajo del depósito de calor de babor. El carapazón del *Marauder* estalló en una serie de explosiones que le volaron el brazo izquierdo en una trayectoria arqueada. Incluso antes de que el 'Mech de setenta toneladas cayera al suelo, yo ya me dirigía a otro objetivo.

El *Archer* de Grant ascendió desde su acurrucada posición en las profundidades del lago como un leviatán buscando a su presa. Las cubiertas blindadas de los veinte lanzamisiles se abrieron como garras cuando el *Archer* disparó una ráfaga doble de misiles de largo alcance. Grant mantuvo firme la gran máquina bajo las vibraciones del lanzamiento, mejorando así sus posibilidades de acertar. Cuarenta misiles rugían mientras se dirigían hacia un *Axman* de sesenta y cinco toneladas, que era la máquina más devastadora de la compañía enemiga. El 'Mech se balanceó bajo el impacto y después osciló con movimientos lentos y agitó los brazos mientras el piloto luchaba por recuperar el control. Los misiles que habían fallado se amontonaron en una gran confusión, mientras cada uno buscaba un segundo blanco. Los destellos de los impactos sobre los dos 'Mechs más cercanos al abatido *Axman* me informaron de que las cabezas explosivas habían sido una buena elección para esta emboscada.

Aterricé en la pendiente que bajaba hasta la playa, a lo largo de una hilera de árboles donde los densos bosques esconderían mi silueta. Ocultándome entre los árboles más pequeños de un extremo, giré el torso del *Loki* para mantener sobre el blanco las trayectorias de disparo de ambos brazos. Cuando pudiera, dispararía al *Axman*, que forcejeaba por avanzar entre el barro de la orilla del lago.

Nuestros *Vindicator* y *Wasps* volvieron, según el plan establecido; su retorno provocó una gran confusión entre los pilotos de Ansell. Su formación se rompió, pero no huyeron.

El sonido del sistema antimisiles del *Loki* me advirtió de que llegaban misiles. Una ojeada a la pantalla de valoración de amenazas señaló a un *Sentinel* como plataforma de lanzamiento. Un *Sentinel* estándar sólo llevaba misiles de corto alcance. Modifiqué mi modelo de disparo para compensar el calor que generaría el sistema antimisiles y recé para que les diera a todos. La barra de municiones AM se contrajo y no sentí ninguno de los fuertes golpes de los impactos del MCA. El

sistema antimisiles no funcionó contra el cañón automático del *Sentinel*. Los proyectiles acribillaron la parte frontal del *Loki* y arrancaron fragmentos del blindaje en un intento inútil por alcanzar la estructura interior de mi 'Mech.

De mala gana, abandoné mi ataque sobre el *Axman* con el fin de manejar la amenaza más inmediata del *Sentinel*. Disparé el láser del brazo izquierdo y observé cómo su luz hacía explotar el último blindaje que quedaba en el muslo derecho del *Sentinel*. Las chispas saltaban de la herida, y el piloto del *Sentinel* cambió el rumbo de su máquina hacia la derecha para proteger el área expuesta. Dejando un rastro de humo, pasó por mi lado corriendo a lo largo de la playa. Intenté otro disparo, mientras esperaba abatirlo, pero el nivel de calor de mi *Loki* estaba aumentando y afectaba a los sistemas de objetivos. Fallé.

Grant tenía al *Axman* cubierto. Arrastrándose en tierra, el *Archer* giró y le dio otra dosis doble. Estallaron explosiones en el brazo derecho y el pecho del *Axman*, triturando la armadura ferrofibrosa y abriendo cráteres en sus vulnerables entrañas. Los misiles que no consiguieron dar al 'Mech herido rugieron buscando en vano otros objetivos.

—¡Ken ha caído! ¡Que alguien lo ayude!

Esta llamada podía oírse desde el canal de mando. Ken Shiamatsu pilotaba un *Dervish*, la máquina más pesada que había en nuestro destacamento. Si había caído, estaban en problemas.

Un láser atravesó la pierna de mi *Loki* mientras yo intentaba evaluar la situación. Perdí blindaje, pero no recibí ningún aviso de brecha abierta. Disparé como venganza, pero con todo el humo y vapor, no sabía contra qué había tiroteado, si es que había dado a algo.

El *Vindicator* de Wus aterrizó a mi derecha tras un salto. Cayó al suelo con poca destreza y su pierna derecha se derrumbó. Un *Jenner* enemigo cruzó un banco de humo a cien metros y atacó al *Vindicator* con un cuarteto de láseres. Los rayos royeron el blindaje y después lo atravesaron para vaporizar el seudomúsculo de miómero que movía los huesos de titanio de la máquina. El *Vindicator* quedó fuera de combate.

Habíamos causado daños. El *Marauder* estaba definitivamente inutilizado y el *Axman* probablemente también, pero teníamos demasiadas naves abatidas.

—¡Alto! ¡Alto!

Los hostiles continuaban atacando mientras nos retirábamos, pero sólo utilizaban armas energéticas. Alimentadas por el reactor de fusión que impulsaba al BattleMech, estas armas tenían suministros de municiones inagotables. Los pilotos de Ansell no utilizaban sus armas, y este hecho me preocupaba. Habitualmente, habrían descargado todo lo que tuviesen con la esperanza de abatir a algunos más de nosotros,

pero estaban ahorrando municiones para algún fin.

Al menos no nos seguían. Quizá temían otra trampa. O, tal vez, habían aprendido finalmente qué era el respeto.

Las pérdidas del batallón Iota estaban siendo sufridas más mercenarios derrotados ansiosos por una oportunidad en nombre de los Dragones. Dechan se preguntaba si sabrían lo que les había pasado a sus predecesores; Elson restringía las noticias que llegaban al Mundo. Los pilotos de Iota pronto descubrieron por qué habían sido los primeros.

La Telaraña se había marchado de la línea de avance de Fancher a través del sector Verde, para ser reemplazada por otra fuerza de BattleMechs que, según algunos informes, era dirigida por el mismo Jaime Wolf. Este cambio hizo que Alpin y Elson reconsideraran sus planes. La gente del servicio de inteligencia de Svados predijo que Jaime Wolf estaba escondido en algún lugar del sector Rojo, pero el famoso *Archer* azul y dorado había sido visto entre los Mechs enemigos del sector Verde.

Quienquiera que fuera el que dirigía las fuerzas de Wolf, éstas estaban siendo efectivas. Sus engaños y trampas estaban causando bajas, y no sólo en las tropas de la línea frontal del batallón Iota y del regimiento Beta. La moral de las fuerzas restantes también había sufrido un duro golpe. Lo que se suponía que era una campaña relámpago se había empantanado demasiado tiempo. Wolf, pese a estar a la defensiva, había robado la iniciativa. Los supuestos cazadores bailaban su melodía.

#### *Cazadores.*

El apodo había empezado a ser utilizado cuando supimos que los rebeldes se autodenominaban la Manada de Lobos. Dechan supuso que habían adoptado este nombre como muestra de lealtad a Jaime Wolf. No pensó que fuese coincidencia que el nombre simultáneamente implicara su rechazo a Alpin. La referencia a las fuerzas de Alpin como cazadores había empezado a utilizarse en el Regimiento Beta. El Khan lo legitimó cuando puso una recompensa por la cabeza de su abuelo.

Esta recompensa entusiasmó a muchos de los mercenarios. Hablaban de cazar a Wolf ellos mismos, pero sus palabras eran tan inconexas como su táctica. No se ponían de acuerdo en nada y cada uno intentaba sobrepujar a los otros. Elson realmente había convocado a lo peor.

Dechan había oído discursos similares entre su propio batallón Kappa. Los interrumpía en cuanto empezaban, llegando incluso a prohibir el tema en las reuniones del personal. Sin embargo, sabía que no podía ocultarlo para siempre. Ahora que se sabía que Wolf dirigía las fuerzas de la oposición, ni siquiera los mercenarios relativamente más disciplinados, como los Caballeros, sentían el aliciente de una recompensa lucrativa.

Dechan dudaba que Wolf estuviera presente en el sector Verde. No era que sus

tropas no estuvieran bien lideradas; lo estaban. Pero estaba seguro de que Alpin nunca se habría marchado para encabezar las fuerzas de Parella en el sector Rojo si hubiese pensado que Jaime Wolf estaba allí, en el sector Verde. Además, Elson no se había ido, ni cuando el regimiento Gamma se desplazó para sustituir a Beta y empezó a ceder el terreno que Beta había ganado. Cuando se reducía a eso, nunca se sabía quién se encontraba en el BattleMech hasta que se inspeccionaba la carlinga.

Carter abrió la puerta de la tienda de Dechan.

—Tenemos órdenes.

—¿De Elson o Alpin?

—De Elson.

—Reunión en diez minutos.

Carter asintió. Extendió el brazo para alcanzar la puerta, y la cerró. Dechan oyó los crujidos de sus pasos sobre la grava. Pasó entre las otras tiendas y despertó a los oficiales.

Hasta ahora el batallón Kappa se había mantenido fuera de la batalla. Dechan se lo había tomado como una señal de que Elson tenía en mente algo especial para ellos. Si Elson abandonaba la máscara de estar trabajando a través de Alpin, el momento decisivo llegaría pronto.

Michi sabía que lo seguían, pero no tenía tiempo de hacer nada. Caminaba por la avenida Lafayette entre la multitud del mediodía. Había demasiados ojos para que sus perseguidores representaran una amenaza, pero esta situación era provisional. Pronto tendría que abandonar la avenida. Entonces tal vez intentarían atraparlo, si lo sabían; o tal vez esperarían, si sospechaban. No podía decir cuántos eran. Si eran demasiados, y no lo sabían, quizá lo atraparían.

Salió de la avenida.

En la esquina, empezó a correr.

Había recorrido dos bloques cuando oyó unas maldiciones que indicaban que los perseguidores habían girado la esquina. Ahora también correrían.

Era afortunado por no tener que ir muy lejos. Eran más jóvenes y estaban más en forma para correr. Oía cómo se acercaban sus pasos.

El acólito de ComStar se sorprendió cuando Michi apareció por la puerta; estaba demasiado asustado para detenerlo, lo cual era bueno. Oyó a la mujer llamando a los guardias mientras corría por el pasillo hacia el patio interior. Los guardias llegaron a tiempo para topar con los perseguidores de Michi; oyó el principio de la lucha, y entonces la puerta se cerró.

Él era el único alboroto en la paz del jardín mientras corría por él. Pero sólo por un momento. Unos gritos rompieron la tranquilidad; los guardias de ComStar sólo habían podido demorar a los perseguidores. Era de esperar; los guardias no estaban preparados y los perseguidores eran profesionales.



Michi corrió a lo largo de la hilera de pequeñas casitas. Llegó a la que buscaba y, sin parar, convirtió su última zancada en una patada. La puerta se abrió, rebotó en la pared y lo golpeó mientras entraba.

El aire dentro de la casa era más cálido que en el jardín. La única luz que entraba era la de la puerta. Los únicos muebles que había eran una silla, una cama y una mesilla de noche que soportaba una estación de trabajo con un ordenador. La cama estaba ocupada.

El hombre agarró un arma de detrás del monitor del ordenador, cayó rodando de la cama y apuntó a Michi. En sincronización con el destello de reconocimiento de los ojos del hombre, Michi le tiró el cilindro de plata.

—¡Vete! —ordenó.

Stanford Blake agarró el cilindro con su mano libre, y gritó:

—¡Cuidado!

Michi se giró, sacó la espada y golpeó con un único y suave movimiento. La afilada espada partió al perseguidor en dos por la cintura. El mayor Sean Eric Kevin adoptó una expresión de sorpresa al morir. Blake disparó a través del chorro de sangre de Kevin y mató al segundo hombre.

Había más gente corriendo en el jardín.

—¡Vete! —exclamó Michi de nuevo mientras cerraba la puerta—. ¡Ahora!

Blake asintió con la cabeza bruscamente. Se puso el cilindro en el cinturón y abrió la puerta trasera.

—Gracias —dijo mientras escapaba.

Michi lo vio correr por el jardín. La casa impediría que los perseguidores lo vieran en cuanto dejase la línea directa entre las puertas delantera y trasera. Michi cerró la puerta trasera, se paró y sacó la pistola de la funda de Kevin. Caminó contra la pared al lado de la puerta, lejos del marco.

Esperó.

Eran cautelosos, quizá creían que estaba atrapado. Esperaba que continuasen cautos; cada segundo que perdían era útil. Sin embargo, sabía que no esperarían mucho. Si antes sospechaban, ahora él había confirmado sus temores.

Una descarga de disparos hizo agujeros en la puerta y la pared a ambos lados de aquella. Michi se movió hacia adelante mientras la puerta se abría, esta vez liberándose de sus maltratados goznes. Dio un fuerte mandoble en el brazo al primer comando mientras entraba. Chillando, el hombre se dobló y rompió la empuñadura de la espada de Michi. Dos disparos acabaron con el segundo comando, pero llegó otro por la ventana frontal mientras su compañero moría. Retrocediendo debido a los tiros de los dos que todavía quedaban fuera, Michi fue incapaz de detener a la mujer mientras ésta rodaba hasta sus pies y salía por la puerta trasera.

No sabía si los había entretenido suficiente tiempo. Empezó a correr detrás de la

mujer, pero su movimiento no fue inesperado. Los compañeros le dispararon cuando pasó el borde de la casa. Sintió un golpe en el brazo y se retorció a causa del impacto del tiro, entonces cayó al suelo. Se apartó rodando y disparó mientras uno de los comandos daba la vuelta al edificio persiguiéndolo. El hombre recibió el primer tiro y dos más antes de desplomarse.

Michi sabía que su misión estaba cumplida cuando oyó los potentes latidos del generador de hiperpulsación con el sonido de una pulsación de salida.

Su alivio casi le costó la vida. El último comando había dado la vuelta por el otro lado del edificio y sólo el ruido de la grava reveló su presencia. Michi empezó a rodar antes de que el hombre disparara el arma; el disparo chocó contra el suelo en lugar de dar a Michi. Su tiro de respuesta fue abierto, pero el hombre lo esquivó. Desgraciadamente para él, se movió hacia la trayectoria del último disparo, sin objetivo, de Michi.

*Karma.*

Un tiro retumbó desde la dirección del edificio generador Michi se forzó a ponerse de pie. Tenía la pistola descargada. La tiró y paró para recoger otra de uno de los comandos. Casi se desmayó cuando se enderezó. Demasiada sangre perdida y falta de concentración. Reprimió el dolor, desterrándolo bajo la claridad del propósito.

Corrió hacia el sonido del disparo.

La puerta que daba a la cámara de control del generador estaba abierta cuando llegó. Entró despacio, con la intención de rodar hasta una posición de fuego. Se quedó helado.

Había guardias de ComStar con armas preparadas para dispararle. Estaban muy nerviosos. Uno atendía a un acólito a quien habían disparado en la pierna. El comando de sexo femenino y Stanford Blake estaban tirados en sendos charcos de sangre separados que se extendían uno hacia el otro.

—Tira el arma —ordenó un guardia.

Michi obedeció.

Stanford Blake había conseguido transmitir los planes para el ataque final de Elson. Jaime Wolf tendría la información que necesitaba para trastocar esos planes. El papel de Michi había terminado.

Se desmayó.

Como me temía, los hombres de Ansell tenían un motivo para conservar sus municiones. Dos días después, cuando nuestras últimas unidades se dirigían al campamento nocturno, comenzó un bombardeo. El sistema de interceptación de radar y telemetría nos indicó que los sistemas de misiles Arrow se estaban utilizando como complemento de la artillería normal, lo que quería decir que se había sumado el Batallón de Soporte de Fuego. En esos momentos eran la única unidad de los Dragones con esa clase de potencia de fuego. Elson iba en serio.

Empezaron a llegar informes desde las unidades de la Guardia Nacional que constituían el frente. Se estaba desarrollando un ataque importante en la zona limítrofe entre el Duodécimo y el Decimocuarto de Blindados. Los BattleMechs de Elson estaban presionando en el hueco para aprovechar la división de las zonas de mando.

—¡Por la Unidad! Será mejor que Zeta llegue pronto —exclamó Grant.

No me cuidé de contestarle. Tanto si Zeta llegaba como si no, teníamos mucho que hacer. Yo estaba seguro de que había actividad a lo largo de todo el frente, aunque no había recibido noticias de los otros grupos de combate.

Nuestro primer contacto con el enemigo se produjo poco después de medianoche, justo a las afueras del falso pueblo de Potterdam. Una lanza de tres BattleMechs avanzaba a lo largo del cauce del río seco. Iban mucho más adelantados que el grueso de las fuerzas de que teníamos noticia y eso no era nada bueno. Como eran sólo tres, los atacamos sin piedad. No quería estar cerca si había más fuerzas hostiles en camino y, dada nuestra superioridad numérica, su derrota fue sencilla. Uno voló en pedazos a causa de la explosión de sus municiones tras recibir varias andanadas de misiles. El segundo quedó paralizado y el tercero emitió una señal de rendición y abrió la escotilla tras haberse puesto a cubierto de nuestro fuego. Decían formar parte del batallón Iota, pero no eran más que guerreros a sueldo. Pedí a la base que enviaran un aerodeslizador rápido con uno de nuestros pilotos sin montura; podíamos utilizar el 'Mech del mercenario.

El mercenario era parlanchín. Confirmó que Elson y Fancher eran los

comandantes en jefe de aquel lado del frente. También dijo que había otra unidad de Mechs, el batallón Kappa, que había sido transferido al sector Naranja. Tenía que ser la unidad que el sistema de reconocimiento había localizado durante las primeras fases del conflicto. Fancher no era la clase de oficial que debilitara sus unidades justo antes de una ofensiva importante. Si había prescindido de una unidad, probablemente era porque la fuerza principal atacaría en otra parte. Si enviaba refuerzos a las fuerzas de Alpin en el sector Naranja, donde la defensora era Maeve, ello sugería que Alpin estaba al frente de la fuerza de ataque principal.

Seguimos avanzando más deprisa.

El mando del Decimocuarto de Blindados era un caos. La mayoría de sus tanques estaban inactivos, pero habían conseguido volver a enlazar con el Duodécimo de Blindados. Este se encontraba en mejor estado, pero no mucho. El regimiento Beta se había adelantado y estaba atacando a los tanques. Nuestra estrategia de aislar al enemigo y tenderle trampas estaba fracasando frente a su estrategia de ataques potentes. No pasaría mucho tiempo hasta que los 'Mechs enemigos destrozasen nuestra frágil defensa.

Envié a mi grupo de combate a detener una ofensiva que se estaba llevando a cabo en el flanco derecho del Decimocuarto de Blindados. Si ese flanco se desmoronaba, la infantería de Alpin tendría el campo libre y podría penetrar por nuestras dispersas posiciones de infantería hasta el interior del sector Naranja, detrás de las líneas de Maeve. El grupo de combate rechazó a los 'Mechs enemigos, pero tuvo que retirarse cuando localizamos varias Estrellas de Elementales que avanzaban en posición de ataque a lo largo de un risco.

Di la orden de retroceder.

Mientras me dirigía a la segunda línea de defensa, establecí contacto con el coronel. Me aseguró que Maeve conocía nuestra nueva posición. Estaba sufriendo una fuerte presión por parte del regimiento Gamma de Parella, pero hasta entonces había conseguido contenerlos cambiando constantemente el grupo de combate allí donde la lucha era más encarnizada. Yo sabía el precio que la Telaraña debía de estar pagando; no podrían mantener siempre este ritmo.

En aquel sector no había indicios del batallón Kappa.

En el sector Azul no había habido enfrentamientos importantes, pero era probable que la situación cambiase pronto. Los kuritanos avanzaban para enfrentarse a una ofensiva de dos batallones de Epsilon.

—Lo estamos haciendo muy bien —me aseguró el coronel.

Yo quería creerle.

Sabía que el combate de BattleMechs no era tan prolongado como había sido el de los soldados durante casi toda la historia humana. No era posible mantener una batalla entre 'Mechs durante largos períodos de tiempo. Eran demasiadas máquinas

que llevaban suministros limitados de municiones y que perdían eficacia cuando éstas se agotaban. Incluso los Mechs armados exclusivamente con armas de energía tenían una duración limitada; el combate era demasiado violento y ni siquiera un blindaje de BattleMech podía soportar un castigo tan duro. Además, aquellas máquinas eran demasiado caras y difíciles de reparar. Cuando la máquina de un guerrero resultaba dañada, éste debía saltar si era lo bastante inteligente. Con una nueva máquina y nuevas municiones, volvería a ser una amenaza; quedarse era buscar la muerte.

Así pues, las batallas tenían altibajos y raras veces se ponían en juego todas las fuerzas de una unidad. Con cada enfrentamiento, los 'Mechs se desgastaban y las fuerzas se reducían de tamaño. Teníamos que mandar al frente a nuestros guerreros cada vez con mayor frecuencia, y eso me preocupaba. La gente también se cansaba, y un guerrero cansado comete errores. Y el precio de un error en un campo de batalla suele pagarse con vidas.

Así ocurrió. Al igual que el grupo de Maeve, el mío iba corriendo de un lado a otro tapando agujeros en la línea del frente y rechazando a las unidades que conseguían abrir brecha en nuestras posiciones. Los tanquistas eran los que tenían la labor más pesada. Tenían menos movilidad que los 'Mechs y habían de realizar un trabajo propio de la infantería y mantener las posiciones. Había momentos en que deseaba disponer de infantería para hacer retroceder a los tanques y reagruparlos para un contraataque, pero las tierras yermas y áridas del sector Verde no eran un territorio apropiado para la infantería. Tal vez para Elementales provistos de armaduras, pero no tenía a ninguno bajo mi mando.

No podía quejarme de las tropas que tenía bajo mis órdenes: eran magníficas. Lo que había comenzado como un grupo abigarrado de guerreros veteranos, aprendices y muchachos de *sibko*, se había convertido en una máquina de guerra flexible y resistente. Me permitió atisbar lo que debieron de ser los antiguos Dragones y lo que el coronel quería hacer con los nuevos. Estaba muy orgulloso de formar parte de aquello.

Aunque el combate era encarnizado, había empezado a creer que el coronel tenía razón y que las cosas nos iban bien. Entonces, el equipo de reconocimiento informó de que unas Naves de Descenso habían aterrizado en el flanco izquierdo: tres de Clase *Leopard* y dos de Clase *Union*. Eran vehículos de transporte de 'Mechs. Temí que el mercenario capturado nos hubiese mentido y acabásemos de encontrar al batallón Kappa.

Ordené al grupo de combate que se retirase y me llevé conmigo a Grant. Nuestra lanza de mando, formada por dos 'Mechs, iba a ser más útil en el campo de batalla que en el puesto de mando. Nos costó tiempo, demasiado tiempo, colocarnos detrás del Duodécimo de Blindados. Los Mechs recién llegados se desplegarían y se moverían antes de que pudiésemos alcanzarlos.

Cuando distinguimos las lejanas montañas Luma que formaban el horizonte del lado más alejado del cañón de Gremmer, recibimos los informes de exploración actualizados. La nueva fuerza se había desplegado y avanzaba hacia nosotros. Habían pasado al menos junto a dos grupos de búnqueres sin abrir fuego. Yo sabía por qué los defensores de los búnqueres no habían disparado: eran muy pocos y su misión consistía principalmente en actuar como vigías para observar movimientos de fuerzas hostiles e informar de sus posiciones. Pero ¿y los 'Mechs? Eso me tenía confuso.

La polvareda anunció su llegada mucho antes de que pudiéramos verlos, incluso con la imagen ampliada al máximo. El tamaño de la nube indicaba que se trataba, por lo menos, de dos compañías y probablemente más.

La capitana Jenette Rand, situada un kilómetro por delante de nuestras posiciones, informó de la presencia de dos *Stalkers*, un *King Crab* y un *BattleMaster* en la primera lanza que pudo ver. Todos eran 'Mechs de asalto. Observó una gran variedad de esquemas de color, pero ningún emblema de unidad. Le ordené que retrocediera. Su *Mongoose* no podría aguantar ni un minuto frente a su potencia de fuego.

Los 'Mechs se aproximaban en estrecha formación. Se hallaban todavía a varios minutos de nosotros, por lo que di órdenes de tomar posiciones para una emboscada. Tal vez estuviésemos en inferioridad numérica, pero si podíamos hacer unos cuantos disparos antes de retirarnos, pensé que tendríamos ventaja.

El *Mongoose* de Rand salió de improviso del cauce seco que había utilizado para protegerse de los atacantes.

—Vienen más —informó por radio—. Hay 'Mechs al sudeste.

Avancé con mi *Loki* a lo largo del borde del río hasta donde pude tener una buena vista en aquella dirección. Rand tenía razón: media docena de 'Mechs ligeros, Omnis mixtos y modelos de tecnología antigua avanzaban apresuradamente hacia nosotros. No había duda de su afiliación: unas letras beta de color negro decoraban sus pinturas de camuflaje de color arenoso. Varios de ellos lanzaron misiles de largo alcance hacia el 'Mech de Rand y empezaron a disparar sus cañones automáticos ligeros.

Avisé a la lanza de Corwyn y les di permiso para entrar en combate. Estaban en el camino de los 'Mechs de Beta, pero el terreno agreste que los separaba de los atacantes los protegería bastante. Disparé un láser de siete centímetros con el 'Mech ligero que iba en cabeza, un *Puma*. El rayo cruzó el ancho caparazón del blindaje que protegía su torso curvado y de forma cúbica. Tras haber atraído la atención del piloto, yo también recibí el impacto de un CPP cuyo rayo artificial arrancó parte del blindaje del costado izquierdo de mi *Loki*. El segundo rayo del *Puma* salió desviado.

Entonces, la lanza de Corwyn abrió fuego y el piloto del *Puma* tuvo otras cosas de que preocuparse. Había demostrado que era peligroso y los hombres de Corwyn lo atacaron con todas sus fuerzas. Su blindaje se desintegró bajo la lluvia de fuego. Tras sufrir el terrible ataque, el *Puma* se tambaleó y dio un par de saltos hacia un lado. Un

chorro de vapor surgió a través de una grieta en el blindaje del brazo derecho. Los sellos de la articulación saltaron por los aires y el brazo dejó su posición de disparo y cayó al suelo. El *Mongoose* de Rand se volvió y disparó tres rayos láser al manco Omni. La carlinga del *Puma* voló por los aires cuando el piloto saltó fuera y el 'Mech se desplomó en el suelo.

El segundo de los Omnis, otro *Puma* pero con una configuración de armas diferente, acertó en el *Mongoose* de Rand con su láser pesado; su rayo de luz coherente incidió en el torso izquierdo del 'Mech. El piloto insistió con una andanada de fuego del cañón automático que impactó con fuerza en el *Mongoose* y le hizo dar la vuelta. El *Mongoose* agitó los brazos en el aire y se desplomó pesadamente. No vi saltar a Rand.

Grant avanzó con su *Archer* hasta ponerse a mi lado y abrió fuego contra los Mechs de Beta. El fuego combinado de la lanza de Corwyn y nuestros dos 'Mechs pesados desde una posición superior hizo que los guerreros de Beta se replantearan su situación. En unos minutos, habían pasado de perseguir a un explorador solitario a un combate encarnizado contra una fuerza numéricamente superior.

Habían empezado a retirarse cuando unos misiles de largo alcance comenzaron a explotar en la ladera de los riscos que se alzaban sobre Grant y sobre mí. Una segunda andanada cruzó el cielo y estalló un poco más allá.

Los 'Mechs de asalto se estaban acercando y ya nos encontrábamos dentro de su radio de alcance y al descubierto.

Me detuve y la polvareda empezó a cubrir los 'Mechs que estaban inmóviles. Otra lanza, compuesta por dos *Daishis* y los *Mad Cats*, ocupaba posiciones a la izquierda de la primera lanza, mientras otra lanza mixta formada por 'Mechs pesados y de asalto avanzaba por la derecha.

Al ver la calidad de aquellos 'Mechs comprendí que no se trataba del batallón mercenario que faltaba. No tuve necesidad de oír el anuncio de su jefe para saber que, por fin, había llegado el batallón Zeta.

—Aquí J. Elliot Jamison del batallón Zeta. Esto ya ha durado demasiado.

—En efecto, ¡ahora vamos a repartir unas cuantas bofetadas! —gruñó Grant a través del canal de nuestra lanza.

—Ya basta, Wolf.

—¿Qué? ¡Se supone que están de nuestro lado! —exclamó Grant en un tono más de afrenta que de perplejidad.

—¿Por qué? —pregunté yo por un canal abierto.

—No he venido a hablar con usted, Cameron. No sé por qué dejaste que se celebrase el Juicio de Posición, Jaime, pero es preciso respetar su resultado. ¿Qué me dices, Jaime Wolf?

Comprendí que Jamison pensaba que estaba hablando con el coronel. Grant, al

mando del antiguo *Archer* del coronel, guardó silencio.

—Si ésta es la manera como quieres actuar... —Hubo un breve silencio—. Lo lamento de verdad. Zeta, al ataque.

Los 'Mechs de Zeta desaparecieron entre las nubes de polvo producidas por el disparo de sus misiles. El resplandor azul de los rayos de CPP y las saetas cegadoras de color rubí de las armas láser brillaron entre el humo y llovieron sobre nuestras posiciones.

La andanada desolló el *Archer* de Grant, que era el principal objetivo del ataque, pero mi *Loki* recibió muchos de los disparos que no dieron a Grant. Sonaron las alarmas de los sistemas averiados y el *Loki* empezó a inclinarse. La explosión de las municiones que hizo trizas el *Archer* también alcanzó a mi máquina y la arrojó lejos. No recuerdo que el *Loki* chocase contra el suelo.



La marcha nocturna había sido larga pero se había realizado con una facilidad sorprendente. Sin embargo, Dechan Fraser seguía sin poder dormir. Estaba rendido y necesitaba descansar, pero su tienda era tan angosta y claustrofóbica que tuvo que ir a pasear entre los BattleMechs desactivados. Bajo la grisácea luz previa al alba, la llanura debía estar en silencio. Sin embargo, alrededor resonaban, traqueteaban, zumbaban y siseaban los miles de sonidos propios de un campamento de MechWarriors. Casi era como si los 'Mechs se agitasen nerviosos en su sueño, pero se trataba sólo de los equipos de techs que cuidaban de las máquinas después de la larga marcha.

Dechan contemplaba el cielo y se preguntaba qué depararía el nuevo día, cuando un brillante fogonazo, como una estrella errante pero inmóvil en el cielo, llamó su atención. No era un fenómeno natural; había visto combates suficientes para saberlo. Se dirigió hacia el centro de mando, pero no cedió a sus ganas de correr, como si el apresuramiento añadiera mucha más importancia a lo que ya podía ser un milagro.

Dechan ordenó a la tech que estaba de servicio que lo pusiera en contacto con el cuartel general del regimiento Gamma. Cuando, por fin, Parella contestó al otro lado de la línea, no perdió el tiempo con formalidades.

—¿Qué ha ocurrido?

—Chandra ha destruido un satélite —contestó con aspereza la ronca voz de Parella.

—¿De los nuestros o de los suyos?

—¡Qué pregunta más estúpida! Dado que el Khan Alpin quiere que seamos amables con Chandra y le sigamos la corriente, seguro que no era nuestro. La transmisión ha sido enviada a algún lugar del sector Naranja.

Algún lugar más allá de sus líneas, seguro que directamente hacia Wolf. Dechan sintió un nudo en el estómago.

—¿Algún indicio sobre qué puede ser?

—Hoy tenemos el día fisgón, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿No puede esperar al informe de la mañana?

—Sería estupendo estar avisados si vamos a entrar en otra de las trampas de Wolf.

—Y también sería estupendo que Wolf se muriese, pero no lo va a hacer a menos que nosotros lo ayudemos. Por eso lo hemos traído aquí, mercenario. Ahora ponga a punto a sus hombres.

—Quiero hablar con Alpin.

—Es el Khan Alpin, y ahora está ocupado —gruñó Parella—. Cumpla con su obligación.

La conexión se interrumpió. La comtech intentó restablecerla, pero no lo consiguió, aunque aseguró a Dechan que la línea no había sido cortada. A Dechan se le revolvió el estómago. Que el cuartel general no quiera hablar con uno nunca presagia buenas noticias. Mientras se dirigía a la tienda del comedor, empezó a preguntarse si Elson había retenido al batallón Kappa para utilizarlo en el grandioso final que preparaba. Se pasó dos horas intentando convencer a su estómago que aceptase un poco de avena para que los ácidos tuvieran algo con que trabajar, pero no tuvo más éxito que la comtech tratando de conectar de nuevo con Parella.

La tienda estaba medio llena con otros comensales más afortunados que él. Entonces, Alpin hizo un anuncio general:

—Esta es la mañana por la que hemos trabajado tan duro. Las fuerzas de Wolf están en una situación desesperada. Al alba, el batallón Zeta llegó al planeta para apoyar la sucesión legítima en el mando. Jaime Wolf y sus seguidores están condenados. Las fuerzas que obstaculizan nuestro avance en el sector Verde ya están retirándose y los elementos más adelantados del regimiento Gamma ocupan sus posiciones para el ataque final.

»Ustedes no tardarán en entrar en acción —agregó. Resonaron gruñidos y protestas por toda la tienda. A Kappa se le había prometido un día de descanso—. Sé que es pedir mucho, pero también sé que ustedes son guerreros y lo entenderán. Debemos hacer un esfuerzo y atacar ahora, de forma rápida y contundente. No espero menos de los guerreros del batallón Kappa. Nos veremos al otro lado y recorreremos juntos la senda del honor. ¡*Seyla!*

Cuando la transmisión terminó, un mensajero estaba esperando a Dechan con un paquete sellado con las órdenes. Dechan se tragó a duras penas la última cucharada de avena, que cayó en el interior de su estómago como una plancha de plomo cuando leyó las órdenes.

Dechan entendió de inmediato por qué habían reservado su unidad. El regimiento Gamma debía abrir una brecha en las líneas de Wolf y girar a la derecha. Mientras avanzase, aparecería un hueco entre el flanco izquierdo de Gamma y el derecho de Epsilon. Kappa debía atravesar aquel hueco, flanqueando el grupo de combate M enemigo. Una vez que hubiesen rebasado el área delantera de la batalla, debían correr hacia el Área de Entrenamiento Tetsuhara y ocupar su centro de mando antes de que

las fuerzas de Wolf se retiraran allí.

El Area de Entrenamiento Tetsuhara. *Tetsuhara*. Aquel nombre volvía para atormentarlo. Outreach no era un lugar tan frío como Misery, pero en aquel planeta debía realizar una empresa aún más miserable. Aquellos terrenos estaban plagados de defensas automáticas. Dechan estaba seguro de que Wolf tenía a gente preparada para activarlas. Aquel lugar era un laberinto de trampas explosivas. Tal vez habían sido diseñadas sólo para poner a prueba a los guerreros, pero estaba seguro de que también tenían una capacidad de destrucción letal. Ni siquiera el fuego de artillería del Batallón de Soporte de Fuego que le habían prometido le facilitaría las cosas, si es que lo recibían. Habían asignado al batallón Kappa una misión inusitadamente mortífera.

A eso se reducían las promesas de Elson de concederles un puesto en los Dragones. Tal vez se refería a su cementerio.

Por otro lado, tal vez era la manera que tenía aquel Elemental de obligarlos a demostrar que eran dignos de ser miembros de los Dragones y que eran lo bastante fuertes para lo que Elson había previsto. No sería fácil conquistar aquella instalación, pero sería un golpe mortal. Si lograban controlar el centro de mando antes de que llegasen las fuerzas de Wolf, la campaña terminaría enseguida. Aquel complejo era la última posición de defensa para una fuerza organizada. Sin ella, Wolf tendría que rendirse o empezar una guerra de guerrillas. Si elegía esta última opción, su empeño por reconquistar el control de los Dragones estaría acabado. La tradición de los Dragones exigía que los desafíos a los Juicios se librasen como combates cara a cara.

Dechan desdeñó sus preocupaciones para ponerse a preparar su batallón.

A pesar de sus temores, el ataque inicial encontró escasa resistencia, dado que las fuerzas de Wolf estaban demasiado atareadas en otros lugares. La llegada del batallón Zeta y su elección del bando de Alpin habían alterado el equilibrio. Jamison afirmaba incluso que habían matado a Jaime Wolf, pero la cohesión de las fuerzas enemigas desmentía esta aseveración. Aunque las tropas de Wolf estaban muy afectadas por los terribles ataques asestados por los regimientos Beta y Gamma, se estaban retirando de forma ordenada. El único lugar donde las fuerzas de Alpin no avanzaban era en el sector Azul, donde el regimiento Epsilon mantenía el terreno. Los kuritanos habían desbaratado el ataque de Epsilon sufriendo pérdidas mínimas.

Nichole devolvió Epsilon a sus posiciones iniciales, cesando las operaciones de ataque e informando a los jefes de las fuerzas atacantes de que el plan de batalla se había transmitido a Wolf. Dechan no pudo conectar con Alpin ni con Elson para confirmarlo, pero Alpin respondió a la afirmación de Nichole con un mensaje, transmitido sólo por el canal de jefatura, admitiendo que la destrucción del satélite aquella misma mañana había sido el cumplimiento de la promesa de la capitana de flota Chandra de que eliminaría todos los satélites que utilizasen los combatientes.

Destacó el éxito de Beta y Gamma, pero nunca negó la afirmación de Nichole de que se había transferido el plan de batalla. Dechan interpretó aquella omisión como que admitía implícitamente que Nichole tenía razón, al menos en parte.

Sin embargo, a pesar de este éxito de espionaje de los partidarios de Jaime Wolf, el ataque de Alpin se desarrollaba bien. El enemigo cedía en dos frentes y confluía en el Área de Entrenamiento Tetsuhara. Era en aquellos terrenos donde Jaime Wolf había forjado la grandeza de los señores de las Grandes Casas de la Esfera Interior. Allí, con sus pruebas y competiciones, les había demostrado a ellos y a sus crédulos hijos cómo debían resistir a los feroces guerreros de los Clanes. Para Wolf, aquella instalación era el lugar donde había comenzado la respuesta de la Esfera Interior a la invasión de los Clanes. A menos que Wolf tuviera algún as en la manga, también sería el lugar donde terminaría su rebelión contra Alpin y Elson.

El batallón Kappa llegó a los límites exteriores casi a la hora prevista y adelantándose al grupo de combate M en retirada. Sin embargo, menos de cien metros más allá del marcador del límite, el avance de Kappa fue frenado cuando un *Vindicator* detonó una bomba que no había explotado o una mina. Kappa siguió adelante, aunque más despacio, dejando atrás al piloto del *Vindicator* contemplando su 'Mech, que había perdido ambas patas.

El área de entrenamiento era enorme, con una amplia variedad de terrenos, estructuras simuladas y grupos de edificios. Dechan ordenó a Kappa que siguiera avanzando con cautela; no deseaba perder más Mechs de forma innecesaria. Los fogonazos y el estrépito de la batalla aumentaban al nordeste mientras buscaban el emplazamiento del cuartel general; curiosamente, era un dato que faltaba en los mapas que les habían proporcionado.

La lanza que exploraba el flanco derecho informó de que había avistado 'Mechs y blindados que se acercaban desde el lugar de la batalla. Dechan ordenó que se detuvieran y fueran a investigar. Los exploradores tenían razón: estaban llegando los primeros elementos de las fuerzas de Wolf. Dechan ordenó a su batallón que ocupase posiciones en su ruta de retirada.

Se detuvieron y esperaron.

El aerotank que iba en cabeza debía de tener una sonda activa porque, cuando llegó al límite del radio de acción de los misiles, hizo un viraje brusco y regresó junto a sus compañeros. El resto también cambió de rumbo y se escondió en una ciudad simulada. Dechan mantuvo a su unidad en sus posiciones y rechazó una petición de obligar a los tanquistas provistos de sondas a salir de sus escondrijos.

El grupo de combate M se acercaba, seguido de cerca al menos por un batallón del regimiento Gamma. Las fuerzas enemigas estaban realizando una retirada escalonada clásica, moviéndose y disparando alternativamente con precisión y resolución. Dechan lo observaba fascinado mientras su oficial de comunicaciones

hacía una tentativa de identificación del líder del grupo de combate mediante la actividad de la radio. Pilotaba un *Thunderbolt* y luchaba con una eficacia admirable mientras controlaba simultáneamente la retirada de sus tropas. Era una actuación heroica.

El grueso de sus adversarios casi había llegado ya a la ciudad cuando apareció un grupo nuevo entre las filas de Gamma. Unos 'Mechs pesados iban en cabeza, absorbían los disparos de los hombres de Wolf y los devolvían. Al frente de la carga iba una Estrella de OmniMechs. Entre todas las tropas de Alpin, Dechan sólo conocía una unidad organizada de esa manera: la propia Lanza de Mando de Alpin. El Khan había acudido para resolver el problema en persona.

Un combate a corta distancia se desarrollaba en las afueras de la ciudad. Las tropas de Wolf luchaban con denuedo, pero estaban en inferioridad numérica y el resultado final parecía inevitable. Entonces, en uno de esos momentos de calma relativa que se producen de forma imprevista en las batallas, un 'Mech salió al descubierto. Era aquel *Thunderbolt* abollado, que extendió los brazos.

—¡Yo, Maeve de la Manada de Lobos, anuncio mi desafío! —dijo la voz del piloto a través de los altavoces y en varias frecuencias abiertas—. Reto al líder de los usurpadores a que se enfrente a mí. Alpin Wolf, ¿eres tan cobarde que no te enfrentarás a quien te ha mantenido a raya durante un mes? ¿Tienes miedo de una guerrera sin apellido?

Dechan volvió la mirada hacia el lugar donde había visto la Lanza de Mando por última vez. Alpin había estado en el fragor de la batalla donde había perdido a dos miembros de su lanza. Su *Thor* dio un paso adelante hacia el *Thunderbolt*.

—¿Qué haces, loco? —gritó Parella a través del canal de mando.

—Lucharé contra ella. Su muerte pondrá fin antes a la batalla —contestó Alpin con voz ansiosa—. Ella es la que nos ha causado tantas pérdidas.

—Entonces apártate de la línea de fuego y la atacaremos todos.

—¡Neg! ¡Lo prohíbo! No es ese el estilo de los Clanes. ¿Qué pensarían Elson y los demás partidarios de los Clanes?

—Elson te diría que no perdieras el tiempo con ella. Hay que seguir combatiendo en esta batalla. Todavía falta Wolf.

El *Thor* detuvo su avance hacia el *Thunderbolt*. Dechan tuvo la impresión de que las palabras de Parella habían hecho mella en Alpin. Una sonora carcajada resonó en el canal. De algún modo, Maeve había encontrado la frecuencia de mando de Gamma. Tal vez estaba incluida en los planes transmitidos. No importaba cómo lo había hecho, sino lo que entonces dijo:

—¡Pobre Alpin! Tal vez deberías hacer caso al viejo Parella. Pero yo te diré lo que te diría Elson. Él es un guerrero de los Clanes. Te diría que no eres lo bastante hombre para atreverte a esto.

—¡Zorra! —exclamó Parella mientras el *Thor* de Alpin echaba a correr.

—¡Te destruiré! —vociferó Alpin, y embistió con el *Thor* empujado por un chorro de aire muy caliente.

El lanzador que el *T-bolt* llevaba montado en la parte superior giró siguiendo la trayectoria del Omni. Una andanada de misiles voló hacia él, pero no fue acompañada de ningún rayo láser. Esa no era la táctica habitual en un *Thunderbolt*. Dechan esperaba que la guerrera rebelde utilizase todo su arsenal de largo alcance, pero el gran láser montado en el brazo era su arma principal. Si no lo utilizaba, debía de estar averiado.

Dechan admiraba su coraje. Ya era bastante difícil enfrentarse a un Omni con un BattleMech en perfecto estado de funcionamiento. Debía de haber visto aquel desafío como la única posibilidad que tenía de arrebatarle su líder al enemigo.

Él lanzador del *Thor* de Alpin escupió una lluvia de misiles mientras aterrizaba sobre sus patas flexionadas. Rayos de partículas cargadas volaron hacia el *T-bolt*. El rayo del CPP destrozó la piedra de un búnquer, pero no acertó en el 'Mech, que había emprendido la carrera. Los misiles explotaron alrededor de sus pies, y media docena de ellos abrieron orificios en el blindaje de sus patas.

El *Thor* echó a correr en pos del *T-bolt*. Se acercó hasta que sólo estuvo a un centenar de metros de él. El *Thunderbolt* corría en zigzag entre los edificios y los búnqueres, manteniendo una distancia suficiente entre ambos. Aparecía sólo de vez en cuando, disparando sus tres láseres contra el *Thor*. Por lo general no conseguían perforar su protección, pero a veces uno de ellos quemaba parte del blindaje del torso. El *Thor* disparaba sus misiles, pero causaba más daños en el paisaje que en el *T-bolt*. Alpin atacaba también con su CPP, aunque sus disparos acertaban más en los edificios de alrededor que en el 'Mech de Maeve. No obstante, en ocasiones conseguía arrancarle pedazos del blindaje.

Poco a poco, el *Thor* iba acercándose al *T-bolt*. Maeve seguía confiando en sus misiles para sus ataques más contundentes y disparaba el lanzador una y otra vez. Los misiles caían muy juntos, lo que sugería que el *T-bolt* podía ir provisto de un lanzador de tecnología de los Clanes. Dechan comprendió que el *Thunderbolt* no era un modelo de la Esfera Interior y se preguntó si Alpin habría advertido las diferencias. Tal vez ella no estaba tan desesperada como había pensado.

El CPP de Alpin acertó en la pata izquierda del *Thunderbolt*. El debilitado blindaje que protegía la espinilla cedió y dejó al descubierto las fibras de miómero. Unas descargas eléctricas chisporroteaban y reptaban a lo largo de las estructuras desprotegidas. El *Thor* disparó su cañón automático, y sus ráfagas abrieron brechas en el torso superior del *T-bolt*. Los misiles llegaron chirriando y cayeron a lo largo del costado izquierdo del *Thunderbolt*. El 'Mech huyó tambaleándose y se escondió

del Omni tras una estructura de ladrillos antes de desplomarse.

Alpin se acercó para rematarlo.

Cuando dobló la esquina, vio que el *Thunderbolt* estaba acurrucado. Estaba claramente deteriorado y tenía el brazo derecho extendido hacia el *Thor* como si suplicase clemencia. Alpin levantó el brazo de su 'Mech; el CPP crepitaba con las chispas que a veces podían verse antes de la descarga del capacitador.

El láser del *Thunderbolt* lanzó un rayo de pulsaciones cegador, que incidió en el *Thor* justo debajo de su afuste de misiles. El blindaje borboteó y se convirtió en líquido, dejando la estructura interna a merced de la voracidad del láser. El *Thor* se dobló como si fuese un hombre al que le hubieran dado una patada en el vientre. Entonces, las municiones del lanzamisiles explotaron. Unas llamas y humo brotaron de la espalda del 'Mech cuando el sistema de seguridad ECAM liberó casi toda su fuerza devastadora. Pero era ya demasiado tarde para el *Thor*.

La explosión había destrozado casi todo su interior. El brazo izquierdo cayó al suelo y el cañón automático disparó sus cargas sin control antes de que sus municiones se consumieran también. El victorioso *Thunderbolt* se alzó entre el humo impulsado por sus retropropulsores.

Descendió detrás del Omni con el brazo izquierdo levantado. Lo bajó con fuerza, obligando al *Thor* a hincarse de rodillas. El Omni se desplomó y se balanceó adelante y atrás. El brazo derecho del *Thunderbolt* giró, penetró en el blindaje que protegía la articulación del hombro y se deslizó hacia arriba hasta chocar con la carlinga. El Omni se inclinó y se desplomó sobre el costado izquierdo.

El *Thunderbolt* hundió sus dedos mecánicos en el blindaje que había debajo de la carlinga del *Thor*. El blindaje cayó al suelo, y del interior brotó una columna de humo. Maeve arrojó la carlinga a un lado y, en una asombrosa demostración de control de un BattleMech, introdujo los dedos en la cabina y sacó con delicadeza a su contrincante derrotado.

Maeve levantó el brazo del *Thunderbolt* y sostuvo a la vista de todos el cuerpo inerte y cubierto de sangre de Alpin Wolf.

Aunque Jamison seguía resistiendo, Elson concluyó que el ataque iba bien. La amenaza de los 'Mechs de asalto de Zeta era suficiente, por el momento. Había comprobado que Nichole era reacia a poner en juego todas sus fuerzas, pero eso tampoco era un problema grave, porque las fuerzas principales de Wolf estaban combatiendo al norte de sus posiciones. Epsilon seguía siendo una amenaza para los rebeldes y mantenía ocupadas a unas fuerzas muy necesarias. A veces, una amenaza podía valer tanto como la presencia de tropas de primera línea; sin duda, obligaban a un jefe militar con escasez de suministros a desplegar demasiado sus fuerzas. Este jefe no podría saber de dónde vendría el enemigo.

Elson deseaba estar seguro de que Wolf estaba en la misma posición que aquel jefe. El robo del plan de batalla del ordenador táctico principal en el Salón del Lobo y su posterior transmisión habían sido una contrariedad importante, pero no había pruebas de que Wolf hubiera recibido esa transmisión. Desde luego, no había habido ningún cambio drástico en la actividad de sus tropas en el campo de batalla, ni alteraciones repentinas en sus puntos vulnerables, como cabía esperar si Wolf hubiera tenido acceso a sus planes. Aun con los recelos de Nichole, la batalla se desarrollaba tal como Elson la había previsto; de todos modos, él nunca había esperado mucho del regimiento Epsilon.

Las fuerzas de Wolf se derrumbaban bajo la presión de los regimientos Beta y Gamma. Y, a pesar de la intromisión de Alpin, Parella conseguía avances frente al batallón Telaraña y las fuerzas de la Guardia Nacional que lo apoyaban. Los MechWarriors de Fancher habían puesto en retirada a la Guardia Nacional en el sector Verde y perseguían a los restos del grupo de combate B. De las fuerzas rebeldes, sólo las unidades de Elementales de Wolf permanecían incólumes. En las primeras fases del conflicto se habían mostrado más eficaces de lo que Elson esperaba, realizando ataques relámpago en distintos puntos del frente, pero ese día todavía no habían aparecido en ningún frente de la batalla. Las posibilidades de victoria de Wolf disminuían con rapidez.

Era el momento de asestar el golpe de gracia.



Elson bajó la visera de su armadura de combate. El tenue siseo de los sellos al cerrarse era reconfortante. Cuando se activaron las pantallas, unas luces multicolores se encendieron en la oscuridad del interior del casco. La comprobación de los sistemas dio resultado positivo. Salió al exterior y los otros cuatro miembros de su Punto lo siguieron.

La Lanza de Mando de Fancher esperaba fuera del búnker. Otros tres Puntos de Elementales subían por los OmniMechs hacia las posiciones de transporte de sus torsos. Irían a la batalla abrazados a aquellas máquinas blindadas. Esa era la costumbre entre los Clanes cuando había que realizar un ataque rápido o debían cubrirse grandes distancias.

Por desgracia, no había suficientes OmniMechs para que pudiesen montar todos los Elementales. Elson había ordenado a los techs que adhiriesen asas de hierro a los BattleMechs típicos, pero el sistema sólo permitía a un 'Mech llevar dos o tres soldados blindados. Aun así, habían creado posiciones improvisadas de transporte suficientes para toda la fuerza militar. Las tropas de Elson participarían en la batalla y estaba seguro de que su intervención sería decisiva.

Su Punto montó en el 'Mech de Fancher, un *Gladiator*, un modelo ideal para las operaciones combinadas. En la batalla no usarían la táctica típica de los Clanes en el combate coordinado. Los pilotos de los 'Mechs no habían recibido el adiestramiento correcto.

Eso cambiaría en el futuro.

Muchas cosas iban a cambiar.

Elson se sentía confiado mientras el *Gladiator* emprendía la marcha y los demás Omnis formaban alrededor.

Avanzaron hacia la batalla a más de sesenta kilómetros por hora, pasando junto a tanques achicharrados y BattleMechs caídos. Casi todos los vehículos habían sido de los rebeldes.

Las fuerzas de Elson se componían exclusivamente de BattleMechs e infantería blindada. Era cierto que algunas fuerzas de la Guardia Nacional habían decidido apoyar a Alpin, pero Elson no las había considerado lo bastante dignas de confianza para desplegarlas en el Interior. Por esa misma razón, no había incluido en sus planes de batalla a las fuerzas que defendían el complejo de la Fortaleza. Los 'Mechs y los Elementales, con su suplemento adicional de mercenarios del que podían prescindir, bastarían para esta labor.

Atravesaron un área con una gran concentración de 'Mechs destrozados: era el emplazamiento de la batalla de la mañana anterior. Elson se sintió ligeramente conmovido al contar más máquinas del regimiento Beta que rebeldes y abrió un canal de comunicaciones con Fancher.

—Hay más BattleMechs en el campo de batalla de los que informo.

—No se ponga nervioso, Elson. La mayoría sólo está averiada; será fácil repararlos cuando haya acabado la guerra. Todos los guerreros saltaron.

—Mis planes se basaban en un número más elevado de BattleMechs.

—También los de Wolf —repuso ella, echándose a reír—. Todavía tenemos superioridad numérica.

La conversación terminó cuando encontraron rebeldes. Era una escaramuza con una unidad combinada de 'Mechs y sus últimos tanques y vehículos blindados. La batalla fue breve y terminó después de que los Elementales desmontasen entre las fuerzas convencionales. Los tanques no eran rival para un soldado entrenado y provisto de armadura de combate.

Como esperaban, los BattleMechs se retiraron cuando el resultado de la escaramuza les fue adverso. Tuvieron que abandonar los tanques; era la única solución razonable desde un punto de vista estratégico. Elson ordenó que pasaran de largo de los tanques paralizados. Perderían tiempo destruyéndolos y él quería perseguir a los 'Mechs, ya que eran su objetivo principal. Una vez eliminada la fuerza de 'Mechs, la rebelión de Wolf perdería su base.

Los soldados de infantería volvieron a montar en los BattleMechs y emprendieron la persecución.

A mediodía, los únicos intercambios de disparos entre ambas fuerzas se produjeron a larga distancia, pero Elson se sentía satisfecho: los rebeldes se estaban retirando hacia el Area de Entrenamiento Tetsuhara, como él quería.

A las 1310 horas, las fuerzas de Fancher cruzaron los límites exteriores. Los rebeldes se hallaban a poco más de dos kilómetros y el campo abierto ofrecía una buena vista de los 'Mechs que huían. La imagen borrosa de un edificio apareció en el horizonte. Elson se conectó al ordenador de Fancher y observó que se trataba de un centro de entrenamiento diseñado para simular un complejo industrial con un anillo defensivo de búnqueres. Esos búnqueres debían de tener armas que ayudarían a la gente de Wolf.

Los 'Mechs de Fancher aceleraron cuando los 'Mechs rebeldes se encaminaron hacia aquella instalación. Podían verse pequeños puntos oscuros saltando entre los edificios: eran Elementales. Cabían pocas dudas de que la fuerza de Wolf iba a resistir entre aquellas construcciones.

Los 'Mechs atacantes cruzaron la línea de lo que Elson consideraba el límite exterior del alcance de las armas defensivas. No se produjeron disparos. La falta de fuego defensivo sólo podía significar que Wolf carecía de la posibilidad de convertir los simuladores en armas reales. Los rebeldes empezaron a emitir señales de interferencia, creando ruidos de estática en los canales de comunicaciones. Aquel ruido no podía obstruir las transmisiones a corta distancia, pero Elson perdió el contacto con sus fuerzas leales restantes. Poco importaba: Fancher y él habían llevado

allí las fuerzas del norte, y Gamma estaba arrinconando a las fuerzas móviles del enemigo en una instalación similar a ésta.

Elson estaba satisfecho. Iban a combatir allí. Sería una batalla de BattleMechs y de infantería blindada; un combate majestuoso. Para eso un guerrero se entrenaba, vivía y moría.

Los 'Mechs de Fancher entraron en el radio de alcance de las armas de los rebeldes y realizaron maniobras evasivas. Las ráfagas de los defensores hicieron pagar su precio a los atacantes: sólo fue derribado un 'Mech, pero muchos sufrieron daños. Varios Puntos informaron de bajas en sus filas.

Elson dio la orden de desmontar en la primera fila de búnqueres. Estaban tan cerca que los propios retropropulsores de los Elementales podían conducirlos hasta la instalación. Ir montados sobre los 'Mechs sólo los convertía en blancos fáciles, y ningún soldado quería servir de blindaje para un piloto de 'Mech incompetente.

Fancher envió una unidad a un extremo del flanco para impedir la retirada a los enemigos, pero su jefe ya había previsto esta maniobra y la había bloqueado, tendiendo una emboscada a la lanza enviada y haciéndola retroceder con tantos daños que Fancher tuvo que ordenar a los supervivientes que se retirasen de la batalla.

El combate se libraba ferozmente entre los edificios, con 'Mechs y guerreros de infantería mezclados, y se produjeron numerosas bajas en ambos bandos. El Punto de Elson volvió de la batalla para recargar sus lanzadores, cuando él observó un patrón constante en los informes que recibía de los Puntos que seguían combatiendo. Estaban perdiendo el contacto con los Elementales rebeldes. Elson intentó conectar con Fancher, pero el ruido de la estática era demasiado fuerte entre los edificios. Vio una torre y corrió hacia ella. Si no podía establecer comunicación desde un punto más alto, al menos tendría una buena vista de lo que estaba ocurriendo.

Se encontraba a mitad de la ascensión cuando vio que los 'Mechs de Wolf se reagrupaban en el otro extremo del complejo. En lugar de regresar a la batalla, estaban saliendo rápidamente de la instalación en dirección sur. Las órdenes de Fancher resonaron fragmentadas entre la estática: las interferencias eran cada vez más erráticas. Elson oyó lo suficiente para saber que ella era consciente de la maniobra de los 'Mechs enemigos y estaba organizando la respuesta.

Elson no veía ningún Elemental aferrado a los 'Mechs rebeldes que se alejaban. Habían dejado atrás su infantería blindada, seguramente para retrasar el avance de los 'Mechs de Beta y permitir escapar a los suyos. Sin embargo, la rápida reacción de Fancher estaba impidiéndolo. Elson le dijo que sacara sus 'Mechs de la instalación por donde habían entrado. No quería que cayeran en emboscadas de los Elementales. Él mismo se encargaría de ellos. Ordenó a sus soldados que avanzaran y barrieran toda la instalación.

Los 'Mechs de Fancher se encargarían de los 'Mechs rebeldes, mientras los

soldados de Elson se enfrentarían a los Elementales. En definitiva, carecía de importancia si eran dos batallas distintas en lugar de una.

Los primeros Puntos que atacaron posibles emboscadas informaron de que no habían encontrado fuerzas hostiles, ni siquiera fuego de hostigamiento. Elson ordenó a sus hombres que actuaran más deprisa.

Ambas fuerzas de BattleMechs eran cada vez más pequeñas, a medida que se iban alejando.

De pronto, el ruido de estática cesó por completo.

El Punto de Grant fue el primero en informar de la repentina desaparición de las interferencias en los canales de comunicaciones.

—Oímos motores, señor. De fusión.

Los tanques no causarían ningún problema en las áreas construidas, controladas por la infantería. El canal de mando apartó su atención de los alrededores.

—¡Elson! ¡Elson! ¡Maldita sea! ¿Dónde demonios está?

—Cálmese, Parella. Estoy aquí. Informe.

—Todo se está derrumbando.

—¿Qué quiere decir?

—Alpin está muerto. Ese loco se ha enfrentado en un duelo con la jefe de los rebeldes y ha conseguido que lo matara. La mitad de mis tropas se están retirando...

La comunicación con Parella se interrumpió de nuevo a causa de la estática.

El sonido de los lanzamisiles situados al borde de la instalación anunció lo que Elson supuso que era la reanudación de la batalla. Estaba equivocado.

Un pequeño aerodeslizador surgió por detrás de los edificios y cruzó el terreno despejado. Unos misiles disparados por los soldados de Elson lo persiguieron, pero explotaron a poca distancia de la veloz nave. Elson activó el sistema de ampliación de imagen y observó la situación. Cada vehículo —si se podía llamar así a aquellas estructuras esqueléticas— era poco más que un chasis abierto que rodeaba un motor de fusión y los conductos del sistema de flotación. Cada uno transportaba a un Punto de Elementales. Elson recordó haber visto planos de aquellos modelos, pero no sabía que se hubiera fabricado ninguno. Blackwell Corporation no había pasado del diseño de prototipos. Entonces comprendió que éstos debían de ser aquellos prototipos y supo lo que había hecho Wolf.

Había asaltado la fábrica de Blackwell, se había apoderado de los prototipos y había creado una fuerza de ataque rápido. No había más de seis Estrellas de Elementales en total, una fuerza mucho menor de lo que Elson había calculado. Los rápidos aerodeslizadores explicaban cómo tan pocos Elementales podían dar la impresión de ser muchos más. El uso de esos vehículos había dado una movilidad extraordinaria a los Elementales, permitiéndoles desplazarse con facilidad a un lado y otro del frente.

Elson deseó haber pensado antes en saquear la fábrica de Blackwell. Pero los deseos no ganaban batallas. Aunque era imposible que sus Elementales pudieran perseguirlos, dio esta orden mientras descendía para reunirse con su Punto. Los condujo por el árido terreno en persecución de los vehículos, que se acercaban rápidamente a las fuerzas de Fancher.

Elson no iba a permitir que lo dejaran al margen de esta batalla.

Gracias a los sistemas de comunicaciones, aunque plagados de estática, supo cuándo los aerodeslizadores alcanzaron a los 'Mechs de Beta y depositaron a sus pasajeros entre ellos. Los 'Mechs que huían habían dado la vuelta para unirse al combate. Wolf había conseguido separar a los 'Mechs de Beta de sus Elementales de apoyo. Había comenzado la que podía ser la última batalla de la campaña, y Elson se encontraba demasiado lejos para intervenir en ella.

Maldijo su suerte, embargado por la rabia. Pero eso no le hizo sentirse mejor.

—Se acerca otra fuerza de 'Mechs —informó Fancher. Su voz sonó débil, casi ininteligible entre las interferencias, pero aun así Elson se estremeció al oír sus siguientes palabras—. ¡Frak! ¡Es Wolf!

El Lobo había salido de su escondite y ponía en juego sus últimas fuerzas.

Elson puso los retropropulsores de su armadura a máxima potencia.

Sin duda, era la batalla final.

Dechan contempló a Maeve exhibiendo su victoria. Sus tropas la vitoreaban a través de la frecuencia abierta. En las frecuencias de Gamma se oían exclamaciones de ira, frustración y confusión. Un oficial llamaba de forma insistente a su unidad para que se retirase, diciendo que la batalla había terminado.

El *Caesar* de Carter se colocó al lado del *Black Knight* de Dechan.

—Bueno, ¿ha sido esto lo bastante decisivo para usted?

—Aún no.

Dechan vio, más allá del *Thunderbolt*, los restos de la Estrella de mando de Alpin que cambiaban de posición. El *Mad Cat* de Parella avanzó hacia el lugar donde se había celebrado el duelo. A los pocos minutos, el *T-bolt* estaría dentro del radio de sus misiles de largo alcance. Las chispas danzaban alrededor de los cañones de los CPP totalmente cargados que llevaba el *Mad Caten* sus gruesos antebrazos.

Cuando el duelo había terminado, Maeve se encontraba a tanta distancia de sus propias tropas que no habrían podido ayudarla contra los Omnis que se acercaban hasta después de diez minutos como mínimo. El batallón Kappa se encontraba más cerca; podían llegar junto a ella tan rápido como los Omnis. Si ella caía, la resistencia rebelde se derrumbaría.

Dechan aceleró el *Black Knight* y bajó por la ladera hacia el *Thunderbolt*.

—Dé la orden, mayor Carter —dijo a través del micrófono.

Con una mano, tecleó unas últimas correcciones en el ordenador de batalla, mientras con la otra ajustaba las frecuencias de comunicaciones. La agitada carrera del *Knight* le hizo escribir mal varios códigos al primer intento, pero siguió pulsando teclas hasta marcar las claves correctas.

Detrás de él, los 'Mechs del batallón Kappa comenzaron a moverse.

El torso del *Thunderbolt* giró hasta colocarse frente a Kappa y se quedó quieto por unos momentos. Si el 'Mech hubiera sido un soldado humano, Dechan habría dicho que estaba perplejo al ver acercarse aquella nueva amenaza. Sin embargo, su piloto no era un novato. Lo más probable era que estuviese evaluando su situación y

valorando lo lejos que se encontraba de los demás 'Mechs de su grupo de combate. La estructura superior del *T-bolt* se inclinó al bajar el brazo que sostenía el cuerpo inerte de Alpin, que cayó de la mano mecánica hasta el suelo, junto al *Thor* destrozado. Entonces, el *Thunderbolt* se agachó.

Dechan perdió de vista la Lanza de Mando de Gamma al llegar a la falda de la colina; ya no tenía la ventaja de la altura para ver sobre los edificios. Calculó que no pasaría más de un minuto hasta que dejarán los límites exteriores de las estructuras y encontrasen terreno despejado para disparar contra el *Thunderbolt*. Parella no aceptaría ningún desafío; acabaría con Maeve con la potencia de fuego combinada que él y sus compañías pudiesen disparar.

Pero Dechan había llegado primero.

El tono oscilante del buscador de frecuencias se convirtió en una sola nota afinada.

—Vienen otros —transmitió—. Corra, si puede.

El *Thunderbolt* giró a la izquierda y se colocó ligeramente detrás del *Thor* caído. Apenas podía estar a cubierto allí. Dechan meneó la cabeza, o lo habría hecho si hubiera tenido espacio para ello en el neurocasco.

Entonces apareció el *Mad Cat* de Parella, acompañado de un *Thor*.

Dechan abrió fuego. Los láseres McCorkel gemelos del torso del *Knight* arrojaron sus haces de forma coordinada y letal, junto con el rayo artificial del CPP Magna HellStar montado sobre un pivote en el brazo derecho. Él calor invadió la carlinga, evaporando de forma inmediata el sudor que cubría los brazos y las piernas de Dechan. Las bombas que hacían fluir el líquido refrigerante por su chaleco gimieron al hacerlas funcionar a máxima potencia. Era peligroso disparar al mismo tiempo todo el armamento pesado del *Knight*, pero no había tiempo para sutilezas.

Las tres armas acertaron en el *Mad Cat*.

El disparo del cañón Gauss del *Caesar* de Carter pasó de largo del *Mad Cat* e impactó en el brazo derecho del *Thor*. El blindaje se resquebrajó y el brazo quedó colgando inerte. El disparo del CPP de Carter pasó a un lado sin causar ningún daño.

Dechan viró a la derecha, alejándose del *Thunderbolt*, para eludir la respuesta del *Mad Cat*. Casi lo consiguió. Dos rayos de partículas le alcanzaron y corroyeron el blindaje del costado izquierdo del *Knight*. No lograron abrir brecha, pero Dechan no podía permitirse otro impacto en esa zona.

Los 'Mechs más adelantados de Kappa abrieron fuego sobre el resto de la Estrella de Mando en cuanto estuvo a la vista. El *Thor*, que tenía desperfectos y había estado al descubierto más tiempo, sufrió unos daños que lo dejaron paralizado. El *Mad Cat* también recibió muchos disparos, pero Parella era un piloto excelente. Mantuvo el 'Mech de pie a pesar de las terribles andanadas que lo sacudieron. Parella tampoco

era estúpido; sabía cuándo no tenía esperanzas de ganar un combate. El *Mad Cat* fue a ponerse a cubierto mientras ordenaba a gritos a su Estrella que se retirase.

—Seguid atacando —apremió Carter al batallón.

Dechan hizo varios disparos más contra los 'Mechs de Beta que se retiraban, pero no se unió a la persecución. Había 'Mechs más que suficientes para encargarse de Parella y cualquier defensa improvisada que pudiera preparar. Las frecuencias de Beta eran un caos; no estarían organizadas en un buen rato. El cambio de bando de Kappa había sido mortal para el plan de batalla. Dechan se concentró en el *Thunderbolt*, que estaba de pie y se había vuelto hacia él.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a través de la frecuencia táctica del grupo de combate.

—Lo bastante —contestó ella—. Usted sabe cómo hacer una aparición espectacular, mi desconocido amigo.

—Soy Dechan Fraser.

—¿Fraser?

—En efecto. —Dechan no sabía si echarse a reír o a llorar al oír el tono de total confusión de su voz—. ¿No dirige un grupo de combate o algo así?

—Creía que no quería involucrarse.

—Y así era.

—Entonces, ¿por qué?

Eso era lo que se había estado preguntando él mismo.

—Si lo descubro, tal vez se lo cuente.

Los ruidos del combate de BattleMechs sonaban cada vez más débiles a medida que se alejaban los contendientes.

—Me ha salvado la vida.

—En el Condominio, eso me haría responsable de usted.

—No lo sé, pero acaba de convertirse en responsable de muchas cosas. Espero que obtenga una buena recompensa.

No sabía qué quería decir. Lo único de lo que Dechan estaba seguro era de que quería volver a ver a Jenette. Pero eso no ocurriría hasta que terminase la batalla. Se centró de nuevo en la conversación y dijo:

—Reúna a su gente. Tenemos trabajo.

—Los chaqueteros no son aliados muy fiables.

—Tampoco los espías. A veces, has de conformarte con lo que tienes si quieres vencer. ¿Quiere que la ayude o no?

—Como acaba de decir, a veces has de conformarte con lo que tienes.



Incluso si hubiese sido una maniobra realizada en tiempo de paz, la retirada de la falsa fábrica habría sido un milagro de coordinación. Con los 'Mechs del regimiento Beta y los Elementales de Elson presionándonos, no esperaba que saliéramos bien parados. Sin embargo, el Lobo conocía nuestra capacidad mejor que nosotros mismos y ambas fases se completaron con éxito.

Nuestros 'Mechs huyeron del área construida en un aparente, y casi auténtico, desorden. Los BattleMechs de Beta picaron el anzuelo y nos persiguieron, atrapándonos cuando redujimos la velocidad entre las quebradas y hondonadas de la región situada al sur del complejo. Era un territorio ideal para el combate a corta distancia, algo que no podíamos hacer durante mucho tiempo frente a las máquinas en mejor estado y los pilotos más experimentados de Beta. Ellos también lo sabían y acudieron a toda marcha. Perdimos tres 'Mechs durante los diez primeros minutos del enfrentamiento.

Creo que lo único que evitó nuestra derrota fue saber que no tendríamos que resistir así mucho tiempo. Se oyeron vítores a través de los canales tácticos cuando Rand informó de la llegada del primero de nuestros zumbadores tras los 'Mechs de Beta.

El Lobo había llamado «fase dos» a ese período de la batalla: era un nombre prosaico para la combinación del rugido de rayos láser y el lanzamiento de cohetes que era el ataque de nuestros Elementales contra los sorprendidos pilotos de los 'Mechs de Beta. Los Elementales de Shadd los atacaron por la retaguardia y totalmente desprevenidos.

En los confines de aquellas hondonadas, los 'Mechs tenían muchas dificultades para librarse de los Elementales. La infantería blindada se apiñaba sobre los 'Mechs, trepando sobre los modelos ligeros y perforando sus blindajes. Vi cómo un *Hornet* se elevaba sobre nubes de retropropulsión para intentar quitarse de encima a sus torturadores. Cayeron algunos fragmentos y, al cabo de unos instantes, varió ligeramente la trayectoria. El humo empezó a teñir los gases de las toberas, hubo un

fogonazo y el *Hornet* empezó a estremecerse. Se inclinó hacia el suelo y consiguió sacudirse de encima a tres soldados de infantería blindada cuando estaba a menos de veinte metros de la superficie. Los soldados usaron sus propios retropropulsores para suavizar el aterrizaje. En cuanto al *Hornet*, sólo encontró la muerte entre un mar de llamas.

El *Hornet* sólo era un BattleMech de veinte toneladas, el más ligero de nuestros adversarios. Los Elementales no tuvieron tanto éxito con las máquinas más grandes, cuyo blindaje resistió sus ataques el tiempo suficiente para liberarse o conseguir que un compañero acudiera en su rescate.

El ataque por sorpresa de los Elementales dio una oportunidad a mi grupo de combate de compartir nuestros puntos de vista. Ver a los Elementales crear tanta confusión entre los miembros de Beta nos dio esperanzas. Cuando comprobamos que los soldados blindados habían agotado sus municiones de misiles, nos lanzamos a la carga. Fue una ofensiva muy dura, pero insuficiente para derrotar a Beta.

Vi que el *Victor* de Hans Vordel sufría el impacto de un cañón automático de doscientos milímetros entre una terrible andanada de misiles. Aquel 'Mech de ochenta toneladas se estremeció por el impacto y se quedó paralizado. Pensé que aquella bestia mecánica sólo se había bloqueado a causa del exceso de calor y viré con el *Loki* hacia ella con la esperanza de protegerla para que el enemigo no la destrozase antes de que el piloto encendiera de nuevo el reactor de fusión. Aún no había recorrido cincuenta metros cuando el *Victor* volvió a vibrar. Las oscilaciones aumentaron a una velocidad aterradora. Entonces, el brazo derecho del 'Mech se desintegró con una lluvia de fragmentos de metralla. La máquina se inclinó hacia atrás y, mientras caía, se torció hacia la izquierda. Incluso en el estrépito del combate, pude oír el estruendo de su caída. Unos rayos abrasadores alcanzaron al 'Mech caído, devorando su superficie y ahondando en los orificios de su blindaje. El 'Mech voló en pedazos cuando uno de esos rayos encontró el depósito de municiones y los restantes misiles detonaron en medio de una tormenta de fuego. Aminoré la marcha. Ya no podía hacer nada por el guerrero caído. Envié a sus asesinos un rayo del láser de siete centímetros que llevaba montado mi *Loki* en el brazo derecho y retrocedí. Los otros guerreros de mi grupo de combate seguían luchando y me necesitaban más que el hombre muerto.

No sufrí muchos daños mientras escapaba de los que habían matado a Vordel. Se retiraron cuando fui corriendo a las posiciones defendidas por nuestros Elementales, lo que me permitió reunirme con una de mis lanzas.

Trasladé a los restantes miembros de mi grupo de combate a un área de montículos bajos de grava cerca de los restos de la maquinaria de procesamiento; aquella posición nos daba una vista excelente de la autopista que iba hacia el sur, al corazón del Área de Entrenamiento Tetsuhara. En algún lugar a lo largo de aquella

carretera se hallaba el puesto de mando del coronel y nuestras últimas reservas. Más abajo y al este, Maeve dirigía la resistencia contra el avance del regimiento Gamma. El sistema de interferencias que usábamos contra el enemigo también nos impedía a nosotros mantenernos en comunicación con nuestras dispersas fuerzas. Recé para que a ella le fuese mejor que a mí.

Entre las hondonadas, Beta estaba ganando la batalla. Observé a un par de 'Mechs pesados atacando simultáneamente a un *Wolfhound*. El piloto de ese 'Mech ligero se defendió con valentía durante los dos minutos que sus oponentes más corpulentos tardaron en incendiar, perforar y resquebrajar el blindaje lo suficiente para dejar al descubierto la estructura interna del 'Mech. Vi saltar al piloto justo antes de que los dos 'Mechs pesados destruyeran su máquina.

Intercepté un láser de comunicaciones confidencial entre dos unidades del regimiento Beta que flanqueaban nuestra posición. El remitente informaba de algo que yo ya sabía: se acercaban unos BattleMechs desde el centro del Área de Entrenamiento Tetsuhara; eran los 'Mechs de la Manada de Lobos.

Y venía el Lobo en persona.

Si Wolf salía de su escondite, significaba que la batalla decisiva había comenzado. Elson sólo deseaba que se desarrollase según sus planes y no según los de Wolf. Sin embargo, era inútil quejarse o maldecir su suerte. Las interferencias impedían la coordinación de las fuerzas atacantes; sólo la acción directa podía devolverles la iniciativa.

La batalla de 'Mechs se libraba a varios kilómetros de distancia, pero no tenía otra opción que seguir dirigiéndose hacia ella. Apremió a sus soldados para que acelerasen. Los Elementales levantaron nubes de vapor sobre la llanura, siguiendo el rastro de los 'Mechs de Beta.

Elson esperaba llegar al campo de batalla a tiempo de decantar la balanza a su favor.

El *Gladiator* de Alicia Fancher agitó los brazos en una extraña parodia de los gestos de un guardia de tráfico. Al carecer de comunicaciones fiables por radio, hacía señales con las manos de su 'Mech para dirigir a sus unidades. Su táctica tenía una eficacia moderada, cuando sus MechWarriors se acordaban de mirar de vez en cuando a su jefe. Al menos, una compañía respondió a sus esfuerzos y fue a bloquear el avance del coronel Wolf.

Pero este sistema exigía que ella estuviera siempre al descubierto, lo que nos permitía verla a nosotros. Como la mayor parte del grupo de batalla estaba lo bastante lejos del radio de alcance eficaz, ella estaba relativamente a salvo mientras nuestros Mechs no consiguieran acercarse más.

El *Mongoose* de Rand apareció entre las hondonadas, al frente de los restos de su compañía. Sólo quedaban seis, todos ligeros y medios y también todos con

desperfectos, pero pese a todo corrieron con arrojo hacia el monstruo de cien toneladas de Fancher. Como disparaban mientras corrían, no consiguieron dar tantas veces en el blanco como habrían hecho en otras circunstancias, pero aun así lograron distraer a Fancher, que bajó de la cima de la colina donde se encontraba. El grupo de Rand siguió acercándose y extendiéndose para rodear al *Gladiator*. Fue una maniobra osada; cuando llegaron las fuerzas de apoyo a Fancher, Rand sólo demostró que los BattleMechs ligeros no eran rival para los pesados y los de asalto. Sin embargo, Rand había estado combatiendo durante toda la batalla como si tuviese que demostrar algo.

Yo no tenía tiempo de preocuparme por ella. La fuerza del coronel se estaba enfrentando a la compañía enviada para detenerlo y necesitaba ayuda. Hice retroceder a mi *Loki* unos metros hasta que llegué a un lugar donde podía dar media vuelta. Los otros guerreros me siguieron bajando por la ladera de la colina.

Llegamos al nivel del suelo a tiempo de ver que la compañía de Beta retrocedía frente a los 'Mechs del coronel. Las máquinas de Beta habían sufrido muchos daños y sus oponentes apenas tenían algunos rasguños. Había más máquinas de la Manada de Lobos de las que yo esperaba, y tardé unos momentos en comprender que eran los kuritanos quienes acompañaban al coronel. No me extrañaba que la compañía de Beta hubiese sido tan castigada.

Esa primera escaramuza con nuestras tropas de reserva no sería la única. El coronel Wolf había apostado claramente por la victoria en el flanco norte para llegar a ganar esta batalla. Traer a los kuritanos ponía en peligro toda la defensa, ya que arrebatava el elemento móvil del flanco sur. Si el regimiento Epsilon de Nichole mantenía el terreno, todo iría bien para nosotros. De lo contrario, estábamos perdidos.

En cualquier caso, no había marcha atrás.

Un Elemental quedó pulverizado bajo el fuego abrasador de un rayo de CPP.

Elson lanzó sus dos últimos MCA contra aquel *Clint*. Uno explotó en su hombro izquierdo, mientras el otro abrió una brillante cicatriz metálica en la parte superior del pecho. Un mal resultado, pero al menos ambos proyectiles habían dado en el blanco.

En campo abierto, los Elementales raras veces eran rival para unos MechWarriors que supieran lo que hacían. Los rebeldes no eran estúpidos. Mantenían la distancia y obligaban a los Elementales a seguir moviéndose o morir. ¡Menuda elección! Incluso moviéndose, algunos Elementales caían bajo el fuego de unas armas con mayor radio de alcance.

El final de las interferencias facilitó la coordinación con las distintas Estrellas. También hizo que los gritos de los agonizantes pudieran oírse mejor.

Un rayo láser quemó el terreno a los pies de Elson. Se apartó, listo para activar sus retropropulsores, pero otro rayo incidió en su armadura de combate justo encima de la rodilla. Sintió un dolor lacerante en la pierna, pero el traje ya estaba bombeando gel curativo hacia aquella zona, aliviando el dolor. Sintió una oleada de calor y lanzó

una maldición. El control automático de daños del traje estaba actuando y el inyector automático acababa de llenar sus venas con sedantes y adrenalina sintética que los Elementales llamaban «jugo de héroe».

Quería pensar con claridad.

Tenía que hacerlo.

El *Locust* que lo había herido disparó de nuevo, pero esta vez, gracias al jugo, Elson fue más rápido. Se apartó y esquivó el rayo. El láser sólo chamuscó la tierra. Esquivando y yendo en zigzag, Elson fue acercándose a aquel 'Mech ligero.

Tenía que destruirlo antes de que acabara con él.

Entonces tendría tiempo para pensar. Tendría tiempo para hacer planes y encontrar una solución para ese desastre.

El *Locust* disparó de nuevo.

Un fuerte dolor laceró su pecho y se extendió más deprisa que el gel.

Intentó seguir moviéndose y activar el láser de su traje para mostrar al piloto lo que un Elemental podía hacerle a un 'Mech.

El traje no respondió. Saltaron chispas ante sus ojos y la pantalla del casco se desconectó. Las luces del sistema se apagaron y la oscuridad invadió su casco.

El Lobo era lento, pero elegante. Era viejo y ya no tenía los reflejos centelleantes del pasado, a pesar de lo que algunos decían sobre la vitalidad de las personas criadas por los Clanes. Sin embargo, su astucia y su experiencia lo compensaban en exceso. Manejaba su 'Mech como si formase parte de él, casi como la fabulosa mezcla de hombre y máquina que era tan popular en los holovideos.

Unos misiles despegaron de los voluminosos hombros del *Archer* y trazaron nubes de humo en el cielo mientras buscaban sus objetivos. Cada proyectil hizo impacto con una precisión que sobrepasaba la mera puntería asistida por ordenador. El Lobo orientaba su munición con un instinto que no podía medirse.

Mi desmembrada lanza se unió al grupo del coronel a tiempo de sufrir otra embestida de Beta. Los kuritanos respondieron con mayor rapidez que nosotros. Entonces averiguamos que no éramos los únicos capaces de realizar añagazas.

Una compañía de 'Mechs medianos surgió de un cauce seco que una meseta rica en hierro había ocultado a nuestros ojos. Otra lanza pasó volando por encima. Cayeron sobre nosotros en cuestión de segundos.

Un *Wasp* recibió una andanada disparada por el coronel y se desintegró antes de poder aterrizar. Fue el único atacante derribado antes de que abriesen fuego. El *Archer* del coronel estaba protegido de los atacantes por dos de nuestros Mechs de reserva, que recibieron muchos disparos dirigidos hacia él. La lanza que había llegado desde arriba tenía líneas de fuego despejadas y las utilizaron. Llovieron los misiles sobre nosotros y nos acribillaron con sus rayos energéticos.

Interpuse el *Loki* y absorbí parte del fuego enemigo. Pronto pareció un muñeco de

trapo en manos de un niño enfadado. Las luces de estado del sistema pasaron de verde a ámbar casi con mayor rapidez de lo que yo podía ver. Mi carlinga se llenó de humo y un olor acre y comprendí que estaba perdiendo electricidad por algún sitio.

A través del blindaje de la carlinga, oí el estruendo de los disparos del *Archer*. Los misiles abrieron orificios en el torso y los miembros de un *Javelin* mientras sus lanzamisiles se preparaban para otra andanada. El *Javelin* perdió una pata y cayó hacia atrás.

Los 'Mechs de la lanza rebelde retrocedieron, se elevaron en el aire y se alejaron tan deprisa como habían llegado. Como si fuesen un cohete de señalización, a continuación descendió una lanza de kuritanos. Los 'Mechs de Beta, en inferioridad numérica, se retiraron.

Fue otra escaramuza resuelta a nuestro favor, pero la batalla todavía no había concluido.

Pasaron las horas. El combate era duro, pero los kuritanos marcaron la diferencia de forma decisiva. Donde nosotros habríamos tenido sólo un 'Mech, ahora teníamos a veces dos. En los pequeños encuentros que componen una batalla de 'Mechs, fuimos consiguiendo ventaja poco a poco: con un tiroteo aquí y un ataque físico allí, fuimos inclinando la balanza a nuestro favor.

El juego del gato y el ratón entre la compañía de Rand y la Lanza de Mando de Fancher cambió de repente cuando un *Panther* kuritano apareció en un risco y lanzó un rayo azulado de partículas cargadas hacia el hombro del *Gladiator* de Fancher. Esta giró el 'Mech para hacer frente a la nueva amenaza, pero Rand y su gente se lanzaron al ataque. Sus misiles de corto alcance volaron dejando estelas de humo ennegrecido. Los rayos encendieron el brumoso terreno, convirtiéndolo en un escenario infernal en el que los BattleMechs vagaban y luchaban como demonios mitológicos. El *Gladiator* de Fancher cayó como un león desgarrado por los lobos.

La caída de la jefe de Beta podría haber bastado para decidir la batalla, pero casi al mismo tiempo, la estática que inundaba los canales de los guerreros de Elson llegó a una intensidad máxima y, de pronto, desapareció. Nuestro emisor de interferencias había sido destruido y la red estaba inutilizada. No necesitaba oír la súbita actividad en los canales de Beta para saber que teníamos problemas; se estaban reorganizando muy rápidamente. No podía esperarse menos de quienes lucían la cabeza de lobo de los Dragones.

Nuestros exploradores utilizaron la falta de interferencias para informar de otras malas noticias: el batallón Zeta se acercaba.

La noticia pronto se divulgó entre los miembros de Beta. Reed, que había asumido el mando, ordenó a sus maltrechos BattleMechs que retrocedieran. Tras el castigo al que nos había sometido Beta, sabíamos que lo pasaríamos mal frente a Zeta. Un ataque renovado de los 'Mechs de Reed, que llegasen mientras nos

enfrentáramos con Zeta, bastaría para doblegarnos.

El coronel se conectó en cuanto los exploradores terminaron su informe. A ellos les dijo que dirigiesen hacia mí todos los informes futuros y luego habló a las unidades supervivientes. No había muchas y todas funcionaban muy por debajo de su capacidad. Cuando examiné los datos de estado, me pregunté cuánto tiempo aguantaríamos.

El Lobo dictó sus órdenes para aprovechar al máximo nuestras debilitadas fuerzas. Envió a los zumbadores de los Elementales por el campo de batalla para recoger a soldados blindados y formar nuevos Puntos y Estrellas operativos. Con una capacidad inusitada para calcular la fuerza de las posiciones, colocó unos BattleMechs atravesando la línea probable de avance de Zeta.

Luego, aguardamos.

Como sucede siempre en los campos de batalla áridos, vimos la polvareda antes que los 'Mechs. Zeta avanzaba totalmente desplegado. Aquella formación, además de proporcionarles un amplio radio de exploración para sus sensores, les permitía ocultar el grueso de sus fuerzas tras una cortina de polvo. Si hubiéramos tenido reconocimiento aéreo o telemetría por satélite, habríamos conocido su disposición, igual que ellos podrían haber visto la nuestra.

Jamison y el coronel eran viejos amigos y cada uno conocía bien el estilo del otro. No me cabía duda de que intentarían adivinar las intenciones del otro y tratarían de lanzar sus elementos más fuertes contra los más débiles del contrincante. En una competición como aquella, estaba convencido de que Wolf saldría victorioso, pero, aun así, la batalla no estaba decidida: estábamos cansados, y nuestras máquinas dañadas, y disponíamos de pocas municiones.

¿Recuerdan lo que mencioné sobre el miedo? Aquella tarde de verano, mi carlinga estaba abarrotada.

Los primeros 'Mechs de Zeta surgieron del interior de las nubes de polvo. Avanzaban a una velocidad constante, muy por debajo de la máxima. No vi ninguna máquina que pesara menos de setenta toneladas. Avanzaban poco a poco, como si no tuvieran ganas de comenzar la batalla. Tal vez se habían enterado del desastre del regimiento Gamma. Quizá se lo estaban replanteando.

Eso esperaba yo.

Lo único que estaba a nuestro favor era que Zeta se hallaba tan debilitada como nosotros. Sin embargo, máquina a máquina, tenían más peso y más armas que nosotros. El éxito de Maeve frente al regimiento Gamma no habría servido de nada si éramos derrotados y Jaime Wolf moría. Toda nuestra causa estaría perdida.

—Mantengan sus posiciones —ordenó Wolf mientras avanzaba con su *Archer*.

Puse objeciones a su iniciativa, al igual que otros oficiales de los Dragones, pero Jaime Wolf nos ordenó que calláramos. Observamos cómo su BattleMech atravesaba

nuestras posiciones de vanguardia y salía al campo abierto entre nosotros y el batallón Zeta.

Había oído decir que un lobo ganaba todos los combates menos uno, y que en ese combate moría. De pronto, me pregunté si eso era lo que pretendía Wolf. ¿Esperaba jugárselo todo en un combate singular, un duelo al estilo de los Clanes? ¿Iba a ser el último combate del Lobo? Esperé y rogué para que no lo fuese.

Al otro lado del espacio abierto empezó a moverse un BattleMech del batallón Zeta. Era un *Stalker*. Aunque estaba más deteriorado que el 'Mech del coronel, lo superaba en quince toneladas de peso, lo que lo convertía en un oponente formidable. Gracias a una transmisión abierta del *Stalker*, supe quién era el piloto: J. Elliot Jamison, comandante en jefe del batallón Zeta.

—¿Eres realmente tú esta vez, Jaime? —preguntó.

—Soy yo —contestó el Lobo.

—Un combate singular no resolverá esto, Jaime. Esto es un Juicio de Rechazo.

Las palabras de Jamison nos indicaron cuál era su posición. Como había predicho el Lobo desde que supo que Zeta se había puesto del lado de Alpin, Jamison la consideraba una batalla de honor.

—Si no crees que podamos resolver esto, J. Elliot, ¿por qué vienes solo? ¿Pensabas que iba a rendirme?

—Pensé en esa posibilidad —dijo Jamison. Hizo una breve pausa y añadió—: Sin embargo, me parecía improbable. Tú nunca te rindes, Jaime.

—Ahora tampoco me rindo. Alpin ha muerto. Elson ha caído, al igual que Fancher. Parella ha desaparecido. Su liderazgo se ha desvanecido. Ahora eres el primer comandante en jefe, J. Elliot. No es necesario continuar con esto.

—Quedan fuerzas en el campo de batalla —replicó Jamison—. El Juicio de Rechazo no ha finalizado aún.

—Ya he dicho lo que tenía que decir. Un mayor derramamiento de sangre no demostrará nada.

—Hay que terminar el Juicio —repitió Jamison con tozudez.

—¡Maldita sea, J. Elliot! Esto no es una guerra de exterminación. Ya ha muerto bastante gente.

—Esa no es la cuestión —repuso Jamison con voz glacial—. Zeta volvió a Outreach para defender nuestras leyes y nuestras tradiciones. Y seguiremos luchando hasta que ya no quede esperanza.

—Siempre has sido demasiado confiado, J. Elliot —dijo Jaime Wolf, en un tono casi de pesar—. Nunca he negado la calidad de Zeta, pero no estás al ciento por ciento y tampoco lo están tus tropas. Tal vez tengáis más peso, pero nosotros somos más.

—Las probabilidades no están tan desequilibradas —contestó Jamison con



bastante calma—. Beta se encuentra muy cerca.

—Pero ahora es Reed quien está a cargo de Beta. Sus Elementales están dispersos y sus BattleMechs han sufrido un duro castigo. Tiene miedo. La mitad de Zeta habrá sido destruida antes de que tome su decisión. Combinados, tal vez destruyáis mis fuerzas, pero sabes que el coste será alto. ¿Y qué quedará? Si luchamos hoy, conseguiremos lo que ningún enemigo, ni siquiera Kurita, ha podido hacer: destruiremos a los Dragones más allá de toda posibilidad de recuperación.

El tono de Jamison fue de una calma devastadora cuando contestó:

—Nos hemos recuperado de catástrofes mayores. Un auténtico guerrero no tiene miedo a la muerte en combate honorable.

—Un buen jefe se preocupa de sus fuerzas, J. Elliot, no sólo del honor.

—El tiempo para las preocupaciones viene después de la batalla.

—Pero ¿quién será el líder, J. Elliot? Tú, no.

—Tus amenazas son inapropiadas, Jaime.

—No te amenazo, J. Elliot. Sólo digo lo que sé de ti. Detestas ese trabajo. No es como dirigir un batallón, ni siquiera un regimiento. ¿Recuerdas cuando te pusiste al frente de Alfa? Aquello era pan comido.

—No lo hago por mí mismo.

—Sé que no, J. Elliot, y entiendo por qué te pusiste del lado de Alpin. Por eso he venido a hablar contigo. Es posible servir al honor sin combatir. La cuestión puede decidirse mediante un acuerdo. Aunque la batalla no esté perdida, la causa sí lo está. Renuncia, J. Elliot. No es necesario que luchemos.

—El Juicio no ha concluido.

El *Stalker* empezó a alejarse del *Archer*.

—¿Mi muerte satisfará tu honor, J. Elliot?

Jamison no contestó. Su *Stalker* dio media vuelta y fue a reunirse con su unidad.

—Ya ha habido demasiadas muertes —insistió el Lobo.

El *Archer* permaneció inmóvil en el terreno. Si el Lobo no empezaba a retroceder pronto, su 'Mech quedaría indefenso en campo abierto. El ataque de Zeta lo destruiría.

Empecé a avanzar con mi *Loki*.

—¡Coronel Wolf! —exclamé.

—Mantén tu posición, Brian. Nadie debe moverse.

Retrocedí y me pregunté si el coronel iba a sacrificarse para detener la batalla. Si había entendido correctamente la ferviente devoción de Jamison por la tradición, la muerte del Lobo salvaría la vida a los restantes supervivientes. Como elemento clave en ese desafío, Jaime Wolf era fundamental en su conclusión; podía finalizarlo inmediatamente admitiendo su derrota. Sin embargo, eso era lo único que no iba a hacer. Era un Dragón y lucharía mientras quedase alguna esperanza.

El *Stalker* atravesó las posiciones de vanguardia del batallón Zeta y subió a la pequeña elevación desde la que había examinado el terreno anteriormente. Los primeros elementos del batallón Zeta empezaron a avanzar de nuevo.

Miré al *Archer*, que permanecía solo. La muerte de Jaime Wolf impediría automáticamente un Juicio de Rechazo en su nombre. Aunque siguiéramos combatiendo, el final sería el mismo. Jaime Wolf dejaría de ser el líder de los Dragones. Nuestra victoria, si la alcanzábamos, carecería de sentido.

De pronto sonó un estruendo alrededor. El ruido nos bañó en oleadas y las tierras yermas entraron en erupción con columnas de humo y de fuego. La tierra temblaba bajo los pies de nuestros 'Mechs. Al principio pensé que el Grupo de Soporte de Fuego había apoyado el ataque de Zeta con una aterradora andanada de artillería, pero entonces vi que los 'Mechs de asalto adversarios estaban tan desconcertados como nosotros. Aún más: varios de los que estaban en primera fila habían caído y desprendían humo.

El estruendo volvió a resonar y la luna pareció bajar del cielo. Pero no era ninguna luna, sino una Nave de Descenso gigantesca. La nave flotó entre los contendientes sobre columnas flamígeras mientras unos cazas aeroespaciales zumbaban alrededor como ángeles de la guarda irritados. Otros cazas volaron entre nosotros y Zeta, acribillando el terreno con sus armas energéticas. Todos los canales de comunicaciones quedaron ocupados por un mismo mensaje de la capitana de flota Chandra.

—Ya ha habido bastantes muertes. Asumo el papel de Señor de la Sabiduría y árbitro de la disputa. El desafío ha finalizado y la decisión está tomada.

Hizo una pausa. Creo que no hubo nadie en el campo de batalla que respirase mientras esperábamos sus siguientes palabras.

—Bienvenido de nuevo, coronel Wolf.

El coronel Wolf pasó la primera noche después de la batalla y el día siguiente comprobando que habían cesado todos los combates y se habían recogido todos los caídos. Aquella noche no durmió. Ni yo tampoco, pero al menos pude hacer mi trabajo con mejor estado de ánimo cuando llegó Maeve con los restos de su Lanza de Mando. Cuando nos confirmaron que los mensajes de hiperpulsación habían sido enviados a Alfa y Delta informándoles de que la situación estaba resuelta, el coronel me ordenó que me fuera a dormir. Le desobedecí, por supuesto: mi reunión con Maeve me ayudó a sentirme como nuevo mucho más que unas horas de sueño.

Con el cambio de turno de la noche, Schlomo acudió al centro de mando. Aunque era ante todo un especialista en investigación, había utilizado sus conocimientos de medicina para ayudar a los cirujanos de regimiento, que tenían demasiado trabajo. Como todos nosotros, estaba cansado casi hasta el agotamiento.

—¿Coronel Wolf?

—Sí, Schlomo.

—Está despierto.

—¿En qué estado?

—Grave, pero estable. Los de su especie son muy resistentes. Tal vez se recupere.

Schlomo se refería a Elson. Habían encontrado al Elemental metido en una armadura averiada y lo habían recogido casi muerto. El coronel había dado órdenes de que le informaran cuando Elson recuperase el conocimiento, si llegaba a hacerlo. El hecho de que hubiera sobrevivido sugería que el Elemental había combatido contra la muerte aún con más encarnizamiento que contra el Lobo.

El coronel hizo una señal a sus hombres. No era necesario decir nada; ya se había dicho todo durante la acalorada reunión con la que había amanecido. Allí había jefes militares de ambos bandos. El desafío había terminado y el resultado del Juicio se había invertido. Había llegado el momento de curar las heridas. Chandra, Jamison, Nichole, Atwyl, Grazier, Maeve, el joven Tetsuhara y Graham del Grupo Especial de Reconocimiento nos siguieron en dirección a la enfermería.

Los oficiales que nos seguían actuaban en calidad de consejo de emergencia de

los Dragones. Eran como extensiones del Lobo en el penoso asunto de recoger las piezas de la unidad. Era un procedimiento poco frecuente y sólo parcialmente justificable dentro de la tradición de los Dragones. Aunque el coronel podía emitir decretos como comandante en jefe y esperaba ser obedecido, las órdenes resultaban más aceptables con el respaldo de un consejo de oficiales, sobre todo cuando entre éstos había algunos que se habían opuesto recientemente a él. El consejo de emergencia fue una solución improvisada, pero también lo eran muchas otras cosas que los Dragones iban a hacer durante algún tiempo.

El consejo oficial estaba deshecho, por supuesto. Varios de sus miembros habían muerto y el coronel no había aprobado todavía a sus sustitutos. Fancher se contaba entre los muertos, lo que dejaba sin representación al regimiento Beta. El regimiento Gamma se encontraba en una situación similar, aunque Parella estaba clasificado como desaparecido y no muerto. Los miembros desplazados fuera del planeta acudirían a Outreach tan pronto como se lo permitieran sus contratos. Hasta entonces, y hasta que se volviera a formar el consejo oficial, el coronel actuaría con el consejo y la aprobación del equipo de emergencia.

El complejo principal del Área de Entrenamiento Tetsuhara era un hervidero. Creía haber visto mucha actividad antes de la batalla, pero ahora había mucha más. Había BattleMechs y tanques abollados y con agujeros abiertos, en posiciones extrañas mientras los techs iban de un lado a otro trasladando sus equipos de reparaciones de uno a otro. Había armaduras averiadas extendidas sobre bastidores de reparaciones, en las que trabajaban los expertos en ese tipo de blindaje personal.

Sin embargo, las máquinas no eran las únicas bajas de la batalla y, desde luego, no eran las más importantes. La gigantesca Nave de Descenso *Fortress* que había llegado para poner fin al combate estaba transmitiendo energía al hospital y a las salas de operaciones para facilitar la labor. La sombra de la nave de guerra cubría las salas donde los médicos luchaban por salvar la vida a los heridos. Para atenderlos, el personal del hospital de campaña había cuadruplicado sus efectivos. Unos edificios que en circunstancias normales eran cuarteles, ahora se utilizaban como salas de recuperación y convalecencia. Schlomo nos condujo al edificio donde habían llevado a Elson.

Mientras caminábamos, eché un vistazo alrededor. Veía el color azul doquiera que miraba. Nadie había dado la orden de hacerlo, pero todos parecían ir vestidos con el uniforme azul de los Dragones, incluso los civiles. Muchos kuritanos también habían comprado monos azules. Yo no me iba a oponer a ello; habían demostrado su valía.

Sabía que, para algunos, vestir el uniforme normal de los Dragones en tiempo de paz era un alivio. Desde luego, yo estaba encantado de haberme librado del chaleco refrigerante y los pegajosos biosensores del sistema de retroalimentación. Creo que otros llevaban los monos como señal de solidaridad, como muestra de que todos

eramos Dragones otra vez y no leales o rebeldes ni cualquier otra denominación inventada por una facción para designar a la otra. Algunos, sobre todo los que habían combatido por Elson y Alpin, probablemente estaban agradecidos por el anonimato que les proporcionaba el omnipresente color azul de los uniformes.

Cuando nuestra pequeña comitiva llegó a la entrada del antiguo cuartel, Maeve se adelantó para abrir la puerta, pero el picaporte se le escapó de la mano cuando alguien tiró de la puerta desde el interior. Dechan Fraser estuvo a punto de tirarla al suelo cuando se disponía a salir rápidamente. La agarró del brazo para sujetarla y se disculpó en japonés. Al menos, supongo que se trataba de una disculpa, porque sonó así.

El coronel Wolf se acercó a Fraser y dijo:

—Esperaba verlo pronto, Dechan. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—No he venido a verlo. Me dijeron que era aquí donde podía encontrar a Jenette.

—Está en la sala Tres, ésta es la Dos —aclaró Schlomo.

—Podemos hablar más tarde —dijo el coronel.

—Sí, claro. —Fraser miró a los integrantes de nuestro grupo con una sonrisa claramente incómoda—. Parece que ha habido muchos cambios, coronel. Supongo que al menos puedo quedarme para las presentaciones. He estado fuera mucho tiempo y, si voy a quedarme, tendré que conocer a estas personas. Incluso podría presentarme a su hija.

Como Rachel no estaba con nosotros, me sentí perplejo durante unos momentos. Cuando me di cuenta de que Fraser estaba mirando a Maeve, comprendí de pronto lo que quería decir. El coronel y Maeve eran ambos muy altos y de complexión fuerte. Él tenía los hombros más anchos, pero no mucho. Ambos tenían los ojos grises y la misma tez oscura, y ella tenía los cabellos de color negro azabache como él los había tenido en el pasado. Recordé que Maeve procedía de un *sibko* mixto y no se conocía su parentesco. Sin embargo, todo el mundo sabía que el Lobo siempre se había negado a hacer donaciones a los bancos de esperma, afirmando que su linaje de sangre era todo lo que él necesitaba. Fue como si me hubieran disparado un CPP al cerebro.

Mientras yo permanecía estupefacto, Maeve se presentó.

—La hija del coronel Wolf está trabajando en el hospital con su madre. Me llamo Maeve y soy la comandante en jefe de la Telaraña.

—¿La que pilotaba el *Thunderbolt*? —preguntó Fraser, perplejo.

—En efecto.

—La capitana Rand está en la enfermería número Tres —intervino Schlomo—. Si lo desea, puedo conducirlo allí.

Fraser meneó la cabeza como si se acabase de despertar de una pesadilla.

—Por aquí —agregó Schlomo, tirándole del brazo.

Observé cómo Schlomo se llevaba a Fraser mientras los demás entrábamos en la enfermería. Nunca había visto tan vehemente al anciano y me pregunté si sabía algo que callaba.

Fui el último en llegar junto a la cama de Elson; su aspecto me impresionó. El Elemental parecía haberse encogido; su lucha con la muerte había consumido su cuerpo. Yacía inerte, envuelto en vendas y recubrimientos de quemaduras. Tenía la mayor parte de la piel visible cubierta de rasguños y heridas, y uno de sus ojos estaba hinchado. A pesar de tantas lesiones, su espíritu seguía incólume, como comprendí cuando le habló al coronel.

—Sabía que tendría noticias tuyas, Wolf. ¿Es éste su consejo de guerra?

—No lo creo —dijo Jaime Wolf.

Elson consiguió emitir una risa quebrada.

—¿Tan pesimista es el diagnóstico?

—No. Los médicos dicen que usted es un luchador y le dan algunas posibilidades. Yo quiero hacer lo mismo.

Elson murmuró algo, pero no entendí sus palabras. Dudo que alguien lo hiciera. El coronel lo miró en silencio unos momentos, carraspeó y añadió:

—Luchamos por los Dragones porque no eran lo que queríamos que fuesen. Yo los cedí por un tiempo porque estaba cansado. Dejé que mis sentimientos personales interfiriesen en mi buen juicio y mi deber.

—Yo no soy su psicólogo, Wolf.

—Se equivoca, Elson. —El coronel, que estaba al pie de la cama, fue hacia la cabecera y se sentó en un taburete que le pasó Atwyl—. Ahora, los Dragones van a ser distintos. Ambos queríamos que así fuera.

»En el pasado, pensé que para mantener con vida a los Dragones debía cambiarlos según sus necesidades, pero no lo hacía correctamente. Soy un estratega, no un sociólogo. Actuaba en un ámbito que desconozco y lo estropeé todo. No entendía algunas de las cosas que nos han pasado y algunos de los cambios que hemos sufrido. Habíamos evolucionado mucho a partir de nuestro legado de los Clanes, pero olvidé que algunos no tienen la misma historia, y tal vez ni siquiera quieran compartirla. Usted me abrió los ojos.

—Yo le habría abierto el cuello —dijo Elson con un hilo de voz.

—Y eso fue lo que usted creía que era correcto. Sé que, desde su punto de vista, yo había fracasado como líder. En cierto modo, tenía razón. Algunas de mis políticas eran erróneas. Ahora lo entiendo. No me di cuenta hasta qué punto habíamos cambiado ni de lo poco que hacíamos para acoger a los recién llegados. Un mal trato para aquellos que no habían nacido en la elite es una queja habitual de los librenacidos con respecto a los Clanes, pero nosotros hemos cometido los mismos errores. Nadie quiere ser un ciudadano de segunda clase. Sin embargo, creía que lo

superaríamos. Pensé que, con el tiempo, las cosas se arreglarían, pero no hubo tiempo suficiente. Nunca lo hay.

—No voy a perdonarlo.

—No le pido que lo haga. La situación ya no puede ser la que fue, pero supongo que nada permanece. La vida implica cambio y, si uno no cambia, no está vivo, ¿*quiaf*? Creo que usted entiende lo que significa querer hacer lo correcto y fracasar.

Elson giró la cabeza para no tener que mirar al coronel.

—Estoy preparado para aceptar el destino de los fracasados —dijo en voz baja.

—¿Está preparado para combatir? Quiero cambiar el pasado. Quiero que quienes luzcan el emblema de los Dragones formen parte de nosotros, y quiero que todos se ganen su lugar y nadie ostente un cargo que no se haya ganado. ¿No es eso buena parte de aquello por lo que luchaba? ¿Todavía tiene fuerzas para luchar por ello?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Elson, volviéndose de nuevo hacia el coronel.

—Fueron la desconfianza y la incomprensión lo que nos ha llevado a este extremo.

—Y bastante ambición —lo interrumpió Atwyl.

—Nadie lo niega, Ham —respondió el coronel sin mirarlo—. La ambición no es necesariamente negativa. A veces es exactamente lo que necesitamos. Yo también tengo ambiciones. Quiero que aquello por lo que hemos pasado sea el crisol del que surgirá una organización mejor. Ahora está claro que no podemos seguir siendo lo que fuimos. Ya no somos de los Clanes, como tampoco somos de la Esfera Interior; somos una mezcla de ambos. Más que eso: somos lo que nos han forjado nuestras vidas y nuestras batallas. No alcanzaremos nuestro futuro aferrándonos al pasado; tenemos que trazar un nuevo rumbo.

Elson miró con su ojo sano a Wolf y repuso:

—No puede sugerir que abandonemos la senda del honor.

—La senda del honor es un concepto más antiguo que los Clanes. Ha significado cosas distintas para la gente con el paso del tiempo, pero creo que hay algunos elementos básicos. Yo nunca le pediría a usted ni a nadie que los abandonara. Si ha de tener una senda del honor, tenemos que encontrar una que también sirva a los Dragones. No somos un clan, ni somos el ejército resucitado de la Liga Estelar. Alquilamos a nuestros guerreros, pero no somos sólo una compañía mercenaria. Somos algo diferente, algo nuevo. ¿Está dispuesto a ayudarme a encontrar un nuevo camino, Elson?

—No puedo formar parte de eso.

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo? —lo provocó Maeve.

—Soy hijo de los Clanes —respondió Elson, movido por el orgullo—. Su legado está en mi sangre. Aunque soy un librenacido, siempre supe que formaba parte de algo cuando estaba en los Gatos Nova. Debo formar parte de algo. No puedo ser un

mercenario.

—Ya forma parte de algo —insistió el coronel—. De nosotros.

—De la Manada de Lobos —dijo Maeve sonriendo.

—No apruebo ese nombre —declaró Jaime Wolf.

Maeve sonrió aún más.

—Demasiado tarde. Va a hacerse popular.

—Somos los Dragones —insistió él.

—Sí, los Dragones de Wolf. Y también somos la Manada de Lobos.

—Yo no soy ninguna de ambas cosas —repuso Elson.

—Ha sido un rebelde, pero también es un guerrero —dijo el coronel—. A veces, los guerreros de los Clanes fracasan en un desafío. Eso no los convierte en unos proscritos. La prueba a la que nos ha sometido ha fortalecido a los Dragones. Aunque ha sido una prueba más dura de lo que habría querido, creo que gracias a ella seremos mejores. Sobre todo si usted se encarga de que podamos mejorar juntos.

—Ya no le entiendo.

—El coronel le ofrece ser reintegrado a su rango —explicó Nichole.

—Es un honor para usted, patán —dijo Atwyl.

Elson miró iracundo a Atwyl con su único ojo sano, pero fue algo momentáneo. Luego se volvió con calma al coronel y dijo:

—Usted me ha vencido, Jaime Wolf. Puedo aceptarle como mi Khan.

El coronel meneó la cabeza y respondió:

—No hay Khanes. Esa es la tradición de los Clanes. Sin embargo, creo que necesitaremos un cargo distinto del de coronel. Esta posición de primero entre todos los oficiales ya no tendrá la carga de la administración planetaria. Adoptaré el título de Jefe.

—No me preocupa cómo se haga llamar. La organización será la misma.

—Entonces, ¿acepta? —preguntó Nichole ansiosamente.

—Serviré con lealtad al hombre que ha demostrado ser mi superior —contestó Elson.



# EPÍLOGO

Los secretos son extraños. Nunca se sabe cuándo son realmente secretos, aunque suele saberse cuándo no lo son. ¿Cómo puedes estar seguro de que tu amigo no sabe el secreto y no te lo cuenta porque le ha prometido a otra persona que mantendrá la boca cerrada? También se ha dicho que tres pueden guardar un secreto cuando dos de ellos están muertos, pero ese dicho no tiene en cuenta el valor del secreto para quienes lo guardan. Si uno se beneficia de que algo se mantenga en secreto, o si resultaría perjudicado si se divulgase, entonces es mucho más probable que guarde silencio.

Ser miembro del personal del Jefe Wolf te permite conocer muchos secretos, la mayoría secretos militares, generalmente información temporal sobre posiciones y fuerzas disponibles. Sin embargo, algunos están relacionados con otras cuestiones más personales. Algunos se guardan según el criterio de «tener que saber» algo; sólo te los dicen si tú los «tienes que saber». Ser miembro del personal del Jefe significa a veces que puedes averiguar más cosas de las que «tienes que saber».

El comportamiento de Schlomo a la entrada de la enfermería me había dejado perplejo y me había prometido a mí mismo que hablaría con él cuando la situación se calmase en el cuartel general. El regreso al Salón del Lobo fue caótico y el trabajo de volver a unir a los Dragones nos ocupó mucho tiempo. Había que nombrar a nuevos oficiales y comprobar la lealtad de los antiguos. Fue sorprendente la utilidad de Elson para señalar a aquellos de su antigua facción que no podrían aceptar los cambios y el nuevo orden. Los Dragones perdieron mucho personal incluso después del fin de las hostilidades. Cuando, por fin, dispuse de un poco de tiempo libre, no conseguí encontrar a Schlomo, por lo que decidí utilizar mi cargo para investigar por mi cuenta. Él me encontró cuando estaba fisgoneando en el ordenador del centro médico.

—Ahí no encontrará nada sobre ella —dijo.

Levanté la mirada, sorprendido por su silenciosa llegada. El anciano estaba demacrado y su rostro mostraba el profundo agotamiento de una carga que había llevado durante demasiado tiempo.

—¿De qué está hablando? —fue mi brillante respuesta.

Se sentó a mi lado y me sonrió con gesto cansado.

—Los otros no se dieron cuenta. Sólo vieron lo que esperaban ver. Pero vi su rostro cuando Fraser insinuó que Maeve era hija de Jaime Wolf, y supe que usted vendría a averiguarlo antes o después. ¿Ella es especial para usted?

—Lo es todo para mí —contesté—. Es algo que debería entender. Aunque sea un veterano, sabe lo que es el amor.

—Sí, soy un veterano, pero nunca he sido un guerrero. Las demás castas no renuncian al amor por el honor. No somos tan idiotas. —Suspiró—. Al menos, no en ese sentido. Dice que ella lo es todo para usted. ¿Es por eso que quiere arruinar su vida y destruir a los Dragones?

—¿Cómo puedo destruir a los Dragones por averiguar quiénes son los padres de Maeve?

—No aparente ser estúpido, Brian. Sabe qué ocurriría si ella tuviese el parentesco que sospecha.

Lo sabía, y aquella idea me produjo un leve estremecimiento. Para aplacar a ciertas facciones, Wolf había jurado que todos los oficiales de los Dragones debían ser puestos a prueba y evaluados para sus cargos. Había prometido que no habría favoritismos. Como gesto de buena voluntad, estipuló que ninguno de sus hijos o nietos podrían ostentar un puesto de mando importante en los Dragones. Maeve no había sido probada para el mando del batallón en el que servía; no quería que se lo arrebatasen al caballero Johnny Clavell, ahora que se había recuperado. En cambio, se había inscrito en la competición por el nuevo rango de general de los Dragones. Algunos decían que era demasiado joven, pero muchos veteranos indicaban que tenía la misma edad que Jaime y Joshua Wolf cuando éstos condujeron a los Dragones a la Esfera Interior. El Jefe Wolf la había apoyado con el argumento de que una joven líder era lo que necesitaba el ejército. Los partidarios de los Clanes no hicieron objeción alguna; ellos, claro, estaban acostumbrados a tener jefes jóvenes, siempre y cuando hubieran superado las pruebas correspondientes. Y ella las superó con creces. Cuando se ajustaron las puntuaciones según criterios de edad y experiencia, fue la que obtuvo el mejor resultado y se convirtió en la primer general de los Dragones de Wolf.

Sin embargo, ¿quién apoyaría a la general Maeve si se sabía que era la hija de *sibko* de Jaime Wolf? ¿Quién creería que Wolf no había mentido o que las pruebas no habían sido amañadas? La división en facciones, ahora hibernada, volvería a estallar y nos veríamos envueltos de nuevo en una guerra civil. Los Dragones no podrían sobrevivir por segunda vez.

—Entonces, ella es hija de *sibko* de Jaime Wolf —dije con voz ronca.

—No.

—¿Qué?

—Sin embargo, el peligro que usted teme existe. Los guerreros descubrirían que la verdad es menos aceptable y creíble que suponer que es hija biennacida de Wolf.

Aunque temía la respuesta, pregunté:

—¿Y cuál es la verdad?

—¿No tiene miedo de que cambien sus sentimientos hacia ella?

—No.

—Debería tenerlo.

Su serenidad hizo que me preocupase por lo que él esperaba.

—Dígamelo. Es evidente que usted quiere hacerlo.

—¿Lo quiero? —Se rió entre dientes por algún motivo que sólo él conocía—. Sí, tal vez sea un deseo. Probablemente piensa que sólo hago lo que quiero. Bueno, no es exactamente así. Hablo con usted porque lo considero necesario y porque creo que es lo correcto. Creo que debe saber la verdad, pero no porque me apetezca. Lo hago por usted y por ella.

—Entonces, cuéntemelo ya.

—Muy bien. Ya conoce los muestreos genéticos de los herederos de los líderes de las Grandes Casas de la Esfera Interior. Este no es el primer intento de Jaime Wolf de añadir los genes de la Esfera Interior a nuestra reserva genética. Durante muchos años nos ha obligado a recoger muestras de soldados capturados, civiles tratados en nuestras unidades médicas y todos y cada uno de los nobles y políticos que se han puesto en contacto con nosotros por nuestros conocimientos médicos, supuestamente muy avanzados. Nos ordenó crear un *sibko* con los mejores especímenes de la Esfera Interior y lo mejor de la simiente de los Dragones. Creía que un *sibko* con esas características produciría niños con talentos diversos, una nueva generación capaz de afrontar la amenaza de la invasión de los Clanes.

»Los científicos, o al menos la mayoría de ellos —prosiguió—, consideraron que la iniciativa era contraria a la ética e inoportuna. Oficialmente, el plan fue rechazado, pero algunos de nosotros vimos el plan como una oportunidad de hacer lo que creíamos necesario para alcanzar el mismo objetivo. Fuimos a ver a Wolf y le ofrecimos sustituir en secreto la simiente para un *sibko* que ya estaba planificado por las contribuciones paternas que él deseara. La negativa del consejo científico lo había decepcionado y aceptó nuestra oferta, ayudándonos a ocultar los registros. El secreto que nos ayudó a crear nos permitió realizar el experimento que creíamos necesario. No obstante, Jaime Wolf contribuyó más al *sibko* de Maeve de lo que él mismo sabía.

Durante unos momentos me quedé sin habla. Luego dije:

—Así que utilizaron sus genes sin que él estuviera al corriente. Creía que había dicho que ella no era su hija de *sibko*.

—No lo es en sentido estricto, pero en un sentido amplio podríamos decir que sí.

—Me está confundiendo, Schlomo.

—Lo siento, no era mi intención. Verá, Jaime no habría contribuido nunca a la reserva genética de los Dragones. Es un librenacido que cree que los usos del pasado son los mejores a ese respecto. Al menos, lo son para él. Fue bastante duro para él ordenar la creación de los *sibkos*, pero tuvo que ceder ante la necesidad de llenar las filas de los Dragones con soldados con un linaje genético de calidad. Sabía que los Clanes se acercaban.

»Todos los hijos del primer matrimonio de Wolf habían muerto, salvo MacKenzie, y éste todavía no había empezado a reproducirse; de hecho, ni siquiera había demostrado que la calidad de su legado genético fuera suficiente para incluir su simiente en el programa de *sibkos*. Nuestro grupo de científicos creía que los Dragones necesitaban el legado de Jaime Wolf para sobrevivir y que MacKenzie era una rama demasiado quebradiza. ¿No está de acuerdo en que los sucesos posteriores nos han dado la razón en este punto?

Ni siquiera quería intentar responder a esta última pregunta. Tal vez Schlomo tampoco deseaba una respuesta. Me encogí de hombros y él continuó como si nunca hubiera habido una interrupción.

—Pues bien, creíamos que los Dragones necesitaban algo más que sólo su legado; necesitábamos a Jaime Wolf en persona, pero él se hacía viejo, como todo el mundo. Cuando su descendencia no demostró tener aptitudes suficientes, concebimos, si me permite la palabra, un plan.

»Una reiteración directa habría sido demasiado evidente, incluso para los no iniciados —prosiguió—. Aunque nos llevó al límite de nuestras posibilidades, pudimos manipular algunas de sus células, eliminando el determinante sexual del cromosoma Y. La marca genética resultante fue insertada en un huevo del que habíamos extraído previamente el núcleo. También se introdujo material mitocondrial del donante. La mayoría de los recombinantes no se multiplicaron. Sólo uno fue viable.

—Maeve.

El hombre asintió despacio con la cabeza.

—A todos los efectos prácticos, ella es una versión femenina de Jaime Wolf —añadió—. En términos genéticos, por supuesto. Su educación ha sido notablemente distinta.

—¿Por qué?

—Porque la materia prima ya estaba allí. Los Dragones necesitaban a otro Jaime para superar los cambios que se avecinaban.

—Así que ustedes la *fabricaron*.

Ella era lo que los hijos de *sibkos* llamaban una réplica, o lo que un lego llamaría un clon. Estaba aterrado. Nos habían enseñado que la reutilización de una marca genética era inmoral. Pero se había hecho.

—Ella no es menos humana que cualquier individuo nacido de mujer.

Tenía razón. Ella era una persona. Mi pavor remitió cuando recordé lo humana que era, y la revelación de aquel hombre, de pronto, dejó de tener importancia para mí. Ella era Maeve, mi Maeve.

—¡Oh!, sé muy bien lo humana que es —respondí.

Schlomo sonrió en actitud comprensiva.

—Sé que lo sabe. Los he visto juntos. Por eso confío en usted. Creo que tiene la fuerza suficiente para saber esto y guardarlo en secreto. Los demás científicos de mi grupo están muertos y yo no viviré para siempre.

—Entonces, ¿el Lobo no lo sabe? ¿No preparó el Juicio en su favor?

—No lo creo. Conocía las puntuaciones preliminares y la vio en la batalla. Debía de saber que era una candidata de primera categoría. No creo que la hubiese dejado competir si hubiera sabido sus orígenes.

—¿Debo decírselo a ella?

—Eso lo dejo en sus manos.

—Schlomo, no me puede cargar con esta responsabilidad.

Pero lo hizo.

En muchos aspectos, estuve agradecido de que las semanas siguientes siguieran siendo muy atareadas para Maeve y para mí. Tenía que revisar un volumen enorme de tráfico de comunicaciones y esos días vi más veces al Capiscol de ComStar que a Maeve. Ella estaba supervisando la reestructuración de las unidades de combate y preparando el terreno para firmar más contratos aparte de los de Alfa y Delta, que no habían participado en las batallas de Outreach. Los Dragones necesitaban ingresos.

Vi a menudo a Jaime Wolf, pero nunca me atreví a sacar el tema de Maeve.

A finales de septiembre, el consejo obligó al Jefe a adoptar una resolución. A pesar de sus objeciones, el nombre Wolf fue añadido a la lista de Nombres de Honor de los Dragones. Él y sus descendientes, por supuesto, conservarían su nombre, pero el consejo quería que se celebrasen competiciones de los segmentos de edades correspondientes a MacKenzie y Alpin y todos los posteriores. El consejo creía que la institucionalización del nombre Wolf ayudaría a cerrar las heridas. Jaime se opuso, pero fue inútil. Se hizo público el anuncio de la competición.

Cuando llegó el día de la competición, yo me hallaba a la salida del Salón del Lobo y veía cómo acudía la gente a presenciar el nombramiento de los competidores. Estaba al lado del Jefe Wolf, que era el sitio que me correspondía. El resto de su personal estaba junto a nosotros. Varios pasos por delante se hallaban los Candidatos de Honor. El Señor de la Sabiduría estaba sobre un podio, vuelto hacia la multitud, mientras leía la declaración que creaba el nuevo Nombre de Honor.

Cuando terminó, Maeve dio un paso adelante desde la primera fila de la multitud

y exclamó:

—¡Presento el desafío! ¡El nombre Wolf será mío!

Se produjo una conmoción cuando Elson se abrió paso. Estaba en el límite máximo del segmento de edad elegible. Lo que dijo me sorprendió. Incluso vi al Lobo arquear una ceja.

—Yo apoyo el desafío de Maeve y me retiro.

Un coro de voces rugió para expresar su conformidad.

El Señor de la Sabiduría hizo sonar la campana para exigir silencio y llamó a los demás competidores. El MechWarrior Jovell dio un paso adelante y gritó:

—¡Me retiro del desafío!

Lydia se adelantó y dijo lo mismo, seguida de Harold, un Elemental de anchos hombros. Uno a uno, todos los competidores se adelantaron, anunciaron su retirada y se reintegraron a la multitud.

El Señor de la Sabiduría esperó durante un minuto muy largo. Corrían rumores entre la asombrada muchedumbre. Un Nombre de Honor nunca se había concedido sin competir.

—Debe finalizar el rito —declaró el Señor de la Sabiduría a Maeve.

—¡Presento el desafío! —gritó ella.

Estaba muy emocionada. Yo sabía cuánto anhelaba conseguir el nombre y cómo se había preparado para luchar por él. Quería *luchar* para conseguirlo.

Sin embargo, ninguna voz respondió al desafío.

—¡Presento el desafío! —gritó por tercera vez.

De nuevo, nadie habló.

—Que todos sepan que nadie ha respondido a Maeve —dijo el Señor de la Sabiduría.

La llamó al podio. Cuando ella estuvo a su lado, le dijo:

—Maeve, es usted la única contendiente en el segmento de edad de Alpin Wolf. Nadie está dispuesto a oponerse a usted para conseguir el nombre. Usted es Wolf.

Los cánticos y vítores de «¡Wolf!» resonaron por todo Harlech. Maeve estaba estupefacta ante aquella clamorosa aprobación. Yo guardaba silencio. Sólo yo y otra persona sabíamos con cuánta razón la llamaban por ese nombre.

Bajo la dirección del Jefe Jaime Wolf y la general Maeve Wolf, los Dragones hemos reorganizado tanto su estilo de vida como su fuerza militar, aprovechando al máximo lo que hemos aprendido de las luchas internas que estuvieron a punto de destruirnos. Nuestras unidades tienen una fuerza inferior a la indicada en la nueva tabla de organización, porque hemos perdido a muchos que no han podido aceptar el nuevo orden. Su marcha nos ha debilitado, pero es un efecto temporal. Estamos entrenando a nuevos reclutas y criando a nuevos *sibkos*. Todo se ha hecho de forma detallada y minuciosa para indicar que nos hemos renovado. Los Dragones ya no son

sólo mercenarios, ni sólo guerreros: somos una familia. El apodo «Manada de Lobos» se ha popularizado con una rapidez asombrosa, como Maeve había predicho.

Hasta que alcancemos nuestro potencial máximo, seguiremos trabajando con lo que tenemos. ¿Por qué no? Ahora, todos somos veteranos. Los Dragones son más duros y fuertes que nunca. Comenzamos como la mejor unidad que había visto la Esfera Interior, y ahora somos aún mejores. En mi opinión, somos más robustos y diestros que cualquiera de los Clanes. ¿Qué podemos hacer, salvo seguir mejorando?

La Sala de Contratos vuelve a estar abierta, amigos.

La Manada de Lobos busca nuevos talentos.

# GLOSARIO



# TÉRMINOS CULTURALES Y POLÍTICOS

Tras la caída de la Liga Estelar, el general Aleksandr Kerensky, comandante en jefe del ejército regular de la Liga Estelar, condujo a sus fuerzas lejos de la Esfera Interior en lo que se conoce como el primer Éxodo. Kerensky y sus seguidores fueron más allá de la Periferia, más de 1300 años luz lejos de la Tierra, y se establecieron en un grupo de sistemas estelares sólo parcialmente habitables cerca de un gran conglomerado globular que los ocultó de la Esfera Interior. Al cabo de quince años, estalló una guerra civil entre estos exiliados, que amenazó con destruir todo aquello que les había costado tanto construir. En un segundo Éxodo, Nicholas Kerensky, hijo de Aleksandr, condujo a sus seguidores a uno de los planetas del conglomerado globular para escapar de esta otra guerra. Fue allí, en Strana Mechty, donde Kerensky concibió y organizó el sistema que un día llegó a ser conocido como los Clanes.

Aunque los Dragones de Wolf tienen su origen en los Clanes, han repudiado su alianza con el clan de los Lobos. De todas formas, muchas de las tradiciones, conceptos y costumbres de los Clanes siguen existiendo entre los Dragones, según se describe a continuación.

## **BIENNACIDO**

Un biennacido es un producto del programa eugenésico de la casta de guerreros.

## **CASTAS**

La sociedad de los Clanes está dividida de forma rígida en cinco castas: guerreros, científicos, comerciantes, técnicos y productores. Cada casta tiene numerosas subcastas, que se basan en las especialidades dentro de un ámbito profesional. La casta de guerreros se basa en un programa eugenésico sistemático que utiliza los genes de prestigiosos guerreros del pasado y del presente para producir nuevos

miembros de la casta (véase *Sibko*). Estos productos de ingeniería genética se conocen como librenacidos. Otras castas mantienen una reserva genética de calidad mediante matrimonios estratégicos dentro de cada casta.

## **CÓDEX**

El códex es el registro personal de cada guerrero de los Clanes. Incluye los nombres de los guerreros iniciales del Nombre de Sangre de los que desciende el guerrero. También registra la información de trasfondo como el número de generación del guerrero, la Casa de Sangre, y el identificador de códex: un código alfanumérico que indique los aspectos exclusivos del ADN de esa persona. El códex también contiene un registro de la carrera militar del guerrero. Muchos guerreros de los Clanes llevan su códex como una especie de brazalete; los miembros de los Dragones de Wolf llevan su códex como placas colgadas del cuello.

## **COMSTAR**

ComStar, la red de comunicaciones estelares, fue concebida por Jerome Blake, ministro de Comunicaciones durante los últimos años de la Liga Estelar. Tras el desmoronamiento de ésta, Blake se apoderó de la Tierra, reorganizó lo que quedaba de la red de comunicaciones y la convirtió en una organización privada que vendía sus servicios a las cinco Casas Sucesoras. Desde entonces, ComStar se ha convertido en una poderosa sociedad secreta caracterizada por su misticismo y sus ritos. Los iniciados en la Orden de ComStar se comprometen de por vida a su servicio.

## **ESFERA INTERIOR**

La Esfera Interior era el término aplicado en un principio a los imperios estelares que se unieron para formar la Liga Estelar a mediados del siglo XXVIII. Los estados, reinos y dominios de piratas situados más allá de la Esfera Interior son conocidos como la Periferia, la gran región desconocida. Cuando Aleksandr Kerensky condujo a los exiliados fuera de la Esfera Interior, viajaron más allá incluso de la Periferia, en busca de una vida que los apartase para siempre de las guerras destructivas de la Esfera Interior.

## **ELEMENTALES**

Los Elementales son la infantería de elite, ataviada con armaduras de combate de los

Clanes. Estos hombres y mujeres son gigantes, criados específicamente para manejar la armadura de combate creada por los Clanes. Los ejércitos de la Esfera Interior han capturado algunas muestras de estos trajes y han desarrollado sus propias versiones, pero no crían a Elementales de casi dos metros y medio de altura para llevarlos y combatir con ellos.

## **ESTADOS SUCESORES**

Tras la caída de la Liga Estelar, los miembros restantes del Alto Consejo declararon que tenían el derecho de convertirse en Primer Señor de la Liga Estelar. Sus imperios estelares pasaron a ser conocidos como los Estados Sucesores, cuyos gobernantes eran los Señores Sucesores. La invasión de los Clanes interrumpió temporalmente un estado de guerra prolongado durante varios siglos —las Guerras de Sucesión— e iniciado en 2786. El campo de batalla de estas guerras es la vasta Esfera Interior, compuesta por todos los sistemas estelares que fueron ocupados por los estados miembros de la Liga Estelar. Los Señores Sucesores han apartado sus diferencias de forma momentánea para hacer frente a la amenaza del enemigo común: los Clanes.

## **JUICIO DE AGRAVIO**

Cuando dos guerreros no pueden solucionar una disputa por sí mismos o con la ayuda de sus superiores, las partes pueden pedir un Juicio de Agravio. Se define un Círculo de Iguales, donde nadie más que los contrincantes puede entrar, excepto que sea invitado a hacerlo. Salir del Círculo antes de la terminación del combate se considera una derrota vergonzosa. Estos juicios continúan hasta la muerte, pero generalmente finalizan antes de que uno de los contrincantes muera.

## **JUICIO DEL DERECHO DE SANGRE**

Es una serie de combates individuales por eliminación que determina quién gana el derecho a utilizar un Nombre de Sangre. Cada guerrero con Nombre de Sangre de ese Linaje presenta a un candidato. El líder de cada Linaje nombra candidatos adicionales hasta ocupar treinta y un puestos. Por el puesto trigésimo segundo luchan los que están cualificados para aspirar al Nombre de Sangre pero no han sido presentados como candidatos.

La naturaleza del combate está determinada por el «procedimiento de las monedas». Cada combatiente coloca su medallón personal, el *dogids*, en el «Pozo de la Decisión». El Señor del Juramento o el Señor de la Sabiduría suelta ambas monedas simultáneamente, de manera que sólo la suerte determina cuál es la moneda

que llega primero al fondo del pozo. El guerrero cuya moneda queda por encima elige la forma de combate (entre Mechs, con los puños, Mech frente a Elemental, etc.). El otro guerrero elige el lugar del combate. Aunque no es preciso que estos duelos acaben con la muerte, la intensidad del combate deja a menudo al candidato perdedor mortalmente herido o muerto.

## **JUICIO DE POSICIÓN**

El Juicio de Posición determina si un candidato tiene las cualidades para ser un guerrero de los Clanes. Para clasificarse, el candidato debe derrotar por lo menos a uno de tres contrincantes sucesivos. Si derrota a dos o a los tres, alcanza inmediatamente el rango de oficial en el clan. Si no consigue derrotar a ninguno de sus adversarios, es degradado a una casta inferior.

## **JUICIO DE RECHAZO**

Los consejos de clan y el Gran Consejo votan sobre asuntos y leyes que afectan a toda la comunidad. A diferencia de la legislación de la Esfera Interior, cualquier decisión puede ser desafiada y revocada por un Juicio de Rechazo. Este juicio permite al bando perdedor exigir que el asunto sea resuelto en combate.

Las fuerzas utilizadas en el Juicio de Rechazo son determinadas por prorrata. La facción que rechaza la decisión declara cuáles son las fuerzas que utilizará. El bando que defiende la decisión (el atacante) puede utilizar una fuerza equivalente a la proporción de los votos ganadores de la votación frente a los perdedores. Por ejemplo, si el voto cuestionado venció por un margen de tres a uno, la fuerza atacante puede ser de un tamaño tres veces superior al de la fuerza que desafía la decisión. No obstante, los envites generalmente dan como resultado una fuerza atacante más pequeña.

## **KHAN**

Cada clan elige a dos líderes o Khanes. Uno actúa como comandante en jefe militar del clan y administrador burocrático. La posición del segundo Khan no está tan definida. Es el segundo en el mando y realiza las tareas asignadas por el primer Khan. En tiempos de graves amenazas internas o externas, o cuando se requiere un esfuerzo coordinado de todos los Clanes, se elige a un ilKhan para actuar como gobernante supremo de los Clanes.

## **LIBRENACIDO**

Individuo concebido y~nacido por medios naturales. Dado que los Clanes valoran tanto su programa eugenésico, automáticamente se considera que un librenacido tiene escasa capacidad.

«Librenacido» también es usado como epíteto por los miembros biennacidos de la casta de guerreros de los Clanes, habitualmente para expresar disgusto o frustración. Si un guerrero librenacido hace alusión a otro con la palabra librenacido, es un insulto gravísimo.

## **LIGA ESTELAR**

La Liga Estelar fue formada en 2571 en un intento de establecer una alianza pacífica entre los principales imperios estelares del espacio conocido por la humanidad, denominado Esfera Interior. La Liga prosperó durante casi doscientos años, hasta que se desencadenó la guerra civil en 2751. Finalmente, la Liga fue destruida cuando el órgano de gobierno, conocido como el Alto Consejo, fue disuelto en medio de una lucha por el poder. Cada uno de los líderes de las Grandes Casas se declaró Primer Señor de la Liga Estelar y, al cabo de unos meses, la guerra se extendió por toda la Esfera Interior. Este conflicto continúa hasta el presente, casi tres siglos después. A esta era de continuas guerras se la denomina de las Guerras de Sucesión.

## **NAVE DE SALTO**

El viaje interestelar se efectúa mediante Naves de Salto, cuyos primeros modelos se diseñaron en el siglo XXII. Estas naves de diseño desgarbado se componen de una unidad central larga y estrecha y también de una vela parecida a un enorme panel solar, que puede alcanzar una anchura de un kilómetro. El nombre de la nave se debe a su capacidad para «saltar» de forma instantánea a través de enormes distancias, hasta un máximo de treinta años luz por salto. Para realizar otro salto, la nave debe recargar sus unidades interestelares después de reunir energía solar suficiente. Este proceso puede tardar hasta una semana.

La enorme vela de la Nave de Salto se construye con un metal especial que absorbe grandes cantidades de energía electromagnética de la estrella más cercana. Cuando ha absorbido energía suficiente, la nave la transfiere a la unidad central, que la convierte en un campo distorsionador del espacio. Un instante después, la nave llega al siguiente punto de salto, a una distancia máxima de treinta años luz. Este campo es conocido como hiperespacio y su descubrimiento abrió la puerta de las estrellas a la humanidad.

Las Naves de Salto nunca aterrizan en los planetas. El viaje interplanetario se realiza mediante las Naves de Descenso, que van acopladas a la Nave de Salto hasta

que ésta llega al punto de salto.

## **NAVE DE DESCENSO**

Como las Naves de Salto interestelares no deben entrar en el corazón de un sistema solar, han de permanecer «estacionadas» en el espacio a una distancia considerable de los planetas habitados de un sistema. Las Naves de Descenso fueron desarrolladas para el viaje interplanetario. Como indica su nombre, una Nave de Descenso se engancha a ciertos engarces de la unidad central de la Nave de Salto y es liberada de la nave nodriza tras entrar en el sistema de destino. Aunque estas naves son incapaces de realizar viajes a velocidades superiores a la de la luz, tienen mucha capacidad de maniobra, van bien armadas y tienen la aerodinámica suficiente para despegar y aterrizar en la superficie de un planeta. El viaje desde el punto de salto a los planetas habitados de un sistema suele requerir un viaje por el espacio normal de varios días o semanas, según el tipo de estrella.

## **NOMBRE DE HONOR**

Entre los Dragones de Wolf, un Nombre de Honor es análogo a un Nombre de Sangre de los Clanes (véase la entrada correspondiente). Los apellidos descienden de los guerreros que llegaron al principio con Jaime y Joshua Wolf, cuando los Dragones vinieron de la Esfera Interior en una misión ampliada de inteligencia para el clan de los Lobos. Para poder ser elegido para competir por un Nombre de Honor, un Dragón debe estar en el segmento de edad adecuado y nunca hallarse bajo prohibición disciplinaria, ni tampoco ostentar ya otro Nombre de Honor. En contraste con la tradición de los Clanes, sólo un individuo en cada segmento de edad o generación tiene el derecho de ostentar un Nombre de Honor determinado. Todos los Dragones elegibles con un vínculo genético conocido con el linaje del Nombre de Honor están vinculados a competir en el Juicio del Nombre de Honor. Es muy poco habitual que un individuo pierda el derecho a ostentar un Nombre de Honor que ha ganado, pero puede suceder como resultado de un crimen especialmente repugnante o un quebrantamiento del código de honor.

## **NOMBRE DE SANGRE**

Los Clanes tienen aproximadamente setecientos sesenta Nombres de Sangre. Son los apellidos de los 800 guerreros que permanecieron con Nicholas Kerensky durante la Guerra Civil del Éxodo. Estos guerreros fueron los primeros que contribuyeron al complejo programa eugenésico mediante el cual los Clanes crean a su casta de

guerreros de elite en cada generación. Un guerrero sólo se gana el derecho de ostentar uno de estos apellidos si triunfa en una serie de terribles competiciones conocidas como el Juicio del Derecho de Sangre; sólo se permite que veinticinco guerreros ostenten un mismo Nombre de Sangre al mismo tiempo.

En el momento en que uno de esos veinticinco guerreros con Nombre de Sangre muere, se celebra un Juicio para determinar quién adoptará el nombre vacante. Un contendiente debe demostrar su linaje de Nombre de Sangre y ganar el Juicio del Derecho de Sangre frente a los otros contendientes.

Solamente los guerreros que poseen Nombres de Sangre pueden sentarse en los Consejos de los Clanes o bien ser elegidos para ser Khan o ilKhan. Los Nombres de Sangre de los Clanes se determinan por línea matrilineal, por lo menos después de la primera generación. Dado que un guerrero puede heredarlo únicamente de su madre, solamente puede reclamar la pertenencia a un Nombre de Sangre. Cuarenta de los ochocientos Nombres de Sangre iniciales fueron eliminados cuando uno de los Clanes fue aniquilado por haber cometido un horrendo crimen contra los Clanes en su conjunto.

## **PERIFERIA**

Más allá de los límites de la Esfera Interior se encuentra la Periferia, el límite del vasto dominio de planetas conocidos y desconocidos que se extiende hacia la noche interestelar. Los planetas de la Periferia estuvieron poblados en el pasado por colonias de la Tierra, pero quedaron devastados tecnológica, política y económicamente tras la caída de la Liga Estelar. En el presente, la Periferia es el refugio de los Reyes Bandidos, piratas, corsarios y exiliados de la Esfera Interior.

## **QUIAF/QUINEG**

Estas expresiones que utilizan los Clanes se colocan al final de las preguntas retóricas. En el caso de que se espere una respuesta afirmativa, se utiliza la palabra *quiaf*. Si el hablante espera una respuesta negativa, *quineg* es el cierre adecuado de la frase.

## **RECUERDO, EL**

*El Recuerdo* es una saga heroica que se ha ido escribiendo a lo largo del tiempo y que detalla la historia de los Clanes desde los tiempos del Éxodo de la Esfera Interior hasta el presente. *El Recuerdo* se amplía constantemente para incluir sucesos

contemporáneos. Cada clan tiene una versión ligeramente distinta que refleja sus propias opiniones y experiencias. Todos los guerreros de los Clanes son capaces de citar de memoria versos enteros de esta maravillosa epopeya y es habitual ver pasajes pintados en la superficie de OmniMechs, cazas e incluso armaduras de combate.

## **SENDA DEL HONOR**

La sociedad de los Clanes es una sociedad de guerreros en la que el honor es un concepto que define el comportamiento y las obligaciones de una persona. La senda del honor es un código de conducta de los Clanes que es análogo al *bushido* japonés, el camino del guerrero.

## **SEÑOR DE LA SABIDURÍA**

El Señor de la Sabiduría es el preservador de las leyes y la historia del clan. Es un gran honor ostentar este cargo, que tiene un gran poder político. El Señor de la Sabiduría representa un papel fundamental en las investigaciones y los juicios, en los que suele tener la función de Abogado o Interrogador.

## **SEÑOR DEL JURAMENTO**

El Señor del Juramento es la guardia de honor de cualquier ceremonia oficial del clan. Es un cargo similar al de un sargento de armas de la Esfera Interior, pero conlleva un mayor respeto. El Señor del Juramento administra todos los juramentos y el Señor de la Sabiduría los registra. El cargo de Señor del Juramento suele ser ostentado por el guerrero con Nombre de Sangre de mayor edad en un clan (si decide aceptar este honor) y es uno de los pocos que no se decide mediante un combate.

## **SEYLA**

Esta palabra es la respuesta ritual entonada al unísono por el público en las ceremonias más solemnes, los ritos y otras reuniones importantes de los Clanes. Nadie conoce su origen ni el significado exacto de la palabra con seguridad, pero se pronuncia con la mayor reverencia y recogimiento.

## **SIBKO**

Un *sibko* se compone de un grupo de niños producidos a partir de unos mismos



padres genéticos en el programa eugenésico de los Clanes pensado para crear su casta de guerreros. Los miembros del *sibko* son criados juntos y, más tarde, empiezan a ser sometidos a pruebas constantes. Los que fracasan son transferidos a una de las castas inferiores.

Un *sibko* se compone aproximadamente de veinte miembros, pero en general sólo cuatro o cinco resisten hasta la prueba final para convertirse en guerrero de los Clanes: el Juicio de Posición. Estas pruebas y otras adversidades pueden forjar estrechos lazos entre los «hermanos de *sibko*» supervivientes.

## **SIRVIENTE**

Los Clanes pueden conservar a los prisioneros hechos en combate. Se denominan sirvientes y se consideran miembros de la casta de productores, a menos que el clan que lo haya capturado lo libere o lo ascienda a la categoría de guerrero.

Un sirviente está vinculado por el honor, no por cadenas. La costumbre dicta que incluso los guerreros con Nombre de Sangre capturados en combate sean retenidos como sirvientes durante un tiempo. Todos los sirvientes llevan un brazalete, denominado «cordón de servidumbre». El color básico del cordón indica el clan al que está vinculado el individuo, y las franjas, la unidad que lo capturó.

## **TÉRMINOS MILITARES Y POLÍTICOS BATALLÓN**

Un batallón es una unidad militar táctica compuesta generalmente por tres compañías.

## **BATTLEMECH**

Los BattleMechs son las máquinas de guerra más poderosas que se han construido jamás. Estos gigantes vehículos de aspecto humanoide fueron diseñados por vez primera hace más de quinientos años por científicos e ingenieros terráqueos. Son más rápidos, móviles y con un armamento mucho mejor y más pesado que cualquier tanque del siglo XX. Tienen entre diez y doce metros de altura y van equipados con cañones de proyección de partículas, láseres, cañones automáticos de disparo rápido y misiles. Disponen de una potencia de fuego suficiente para destruir cualquier cosa, excepto a otro BattleMech. Un pequeño reactor de fusión les suministra energía en cantidad casi ilimitada. Los BattleMechs pueden ser adaptados para combatir en toda clase de entornos naturales, desde desiertos abrasadores hasta hielos árticos.

## **BINARIA**

Una Binaria es una unidad militar de los Clanes que se compone de dos Estrellas y equivale aproximadamente a una compañía de la Esfera Interior.

## **CAÑÓN AUTOMÁTICO**

Es un arma de disparo rápido y carga automática que dispara a gran velocidad ráfagas de cartuchos altamente explosivos capaces de perforar blindajes.

## **COMPAÑÍA**

Es una unidad militar táctica compuesta por tres lanzas de BattleMechs o, en el caso de la infantería, tres pelotones con un total de cincuenta a cien hombres. Las compañías suelen estar dirigidas por un capitán.

## **CPP**

Es la abreviatura de Cañón Proyector de Partículas, un acelerador magnético que dispara rayos de protones o iones de alta energía y causa daños tanto por impacto como por su elevada temperatura. El CPP es una de las armas más eficaces de que disponen los BattleMechs.

## **GALAXIA**

Una Galaxia es una unidad militar de los Clanes compuesta de tres a cinco Núcleos estelares. Es el equivalente del regimiento en la Esfera Interior.

## **LANZA**

Una lanza es un grupo de combate táctico compuesto generalmente por cuatro 'Mechs.

## **LÁSER**

Láser es el acrónimo en inglés de la expresión «amplificación de luz mediante la emisión estimulada de radiación». Cuando se utiliza como arma, el láser daña el

blanco concentrando una intensidad extrema de calor en un área pequeña. Los láseres de los BattleMechs pueden ser pequeños, medianos e incluso grandes. Los láseres también están disponibles como armas montadas al hombro que funcionan con una unidad de energía portátil. Ciertos equipos de sistemas de puntería y localizadores de radios de alcance también emplean láseres de baja intensidad.

## **MCA**

Es la abreviatura de Misil de Corto Alcance. Son misiles de trayectoria directa con cabezas altamente explosivas y capaces de perforar blindajes. Tienen un radio de alcance de menos de un kilómetro y sólo son precisos a distancias inferiores a trescientos metros. No obstante, son más potentes que los MLA.

## **MLA**

Abreviatura de Misil de Largo Alcance, un misil de fuego indirecto con una cabeza altamente explosiva.

## **NÚCLEO ESTELAR**

Un Núcleo Estelar es una unidad militar de los Clanes que se compone de tres a cinco Trinarías y equivale aproximadamente a un batallón de la Esfera Interior.

## **PELOTÓN**

Un pelotón es una unidad militar táctica que se compone habitualmente de unos veintiocho hombres y que está dirigida por un teniente o por un sargento de pelotón. Un pelotón puede dividirse en dos secciones.

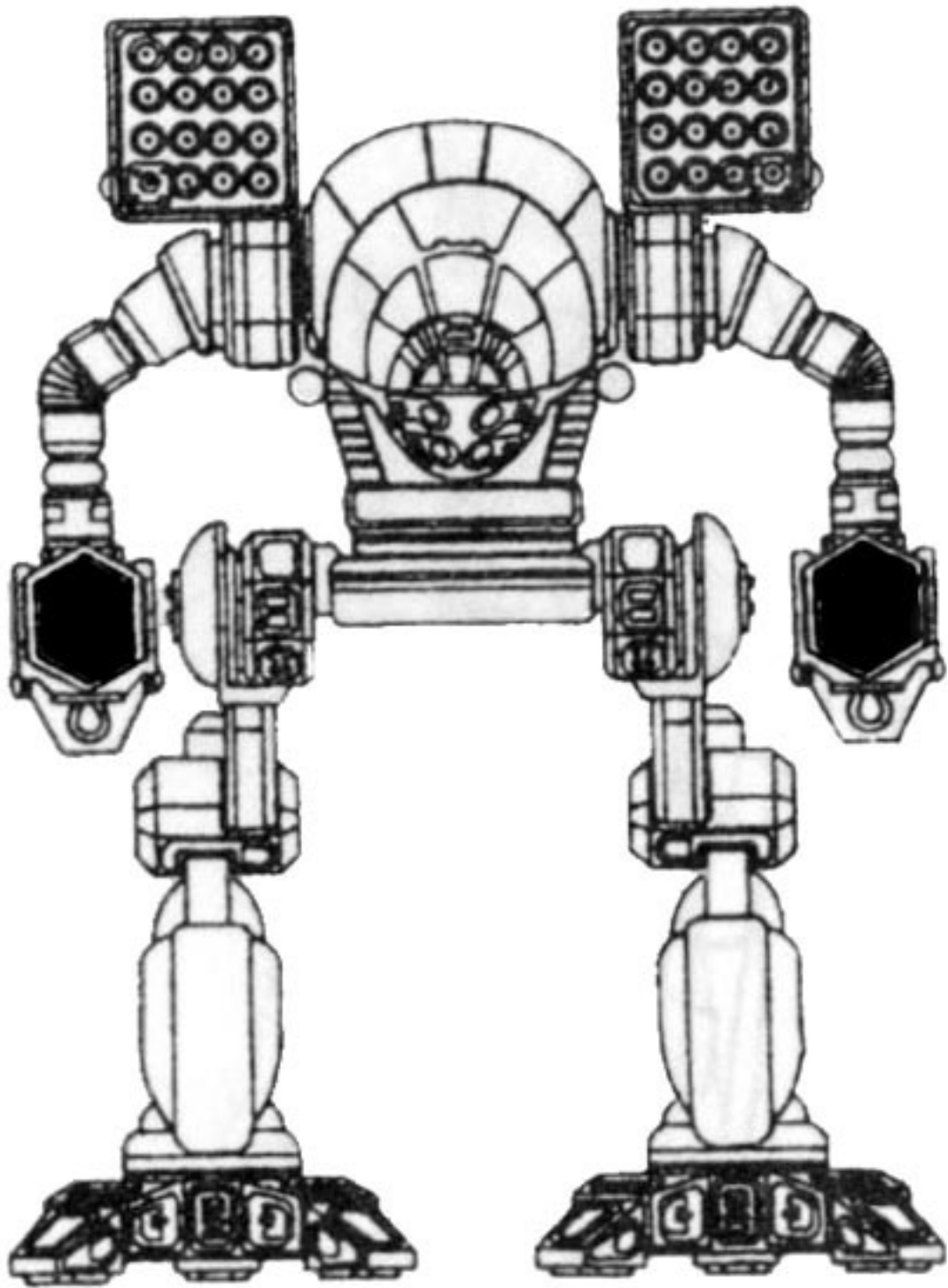
## **PUNTO**

Un Punto es una unidad militar de los Clanes que se compone de un Mech o cinco soldados de infantería blindada.

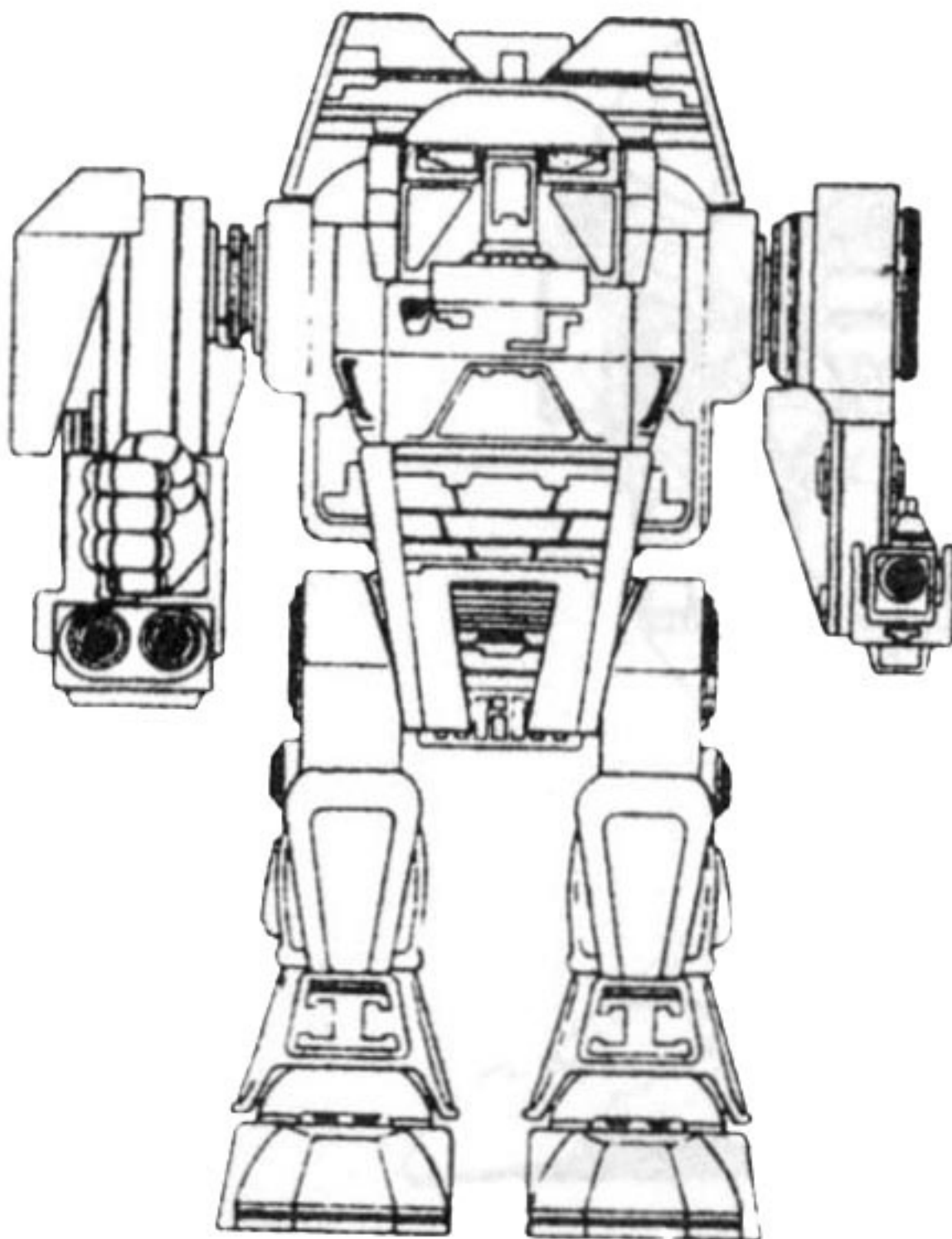
## **REGIMIENTO**

Un regimiento es una unidad militar que se compone de dos a cuatro batallones, cada uno de los cuales tiene tres o cuatro compañías. Un regimiento está dirigido por un

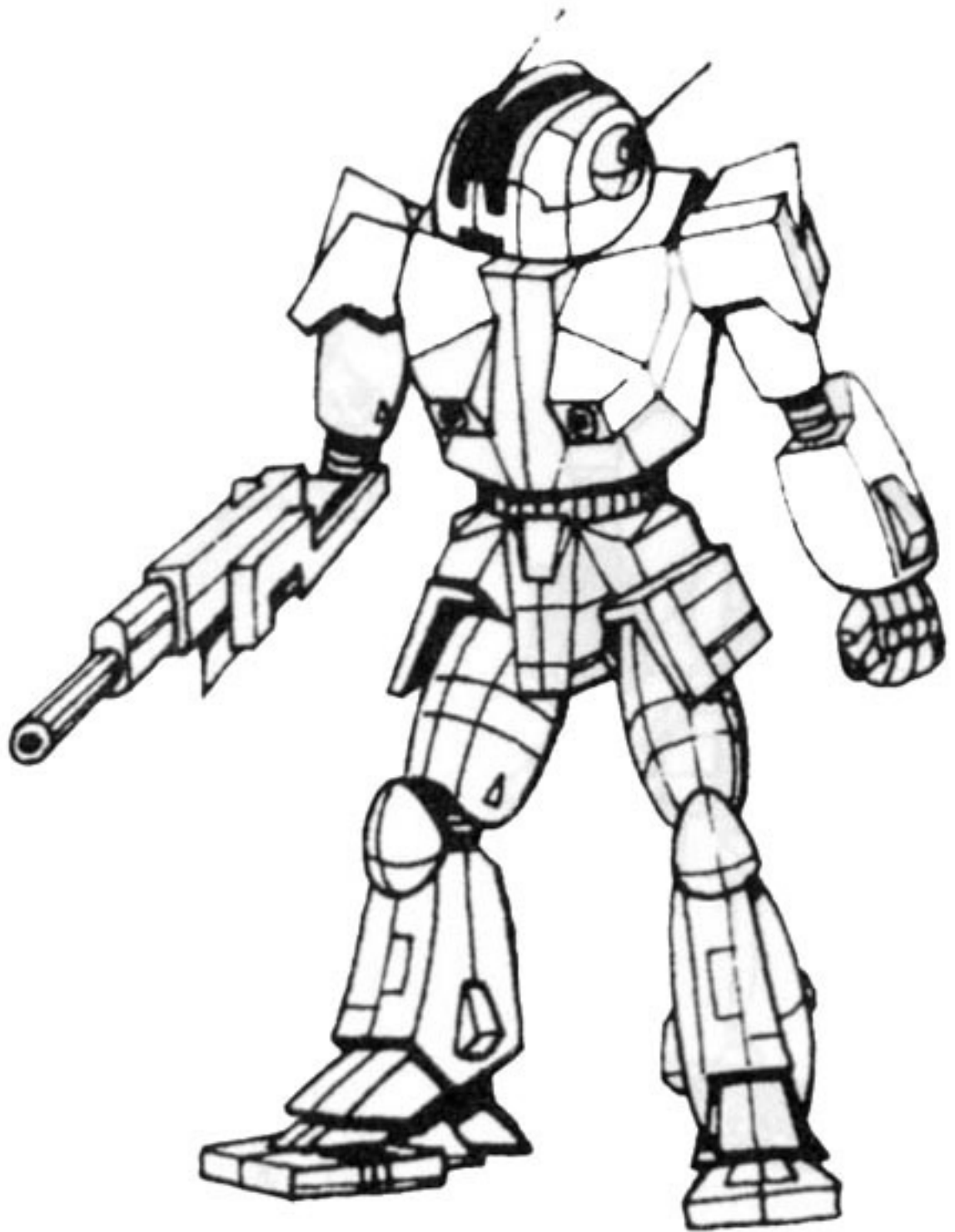
coronel.



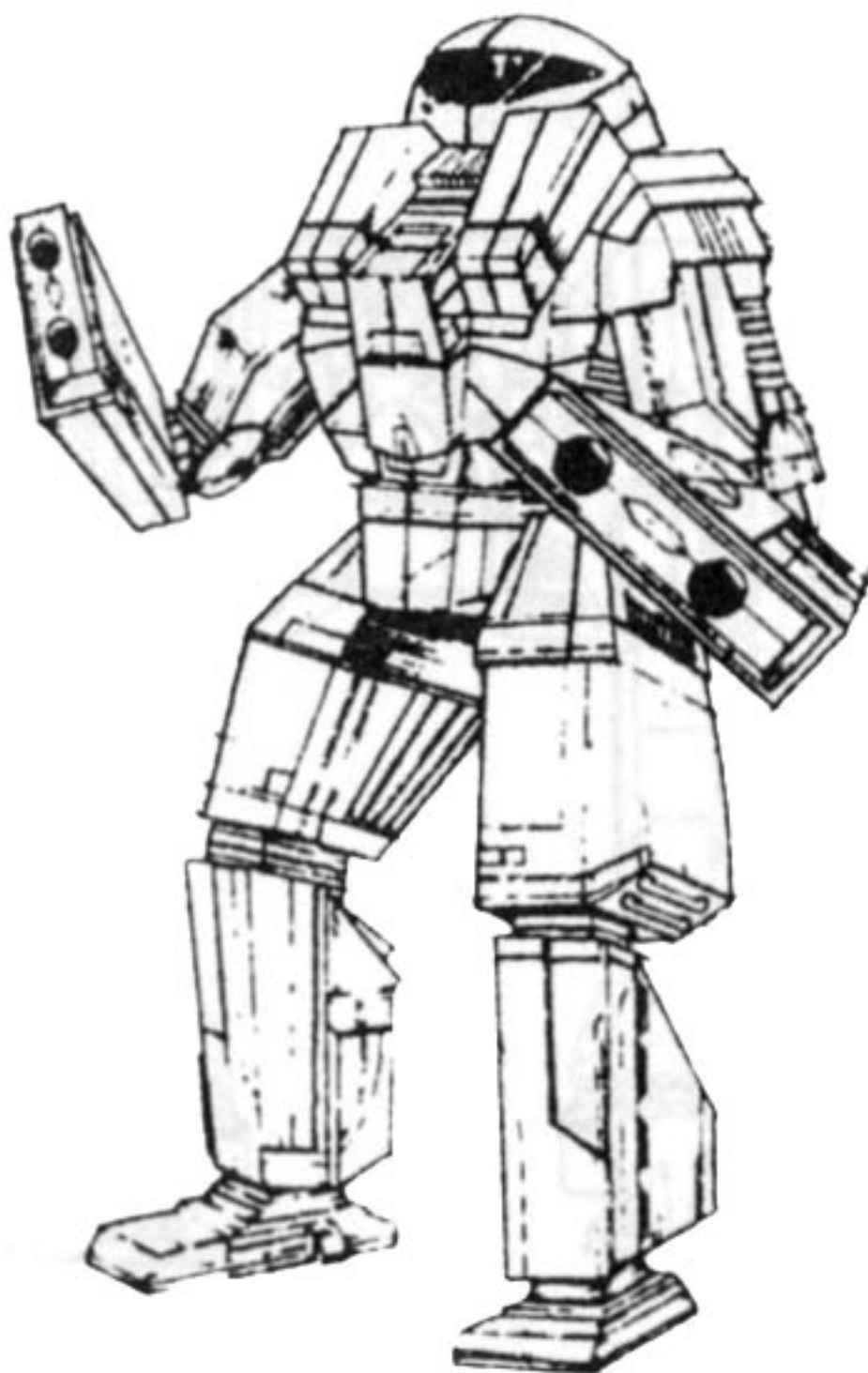
# Madcat



# Gladiator



# Gallowglass

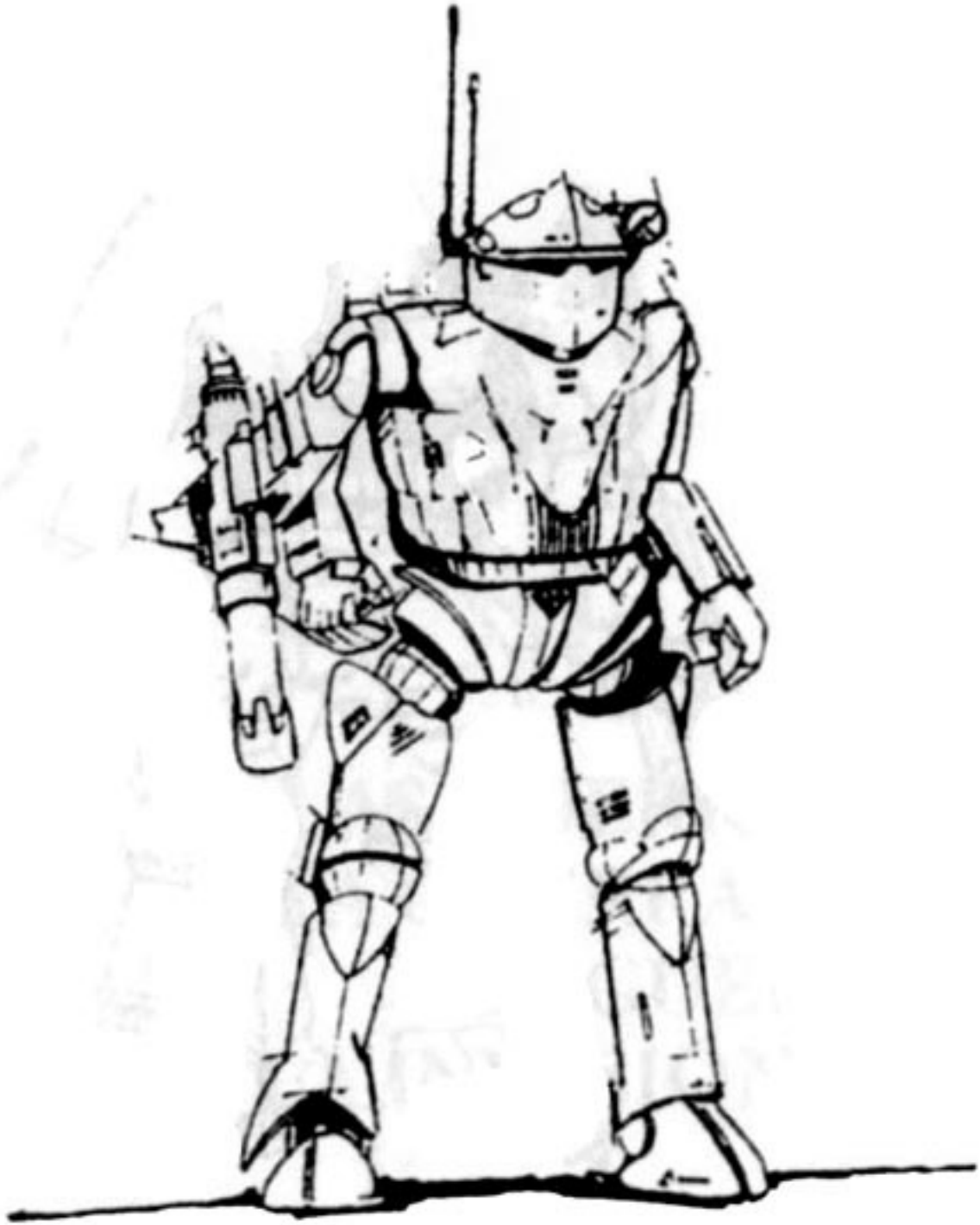


# Dervish

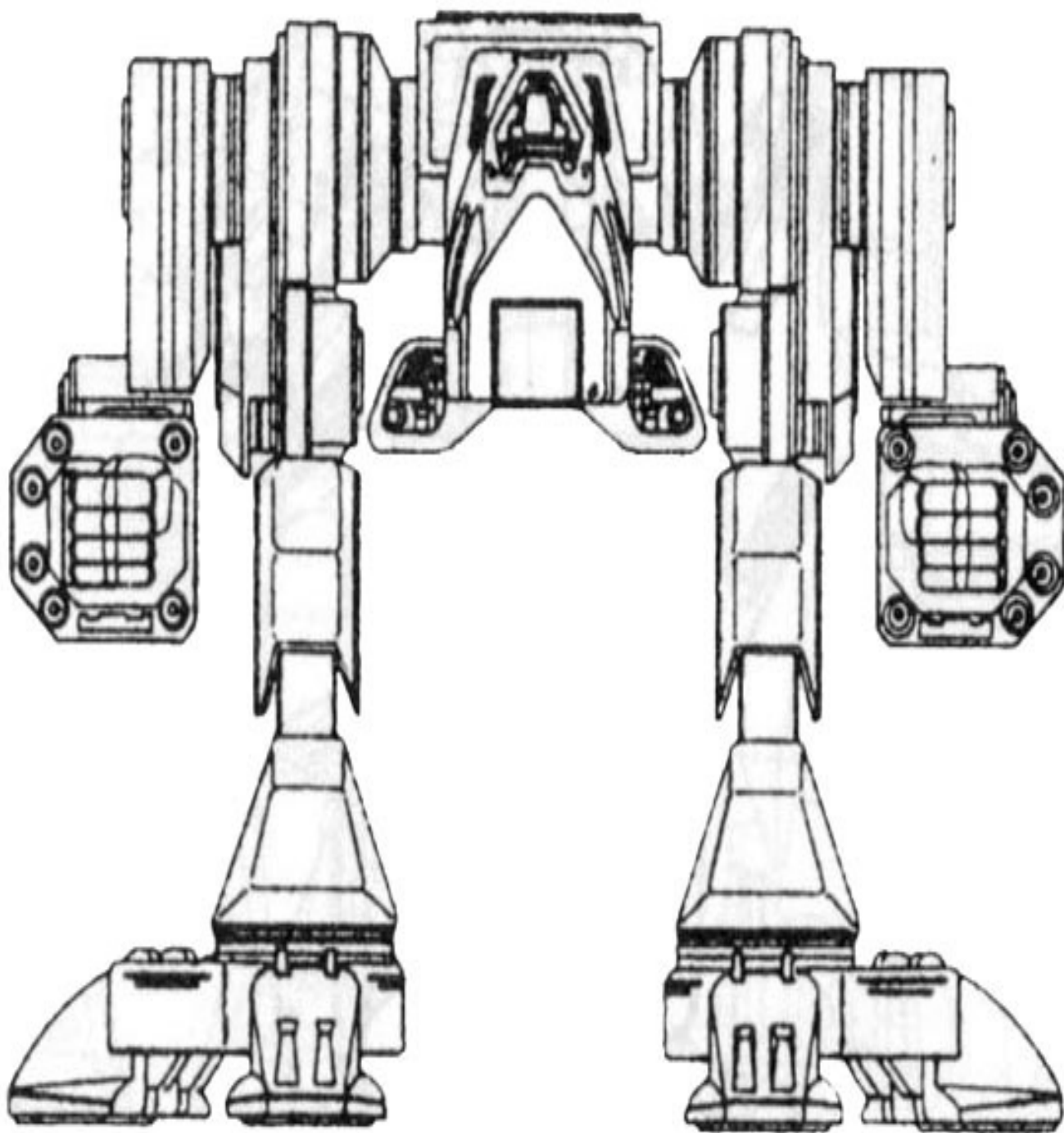




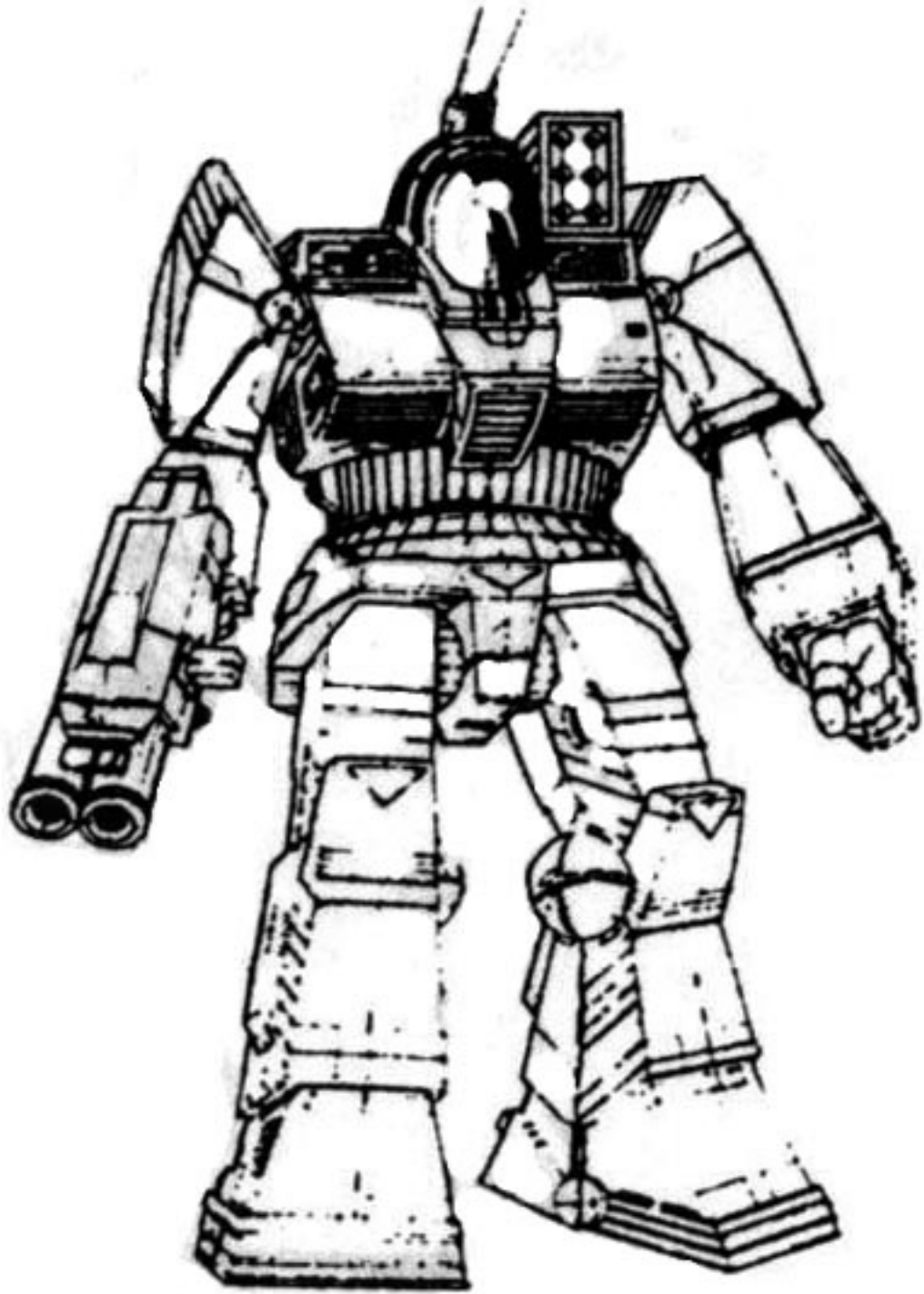
# Caesar



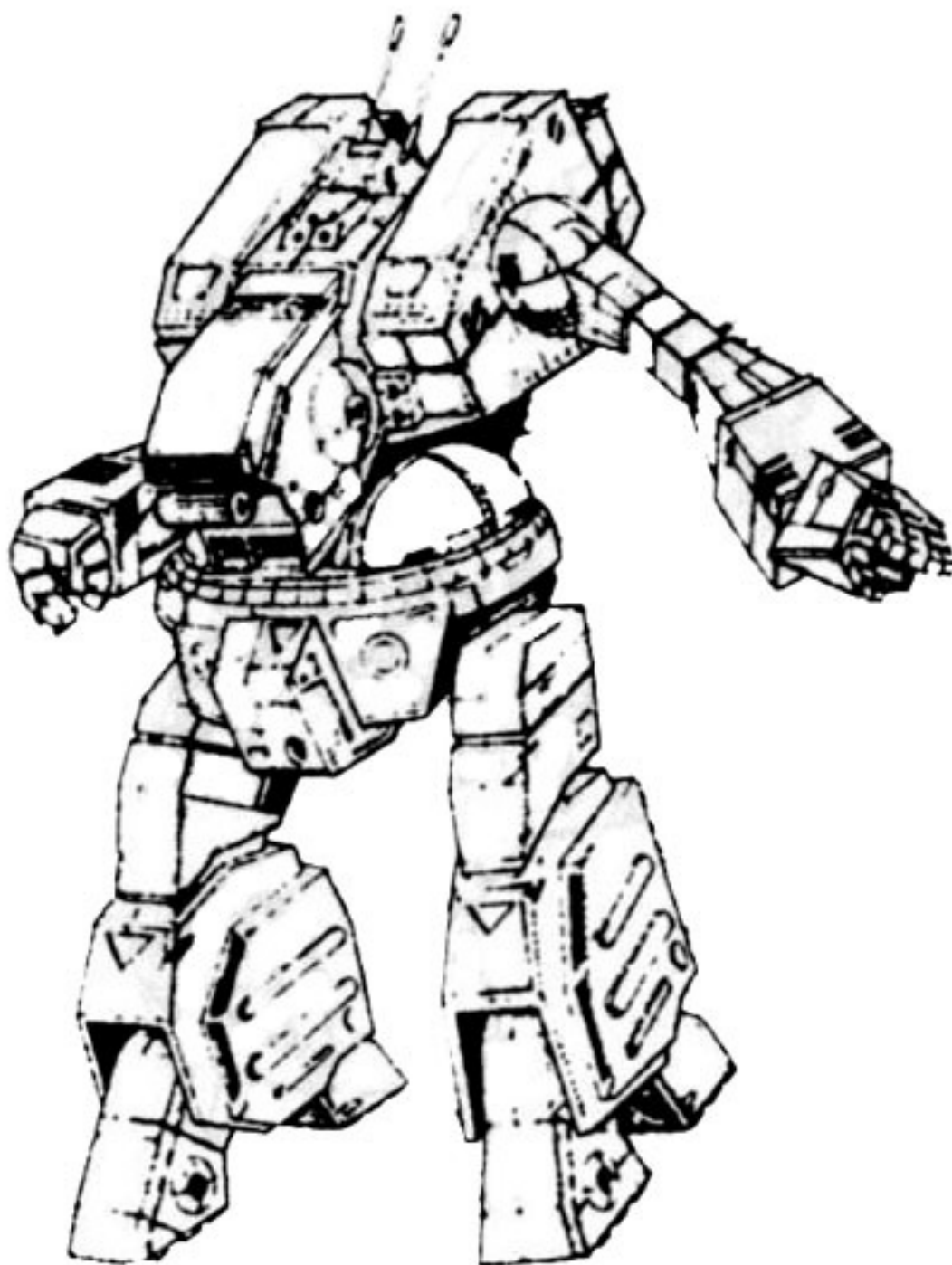
# Black Knight



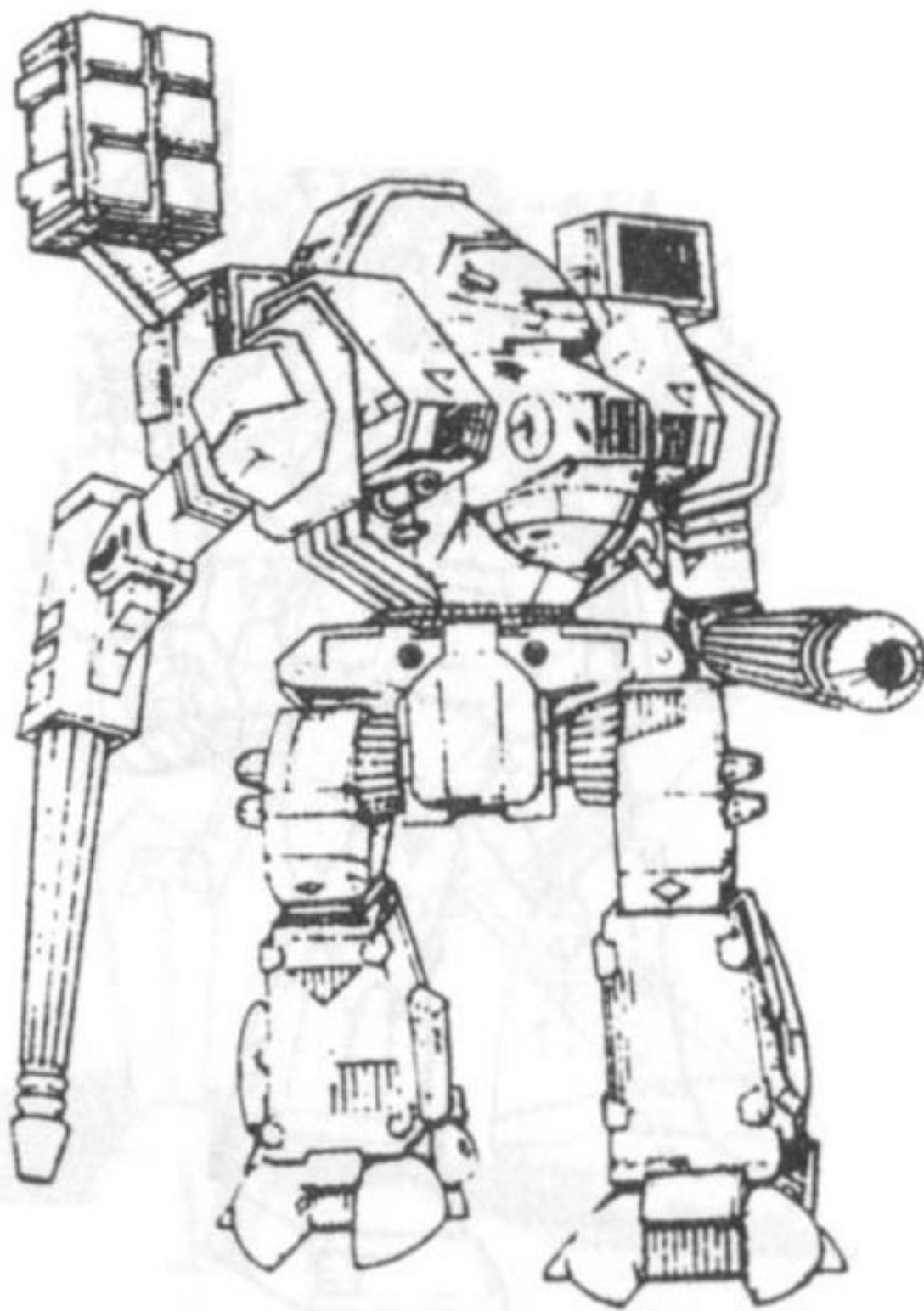
# Blackhawk



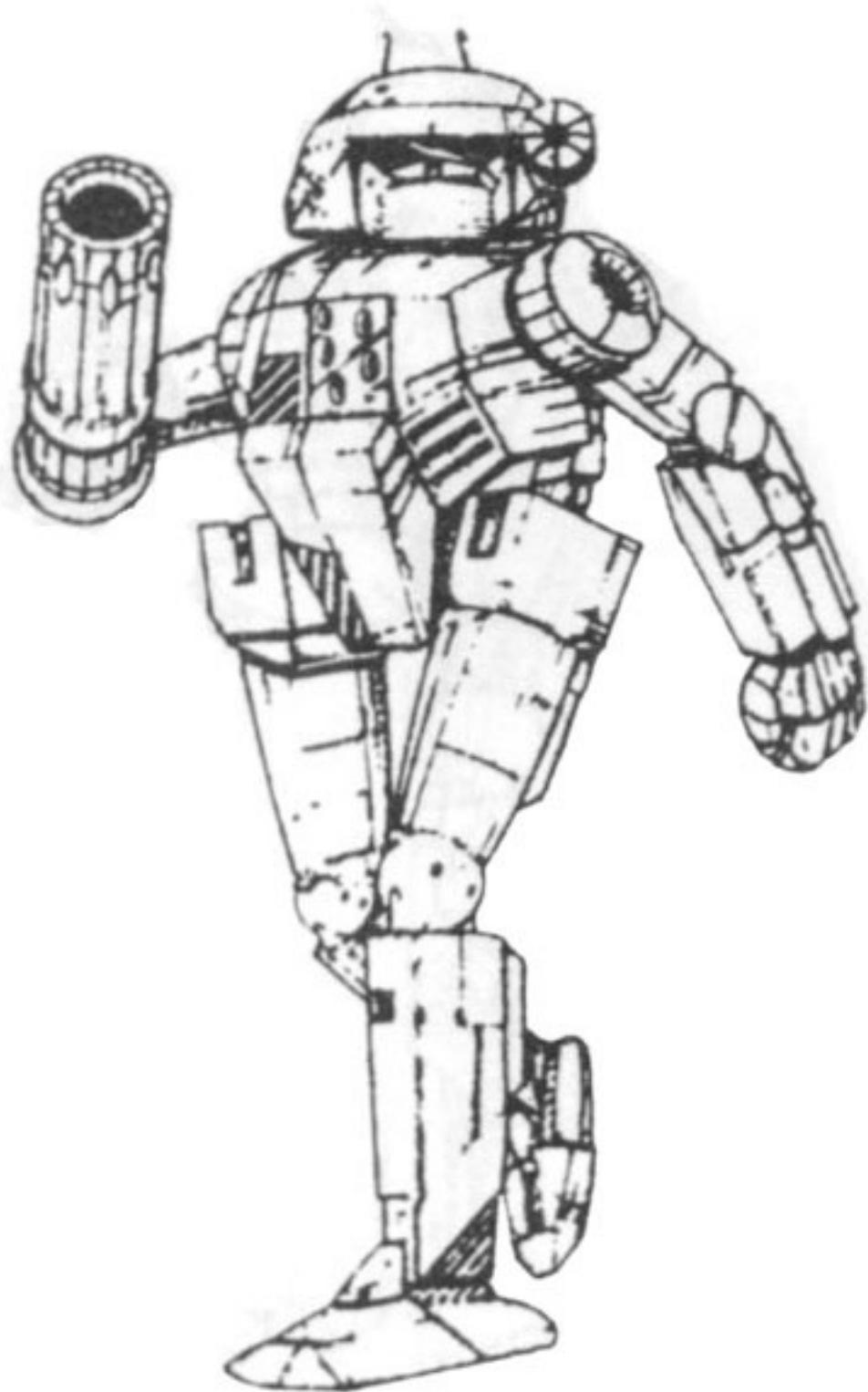
# Battlemaster



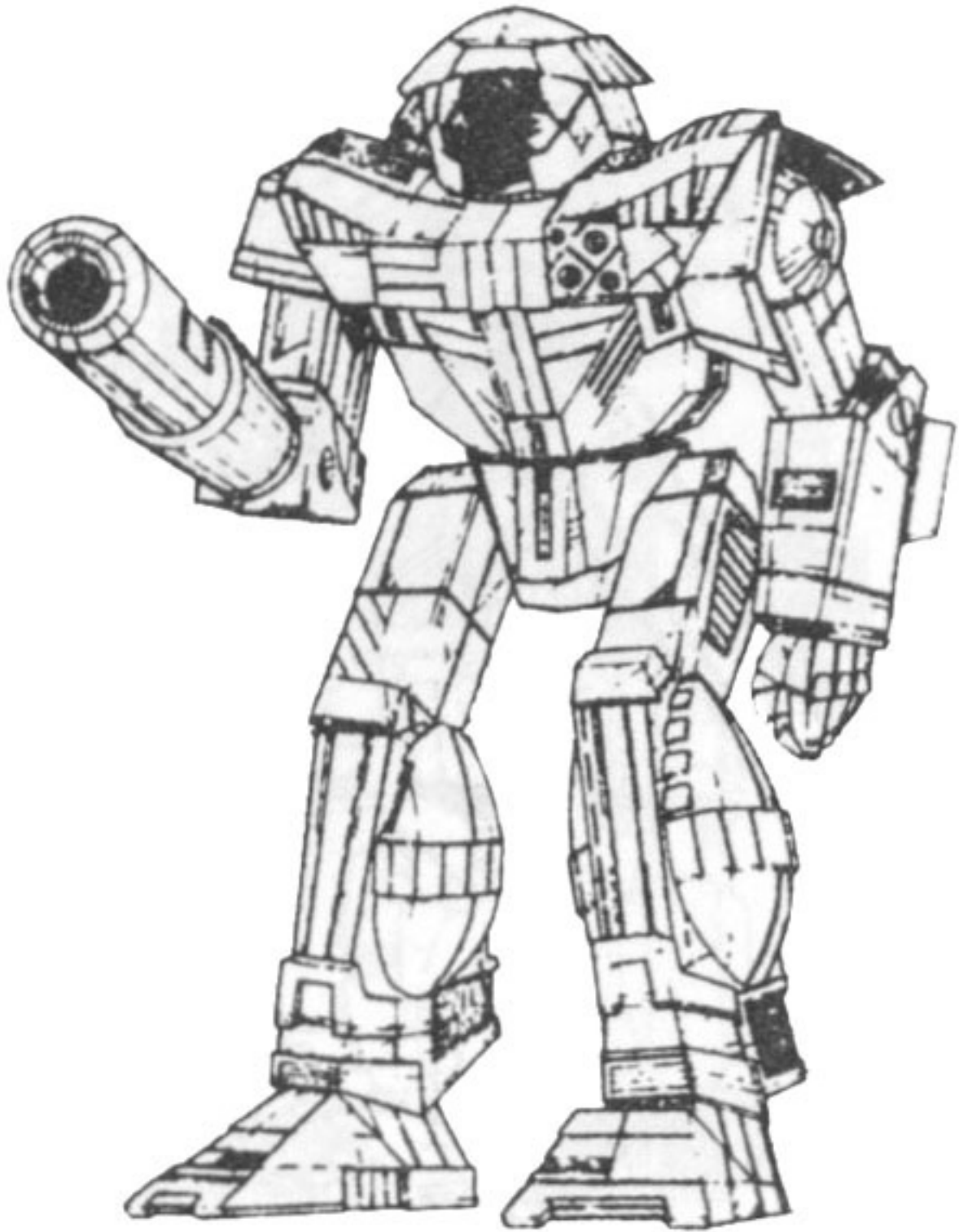
# Archer



# Warhammer

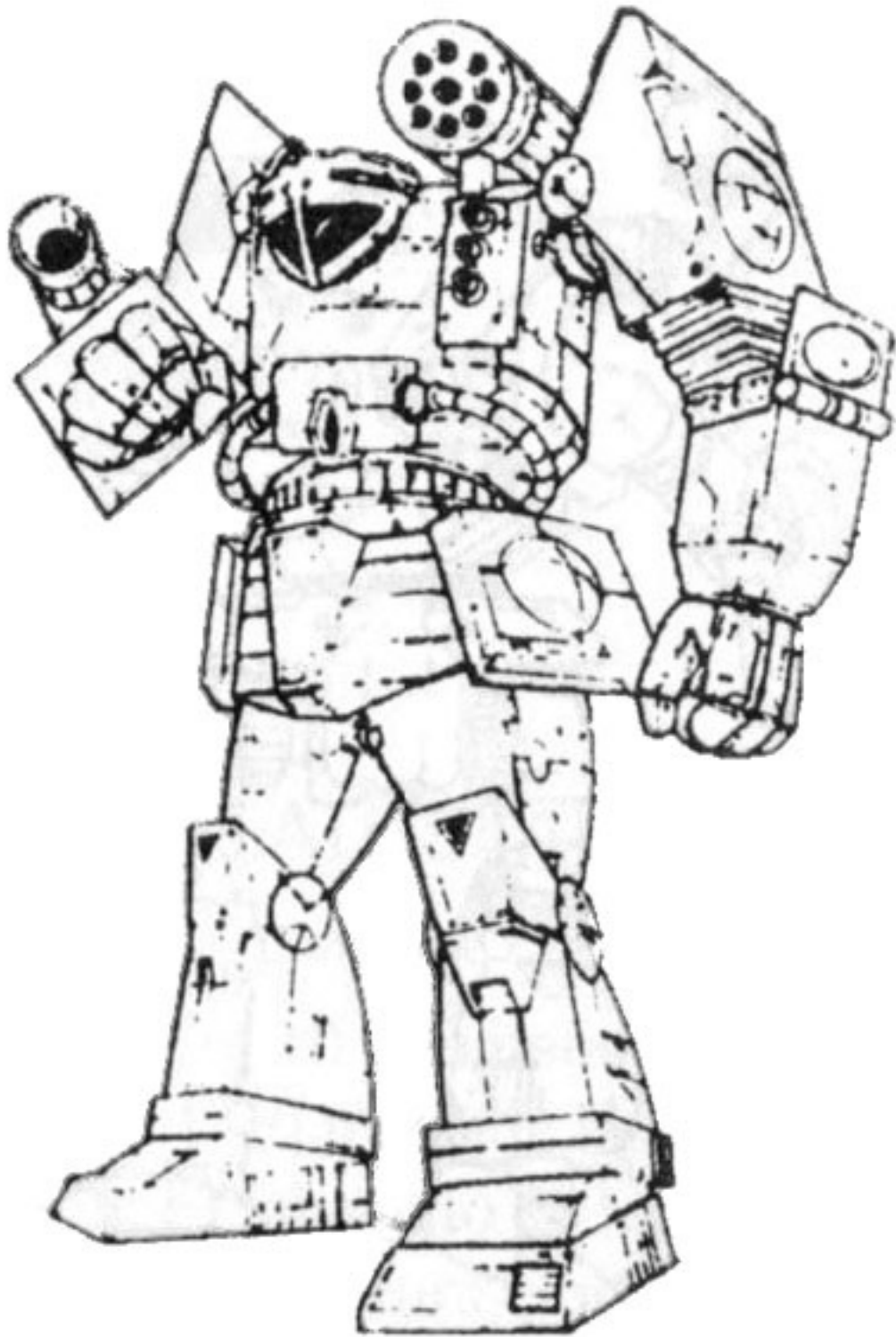


# Vindicator

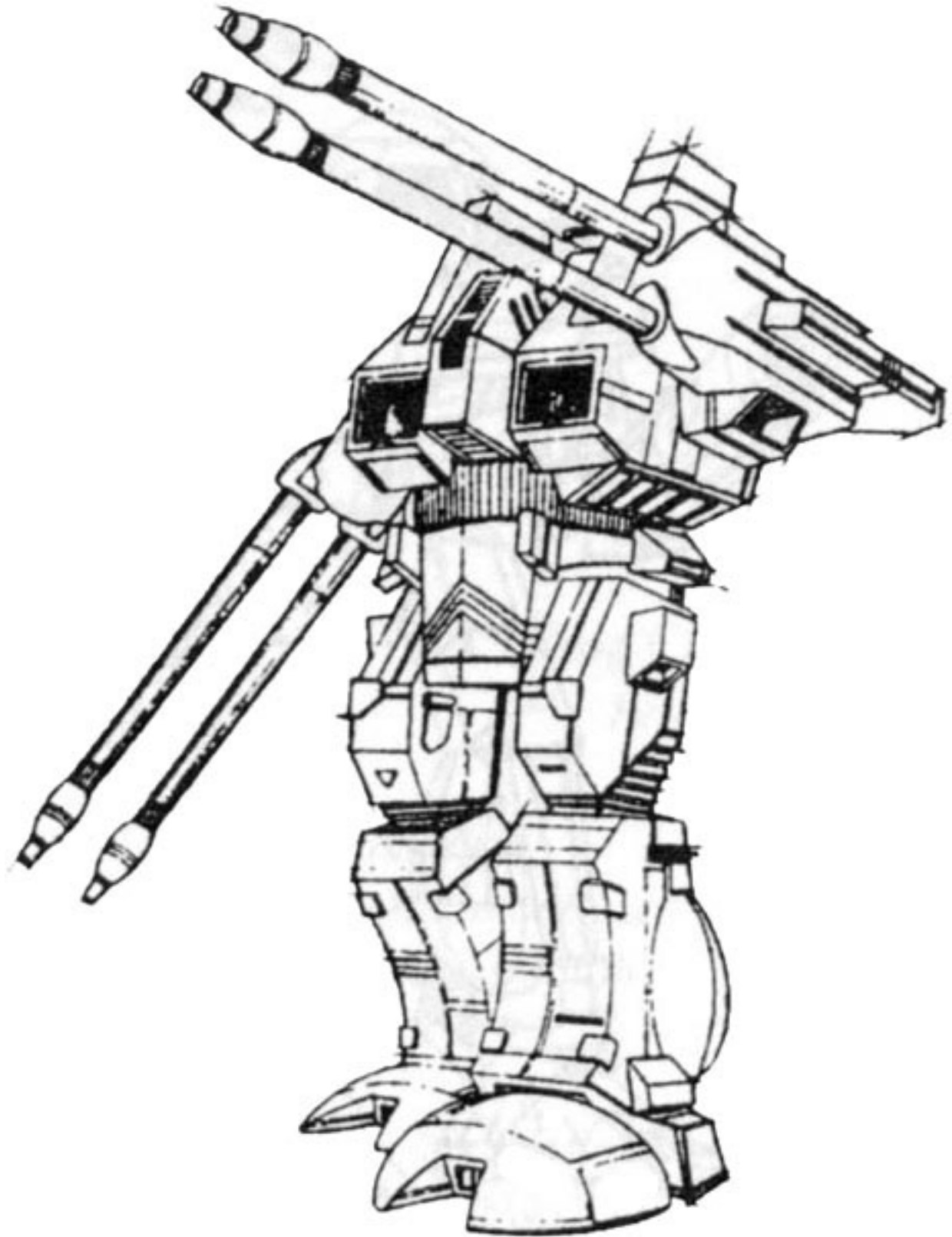


# Victor

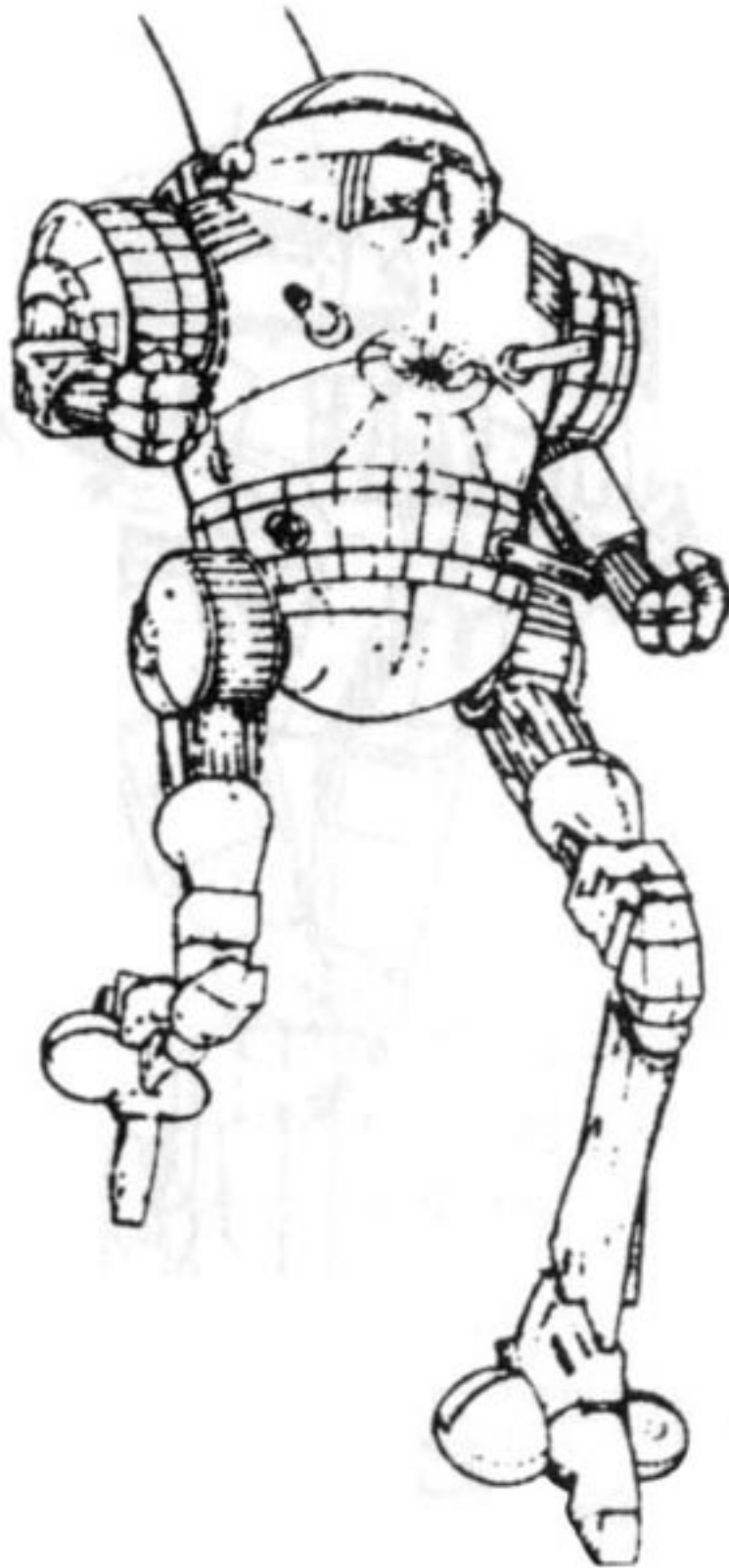




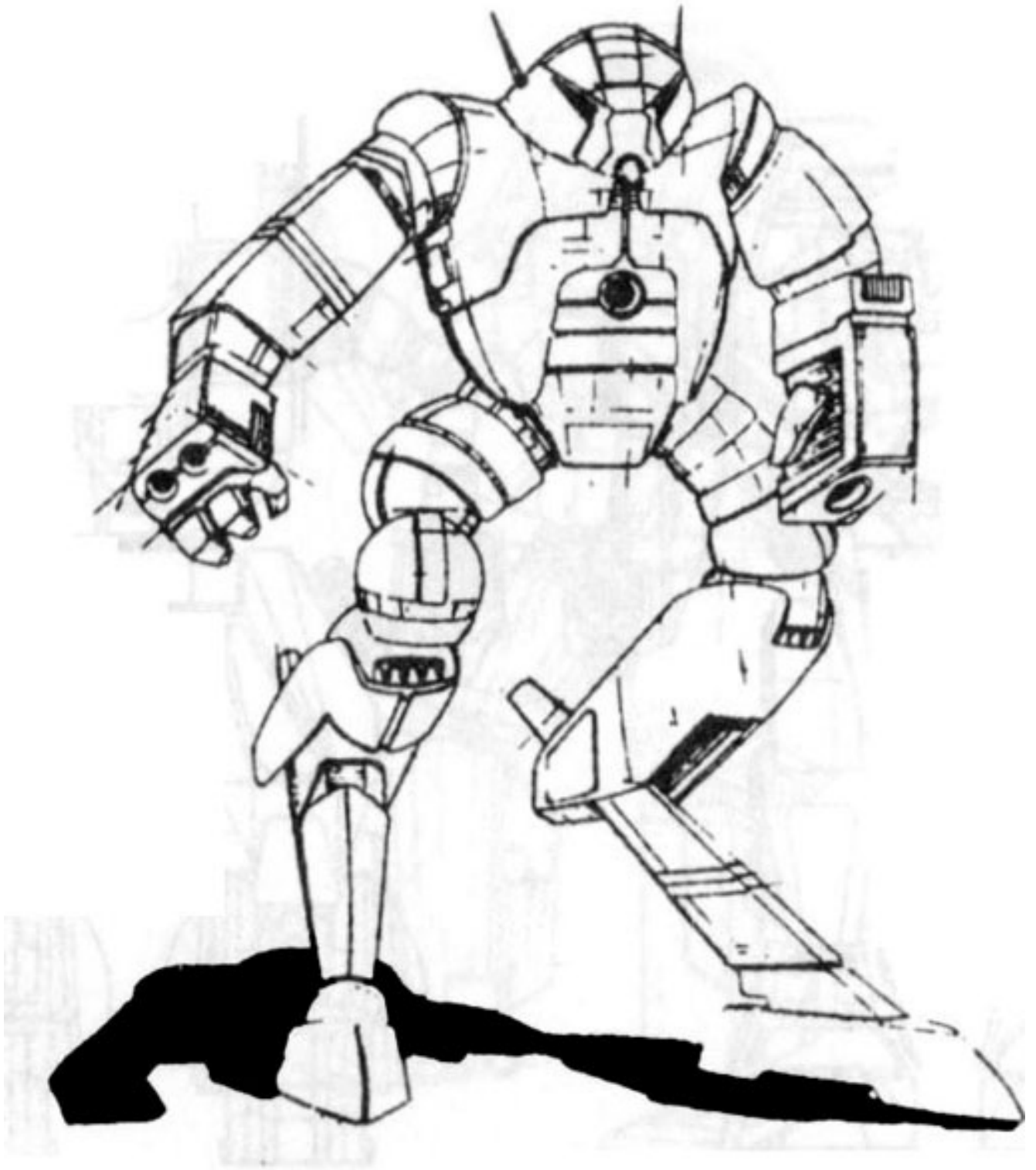
# Thunderbolt



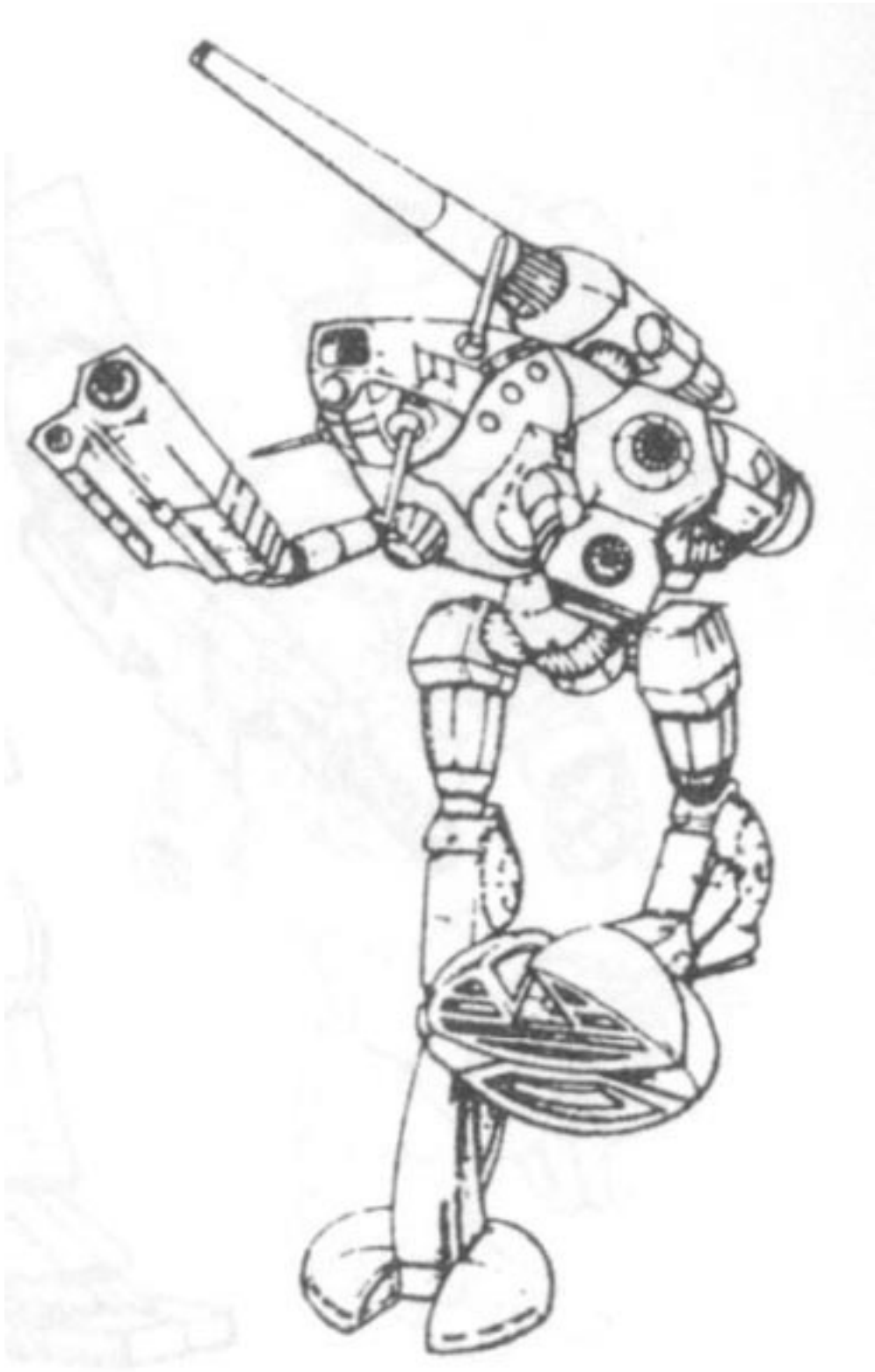
# Rifleman



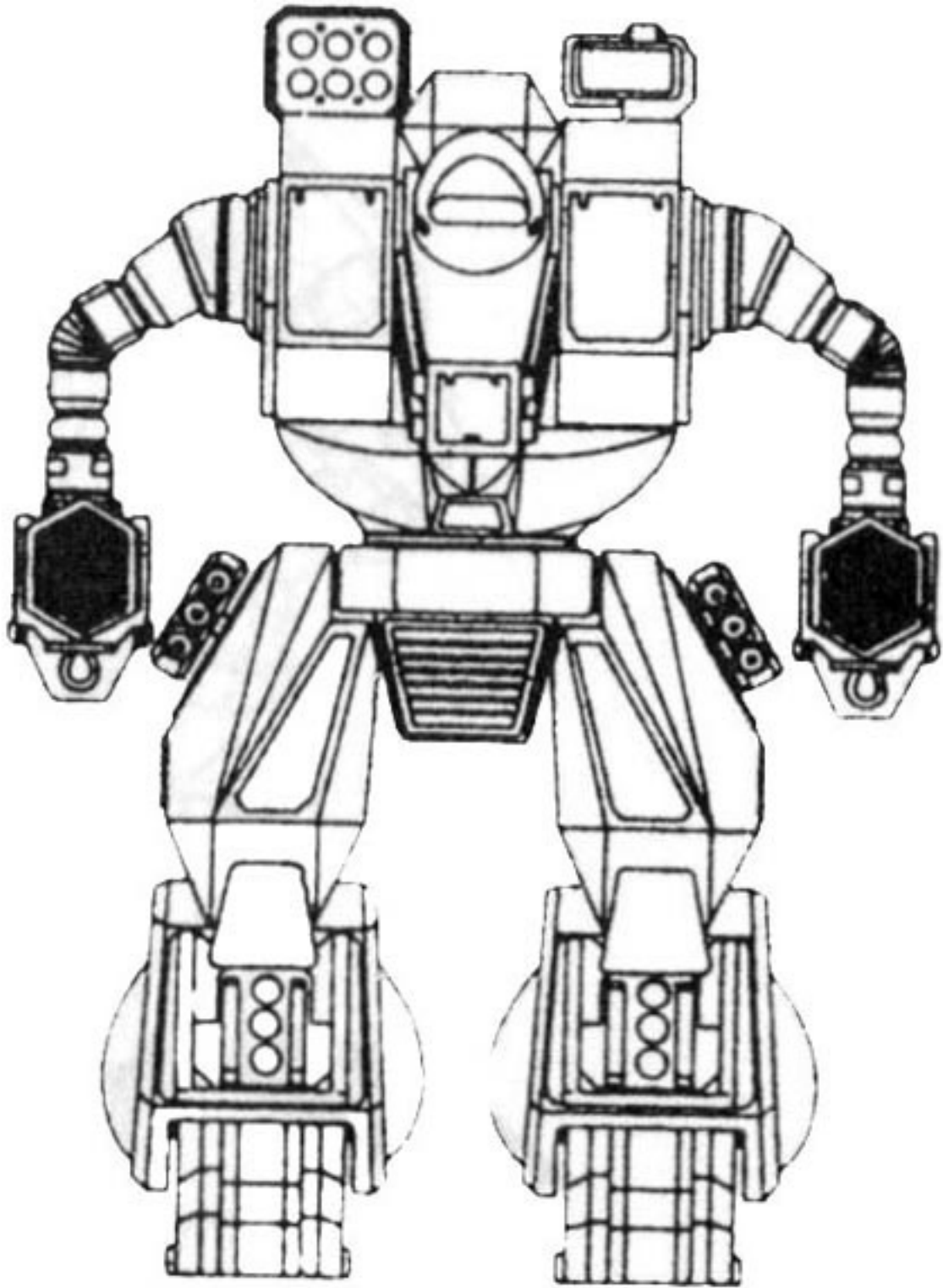
# Ostsol



# Mongoose



# Marauder



**Loki**

# Notas

[1] Wolf, en inglés, significa «lobo». (N. del T.) <<